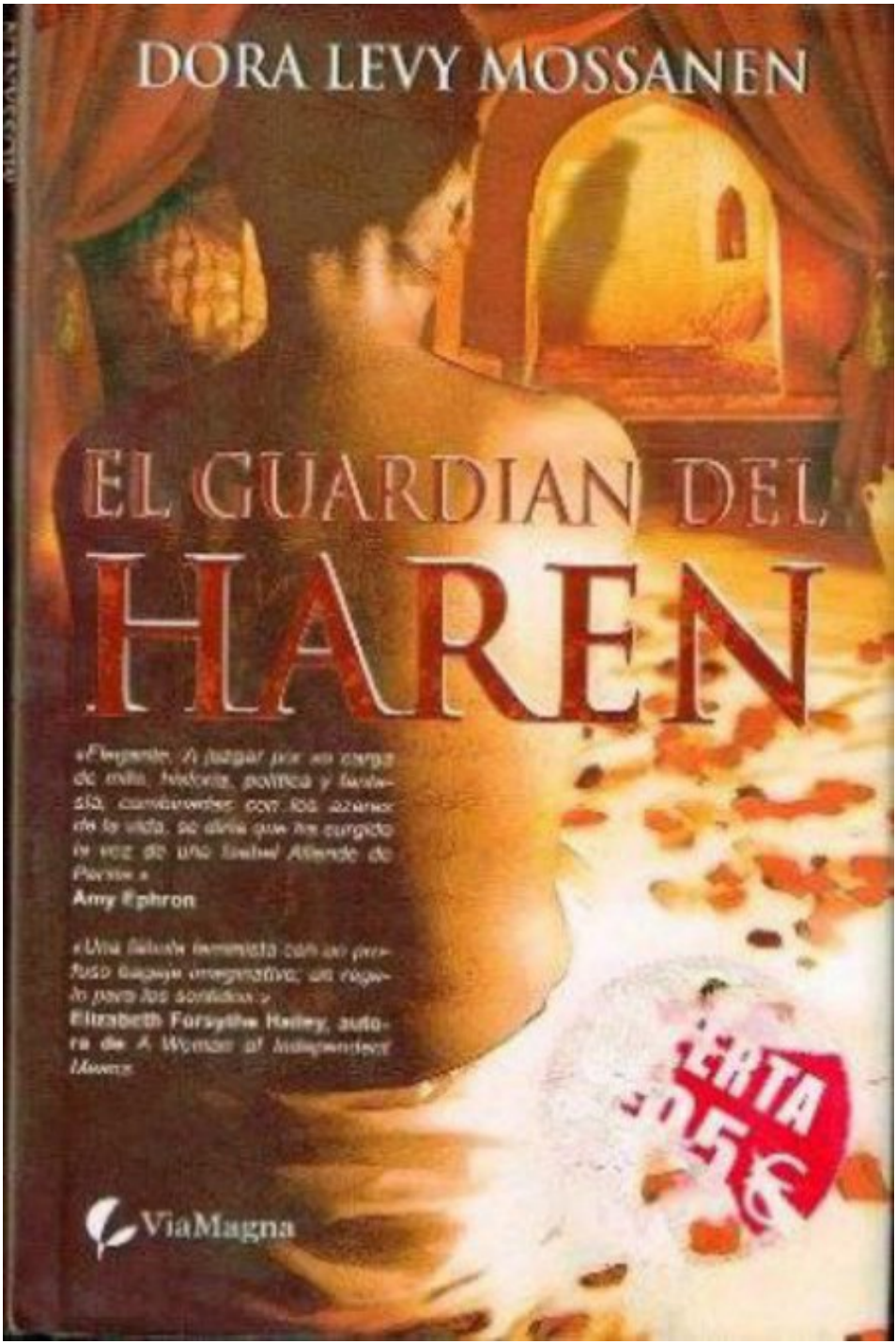
DORA LEVY MOSSANEN
EL GUARDIAN DEL HAREN
«Elegante. A juzgar por su carga de mito, historia, política y fantasía, combinadas con los azares de la vida, se diría que ha surgido la voz de una Isabel Allende de Pacino.»
Amy Ephron
«Una fábula feminista con un profuso bagaje imaginativo; un regalo para los sentidos.»
Elizabeth Forsythe Hailey, autora de A Woman of Independent Means
ViaMagna

EL GUARDIÁN DEL HAREM

En la Persia del siglo XIV, al interior de los fastuosos muros, adornados de exquisitos encajes de piedra, del palacio real residen las 365 mujeres que componen el harén del Shah. Ellas dedican sus vidas a observar un rígido protocolo para complacencia del monarca. Junto al harén, en un discreto segundo lugar, los eunucos de palacio conspiran a fin de satisfacer sus malévolos intereses. Transitando por arcaicos velos de sensualidad, corrupción y traición, tres generaciones de mujeres conseguirán doblegar las pasiones y los prejuicios del Shah y las reinas, para alcanzar su secreto objetivo de controlar el imperio.

En el exterior de la opulencia del palacio del Shah reina la extrema pobreza del Barrio Judío, donde para encontrar comida muchos rebuscan en la basura y las mujeres son meras propiedades de los maridos, y a las que se compra y vende como cualquier otra mercancía. Oculta en esa miserable judería de la antigua Persia, la joven Rebeca es vendida como esposa a un brutal herrero que hace del maltrato el centro de su relación. Este simple hecho es el punto de partida de un apasionante relato que incluye misterio, poder y maquinaciones que configuran las vidas de Rebeca, su hija Polvo de Oro y la hija de ésta, Cuervo, tres mujeres conectadas por los lazos de la sangre que poseen, cada una a su manera, destacadas cualidades para el arte de la seducción.

El Guardián del Harén, la primera y aclamada novela

de Dora Levy Mossanen, combina historia y fantasía para crear un palpitante y exótico relato en el que se entretejen los inquebrantables lazos que unen madres e hijas con importantes acontecimientos históricos y lujuriosas imágenes de desinhibida sensualidad.

Traductor: Dolores Gallan Iglesias
Autor: Dora Levy Mossanen
ISBN: 1397884966921
Generado con: QualityEbook v0.44

Capítulo 1

REBECA, la de los ojos de color malva, oyó una voz que la iba a obsesionar durante el resto de su vida.

—Ya sé que sólo tiene diez años. Seré paciente.

Con la muñeca abrazada contra sí, se revolvió en el camastro. El calor, las moscas y las tranquilizadoras palabras del desconocido que había en la habitación de al lado le habían interrumpido el sueño. Las visitas eran raras en su casa. Su madre viuda se marchaba al amanecer para ir a lavar la ropa de otra gente. Al caer la tarde, Rebeca aprendía bajo la tutela de su madre a cocinar pastelillos de pistacho y arroz crujiente, a conocer las distintas hierbas aromáticas y a halagar al hombre que un día cuidaría de ella.

Rebeca pegó el oído a la endeble pared.

La tos de su madre quebró el silencio.

Rebeca crispó la mano sobre el pecho, como si la tos se hubiera originado en sus propios pulmones.

—Es la niña más hermosa de toda Persia. La estoy reservando para un marido rico.

Suspendida entre la vigilia y el sueño, Rebeca oyó la melodiosa persistencia del hombre, las promesas de muñecas de porcelana y faldas de encaje, dulces de garbanzos y barritas de sésamo y azafrán, todas ellas fantasías recurrentes en sus sueños.

Poco tiempo después, Rebeca y su madre fueron a la casa de buganvillas, a ver a la anciana Zoroastra, la vidente que había sido testigo del apogeo y la decadencia de muchas dinastías. Ella era la única persona viva que había visto el periodo previo a la introducción del mal en el mundo, la época presidida por el gran profeta del bien, Ahura Mazda.

Al final de la avenida de granados, Rebeca y su madre llegaron a la vivienda de una sola habitación que había allí, enterrada bajo la abundancia de flores. Tras apartar el ramaje, buscaron la baja entrada y empujaron la puerta, que nunca tenía el cerrojo puesto. Luego se demoraron en el umbral, esperando alguna señal.

La vieja permanecía sentada con las piernas cruzadas junto a un brasero repleto de ardientes carbones. Las semillas de ruda esparcidas en él llenaban de expectación el aire con su humeante crepitar. La cenicienta piel de la Zoroastra resalta tensa sobre los frágiles huesos. Había perdido todo el pelo con el paso del tiempo, pero bajo los purpúreos párpados, los ojos mantenían una inquisitiva atención.

La madre de Rebeca evitó posar la vista en los amuletos de turquesa que pendían del cuello de la anciana y en los rojos pendientes, que parecían mirarla cual iracundos ojos.

—Santa sabia, he prometido a Rebeca en matrimonio. Ha venido a solicitar vuestra bendición.

La Zoroastra no levantó la cabeza, ni abrió los ojos ni formuló pregunta alguna. Con la mirada fija en el fuego, había visto acercarse a Rebeca y su madre. Luego se había abrazado las huesudas rodillas y se había echado a reír con regocijo. Se había acercado un poco más al fuego a fin de aspirar mejor el olor a perlas, seda, éxtasis y dicha. Ni la madre ni la hija tenían idea de los maravillosos prodigios que estaban a punto de producirse en la vida de Rebeca.

—El destino de Rebeca está decidido —murmuró la anciana Zoroastra con una voz que había conservado el vigor de la juventud —. Su futuro está adornado con coronas y joyas. Será una vida de lujuria y pasión, conspiración y amor. En ocasiones será difícil, pero nunca, nunca, caerá en la desesperanza.

La anciana Zoroastra posó la nervuda mano en la cabeza de

Rebeca.

—Que Ahura Mazda te bendiga y se digne concederme más años en esta tierra para disfrutar de los inminentes milagros.

En la sinagoga del Rabino Tuerto, la madre de Rebeca plegó un pergamino y se lo entregó.

—Ésta es la prueba firmada de que eres una mujer casada. —Apretó los labios contra los dorados rizos de su hija—. Tu marido es rico. Tendrás una vida desahogada.

Con la mirada prendida del pergamino que colgaba de sus dedos, Rebeca reconoció que debía aceptar su destino. Estaba triste pero no asustada. Las promesas de juguetes, velos y golosinas, de ternura y paciencia resonaban en su cabeza. Su madre la había casado con aquel desconocido de dulce voz.

—Tu marido no se acostará contigo en la cama hasta que tengas el primer periodo menstrual —susurró la madre con voz llorosa—. Como yo no estaré aquí mucho tiempo más, debes exigir que mantenga su palabra.

Por primera vez, Rebeca comprendió la gravedad de la inacabable tos de su madre y del terrible silbido de su pecho, y también por qué había considerado necesario tratar con ella de la importancia de las responsabilidades de una esposa.

Rebeca retuvo la mano de su madre mientras la conducía entre los puestos del bazar a la casa del marido. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de plumas de pollo, de excrementos de caballo y putrefactas cortezas de melón. Amparados del ardiente sol bajo los toldos, los vendedores de agua fresca, narguiles y té caliente pregonaban a gritos sus productos. Las mercancías se exhibían junto a las puertas… ristras de higos colgadas, sacos rebosantes de nueces o de judías, cucuruchos de azúcar encaramados en lo alto de los inclinados mostradores… El verdulero, con su túnica ceñida a la cintura por medio de un chal multicolor, se quitó el puntiagudo sombrero y se rascó el afeitado cráneo. Después se mojó en la boca la punta del dedo, teñida de alheña, y untó de saliva las mejillas de Rebeca para ahuyentar el mal de ojo. De su surtido de caquis, granadas y melones amarillos expuestos a las moscas y al polvo de

la calle, eligió una granada, que partió a fin de ofrecerle un cuarto a la niña.

—Para nuestra preciosidad de ojos de color malva.

La chiquilla mordió la rojiza fruta y, chupando las semillas, notó el familiar sabor de la nuez moscada y la flor de hielo. El resto lo guardó en el bolsillo, para su marido.

—Esta es tu casa —susurró la madre cuando llegaron al fondo del callejón de Ezequiel el Zapatero—. Tu marido tiene treinta y cuatro años. El cuidará de ti.

Su casa era del color del barro. Más allá de la verja de hierro que la protegía, vio matas de jazmín, un nogal y un retazo de terreno inculto.

—¡Mira, Rebeca! —dijo la madre—. Hay espacio suficiente para plantar geranios, un almendro y mirtos, igual que en el jardín que tenías en casa.

—Riega nuestro jardín, *madar*. No dejes que se seque como éste.

Al tocarla la madre, la puerta se abrió con un gruñido. Rebeca advirtió, entrando, el olor a brasa caliente y pegó la nariz al chador de su madre para aspirar su aroma a azúcar caramelizado y regaliz. La madre la estrechó contra su pecho.

—Nunca estarás sola. Yo siempre velaré por ti —aseguró al tiempo que la soltaba.

Después se encaminó a la salida.

Rebeca corrió hasta la ventana y a través de las cortinas tendió la mirada hacia la verja. Con la muñeca aferrada en una mano y el pergamino en la otra, observó cómo las anchas caderas de su madre desaparecían en la esquina del callejón. Un pájaro revoloteó junto a la ventana. La brisa agitó las hojas del viejo nogal. Se volvió para mirar al desconocido, el marido de arrulladora voz de recitador.

Unos pesados cortinajes dorados ensombrecían la estancia. Unas máscaras plateadas de rasgos petrificados en una perenne risa la miraron desde una repisa, por encima del enorme horno del centro. Se le encogió el estómago al percibir el resplandor. Se apresuró a apartar la mirada de las llamas del hogar, del hurgón. Un guante y unas tenazas pendían de los ganchos clavados en las rendijas de las resecas paredes de barro que rodeaban el fuego.

—Soy Jacob el Huérfano —se presentó un hombre gordo y bizco, que proyectaba su mirada estrábica bajo unas espesas cejas.

La voz rasposa hizo añicos sus sueños. Aquél no era el hombre de la voz que sonaba como música.

Con su mano que olía a metal ardiente agarró la muñeca y la arrojó al horno. Ella se precipitó para cogerla. Las llamas lamieron la cara de algodón y devoraron el vestido de lana. Rebeca se inclinó sobre el antepecho del horno y tendió la mano hacia el fuego. Luego retrocedió de un salto y se metió los dedos en la boca para aliviar el dolor de la quemadura. Con un chisporroteo, la muñeca se redujo a negro humo y grisácea ceniza hasta que no quedó nada de ella.

Tras doblarse efectuando una burlona reverencia, Jacob el Huérfano se enderezó sosteniéndose la barriga con un gruñido. De su cuerpo regordete brotaban unas piernas de alambre y una maraña de rizos negros enmarcaba las hinchadas mejillas.

—Soy un herrero… un creador —declaró, esforzándose por controlar el estrabismo—. Fundo el hierro y le doy la forma y la aleación que quiero. Toda la vida he trabajado para el día en que todo lo que funda se convierta en oro.

La cabeza de Rebeca era un torbellino en el que trataba de contener el grito que la ahogaba. ¿Por qué la había abandonado su madre con ese hombre?

El individuo escupió en el fuego y ladeó la cabeza para escuchar el chisporroteo.

—Tu madre hizo un buen negocio. Te casó con Jacob el Huérfano, un hombre que nació sin padre.

Las enseñanzas de su madre acudieron a socorrerla. Mirando a Jacob con los humedecidos ojos malva, se sopló la mano y pestañeó con fingida fascinación.

—Pronto seré el hombre más rico del Barrio Judío. ¿Y sabes por qué? Soy de los pocos que soportan este fuego. El calor ha encendido una hoguera permanente en mi corazón. Incluso cuando duermo, las llamas se agitan detrás de mis párpados. —Lanzó otro chorro de saliva al hogar antes de volver a mirarla—. Conozco un secreto que me hará eterno como el oro… para persistir para siempre ya sea en una u otra forma, líquida o sólida. Entonces no moriré nunca, como Dios. ¿Lo entiendes, Rebeca?

Rebeca no lo entendía.

Aquella tarde, no obstante, viendo cómo fundía objetos en la gran fragua del dormitorio, comprendió lo que era el miedo. Miedo

del horno, del fuego, de la locura presente en sus ojos, del calor que se transformaba en gotas de sudor en su cara al tiempo que convertía el metal en cuchillos, calderos y ollas. En la cocina, clavaba láminas de metal en el poyo y en la pared, detrás del quemador de leña, en el comedor encima de la mesa y los taburetes, en el dormitorio para recubrir el suelo de barro cocido.

Pasada la media noche, escrutó la casa en busca de algo con que alimentar las voraces llamas. Con los restos de metal formó unos dijes que guardó encerrados en una caja. Luego dejó oscilar la llave delante de su cara.

—¿Para quién son los dijes? —preguntó, dejando que la curiosidad se sobrepusiera al miedo.

El hombre se desabrochó la chaqueta e introdujo la llave en el bolsillo secreto del chaleco. A continuación pasó la mano por encima del lugar donde había quedado enterrada.

—Algún día lo sabrás.

Cuando el alba asomó por la ventana, señaló uno de los jergones adosados al horno del dormitorio.

—Ahora puedes retirarte.

Él ocupó el otro jergón. Tras pasar varias horas revolviéndose y gruñendo, se levantó y se acercó. Inclinado sobre ella, se puso a golpear su jergón con sus pequeños pies femeninos. Después levantó la manta y se quedó mirándola. Rebeca apretó los párpados, fingiendo dormir. Con el pulgar pegado contra la arteria de su cuello, él contabilizó el pulso de su miedo. El acre olor a hierro líquido que emanaba de sus manos le produjo un picor en la nariz.

—¡Abre las piernas! —le ordenó.

—¡Lo prometió! —gritó ella, abriendo de golpe los ojos, al tiempo que agitaba las manos para zafarse.

—Nadie consigue promesas de Jacob el Huérfano —replicó el hombre con aspereza.

—¡Usted dio su palabra de honor!

—¡Honor! ¿Qué honor?

—¡*Madar*! —gritó, pugnando por mantener pegados los muslos, convencida de que la urgencia de su dolor atraería a su madre hasta ella.

Él le abrió las piernas sin miramientos y se subió encima de ella.

Los aullidos de Jacob sonaban como los de un lobo y sus

gemidos, como los de un animal herido. ¿Aunque no serían aquéllos sus gritos, su dolor, su pérdida? ¿Dónde estaba el hombre que había pedido su mano, que había prometido tener paciencia?

La sangre le escocía en los muslos.

—Nunca crezcas, nunca —jadeó Jacob, evacuando su esperma.

A los doce años, los ojos malva de Rebeca habían adquirido un brillo de desafío, sus rizos, el resplandor del oro y sus labios, el arrebol del vino. La piel quemada de los dedos tenía la palidez y el perfecto encaje de un viejo guante que se hubiera por fin adaptado a su mano y aprendido, como ella, a resistir y a sobrevivir al mundo de Jacob.

Con la cara velada, lo observaba mientras deambulaba por la casa. Ni siquiera durante sus ausencias, se atrevía a buscar por las habitaciones el lingote de oro que iba amasando con el dinero que ganaba fundiendo hierro. Todas las noches la mandaba al jardín antes de cerciorarse de que no faltaba nada y luego cambiaba los escondrijos donde ocultaba sus riquezas. Después se sentaba a esperar la cena, llamándola.

Esa noche, pescó un recio hueso de una escudilla de humeante estofado sin que el calor penetrara en la gruesa piel de sus dedos. Tras golpear con él un plato metálico a fin de vaciar la médula, la mezcló con pan y menta y se apresuró a devorarla. Luego se pasó la mano sobre el hinchado estómago, se metió un pincho de kebab molido con menta en la boca y lanzó un eructo. Con una sonrisa de satisfacción instalada en la cara, alabó la frescura de la menta que ella recogía a diario, sin dejar de recordarle que sin su dinero aquella abundancia no sería posible.

Ella aguardaba con ilusión las horas que pasaba cultivando las plantas aromáticas, no sólo porque aquel retazo de tierra le evocaba el hogar que ansiaba tener, sino porque detrás de las vallas podía observar las danzas de los gitanos. Alimentaba la tierra con los restos de estofado y puré de garbanzos y rociaba las hojas con una mezcla de sal y vinagre para mantener alejadas las mantis religiosas. Los viernes, cuando comenzaban a sonar los címbalos, panderetas y crótalos por el barrio, ella se dirigía a la verja, a

esperar a los gitanos. Las abigarradas y amplias faldas y las mangas con volantes aparecían en el recodo del callejón, y luego las femeninas y rollizas mujeres giraban y se contoneaban interpretando bailes que Rebeca volvía a almacenar en sus sueños. La vegetación del jardín duplicaba su tamaño y adquiría un intenso y lozano verdor, en tanto que en sus sueños las danzas se desarrollaban y maduraban de un modo que ella no comprendía. Lo que descubrió fue que algo tan inocente como un manojo de hierbas ocultaba un secreto que la ayudaba a amansar a Jacob. El sabor, el aroma, el ruido que despedía la menta ardiente debían de concitar su avidez de oro y apaciguarlo. Cuando no masticaba ni olía menta, en cambio, parecía que tenía que calmarse recurriendo a su cuerpo.

Escogió una ramita y aspiró su fragancia entre fuerte y dulzona. ¿Produciría adicción? Se llevó una hoja a la lengua, la arrancó y la mascó, saboreando su amargo aroma. ¿Por qué la prefería él tostada? Situó las hojas sobre las brasas de la cocina. En su boca, era como fuego el acre sabor de sus dedos quemados. Si al menos lograra reunir el valor para preguntar a los gitanos errantes si la menta regulaba alguna parte del cuerpo… Si incrementaba el sentimiento de virilidad del hombre. Si aplacaba su crueldad. Si volvía en ocasiones generosos a los hombres tacaños.

Hasta Jacob procuraba, algunas veces, ser generoso. Una cálida noche de un sábado, cuando los ruiseñores y el aroma del jazmín atraían a Rebeca hacia su jardín, Jacob llegó con un pergamino enrollado.

—El plano de nuestra nueva casa. La construiré más lejos aún del basurero.

Rebeca tomó conciencia de la importancia de poseer una casa lejos del basurero, un montículo de desperdicios situado en el centro del Barrio Judío, en torno al cual se instalaban rudimentarios puestos de venta de frutas, frutos secos y especias. Ella añoraba los agradables aromas y las afables voces, el cálido contacto de la gente, el animado regateo de su madre mientras escogía las provisiones. ¿Acaso no sabía su madre que no tenía permitido salir sola de casa? ¿Por qué no la visitaba? ¿Se lo habría prohibido Jacob?

—Ven adentro, Rebeca —la llamó—. Siéntate en mi regazo y te lo explicaré. Voy a construir nuestra casa al final del callejón de las

Linternas, donde el terreno es tan caro que en tu cabecita no te puedes formar idea de su valor.

—¿Podré elegir los muebles?

—No —contestó.

—¿Y las telas de las cortinas?

—¿Qué sabes tú de telas?

—Mi madre dice que tengo un talento para los colores.

—No tienes ninguno.

—Sí lo tengo.

Las gordas manos se deslizaron bajo sus caderas y la alzaron al aire, para luego dejarla caer al suelo.

—¡*Madar*! —musitó, sin aliento.

—Ella no te oye —le espetó él.

Tumbada de espaldas, con la oscura mancha de su sombra entre medio de ella y la luz de la lámpara de aceite, Rebeca se juró que un día destruiría a Jacob el Huérfano.

Un amanecer tras otro, se lavaba la cara con agua fría, se ponía un chador encima y se encaminaba con Jacob al callejón de las Linternas para mirar cómo construía su casa con sus propias manos. Detrás de ésta excavó un *estakhr* para ella, y lo pavimentó con azulejos turquesa para después llenarlo con el agua del pozo que había perforado.

—¡Tu *estakhr* personal! —anunció, antes de abrir una pausa para que ella lo apreciara.

Observando cómo espejeaba el sol en las doradas aguas, Rebeca sintió que el corazón le latía con una nueva ilusión. ¿Acaso se haría realidad en esa casa la profecía de joyas, amor y felicidad que había formulado la anciana Zoroastra?

—Siempre debes nadar completamente vestida —advirtió, irguiendo un dedo amenazador, Jacob—. Si no, te mataré a latigazos. Ni las estrellas del cielo deben verte una sola uña de los pies. Sé casta y virginal siempre, excepto para transformarte en una puta en mi cama, y yo te recompensaré tratándote como a una reina.

A la noche siguiente, Jacob llegó a casa con un arrugado vestido

de terciopelo, unas botas de cabritilla y un chador de seda de China. Tras arrojarlo a los pies de Rebeca, retrocedió y se golpeó los muslos con regocijado orgullo.

¡La recompensaba por las noches que le había entregado su cuerpo!

Volvió a la cocina para servirle la cena: pierna de cordero, tuétano y menta. Esa noche, al igual que todas las noches, escondió una parte de la comida. La soledad se le hacía más llevadera si imaginaba el momento en que un desconocido de dulce voz llamaría a la puerta y le pediría que recogiera provisiones para la ruta porque iban a dirigirse, por fin, a un lugar más seguro.

—¿Dónde está la menta? —preguntó Jacob cuando Rebeca regresó con el humeante guiso.

Volvió presurosa a la cocina. Las delicadas hojas, las esbeltas ramitas y los lujuriantes manojos de menta se habían convertido en sus amigos. Casi todas las horas del día, mientras trabajaba en la fragua, él masticaba u olía la menta que ella recogía en el jardín. Era como si ella lo hubiera enseñado, de la misma manera que a un perro, a asociar el sabor y el olor de la menta al del oro líquido. Ahora, el olor a menta lo hacía sentir igual de omnipotente que cuando fundía oro, de tal modo que parecía que no tenía que copular con ella tan a menudo para afirmarse en su valía.

Oyó sus pasos, lo oyó demorarse en el umbral y luego entrar en la cocina. No se movió. No había posibilidad de huir. Lo tenía detrás, aplastándola con la barriga contra el quemador de leña, echándole el aliento en el cuello, llamándola esposa puta, arrancándole la chaqueta, manoseándole las nalgas, para luego arrastrarla de vuelta a la habitación y dejarla encima de la pila de ropa que había comprado.

No contento con haberle impuesto ser mujer antes de tiempo, creía haberla compensado con un montón de caras telas y finos velos que ella despreciaba.

Paseó la mirada por el techo, formando sombras de fantásticos animales, aves y plantas, un mundo en el que no contaba el dolor del cuerpo de Jacob encima del suyo ni la amargura de la ruptura de la promesa hecha a su madre. Un lugar donde los milagros de la anciana Zoroastra iban a cumplirse, donde daría vueltas igual de libre que las bailarinas gitanas.

—¡Di que eres mi esposa puta! —reclamó, desde lejos, la voz de Jacob.

—Nunca.

—Un día lo dirás —gimió él, mientras la aplastaba contra el terciopelo y la seda.

Pronto se levantaría y se iría a trabajar, pensó ella. Durante unas horas, se quedaría sola con el refugio de su imaginación. Tomó el chador de seda de China que tenía bajo la cabeza y examinó sus matices de tonos naranja, rojo y amarillo; Los colores del fuego. Se echó el velo sobre la cara para aspirar el olor de la seda, del tinte y de la vergüenza.

Ya con la respiración apaciguada, Jacob se puso en pie y se cubrió la desnudez con una chaqueta.

—Espera aquí. Tengo una sorpresa para ti.

Mientras miraba alejarse a su marido, Rebeca deslizó la mano por su cuerpo. Las caderas era algo más anchas y los pechos comenzaban a madurar, a la par que su vergüenza.

—Sal —oyó ordenarle a Jacob desde el jardín.

Enterró la cara en los pliegues de seda. No pensaba salir. No necesitaba más ropas, joyas ni perfumes que apestaban a desgracia, favores que avivaban su pena.

A través de la seda y el terciopelo que le tapaban los oídos, oyó que la llamaba con el tono reservado a las ocasiones en que creía estar consintiéndola. ¿Habría confundido la humillación de su cara con la gratitud? Cuando la voz se tiñó de irritación, se puso en pie.

Se quedó apoyada, desnuda, en el marco de la puerta. La brisa traía un intenso frío y la luna se desplazaba por un cielo sin nubes. Detrás de la casa sonó un ruido ronco. ¿Sería un sonido de cascos de caballo?

Jacob salió al jardín, tirando de un asno por un ronzal atado en torno a su cuello y el morro. Rebeca contuvo el aliento ante la más hermosa visión que había contemplado nunca. El animal tenía la piel del color del ónice, con una blanquísima franja que se prolongaba del hocico hasta la reluciente e inquieta cola. A cada tirón de la cuerda, el burro volvía el cuello, sacaba la roja lengua y escupía a Jacob. La rápida patada del animal mandó a Jacob volando hasta aterrizar en el suelo. Rebeca plegó los labios para reprimir la risa. Había sentido una inmediata afinidad con el terco

asno.

Jacob corrió tras el animal y lo puso de cara a ella.

—Este es el único macho que puede mirarte una sola hebra del cabello.

Rebeca estaba maravillada. Había encontrado a otro ser que iba a escupir a Jacob. Entonces vio que el pene del animal colgaba casi hasta el suelo. Para contrarrestar toda señal de masculinidad, le puso por nombre *Venus*.

Capítulo 2

REBECA observó desaparecer la silueta de su marido en la niebla matinal mientras emprendía la visita a la casa que se había convertido en una obsesión; renunciando a crear una chabacana monstruosidad, había decidido venderla a fin de comprar más lingotes de oro para alimentar su fragua.

Vestida con su extravagante atavío, corrió hacia el establo. Almohazó a *Venus*, le frotó el pelaje con grasa animal, le trenzó la cola y le ató ristras de cuentas en las patas de atrás. En el cuello le colgó un amuleto de turquesas y una bolsa de goma arábiga para preservarlo del mal de ojo. Aquél sería su diario ritual secreto. No pensaba alterar la ceremonia hasta que los regalos de Jacob —faldas, vestidos y velos— se mancharan de saliva de Venus y heredaran el olor a estiércol.

Los ojos del animal se inundaron de lágrimas. ¿Lloraba por ella? Le rozó los labios con los suyos y, apoyando la mejilla en su cuello, mojó la cicatriz de los dedos en su lengua.

—Tú eres mi único amigo —le susurró.

Venus frotó la oreja contra su hombro. Su lengua era un fresco bálsamo. El latido de su corazón le infundía valor. Apretó la nariz sobre su piel para contener el hedor a hierro que llevaba prendido consigo y cambiarlo por el reconfortante olor a animal doméstico que emanaba de él.

—¿Me seguirías queriendo si me convirtiera en una esposa puta?

El flanco del burro se agitó en contacto con su mejilla, al tiempo

que erguía las orejas. Los olores a lluvia, heno y sudor la asaltaron. Los relámpagos empaparon el establo con violentas sombras de color púrpura. Oyendo los pesados pasos que aplastaban el heno a su espalda, cerró con fuerza los párpados y apretó las riendas.

Jacob el Huérfano se acercó. Se quedó mirando su cara arrebolada y la manchada ropa de seda y terciopelo que le había comprado. Rebeca rezó para que la maldijera, pues su silencio era más venenoso que sus palabras. Jacob retrocedió de un salto para esquivar la patada que *Venus* le tenía destinada.

—No te muevas hasta que vuelva —le dijo con firmeza.

Venus se arrodilló y apoyó la cabeza en sus pies.

Oyó cómo Jacob bajaba al sótano de debajo de la cuadra y subía de nuevo por las escaleras. El crujido del heno y el tintineo del metal lo precedieron.

Llevaba en los brazos la caja de hierro donde guardó los dijes de metal que había fraguado el primer día que pasaron juntos.

La sacó del establo y la llevó a la casa. Una vez allí, fue hasta el horno y arrojó un manojo de menta al fuego. Abriendo las aletas de la nariz, se tocó la entrepierna, donde se ponía de manifiesto una erección. Luego se abrió la chaqueta y extrajo la llave de su bolsillo secreto. La llave giró en la cerradura. Después depositó la caja en los brazos de Rebeca.

—¡Póntelos!

El desconcierto y el terror la paralizaban.

—Levanta la tapa.

Rebeca continuó inmóvil. Entonces él abrió con brusquedad la caja y sacó, uno a uno, los adornos.

—¡Las herramientas de una puta! —proclamó—. Engalánate como la ramera que eres.

—Antes prefiero morir.

—Reza entonces tu última oración —musitó, rodeándole el cuello con las manos.

—Nadie escucha mis oraciones.

Los dedos siguieron apretando.

—No puedo respirar. —Resolló, con los pulmones a punto de estallar—. Me muero.

Jacob la soltó.

Rebeca abrió enseguida los ojos. Una expresión de una especie

de astucia que no comprendía pero que temía más que la dureza, fue alterándole la cara durante el rato en que estuvo observándola.

—¿Quieres marcharte? —le preguntó.

Rebeca vaciló, recelosa.

—¿De esta casa? ¿Para siempre?

—Sí. Puedes irte, con tres condiciones. Te irás ahora mismo. No te llevarás nada. Y el burro se queda aquí.

Corrió hacia la puerta y la abrió a toda prisa, sin querer dedicar otra mirada a lo que abandonaba. Siguió directa hacia la cuadra para despedirse de *Venus*. Rozó la mejilla contra la del animal, lo miró a los ojos y le acercó la boca al oído.

—No te enfades, por favor. Me voy, pero no puedo llevarte.

Con ojos tristes, el asno volvió la cabeza y escupió hacia la puerta del establo.

Asombrada, Rebeca giró sobre sí, con la certeza de que Jacob la había seguido. Entonces la asaltó un acusador sentimiento de vacío. *Venus* emitió un largo y lúgubre rebuzno. Aferrando la brida, apoyó la cara en el burro. Jacob mataría a *Venus* si se marchaba. Rebeca se dejó caer en el heno. No tenía alternativa; si se quedaba, los mataría a los dos. Debía regresar a la casa de su madre y pedir que le presentara al hombre que había dejado tras de sí una voz que no perecía. Ya de pie, se enjugó las lágrimas y se cepilló la hierba prendida a la falda.

—Perdóname, *Venus*. Adiós.

Volvió con precipitación a la casa para recoger el chador. Empujó la puerta que había quedado abierta y entró. Jacob no se había movido del centro de la estancia. Permanecía allí con la caja entre los brazos y una mueca de triunfo en la cara.

¿Pensaría que no iba a irse sin *Venus*? Sin perder tiempo fue al dormitorio, cogió el velo, se lo colocó encima de la cabeza y se encaminó a la puerta de afuera.

—Se me olvidó decírtelo —anunció él entonces—. Tu madre murió el pasado Sabbath.

Se volvió para escrutar la expresión de su marido y comprendió que decía la verdad. Entonces entendió por qué no había ido a visitarla.

Jacob volvió a tenderle el cofre, con las herramientas de una esposa-puta.

—No tienes adonde ir. Yo soy tu única esperanza.

Se dirigió con paso cansino al dormitorio, dejando caer un reguero de ropa tras de sí, convencida de que el fuego sagrado de la anciana Zoroastra predecía mentiras tan sólo, convencida de que nunca volvería a reír.

Tras frotarse almizcle debajo de la nariz a fin de superar el olor de su pérdida, extrajo los ornamentos de la caja y los examinó para descubrir a qué parte de su cuerpo iban destinados. Las hileras de aros de latón iban en las muñecas y los tobillos; las cadenas con campanillas, en el cuello; los lingotes de bronce, colgados de las orejas; las cuerdas plateadas, en torno a la cintura. Se quedó mirando un par de rosetas de cobre con cadenillas. ¿Para qué servían? No tenían cierre para las orejas, ni agujas para el pelo ni pinzas para prenderlos de alguna otra parte del cuerpo. Eran dos concavidades idénticas. Las colocó sobre los pezones y descubrió que encajaban en ellos. Cada alhaja plantó una nueva semilla de vergüenza. Ya no era ni hija ni esposa: se había transformado en la concubina de Jacob, en receptáculo de sus secreciones. Evitando el espejo, se pintó los labios de rojo, se perfiló los ojos con carbón y se roció con un perfume de especias que Jacob le había comprado. El olor le resultó aún más ofensivo que el frío tintineo del metal sobre su carne.

Entró en la habitación y se acercó a Jacob.

—¡Enciéndeme!

Se puso de puntillas y con los brazos levantados, retorció las manos y echó hacia atrás los rizos, imitando las danzas de las gitanas.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —reclamó él, aplaudiendo con entusiasmo.

Comenzó a girar bajo la lámpara de aceite. El taconeo de sus pies producía en el suelo metálico un ruido de tambor. Cada vuelta, cada quiebro, cada ondulación agudizaba el reflejo de la luz en los ornamentos y rebotaba en los ávidos ojos de él. Era una muñeca plateada; la flexible curva de sus nalgas se moldeaba bajo el velo. El brillo de desafío de su mirada avivaba la pasión de Jacob.

Evitaba posar la vista en las enloquecidas máscaras. Recorrió con las puntas de los dedos los pezones rodeados con las rosetas al tiempo que se colocaba de rodillas y se inclinaba hacia atrás, hasta

tocar el suelo con los largos cabellos.

Del pecho de Jacob surgió un rugido.

—Abre las piernas —exigió, aferrándose el hinchado pene.

Rebeca se preparó para soportar la enormidad de su peso.

En cada arrebato de lujuria, él la amenazaba con desterrarla del cielo si no acogía bien su semilla.

—Me darás hijos varones. ¡Es tu única manera de salvarte del fuego del infierno!

El horno arrojaba chispas contra las paredes tiznadas. ¿Habría en el fuego del infierno voces como las que rugían en la fragua atormentándola con silenciosas palabras?: «Eres débil, Rebeca. Te da miedo la libertad.»

El humo y las lágrimas le escocían en los ojos.

Los feroces monstruos se fundían con el hierro en el fondo de la fragua para luego encabritarse produciendo intimidatorios ecos: «Dios te dio la posibilidad de elegir, y tú rehusaste. Lo has perdido.»

—¡No! —gritó, sobresaltando a Jacob, que interrumpió su rítmico frenesí.

—Di «soy una puta» —jadeó—. Más fuerte. Más fuerte.

Apartó la cara de la suya y, por primera vez desde que estaban casados, lo tocó por iniciativa propia a fin de hacerlo callar.

—Soy tu puta —susurró.

Su vergüenza culminó en la culpa.

A los catorce años, la simiente de Jacob el Huérfano cobró vida en ella.

Con un vaso de líquido transparente en una mano, éste sostenía con la otra un pequeño fajo que desenvolvió para mostrarle un bulto de carne que no alcanzó a identificar.

Se inclinó más cerca, sin saber si se trataba de otro regalo, aunque enseguida retrocedió, al percibir el repugnante olor a sangre rancia.

—¡Prepucios! —anunció él con una risotada.

Una oleada de bilis le inundó la garganta. Se tapó la boca con la mano, temiendo vomitar sobre el tesoro que con tanto orgullo le presentaba su marido. ¿Qué tenía que ver ella con los prepucios?

—¿Tienes el estómago vacío?

—Sí —murmuró.

—¡Aceite de castor caliente! —proclamó levantando el vaso. Luego le metió un prepucio en el fondo de la boca—. Trágalo con el aceite y no se te ocurra vomitar.

La traslúcida piel de Rebeca se volvió morada y los ojos adoptaron un oscuro tono purpúreo con el esfuerzo que tuvo que realizar para hacer llegar hasta sus entrañas los prepucios del hijo de otra mujer.

—Así, mi hermosa esposa dará a luz a un viril niño —dictaminó Jacob, alimentando el horno con pedazos de metal—. Mi hijo nacerá en un mundo de oro.

Rebeca rogaba a Dios para que acudiera a socorrerla. Había maldecido, suplicado, amenazado y al final se había rendido, sin resultado. Tal vez si se volvía más piadosa, él la escucharía. Pese a que nunca antes se había acordado de encender las velas del Sabbath, ahora transformaba cada atardecer en su propio Sabbath particular. Si el Dios de su madre concedía deseos en el día sagrado, ella haría que cada noche lo fuera. Frente a las velas, con los rizos cubiertos con un velo, rezaba para tener un hijo varón, para que Jacob se apiadara de ella y no la enviara al infierno.

Rebeca entró de parto a mediodía. Su marido estaba afuera fundiendo hierro.

La comadrona, que iba a verla al amanecer, a mediodía y al caer la tarde, murmuraba conjuros entre dientes mientras ponía a hervir agua y cortaba jirones de percal. Luego la examinó.

—Hija, si no paras de temblar, tu hijo tendrá miedo de acudir al mundo. ¿Qué es lo que te asusta?

La aterrorizaba la posibilidad de que se cumplieran sus oraciones, de dar a luz a un varón, de morir, de verse proyectada a lo desconocido. No debía haber rezado por tener un hijo, porque un varón no sería más que una prolongación de Jacob el Huérfano, que seguiría sus pasos y se pondría a fundir, quemar y destruir cuanto hallara en su camino. En sus sueños, había dado a luz sin problemas a una niña, pero el dolor de traer al mundo a un niño la había

partido por la mitad. Rebeca cerró los ojos para borrar los demonios de Jacob.

—No va a durar mucho —predijo la comadrona, apoyando la mano en su frente—. El cuello del útero tiene una abertura del tamaño de una moneda de las grandes. Ahora, respira hondo y aprieta.

Invocando a Abraham, Isaac y Jacob, la partera introdujo la mano en el cuerpo de Rebeca para girar al pequeño y facilitar su nacimiento. Rebeca se abatió, sintiendo que se ensanchaba, aquejada por un dolor mucho peor que el que había experimentado en sueños. Estaba dando a luz a un niño. El pequeño nació en silencio. Rebeca abrió de repente los ojos. ¿Habría matado Jacob con su crueldad al feto?

—¿Es un niño?

—Una niña, hija.

—¿Por qué no llora? —preguntó Rebeca.

—Está sonriendo.

La comadrona depositó al bebé sobre el vientre de Rebeca. Dios era misericordioso; no la había abandonado. Le había perdonado sus noches con Jacob, su transformación en una puta. Le había concedido una niña. Una hija. Una aliada, una amiga. Ella, a cambio, demostraría que había reunido valor gracias a la generosidad divina y protegería a su hija, la vigilaría noche y día hasta haber planificado la forma de escapar con ella. Debía comenzar a buscar en la casa las riquezas de Jacob, el lingote y las monedas de oro. Necesitaría dinero para viajar con su hija a un lugar lejano, a un mundo donde no hubiera maldad, ni hierro, ni fuego, ni barreras.

Acarició la mejilla de su hija, le tocó los labios y aspiró su inocencia. Entonces la invadió un dulce desmayo, un aturdimiento, una agradable extenuación. Por aquello había merecido la pena la humillación de tragar sanguinolentos prepucios, las noches que había bailado para Jacob, en que se había contaminado con su odioso perfume y asfixiado bajo su peso.

Su hija recibiría una buena educación… mejor que la de todas las niñas del Barrio Judío. Aprendería a expresar sus sentimientos. Ella le leería el *Rubayat de Omar Khayyam* y le enseñaría a recitar poesía. Permitiría que eligiera por sí misma marido. Un hombre

cuyo olor le agradara. La noche de la boda, dignatarios y gente importante de la vecindad pasarían a felicitarla y a presentar regalos de palisandro lacado y joyas de filigrana. Su hija se iría a vivir a una casa de ladrillo como la que había al fondo de un callejón, lejos del basurero, en la mejor zona del barrio. Dispondría de una habitación para ella sola y de una criada para lavar la colada.

En la distancia sonó el eco de los pasos de Jacob.

Los sueños de Rebeca se disiparon.

Había dado a luz a una hija, tan sólo para arrojarla al malvado mundo de Jacob el Huérfano. A los horrores de los que ella misma no podía sustraerse.

Jacob golpeó la puerta cerrada con llave con sus botas de suelas de metal y exigió ver a su heredero. Una violenta patada hizo saltar el pestillo por los aires.

Con sus piernas fortalecidas de tanto sostener su voluminoso cuerpo, caminó hasta el jergón de Rebeca. Ésta yacía con las sábanas empapadas de sangre y sudor, con la pequeña abrazada contra su seno.

La habitación quedó inmersa bajo una nube de miedo, el olor a sangre, a parto y a hierro. Jacob el Huérfano proyectaba su sombra en el centro.

Entonces agarró a la pequeña y la puso en alto. Se quedó mirándola, bizqueando.

—¡Dios santo! —gritó al cielo—. ¿Cómo te atreves a obrar en contra de mi voluntad?

La comadrona le quitó a la niña y salió corriendo.

Jacob volvió el ensombrecido rostro hacia el horno y tomó el guante de tela metálica. Después descolgó el hurgón de la pared y lo metió en el hogar, avivando las llamas.

Rebeca observó la punta del hurgón, donde comenzaba a florecer una brasa. Era hermosa, como los capullos a punto de abrirse. Ella adornaría el pelo de su hija con rosas, esparciría pétalos en su cuna, en el estanque, en la silla de *Venus* y llenaría con ellos cuencos que dispondría por toda la casa.

Jacob el Huérfano movió el atizador en el fuego, lo sacó para examinarlo y volvió a introducirlo. Otra vez lo extrajo y escupió en la punta. Luego lo acercó al oído y se deleitó con el chisporroteo

que producía al secarse la saliva.

Rebeca se llevó la mano al corazón. ¿Qué se proponía hacer? Era preciso que no echara a perder aquella hora que le había sido otorgada. Prometió a Dios que pagaría su bondad encendiendo todavía las velas del Sabbath y asistiendo a los servicios de la sinagoga del Rabino Tuerto. Después de las ceremonias, se permitiría cierto grado de vanidad exhibiendo la belleza de su hija. Cruzarían el bazar montadas en *Venus* para que la gente viera que su hija tenía la misma piel marfileña y los labios carnosos de su madre y que no era bizca ni adusta como su padre.

Jacob se aproximó a la cama.

Como si estuviera contemplando un fantástico sueño, Rebeca relacionó la imagen de aquel amenazador desconocido con la de Ahriman, el diablo que habitaba en los resecos y enmohecidos pergaminos de la anciana Zoroastra. Tenía unos pies pequeños y femeninos metidos en unas grandes botas, que entonces apuntaló al lado de su colchón. Con opresiva inmovilidad, le taladró el cuerpo desnudo con la mirada.

Sostenía sobre ella el hurgón, que despedía un calor insoportable.

—Por favor —suplicó—. Por favor, déjame en paz.

Jacob el Huérfano hundió la punta del hurgón entre sus pechos.

Elevada en las alas de una brisa, se alejó flotando.

El cielo se volvió resplandeciente. Los objetos cristalinos, las muñecas de porcelana, los carros esmeralda y los animalillos de piedra viajaban en livianas ráfagas. En el luminoso horizonte, unos espíritus tocados con velos señalaron un arbusto de jazmín coronado de llamas de velas. El grupo de mensajeros que la aguardaba a los pies del arbolillo la animó a avanzar. Más deprisa, le susurraron con voces que resonaban en su pecho, queda poco tiempo para el alba, y entonces deberemos callar para oír las plegarias y alabanzas de los vivos.

Rebeca suspiró, satisfecha. Perdonaría a su madre, perdonaría a su marido, haría de ese lugar, donde no ardían fuegos, su hogar.

El eco del nombre de su hija llegaba desde remotos parajes.

Ella no le había puesto aún nombre a su hija.

¿Quién lo había hecho? Aguzó el oído.

¡Polvo de Oro!

Jacob el Huérfano llamaba Polvo de Oro a la niña. ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía para él ese nombre? ¿La estaría identificando con el oro a fin de tolerar su presencia? Si se quedaba allí, Jacob convertiría a su hija en una ramera huérfana de madre.

Rebeca cayó en picado hasta el dormitorio impregnado con el acre olor a carne quemada. Jacob se había ido y la fragua estaba fría. El hurgón permanecía colgado en su gancho.

—¡Nuestras santas madres son compasivas, *khanom*! —exclamó la comadrona—. Se te había parado el corazón. Pensábamos que estabas muerta.

Le depositó a la niña en el regazo. Polvo de Oro buscó con ávida boca el pezón, intensificando el dolor. Rebeca no lloró. Había atravesado el cielo y el infierno y había regresado para salvar a su hija. No podía permitirse el alivio de las lágrimas.

Más adelante, adquirió el convencimiento de que por el hecho de no haber gritado su dolor, el hurgón le había dejado una quemadura permanente, una marca que se volvía caliente o fría según fueran sus sentimientos, un candado que mantenía encerrada la pena en su pecho y destruía su fe, pero que a cambio le proporcionaba el coraje para luchar.

■

Capítulo 3

JACOB el Huérfano observaba a su hija de tres años, buscando un parecido que lo persuadiera de que era el auténtico vástago de su sangre.

Durante los tres años anteriores, había achacado a Polvo de Oro su imposibilidad de afrontar el ojo acusador que se había abierto entre los pechos de Rebeca, la maldición que le impedía tocarla. La maldita mirada era tan terrorífica que después del nacimiento de la niña, su pasión sólo se encendía cuando Rebeca bailaba.

Ésta pasaba por su lado, fingiendo quitar el polvo de los muebles.

—¡Esta criatura no es mi hija! ¿De quién ha heredado esa piel tan blanca?

Depositando un plato de menta en la mesa, Rebeca se preguntó a qué retorcidas conclusiones estaría llegando. Le gustaba verlo pelear con su atormentado interior, vigilar su creciente obsesión con el oro y la menta, observar cómo retrocedía ante la forma carmesí de la marca que le había infligido y que, de manera sutil, había supuesto un triunfo. Al intensificarse, sus miedos y delirios lo estaban despojando de sus últimos vestigios de poder.

—¿Con quién fornicaste? —preguntó.

—Yo no salgo casi de esta casa.

—Las putas encuentran la manera —replicó sin arrestos para posar la vista en la infinita indiferencia de sus ojos—. Estoy cansado de criar a una bastarda. Un día le voy a meter hierro líquido por la

garganta.

Rebeca levantó a Polvo de Oro de su regazo y abandonó la habitación. ¿Sería capaz Jacob de tal atrocidad? ¿Llegaría a matar a su propia hija?

Rebeca fue a solicitar ayuda a la anciana Zoroastra.

—Anciana —le dijo, soportando apenas el calor que le ardía entre los pechos—, ¿podríais preparar una mixtura que protegiera a Polvo de Oro, en caso de que consumiera hierro líquido?

La Zoroastra no alzó la cabeza, ni abrió los ojos ni formuló preguntas. Había mirado el interior de su fuego y había visto a Rebeca acercarse a lomos del burro. La vieja había soltado una risita y se había frotado las manos con entusiasmo. Recordaba la ocasión en que había predicho asombrosos prodigios en la vida de Rebeca. Desde entonces habían transcurrido siete años y Rebeca tenía ya diecisiete. Si bien había perdido fe en el fuego sagrado, había conservado la esperanza y esa fuente daría luz a muchos más milagros.

El jarabe estaba reposando en una ubre de vaca tratada. El espeso y lechoso líquido estaba elaborado con la capa externa de perlas y conchas molida y macerada con raíces de ciprés, mirra y agárico, que ligaban y hacían digeribles los ingredientes.

—Este líquido no se mezcla bien con las aleaciones —explicó la Zoroastra al tiempo que tendía la ubre a Rebeca—. Durante treinta días, dáselo a tu hija con la teta, una gota tan sólo, y después aumenta la cantidad hasta lo que cabe en el cuenco de la mano durante otros veinte días. Eso formará una capa en su sistema digestivo, y así ni el hierro líquido podrá quemarla.

Rebeca examinó la turgente ubre, notando su calidez.

—No más de lo que cabe en el cuenco de la mano —advirtió, con un suspiro, la anciana—. Sé prudente. Una cantidad mayor pasaría a la sangre y la envenenaría.

Rebeca tomó con ambas manos aquel tesoro.

—¡Vete! —musitó la anciana—. Que la mano de Ahura Mazda te socorra y recuerda que después del dolor hay siempre risas.

Todas las noches, antes de acostar a Polvo de Oro, Rebeca le ponía en la boca una gota ordeñada en la ubre. Observaba que cuando su hija bebía leche de cabra caliente, aunque el vapor le subiera de la garganta, en su cara no se manifestaba ninguna señal

de dolor. Reparó asimismo en que bebía de la sopa de Jacob sin pestañear. Maravillada por su resistencia a los líquidos calientes, hacía votos por que el elixir hubiera creado una barrera protectora en su interior.

—¡Polvo de Oro!

La voz de Rebeca resonó, cargada de pavor, por toda la casa. ¿Adonde la había llevado Jacob? ¿A obligarla a beber hierro líquido?

—¡Polvo de Oro!

Jacob estaba sentado junto a la fragua, con Polvo de Oro en el regazo. Enseguida la arrojó a los brazos de Rebeca.

—¿Qué le has hecho?

—El diablo ha infligido una maldición a tu hija —gritó antes de salir corriendo de la casa.

Rebeca aplicó el oído al corazón de su hija. Sus huesos cantaban. Se habían convertido en flautas. Unas melodiosas vibraciones recorrían los tuétanos, y de cada poro brotaban tristes notas.

¿Habría sido el miedo producido por la música lo que había impedido que Jacob cumpliera su amenaza, o era el elixir de la Zoroastra lo que había salvado a Polvo de Oro del hierro líquido que Jacob la había forzado a tragar?

—Polvo de Oro —susurró—. ¿Has bebido algo muy caliente?

Polvo de Oro se quedó mirándola y luego se tocó la garganta.

—Jacob se ha ido. No tengas miedo. ¿Te duele aquí?

Polvo de Oro abrió la boca, mostrando el viscoso residuo que le cubría la lengua y la garganta. Rebeca le frotó la lengua con el dedo y luego se lo llevó a la boca. ¿Era aquél el cáustico sabor del hierro, o era el sabor de su propio temor?

—Ayúdame, Oro. ¿Era caliente?

—No —contestó Polvo de Oro—. Era amargo.

Con su hija apretada en el regazo, Rebeca trató de descifrar las melodías de sus huesos.

Cuando Polvo de Oro estaba triste o le dolía algo, su música se asemejaba a las melancólicas notas de un *sitar*, cuando estaba confusa, se parecía al discordante son de las panderetas, y cuando

estaba contenta, a un juguetón campanilleo. A lo largo de los meses siguientes, Rebeca descubrió que la música de su hija era la manifestación de sus emociones.

Sus sentimientos se habían transferido a la médula para gozar de la protección de los huesos.

Rebeca resolvió enseñar a Polvo de Oro a controlar su música.

—Imagina que vas por todas partes dejando que tus huesos canten en presencia de amigos y enemigos. Aprende a contener tu música igual como lo haces con las lágrimas o la risa.

Polvo de Oro escuchaba con una inocente expresión de asombro pintada en los ojos de color miel.

—Las mujeres deben reconocer sus puntos débiles y sus puntos fuertes —prosiguió Rebeca—. El tuyo está en los huesos. Por eso te duelen cuando estás triste y cantan cuando estás alegre. Aprende a utilizar tu música según te convenga más.

Polvo de Oro demostró ser una astuta alumna. Aprendió a acallar los huesos delante de los desconocidos y a componer animadas melodías cuando su madre estaba abatida.

Al final, las notas alegres o melancólicas acabaron sustituyendo en su caso a las lágrimas.

Rebeca fue al pozo a lavarse la sangre menstrual.

Expresaba su quejido a las copas de los árboles, a los cuervos, a los arroyos. La anciana Zoroastra había prometido permanecer cercana como una plegaria a Polvo de Oro. Había faltado, no obstante, a su promesa. Polvo de Oro no podía llorar. ¿Cómo iba a soportar aquella vida sin el consuelo del llanto?

El agua del pozo gruñó. Los cuervos quedaron en silencio. Rebeca se introdujo un tapón de lana empapada en jugo de sauce llorón. Algún día, la cicatriz perdería tal vez su intensa palpitación y la capacidad de intimidar a Jacob. Entonces copularía de nuevo con ella. Nunca volvería, sin embargo, a darle descendencia, hijos que se olvidaban de llorar.

A su regreso del pozo, Jacob se replegó ante el violáceo hielo de sus ojos. Se fue a la fragua y pasó horas haciendo el amor con el hierro, moldeando metales, fundiendo cobre mezclado con latón

para crear objetos de bronce. Luego los arrojó todos al fuego.

—Yo quiero oro, sin resto de las aleaciones de base —tronó, como si con la fuerza de su voz quisiera obligar a Dios a plegarse a sus deseos.

Rebeca le sirvió su cena, el estofado repleto de huesos de ternera. Tras sentarse a la mesa, él los golpeó en un plato metálico y se llenó la boca de pan de *sangak* empapado con el tuétano.

—Pronto me volveré inmortal como el oro —vociferó, al tiempo que se sorbía los dientes para desencajar los restos de menta—. ¿Entiendes eso, mujer?

—No —respondió Rebeca—, pero tengo fe en ti. Estoy segura de que conoces un secreto que yo ignoro.

¿Habría vivido alguien eternamente? se preguntó, notando un ardor en la cicatriz. Ya era bastante difícil protegerse a sí misma; se le estaba volviendo imposible amparar a Polvo de Oro.

—Si tuvieras un poco de cerebro en esa cabecita —espetó Jacob —, comprenderías el concepto de la inmortalidad. Cuando el oro se funde, se altera y se vuelve líquido, cuando se enfría se solidifica de nuevo. En ambos estados permanece tangible y nunca se esfuma en la nada como ocurre con las personas al morir.

Rebeca sintió que el frío invadía la habitación, al tiempo que una brisa le agitaba el pelo. Jacob movía los labios, pero ella no lo oía. Estaba pendiente de una idea que había acudido a ella como una revelación. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? El punto débil de los hombres se halla en lo que más atesoran. Lanzó un manojo de menta a las llamas y la sala recuperó su calidez. Luego se enjugó la frente. Jacob golpeó la mesa con un cuchillo de carnicero.

—¿Dónde estás, mujer? ¿Me has oído?

Rebeca roció con más menta el tuétano que él devoró, y después arrojó un plato de aromática hierba al fuego.

—Ahora lo entiendo. El oro sobrevive incluso al fuego, que lo destruye todo. ¿Pero cómo podrías convertirte tú en oro?

Jacob se frotó su abultado miembro.

—Rebuzna como tu querido *Venus*, y te lo diré.

Que la azotara si quería. Que la matara. Estaba dispuesta a morir, pero no pensaba rebuznar como un asno.

—Acicálate primero con mis joyas.

Posó en él una mirada glacial, como una maldición.

—¡Ahora mismo! Si no, ahogaré a Polvo de Oro en el pozo.

Rebeca corrió en busca del cofre de dijes. Protegería a su hija aunque tuviera que rebuznar, aunque tuviera que invertir horas en excitar a Jacob hasta un estado de éxtasis en el que se desahogara solo, sin necesidad de tocarla.

Salió sin experimentar temor ante Jacob, sorprendida por la dureza que la embargaba. ¿Habría perdido todo sentimiento? Los adornos de metal que Jacob había realizado le cubrían buena parte del cuerpo, prendidos de las orejas, el cuello, la cintura y los tobillos. Sus últimos regalos, unos anillos de bronce para los pies, le causaban dolor al caminar. De una cuerda que le rodeaba el cuello pendía una medalla de cobre que Jacob había confeccionado con el mismo tamaño y contorno de su cicatriz a fin de ocultarla.

—¡Abre las piernas! —gritó.

Rebeca se tendió en la alfombra y separó los muslos.

—¡Bien abierta! ¿Es que no tienes manos?

Rebeca puso al descubierto con los dedos la oscura cavidad rosa, donde se clavó la mirada de él, punzante como una daga.

—¡Gime!

Se echó hacia atrás y, combándose, dejó escapar varios suspiros de la garganta.

—¡Más fuerte!

Del fondo de su estómago brotaron unos sonidos animales. Tenía el cuerpo reluciente de sudor y le temblaban las nalgas a causa de la tensión de mantenerse expuesta ante él.

—¡Ahora levántate y baila para mí!

Bajo la lámpara de aceite, Rebeca giró de puntillas, produciendo un revuelo de rizos. Con un frenético tintineo de metal, se desplazó de una esquina a otra, recogiendo a su paso puñados de menta que arrojó a las llamas. El olor a menta quemada impregnó el aire.

Hizo balancear los pechos delante de los ojos de él, agitó los pezones con su aderezo de rosetas por encima de sus rodillas y lo provocó primero con uno y luego con otro, haciendo alarde de la flexibilidad adquirida a fuerza de bailar durante años. Él se revolvió en su asiento, con la nariz perlada de sudor. Puso los ojos en blanco, dejando visibles dos ranuras tan sólo. Entonces ella lo agarró y sus gemidos se intensificaron. Le bastó con apretar un poco para desencadenar sus convulsiones.

—Ya te puedes vaciar del todo, hijo de perra, porque ésta será la última vez que lo hagas.

—No te atrevas a hacerte vieja conmigo —advirtió, jadeante.

—No, descuida —repuso ella con voz dulce y empalagosa—. No me haré vieja si me enseñas cómo volverme inmortal.

Jacob se hallaba frente al horno, de espaldas a Rebeca. Ella estaba apoyada en el marco de la puerta, con la mano posada en el corazón. Esta noche, te convertirás en oro. Sé valiente. Compórtate como un hombre. Vence el fuego, le rogaba en silencio. Debería arrojar más menta a las llamas, borrar los últimos restos de duda, recordarle su virilidad, su capacidad de triunfo.

Tenía que armarse de valor y prepararse para lo desconocido, actuar de tal modo que aquella noche fuera la que había estado esperando.

Jacob el Huérfano se quitó las botas, se despojó de los pantalones de percal y lanzó a un lado la camisa. Cuando dejó caer el chaleco al suelo de metal, la llave resonó a través de la tela del bolsillo. Observando el reflejo de la luz en su cuerpo desnudo, a Rebeca le brincó el corazón en el pecho. Había aprendido a interpretar cómo funcionaba su cabeza. Se enfrentaría al fuego como un guerrero, sin nada que se interpusiera entre él y las llamas. Se agitó un momento, vacilando. ¿Habría captado su presencia? Permaneció inmóvil, silenciosa.

Jacob giró sobre sí y la miró. El fuego le galvanizaba la mirada. Dos opacas esferas de mármol le enfocaron los ojos, con las diminutas pupilas reducidas a dos oscuros puntos.

—No te vuelvas inmortal, por favor. No nos abandones. Te necesitamos. —Se aproximó al tazón, al tiempo que se desabotonaba la blusa y arrojó las hierbas al fuego—. Piensa en nosotras, tus niñas.

Jacob ahuecó las aletas de la nariz y endureció la expresión, manifestando su decisión de no ceder a sus ruegos.

Rebeca avanzó, hasta rozarle casi el pecho con los senos. El olor de menta saturaba el aire. Era viril, invencible. ¿Tendría el valor para preservar para siempre aquel momento?

Rebeca se quitó la blusa, dejando al descubierto los erguidos pezones.

Jacob la miró y, alarmado por el resplandor que palpitaba entre sus pechos, se tapó los ojos con las manos.

Jacob el Huérfano levantó un pie y luego otro, sorteando el borde de pared que separaba el horno de la sala.

Dio un paso hacia las llamas.

La espalda comenzó a arder. El chisporroteo del pelo, la piel y la carne incendiadas se expandió por la habitación. Las llamas lo envolvieron con un lento movimiento de pesadilla. Jacob se volvió hacia ella. Tras la crepitante cortina, abrió la boca formando una sonrisa que enseguida se fundió, convertida en mueca. El fuego sofocó su grito. La cara deformada empezó a disolverse.

—Al fin y al cabo, no eras de oro —murmuró Rebeca al montón de grasa que quedó en el fondo de la fragua.

Luego tomó una rama de menta y se la colocó detrás de la oreja para ahuyentar la pestilencia del Diablo.

Capítulo 4

AL día siguiente hizo calor. Ni siquiera el sol lograba hallar refugio detrás de las abultadas nubes. Corriendo por las callejuelas con su hija de la mano, Rebeca se arrancaba mechas de pelo, pregonando a gritos que la peste negra había consumido a su marido. Aquejado de escalofríos y sudores, había vomitado y vomitado, hasta que se le habían puesto morados los pies. Ya no controlaba el vientre, se le había encogido la cabeza y no podía cerrar los ojos. Ni siquiera era capaz de tomar una gota de agua, chillaba. ¡Qué muerte más atroz! Interpelaba al populacho como si sus palabras tuvieran las virtudes de una bendición.

—Ojalá no os pase nunca lo mismo a vosotros.

Las madres se apresuraban a coger en brazos a sus hijos, los hombres se escabullían con sigilo y las mujeres se parapetaban detrás de los troncos de los árboles.

—Jacob quería que lo enterraran en el patio de su casa —sollozaba Rebeca—. Necesito unos brazos fuertes para lavar el cadáver y cavar una tumba.

Entre la multitud, los numerosos hombres sanos y mujeres jóvenes, que habrían podido prestar ayuda para amortajar el cadáver y realizar el entierro, desviaban la vista. Por temor a contraer la enfermedad, nadie se ofreció a socorrer a Rebeca. Unos se iban y otros se quedaban retorciendo las borlas de sus chales judaicos. Algunos se ponían a pasar las cuentas de los rosarios, con la vista elevada al cielo en busca de un salvador. Más de uno, como

Heshmat la Casamentera que había encontrado una nueva cuestión sobre la que rumiar, comentó en voz baja que puesto que Rebeca nunca había sido feliz en su matrimonio, aquella manifestación de pena tan desmesurada tenía sin duda la finalidad de ocultar alguna vergüenza secreta que el tiempo se encargaría de revelar.

A sus dieciocho años, Rebeca se encerró en su casa, como si se recluyera frente a un mundo despiadado. Así evitaría la curiosidad de los vecinos y las preguntas: ¿Cómo consumió la peste a Jacob? ¿Por qué no afectó la enfermedad a su esposa y a su hija? ¿Cómo logró enterrar un cadáver tan pesado? El tiempo enturbiaría sus recuerdos. Acabarían por olvidar. Cuando Polvo de Oro tuviera edad de casarse, Rebeca saldría para ir al bazar, reaparecería con tal esplendor que la comunidad no tendría más alternativa que acogerlas. Exhibiría la belleza de su hija y le buscaría un joven al que hubieran enseñado a respetar a las mujeres.

Rebeca se puso manos a la obra, con el propósito de localizar la fortuna de su difunto marido. Desgarró las envolturas de los colchones y almohadas y los vació de plumas. Desencajó los ladrillos próximos al horno del dormitorio y cavó bajo el suelo metálico de la cocina. En el corral, hurgó bajo la paja y el fango. En el sótano, removió los utensilios y moldes que su marido había usado para crear las joyas.

No había dejado tras de sí más que el olor de la fragua, el hedor de su rencor y la vergüenza de la pobreza.

De un día para otro, Rebeca pasó a ser una mujer pobre.

Al poco tiempo, el asno se había quedado en la piel y los huesos.

Rebeca vendió las joyas, la ropa de lujo y la caja de los dijes: las herramientas de una puta. Cuando no le quedó nada más para trocar, Polvo de Oro comenzó a padecer malnutrición. La barriga se le hinchó como el vientre de una jarra de barro, la lengua se le llenó de grietas, el pelo se le caía a puñados y no paraba de gemir.

A Rebeca se le partía el corazón oyendo los débiles gritos de hambre que habían sustituido la risa de Polvo de Oro. Había soportado la cicatriz de la quemadura con paciente dignidad. Se había puesto a gatas y rebuznado como un asno para proteger a su

hija. No podía permitir que muriera de inanición.

La noche de *Noi*, la más tenebrosa y larga del año, cuando las lechuzas no pestañean por temor a perderse las travesuras de Belcebú, Rebeca salió de casa con un saco bajo el brazo y se dirigió al basurero. El cielo era un manto de terciopelo negro cuya tristeza no mitigaba la luna. El aire estaba quieto, sin un soplo de brisa que transportara el aroma de las flores o la pestilencia de la basura. No había ni un grillo que perturbara con su canto el silencio, ni una luciérnaga que iluminara la impenetrable oscuridad. Revolvió las inmundicias cuyas ponzoñosas emanaciones producían enfermedades contagiosas y gusanos blancos que provocaban una sangrienta afección de los intestinos. El tacto y una aguda vista —cultivada observando trabajar a Jacob—, le indicaban lo que debía seleccionar. Se fue con un saco lleno de pedazos de hojalata y metal para fundirlos en la fragua de herrero que funcionaba en el centro del bazar, pues se había jurado a sí misma no volver a encender nunca el fuego de su habitación.

Primero metió en las llamas la medalla que su marido había forjado para ocultar su cicatriz y después, imitándolo, fundió metales y los vertió en moldes. Así creó utensilios de cocina, alfileres decorativos para mujeres y bisutería barata para niñas. Había tomado la resolución de seguir con aquella actividad hasta haber ahorrado dinero suficiente para poder comprar telas y hacer de vendedora ambulante.

Como un fantasma al abrigo de la noche, con un saco colgado del hombro, visitaba las casas del límite del Barrio Judío y disponía los objetos en el suelo. Vendió seis cucharas a una familia, un juego de cuchillos a otra, una pulsera a una mujer embarazada que había atisbado en sueños el interior de su vientre y había visto una niña en él. Rebeca tendía mudamente la mano, aceptando el precio que le ofrecían. En ocasiones la estafaban; en otras, alguna persona caritativa le daba más del valor de su mercancía.

Pasó a ser conocida como la herrera que trocaba sus productos en la oscuridad. Los habitantes de las afueras del Barrio Judío percibían sólo el brillo de un ojo a través de la tela de su velo y no la reconocían si la veían de día.

Para cuando los cabellos de color café de Polvo de Oro hubieron recuperado su brillo y sus ojos volvieron a chispear de salud,

Rebeca había acumulado suficiente dinero para comprar telas. Hizo correr la voz de que pagarían bien los materiales de calidad superior bordados con hilos de lujo. Las mujeres se precipitaron a los bazares e invirtieron los ahorros de toda una vida en alambres de plata y hebras de seda impregnadas de metales líquidos para tejer telas de un brillo excepcional. Rebeca demostró tener un excelente ojo para adquirir los materiales que las mujeres considerarían imprescindibles. El nombre de Rebeca la Tratante de Telas traspasó las fronteras del Barrio Judío hasta llegar a oídos de las musulmanas acaudaladas que no temían gastar dinero en su vanidad.

El eco de la voz de Jacob se negaba, no obstante, a abandonar a Rebeca. Ni las estrellas del cielo deben verte una sola uña de los pies. ¡*Venus* es el único macho que puede mirarte una sola hebra de cabello! Iba de puerta en puerta, sintiendo una perenne quemazón entre los pechos y una sed de venganza eterna.

Una noche, un cliente le ofreció a cambio de pasar una noche con él una suma suficiente para enmarcar el tapiz de sus más elevados sueños. Rebeca tiró el saco de metales al basurero. De todos modos, ya llevaba estampada la marca de la prostituta. ¿Por qué no aprovechar pues esa vergüenza y reunir una respetable dote para Polvo de Oro?

Encargó a un zapatero unas sandalias con suelas que dejaran grabada la leyenda SÍGUEME en la tierra. Después hizo saber a sus clientes varones que estaba dispuesta a pasar un rato con ellos si prometían esfumarse de su vida sin dejar más huellas que el efímero olor de su persona.

Por los baños y las trastiendas de los puestos del bazar, comenzaron a circular rumores sobre la cicatriz que Rebeca tenía entre los pechos. Los hombres juraban que ésta cambiaba de forma según su estado de ánimo, que relucía cuando hacía el amor y que quemaba cuando estaba enfadada. La forma exacta seguía siendo un misterio para todos salvo para Rebeca y sus hombres, los cuales aseguraban entre susurros que «la cosa» era un fenómeno sobrenatural. Rebeca cada vez tenía más ocupadas las noches, ya que movidos por la

curiosidad, tanto hombres solteros como casados, padres de familia como abuelos, judíos como cristianos o musulmanes estaban ansiosos por visitar aquel maravilloso don de Dios: una hermosa mujer de ojos de color malva que llevaba tan sólo una marca entre los pechos y una rama de menta detrás de la oreja.

Los hombres normales acudían en busca de una hora de excitación; algunos eruditos deseaban únicamente un espacio para dar reposo a sus mentes fatigadas, y de vez en cuando acogía a algún guerrero que sentía la necesidad de hacer alarde de sus triunfos. Rebeca aprendió mucho acerca de las particularidades de los hombres, de lo que transformaba a un hombre ordinario en un soldado excepcional y lo que provocaba la caída de los grandes reyes.

Rebeca era selectiva y recibía casi siempre a clientes ricos. De vez en cuando, si un pobre diablo llamaba a su puerta, le ofrecía sus servicios por menos dinero del que solía cobrar si éste tenía una voz agradable. Aún era joven y rebosaba esperanza, y creía por ello que algún día descifraría el misterio de la voz que seguía obsesionándola.

Capítulo 5

LOS buenos augurios en los posos de café, la femenina curva de las caderas de Polvo de Oro, la atractiva oscilación de su andar, su expansiva risa y sus inquisitivas preguntas indicaron a Rebeca que su hija estaba lista para ser presentada al mundo.

Entonces inició la búsqueda del soltero más cultivado del Barrio Judío. Estaba convencida de que la sabiduría otorgaba a los hombres confianza y desenvoltura en sus relaciones con las mujeres, en tanto que los hombres analfabetos como Jacob querían compensar su ignorancia sofocando el alma de la mujer. Las pesquisas de Rebeca no se extendieron mucho, pues en el barrio, eran pocas las familias de buena posición en las que hubiera un hijo culto de la edad adecuada para Polvo de Oro. Rebeca se enteró de la existencia de un mercader, Ruh'Alá el Espíritu de Dios, que vivía con su hijo, Ebrahim, en una residencia de auténtico ladrillo cocido, lo cual era todo un lujo en un lugar donde predominaba el adobe.

Fue a inspeccionar la propiedad del mercader. Para acceder a la casa, construida a un nivel inferior al de la calle, había que bajar unas escaleras, de tal modo que los antisemitas, que de forma periódica invadían el barrio para acosar y robar a los judíos, no se molestarían en recorrer el laberinto de oscuros callejones y empinadas escaleras que protegían la vivienda del mercader.

Manteniéndose fuera del cerco de luz que proyectaban las ventanas, Rebeca observó el interior a través de los visillos de encaje. Desde su posición, se veía la mitad de la sala principal. Una

lámpara con brazos de bronce provistos de llameantes cuencos de aceite pendía del techo. Todas las habitaciones comunicaban con una antesala redonda por medio de un pasillo que atisbaba cada vez que alguien abría una puerta.

Adquirió la costumbre de merodear en torno a la residencia. Ebrahim, el hijo del mercader, era un apuesto joven de ojos verdes, negro pelo rizado y una piel del color de las almendras crudas. Llevaba pantalones de color pajizo, capas opalinas y camisas de color gris visón. Le gustaban los postres con un toque de azafrán, según resultaba patente en el tono amarillo de los pastelillos de arroz y dulces de garbanzo que comía. Ponía mala cara ante los huevos duros y las berenjenas fritas que servían en el Sabbath. Nunca probaba el *gondy* de carne y garbanzos de los viernes, aunque sí le gustaba el *polo* de arroz con zanahorias y judías pintas sazonado con cúrcuma.

Era un voraz lector, no sólo de poesía, que recitaba leyéndola en unos libros encuadernados con cuero, sino que además estudiaba las vidas de los guerreros de renombre y escuchaba música de lejanas tierras, demasiado complicada para la capacidad de comprensión de Rebeca.

Polvo de Oro pasaría el resto de su vida en aquella casa. Era joven y dócil y no tardaría en aprender las maneras de comportarse de los ricos.

Rebeca enseñó a su hija a preparar pan de arroz y dulces de garbanzos con azafrán y le desaconsejó hervir huevos para el Sabbath. Le compró numerosos libros de poesía y de historia que hablaban de las vidas y usanzas de personajes como Aristóteles, Ciro y Darío el Grande y Tamerlán el Mongol. Además, le enseñó a leer. Con restos de tela blanca y crema de los materiales que vendía, le confeccionó ahuecadas faldas y ceñidas blusas.

Rebeca regresó a la casa del mercader para cerciorarse de que todavía vivía allí su hijo soltero. Oculta tras la ventana, observaba a Ebrahim. Sus libros eran más voluminosos. Se había convertido en un erudito. A menudo oía el murmullo de la conversación que mantenía con su padre, que ocupaba un asiento en un rincón de la habitación, fuera del alcance de su vista. Ella se esforzaba por ocultarse, pues el mercader podría pensar que había ido allí a invitarlo a su cama con objeto de ganar unos cuantos dinares. Hasta

las prostitutas podían sentir vergüenza.

Sí. Era capaz de experimentar humillación pese a haber llegado al convencimiento de que su cuerpo era sólo un medio para apoyar a su hija, pese a que se negaba a permitir que la culpa le amargara la vida, y pese a la inscripción SÍGUEME que dejaban sus sandalias. Si bien para el mundo aquella leyenda era el reclamo de una ramera, para ella constituía una astuta estrategia destinada a descubrir al hombre que redimiría en su corazón la degradación de todos los hombres.

Ese hombre llamó a su puerta al amanecer, cuando todavía flotaban jirones grises en el cielo, y se quedó parado apretando una moneda en el puño. Era un asombroso joven de cabello de color platino, húmedo a causa del sudor provocado por el nerviosismo, y relucientes ojos verdes que el miedo agrandaba ante su primera relación con una mujer. Con mano trémula enseñó la moneda para garantizar que iba a pagar. Su belleza provocó un vuelco en el corazón de Rebeca.

No tenía más de trece años.

Lo condujo junto a la cálida proximidad de las velas y el incienso y le quitó la túnica, el chaleco y el chal de oración que le ceñía la cintura, procurando no tocarle la piel. Quería prolongar la excitación —la de él y la suya propia—, disfrutar con aquel muchacho, tan distinto de Jacob el Huérfano, que le había robado la inocencia. Aquel maravilloso muchacho sería como arcilla entre sus manos. Receptivo a sus consejos, se dejaría guiar agradecido por una mujer de veinticinco años.

Dio un paso atrás, para acariciar con la mirada sus elegantes facciones, los temblorosos músculos, el rostro barbilampiño, el inocente contorno de los labios. Cuando por fin se acercó a él, aun con sus insensibilizados dedos notó cómo vibraba de anhelo su piel. Le besó los ojos de color esmeralda para cerrarlos y darle una tregua frente al calor residente entre sus pechos, del que era incapaz de apartar la mirada.

—Déjame ver tu cicatriz —pidió con voz trémula.

—Es una marca de casamiento —susurró—. No la mires demasiado tiempo, porque te quemará los ojos.

Le recorrió con la lengua el cuerpo, notando la dureza erguida entre sus muslos, el latido de las arterias detrás de las rodillas. La

humedad de su piel, de su boca, tenía un sabor dulce. Se puso de puntillas y le fundió la cara entre los pechos.

Imitándola, él trazó círculos con la lengua sobre su pecho, los enhiestos pezones y en torno a la cicatriz, que ardía de deseo.

Con un mechón de plateados rizos atrapado con la mano, lo obligó a echar la cabeza hacia atrás y le capturó la mirada.

—Abre los labios —musitó, al tiempo que abarcaba su voluptuosa boca con la suya.

Con las manos apoyadas en sus nalgas, lo abrazó, apretándolo contra sí, explorándole la boca con la lengua.

Un chorro de semen le mojó el vientre.

Él retrocedió deshaciéndose en disculpas.

Ella, por su parte, se untó la cicatriz con su esperma.

—Lo primero que debes aprender es a no pedir perdón por haber eyaculado.

Lo dejó descansar un rato, espantándole las moscas mientras se dormía. Se quedó tendida junto al frío horno ante el cual el suelo de metal guardaba el calor de sus cuerpos y luego se ofreció a él, con la esperanza de recuperar su dignidad.

Se abrió a él con tan rendida inocencia que el muchacho experimentó un valor que ignoraba poseer y, así, como si fuera un hombre experto, se introdujo en su cuerpo mientras ella gemía como si sintiera el dolor de la primera vez.

Antes de que se marchara, Rebeca sabía que él había dejado de ser un novato y ella una mujer despreciable.

—He estado adorando su marca de casamiento toda la noche —le susurró él en la puerta—, y no me ha quemado los ojos.

—No te quemará, si tienes cuidado.

Todas las noches del Sabbath, Moisés, el muchacho, volvía. Cuando no tenía dinero, le llevaba un ramo de jazmín que había recogido en el jardín del vecino, una rebanada de pan de arroz que había hurtado en la cocina, una ristra de perlas falsas que su madre había dejado en algún sitio. Rebeca lo acogía. Se entregaba a él. Le procuraba refugio entre sus amplios muslos.

Él, a cambio, le enseñó a aspirar y a paladear los múltiples aromas que pueblan el mundo, a darles el nombre y el color adecuado, y a aprender a oler el cuerpo y el alma con todos sus dulces y hediondos matices.

—Echo de menos tu cicatriz cuando estoy lejos —se lamentaba Moisés.

—Trae mala suerte —contestó ella mientras le lamía los párpados para obligarlo a cerrar los ojos.

—Te equivocas —disintió él—. Eso te hace distinta, más valiente y cariñosa.

—Entonces tendrás que dejar que yo te dé una. —Se fue hasta el baúl y regresó con la caja de costura y el cofrecillo donde guardaba los ungüentos y tintes—. No mires —susurró al tiempo que acercaba una aguja a la llama de una vela con objeto de desinfectarla.

Lo hizo sentar en el colchón y pegó el oído a su pecho, para escucharle los latidos del corazón. Con la aguja trazó un dibujo encima del pezón izquierdo, que luego horadó, provocando la salida de la sangre. El permaneció inmóvil mientras Rebeca sacaba una bolsa de alheña y embadurnaba con ella las incisiones, mezclándola con la sangre. Después levantó un espejo para mostrarle el tatuaje.

—¡Mira! —dijo, soplándole el pecho—. Es un regalo. Una marca permanente de amor para que me recuerdes. Ahora tienes dos corazones con los que querer.

—Pero los corazones no son de este color.

—Es el color de la sangre que ha visto demasiado la luz… como la mía.

Una noche de Sabbath, como las demás, previendo la llegada de Moisés, cerró la puerta, negando acceso a todas las visitas. Más tarde, antes de retirarse, volvió a abrirla, con la certeza de que él acudiría. Eran once hermanos en su casa, y él ayudaba a mantener el presupuesto familiar. Quizá había tenido que quedarse trabajando hasta tarde. Moisés no volvió más.

Su cuerpo ansiaba el contacto de su grata mirada, sus gentiles manos y su rojo tatuaje de amor, pero no estaba triste. Él la había transformado en una mujer distinta, una maestra de amor, una benévola matriarca para un nutrido contingente de adolescentes que con gusto robarían para poder pagarle por los secretos que los convertirían en curtidos hombres.

—Si el fuego no destruyó tu alma, Jacob —repetía cada vez que abría las piernas—, esto lo hará.

Y las palabras se convertían en una tenacidad que le servía de acicate para vivir.

Capítulo 6

REBECA la Tratante de Telas apareció en el Barrio Judío con una rama de menta detrás de la oreja para ahuyentar la pestilencia del Diablo. Con el plateado chador destellante bajo el sol, el dorado cabello asomando por los bordes del velo, lanzaba apasionados besos a quienes apreciaba y miraba con coqueto aletear de pestañas a quienes le resultaban antipáticos. Ataviada con varias capas de encaje, expuesta por primera vez a la luz del día, Polvo de Oro iba montada en el asno tras ella.

Sujetándose los chador con amargas bocas, las mujeres agarraban a sus hijos y se apresuraban a abandonar aquella escena de descarada belleza, cegador esplendor y desenvueltos ademanes. Se iban cuestionando la moralidad de un mundo en el que una prostituta no sólo se atrevía a ir con la cara descubierta, sino que además suscitaba la envidia de las castas esposas.

Los hombres se arremolinaban en torno a Rebeca para admirar sus ojos malva, el matiz de los carnosos y sensuales labios y el pelo, del mismo color que los narcisos.

—Hoy —pregonó Rebeca entre el animado tintineo de las pulseras de sus muñecas— voy a rebelar un secreto que he guardado durante años. —Entonces, para sorpresa de todos, se flanqueó la boca con las manos, como si quisiera impedir que sus palabras llegaran a oídos del Altísimo—. Hace once años, regresé de la muerte porque no podía soportar la pena de dejar sola a mi hija. Qué manera más aburrida de marcharse, queridos míos. La próxima

vez, seré yo quien decida cuándo moriré, y no será a manos del Diablo.

—Cuéntales lo que ocurrió —susurró Polvo de Oro, al tiempo que se apartaba de la cara el pelo del color de las almendras tostadas y alzaba la vista, dejando ver la tonalidad ámbar de sus ojos.

También ella deseaba conocer la historia del Diablo. En la intimidad de la casa, ya no se atrevía a plantear la pregunta para la que llevaba toda la vida buscando respuesta.

—Paciencia, hija —reclamó Rebeca, mientras acariciaba el cuello del asno—. Todo misterio tiene un momento propicio para revelarlo. Precisaré más cuando seas mayor.

Después, haciendo ondular los brazos, proclamó:

—Pasaré a la historia como la primera mujer que osó derrotar al Diablo.

El anuncio produjo una nueva conmoción entre la multitud de hombres que se habían concentrado tras ellas. Sus miradas la siguieron mientras conducía a *Venus* hacia el laberinto de callejas que desembocaba en la casa del rico mercader.

Con sus capas de encaje, deslumbrantes velos y faldas tachonadas de vidrios, a lomos del burro, la mujer y la chiquilla irradiaban una vitalidad que se mofaba de los sombríos callejones y de la tristeza del corazón de Rebeca.

Los mosquitos zumbaban a su alrededor y las cucarachas crujían aplastadas por los cascos de *Venus*. Los mendigos las seguían. Aquejados de tiña, los niños habían perdido el cabello y tenían la cabeza plagada de costras de pus y sangre seca. Los que aún conservaban algunos mechones de pelo infestados de piojos, no paraban de rascarse mientras pedían limosna. Aquél no era el acogedor bazar que Rebeca recordaba haber visitado con su madre. Ese día, el reclamo de los vendedores tenía una nota triste y en los olores había un tufo de putrefacción. Rebeca tiró dos monedas de plata y se juró a sí misma hacer cuanto estuviera en sus manos para preservar a Polvo de Oro de un futuro en el que el sudor humano y la tos seca de la tisis eran los únicos medios de suscitar la compasión a fin de lograr unos cuantos dinares con los que mantener una numerosa familia.

Estaba, con todo, contenta por tener que cumplir aquella misión

que la distanciaba de manera transitoria de su casa, que se había convertido en un cementerio de recuerdos.

—Te enseñaré cómo convertirte en una mujer —le dijo a su hija —, y cómo hacer uso de tu música cuando esté presente un hombre, de tal forma que lo hechices para siempre.

Polvo de Oro le estrechó la cintura con los delgados brazos. De sus huesos surgía una melodía impregnada de tristeza, como de sedosas polillas flotando en el aire.

El abrazo de su hija fortaleció la resolución de Rebeca. El importante viaje que tenía en perspectiva le agudizaba la percepción.

—*Madar*, ¿adonde vamos? —preguntó Polvo de Oro, incapaz de reprimir la curiosidad.

—Imagina —repuso Rebeca— que estás viajando hacia lugares desconocidos en donde te esperan opulentos tesoros… pero sólo si mantienes los huesos calmados hasta que lleguemos, lo cual constituye una sensata y necesaria práctica que deberás aplicar durante toda tu vida.

Un suspiro de resignación se instaló en la médula de Polvo de Oro. En cuanto su madre comenzaba a hablar con acertijos, sabía que tenía un plan secreto que no iba a exponerle.

A lo lejos sonó la música del laúd y la pandereta. ¡Eran los acróbatas! Polvo de Oro había oído hablar de ellos, pero nunca había tenido autorización para salir y verlos. Su madre le había explicado anécdotas de un padre y un hijo que tragaban aire y escupían fuego, se enroscaban serpientes venenosas en el cuello y metían la cabeza en la boca de los osos.

—¿Podemos ir a mirar a los acróbatas? —pidió entonces.

—No tenemos tiempo —murmuró Rebeca, concentrada en su propósito.

Notando que los pezones se le habían erguido con la ansiedad, se ató las riendas a la cintura y se frotó las manos para calentarlas y aplicarlas sobre los pechos. Luego se abotonó el chaleco. No estaría bien visitar al mercader con los pezones alterados y desprendiendo el húmedo aroma de la mujer que acaba de levantarse.

Venus inició un trote. Desde el extremo del callejón, dos hombres observaban al burro. Uno de ellos se inclinó para recoger algo en el suelo.

—*Madar* —advirtió Polvo de Oro—. ¡Cuidado!

Rebeca se tapó la cara con el chador, pero no logró esquivar el estiércol de caballo que se estrelló sobre su velo.

—¡Puta! Corrompes a nuestros inocentes hijos. ¿Cómo te atreves a mostrar la cara a la luz del día?

Polvo de Oro se bajó del burro, reunió unas cuantas piedras y corrió hacia los hombres. Precipitó una lluvia de guijarros y gritos contra ellos.

—¡Canallas! ¡Hijos de puta!

Luego calló en seco, pese a su rabia, avergonzada por haber pronunciado la palabra que se había prometido no usar nunca delante de su madre.

Rebeca incitó a *Venus* con los talones y luego se inclinó para ayudar a Polvo de Oro a subir al burro.

—Muy valiente, pero debes controlar ese genio. Recuerda que eres una dama.

—¡Puta!

La angosta calleja engulló el insulto y lo proyectó contra la madre y la hija.

Rebeca se giró para lanzar burlones besos a los hombres.

—Soy una honrada puta que tiene necesidad de deshonrosos rufianes. ¿Están interesados, señores?

Sin alterar el paso, *Venus* siguió andando y luego volvió el cuello para arrojarles un denso escupitajo. El velo manchado de estiércol salió volando por el aire hasta aterrizar a sus pies.

La risa de Rebeca quedó como recuerdo mientras el asno desaparecía tras un recodo.

Entonces se examinó y se olisqueó entre los pechos, bajo los brazos. El chador había salvado su atuendo.

—¿Qué es una puta? —preguntó Polvo de Oro, apoyando la mejilla en la espalda de su madre.

Ella lo sabía ya, desde luego, pero a edad tan temprana, había aprendido a fingir ignorancia y ahorrarle momentos embarazosos a su madre.

—Una puta es una mujer que tiene el honor para sacrificar su cuerpo y alma por el bienestar de su hija —respondió Rebeca, espoleando al asno.

Al final del callejón, se hallaron ante unas escaleras flanqueadas

de macetas de jazmín que conducían a la residencia del mercader.

Para Polvo de Oro, aquella casa de color rojizo parecía salida de uno de los cuentos que le contaba su madre. Era un espacioso castillo, con ventanas de visillos de encaje, tras los que se ocultaba un misterioso mundo del que no alcanzaba a formarse siquiera una idea.

Rebeca contó seis cerezos desde la casa del mercader y ató a *Venus* en el tronco del séptimo, esperando no afear desde aquella distancia el elegante entorno con la presencia del animal. Luego desenvolvió el atillo que llevaba y extrajo un sencillo chador negro que había pedido prestado para la ocasión. Con él se cubrió la cabeza y la rutilante ropa. En su rostro de alabastro, los ojos eran brillantes joyas que reflejaban la preocupación. Había ido allí a ofrecer a su hija ante el altar de los hombres, el poder y la riqueza, a uno de los pocos que habían criado a un hijo estudioso en aquel desolado lugar. Había acudido a ofrecer a su hija al único joven que la merecía. Ojalá un día él redimiera el concepto que tenía ella de aquella monstruosa alianza a la que llamaban matrimonio.

Polvo de Oro frunció el entrecejo, exagerando el hoyuelo de la barbilla.

—Cuando pones esa cara, algo va mal. Te acompañaré.

—¿Es que no te he enseñado nada? —replicó Rebeca—. Compórtate como una dama sensata. Entrarás con la adecuada elegancia y ceremonia cuando te hayan invitado.

Después giró sobre sí e inició el descenso, con la certeza de que no se había equivocado al llevar consigo a su hija. Si todo salía bien, era mejor que estuviera cerca.

Polvo de Oro se dejó caer bajo un cerezo mientras miraba alejarse a su madre. El suelo estaba lleno de maduras cerezas. Tomó un puñado y, atándolas por el rabo, compuso una pulsera para el tobillo. La música de los acróbatas sonaba más próxima. Podía ir hasta el final del callejón y volver sin que se diera cuenta su madre. Tras rodearse el tobillo con las cerezas, Polvo de Oro se levantó y se sacudió el polvo de la falda. Se fue en dirección de la música, contando los árboles a fin de localizar el camino de regreso.

No lejos de la calle principal, los acróbatas efectuaban sus cabriolas. Subido a los hombros de su padre, el hijo tocaba la pandereta.

Polvo de Oro alzó la mirada hacia él y el corazón infantil le estalló en el pecho. Tenía la tez tan clara y los ojos tan azules, que lo confundió con uno de los ángeles presentes en los cuentos que le explicaba su madre. Los rizos de color cobrizo, la deslumbrante sonrisa y la música que brotaba de la punta de sus dedos acabaron de cautivarla.

El joven se proyectó en el aire y después de dar dos volteretas, aterrizó a sus pies como un gato. Haciendo rebotar las manos en la pandereta y los pies en el suelo, se puso a bailar en círculo a su alrededor. Polvo de Oro vio el instrumento que salía volando y luego giraba y daba vueltas, hasta caer y rodearla a la manera de un abrazo musical. De rodillas, él desenvainó una espada que llevaba atada con una cuerda dorada a la cintura, y con la punta cortó su pulsera de cerezas y se la metió en el bolsillo.

Después se puso a revolotear alrededor de un cerezo, cortó una rama y, con una genuflexión, se la tendió.

—Vuestro eterno servidor, Suleimán el Ágil.

—Polvo de Oro —susurró ella.

—Un hermoso y apropiado nombre, señora. Me acordaré de Polvo de Oro mientras viva.

—¡Un día, me casaré contigo! —declaró, abrazada a su regalo, antes de alejarse corriendo, asombrada por su audacia y las ridículas palabras que habían surgido de su boca.

Rebeca se remetió todos los mechones de pelo en el chador, lamentando no disponer de un espejo para mirarse. Tal vez aquél no era un buen momento para visitar al mercader. ¿Y si era él quien acudía a abrir la puerta? Era posible que perdiera la compostura si se encontraba cara a cara con aquel importante personaje sin que los presentara, como era debido, un sirviente.

Con el velo recogido bajo la barbilla, inició el descenso por los escalones recubiertos de arena y advirtió con horror la huella de la palabra SÍGUEME que dejaba con las sandalias. Entonces se las

quitó y las escondió debajo de una de las macetas de jazmín. La asaltó el deseo de dar media vuelta, olvidarse de aquel absurdo plan, de sus pies desnudos, de su hija.

¡Su hija!

Subió y bajó por los escalones para borrar las letras que había dejado impresas.

En la puerta, alzó los nudillos. Luego los retiró, para posar la palma de la mano en la cicatriz del pecho. Iniciando un acto de oración que creía haber olvidado, subió la mano hasta la cara, creando una cúpula con los cinco dedos. Sólo ella sabía rezar para sí.

Golpeó con excesivo vigor en la puerta de roble. No le dio tiempo a recobrar la compostura cuando ésta se abrió ya. Se halló frente a un criado, en cuya cabeza rapada se reflejó el sol mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. Su mirada se ensombreció con una expresión que ella conocía muy bien.

Apretando los dedos, se esforzó por contener el tono arrullador que amenazaba con impregnar su voz.

—Honorable *Agha*, ¿podría hablar con el dueño de la casa?

—Ese honor no está disponible. —El criado retrocedió un paso, dando a entender que esperaba que ella se retirara del umbral.

Desde el lugar donde se encontraba, atisbo un pasillo que le pareció interminable. Unos carísimos tapices de Kashan flanqueaban junto con columnas de alabastro las puertas que había a ambos lados.

—¡Excelencia! —gritó a voz en cuello—. Soy Rebeca, la esposa del difunto Jacob el Herrero. ¡Estoy aquí para verlo!

El criado la apartó de la puerta y trató de cerrarla. Lamentó no haber guardado un poco de estiércol para embadurnar aquella indignante cara, mientras se lo impedía interponiendo el obstáculo de su pie desnudo. Sólo el intenso rubor de sus mejillas reveló el dolor que soportaban los dedos.

Hizo bocina con las manos y se volvió hacia la vecindad. Pensaba sacar a todos los acaudalados hombres de sus mansiones, a todas las ociosas mujeres de sus tronos y obligarlos a posar la vista sobre otras partes del barrio cuya existencia preferían ignorar, a posar la vista sobre Rebeca la Puta, plantada ante la puerta del mercader.

—Excelencia, no me voy a ir hasta que…

El mercader apareció al final del pasillo, alto, con el cabello de color castaño peinado hacia atrás, una esclavina de pelo de camello orlada de rubí echada sobre los hombros y un rosario de cuentas de ónice enroscado con dos vueltas en torno a la muñeca. Dio una palmada apenas audible, y el criado se apresuró a acudir a su encuentro.

El murmullo de la orden del mercader y de las protestas del sirviente llegó a oídos de Rebeca, que se apretaba los labios con el dorso de la mano procurando borrar los restos de ungüento de cereza. Con la punta del dedo, trató de retirar el exceso de *kohl* del borde de las pestañas. Luego se cercioró de que llevaba el chaleco abotonado hasta arriba.

El criado la animó a pasar con una inclinación y la condujo a la sala de recepción. Allí se sentó en el diván que le indicó y se ajustó el velo para cubrir los rizos que tenía costumbre de exhibir. Estaba satisfecha. No había sido tan difícil como se podía prever. El propio amo la había recibido con respeto. ¿Pero por qué? ¿Por qué le había permitido entrar en su casa sin la menor pregunta? La idea de que la hubiera invitado por caridad hizo que se le encogiera la traslúcida piel de los dedos de la mano derecha. El mercader le tomó la mano.

El sudor le pegó la palma a la de la suya.

La mirada de ojos grises le recorrió todo el cuerpo, deteniéndose en las caderas, el pecho y los pies desnudos.

—Soy Ruh'Alá el Espíritu de Dios.

Su voz la dejó abrumada, henchida de una inmensa desesperanza. Tenía un tono franco y cándido, íntimo, considerado incluso. Evidenciaba un profundo respeto, a pesar de su oficio. El eco resonó en sus oídos durante el momento de silencio posterior.

Rebeca movió los labios, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—Ha sido muy amable, excelencia… —dijo, levantándose con precipitación.

—Mi querida señora. —Le apretó la mano desfigurada—. Déjese de ceremonias conmigo. Yo la conozco bien a usted.

Tuvo la extraña premonición de que si abría la boca, dejaría escapar: soy Rebeca, excelencia, Rebeca la Puta. No. Seguramente

susurraría: soy Rebeca, excelencia, una honrada puta. Acaso reaccionaría aquella voz que le producía escalofríos y ganas de revelar los secretos, diciéndole: una mujer honrada, una mujer deseable, de hecho.

Rebeca se ruborizó. Le ardían los dedos. Tenía que absolverse a sí misma, revelar por qué había elegido aquella profesión, por qué se consideraba más respetable que muchas de las esposas obligadas a vivir en la sumisión. Aparte, ansiaba aferrarse a aquella voz que le inflamaba la cicatriz y la conmovía. Detrás de la sombra de las cortinas, la cara del hombre quedaba reducida a una mera silueta.

Se soltó la mano y la introdujo en el bolsillo. ¿Cómo debía enfocar aquella inédita sensación, el contacto de ese hombre? Durante casi toda su vida había recibido bofetadas y golpes. No tenía palabras con que calificar la ternura de ese hombre. Ruh'Alá volvió a tomar la palabra.

—Fui tomándole aprecio a medida que la observaba instalarse, ya tarde por la noche, detrás de estas ventanas. Dejaba las cortinas abiertas a propósito. ¡No, por favor! No se turbe por eso. No hubo nada malo en ello.

Una noche tras otra, la había visto mirar por la ventana. Al principio había creído que acabaría desechando su orgullo y llamaría a su puerta para mirar más de cerca e inspeccionar tal vez de manera íntima la riqueza que ella nunca podría alcanzar. Con el transcurso del tiempo, no obstante, al constatar que no se cansaba de sus incursiones secretas, había llegado a la conclusión de que la movían tiernas emociones y que acudía para observarlo a él. Se colocó en el diván, en un discreto rincón, a fin de verla mejor. Se había planteado la posibilidad de llamarla, pero la había descartado. Una visita tan sólo arruinaría su reputación y por consiguiente la de su hijo, que estaba en edad de casarse. La opresión que le invadió el corazón cuando ella dejó de ir le hacía concebir, con todo, engañosas soluciones: la invitaría a entrar y pasarían unas cuantas horas de inofensiva conversación; compartiría con ella una comida nada más; hablarían del comercio de tejidos y él le daría consejos… haría… le diría… Impotente al cabo de tanto forcejeo interior, mandó a su criado en busca de Rebeca para comprar una pieza de tela que no necesitaba. Al descubrir que ella se encontraba bien y en buen estado de salud,

sintió una decepción infinita por su ausencia. Y ahora había ido a verlo. La pasión que despertaba su voluptuoso cuerpo, sus ojos malva y los rojos dedos de los pies tornaba borrosas las rígidas prohibiciones de su círculo social.

—Esperaba que reuniera el valor para llamar a mi puerta.

Rebeca se llevó la mano a la cicatriz. ¿De dónde esperaba él que reuniera valor? Era una cobarde que había perdido la capacidad de ver y oír.

Ruh'Alá dio una palmada, concediendo a Rebeca tiempo para recuperarse y recomponer el chador en torno a sí. Encantado por el rubor de sus mejillas que la transformaban en una vulnerable muchacha, él contuvo el impulso de tomarle la cara entre las manos, una clase de deseo que creía haber perdido después de tantos años de soledad.

El criado entró con una bandeja de fruta pelada, dulces calientes y pistachos tostados.

Ruh'Alá depositó los platos a los pies de Rebeca, que inhaló su aroma cuando la rozó con el borde de la capa. Sin sentir el contacto de su piel con la nariz, supo que olía bien. Tomó un puñado de pistachos y se puso a quitarles la cascara con rápidos movimientos, como si con el crujido fuera a borrar el tono de voz del mercader, que había desencadenado en ella un torbellino de emociones contradictorias.

Ruh'Alá arrancó la mirada de sus pies desnudos y la posó de forma sucesiva en las puntas de los dedos de la mano teñidas de alheña, en la vena que palpitaba en el cuello, bajo el collar de cuentas de cristal que relucía igual que sus hijos, en las hojas de menta que asomaban detrás de la oreja. Luego detuvo la vista en los turgentes pechos, reparando en el vaivén de la respiración. ¿Serían ciertos los rumores sobre la marca que tenía en el centro? Si pudiera tan sólo tocarle con los labios el pecho, acariciarle los dedos lastimados, pasar la mano sobre la falda encima de los muslos, rozarle los dedos de los pies con la boca…

Los dedos de Rebeca revolotearon sobre los botones del chaleco, al tiempo que se le encogían los pezones a causa de la humillación. Al alzar los ojos, advirtió con sorpresa la mirada de un hombre que tal vez deseaba una mujer virtuosa. Más tarde, se diría a sí misma que si no hubiera estado absorta en los altibajos de su voz, habría

reparado en el desafío de un hombre que había por fin resuelto un dilema con el que se debatía desde hacía tiempo.

Ruh'Alá sonrió. Abrió la boca para decir algo. Se cepilló unas invisibles partículas de la túnica. ¿Era posible que aquel importante señor estuviera nervioso a causa de su presencia?

—Hace años —dijo por fin—, había pedido la mano de la niña más bonita del Barrio Judío, una niña de ojos malva y rizos dorados. Pero, por desgracia, su madre eligió a un hombre mucho más rico que yo. Yo fui el perdedor.

Las últimas raídas hebras que unían su pasado con el presente se partieron entonces. Mucho tiempo atrás, había perdido la fe en Dios. Ese día, perdió la fe en su madre, que la había casado con Jacob el Huérfano, el hombre que la había dejado marcada y la había hundido en el infierno.

Ahora, con los años, el cerrojo de su corazón se había llenado de herrumbre, se había vuelto duro e imposible de abrir. En su pecho el dolor persistía igual de lacerante que en el momento del nacimiento de Polvo de Oro. Con el dolor había recibido recompensas. Polvo de Oro. La eterna juventud. La capacidad de captar el olor del Diablo desde muy lejos. La posibilidad de apreciar el aroma a bosque y a ciprés viejo que emanaba de la capa del mercader cada vez que movía el brazo al acercarse a ella. No había aprendido, en cambio, a reconocer el amor.

—El destino tiene su propia lógica —murmuró Ruh'Alá.

Rebeca se tragó las lágrimas. Al depositar las cáscaras de pistacho en el rincón de un plato, advirtió el reborde de oro. Aquella manifestación de opulencia añadida la privó del último vestigio de coraje. ¿Por qué había tenido que sacar a colación el pasado? Estaba triste, enojada. Si no comenzaba a hablar, se iría corriendo y no volvería más.

—Excelencia —balbució—, he venido aquí por una cuestión que en mi opinión podría tener un desenlace beneficioso para ambos.

El mercader volvió a asumir al instante su relajada postura, cruzando una pierna encima de otra.

—Prometo que haré cuanto esté en mis manos para facilitar el

cumplimiento de sus deseos.

—He venido a pedirle la mano de su hijo, Ebrahim, para mi hija, Polvo de Oro.

Ruh'Alá se quedó inmóvil en su asiento. Aquejado de una extrema palidez, se puso a pasar las cuentas del rosario que, concentrado en el cuenco de la mano, se enroscaba como una serpiente. Después se puso en pie y se mesó el cabello de las sienes, tratando de comprender.

—*Agha*, permítame una explicación. Después de meses de reflexión, he llegado a la conclusión de que Ebrahim y Polvo de Oro están hechos el uno para el otro.

El hombre miró a Rebeca; sus ojos se ensombrecieron, reflejando la conmoción del reajuste de sus emociones, el haber de poner rienda a la ira que lo asaltó por sorpresa. El tenía depositadas grandes expectativas en su hijo. Ya le había elegido una prometida, la hija del único juez del Barrio Judío que argumentaba cuestiones legales en la corte real, y que tenía la posibilidad de facilitar el ingreso de Ebrahim en la única universidad de prestigio de Persia. De improviso se sentía irritado por esa mujer que, incluso entonces, con los párpados bajados sobre unas mejillas ruborizadas, seguía hipnotizándolo.

Rebeca levantó un poco la cabeza y advirtió la palidez del mercader.

—Yo lo sé todo sobre su hijo —susurró, con un nudo en la garganta—. Es joven, instruido y guapo. Usted no está, en cambio, enterado de los méritos de mi hija, aunque, para mi desdicha, estoy segura de que sí ha oído hablar de mí.

Ruh'Alá agitó la mano, dando a entender que aquella cuestión carecía del menor interés. El roce de las cuentas de cristal prosiguió mientras se acumulaba un charco de negras lágrimas en la palma de su mano.

Rebeca lanzó una mirada furtiva a los dedos que se agitaban de forma tan frenética.

—Yo me vi arrojada a esta profesión por culpa de un pasado que modelaron para mí, mi madre y mi marido cuando era una niña. Cuando abrí los ojos, ya era demasiado tarde. La mala fama se propaga como la mala hierba y es aún más difícil de erradicar. De modo que me hice cargo de mi manutención y comencé a ahorrar

una dote respetable para Polvo de Oro. No he venido aquí a hablar de dinero, de todas formas. He venido a hablarle de las cualidades de mi hija, que pocas muchachas poseen. Es hermosa, inteligente y exquisita. A los once años, sabe cocinar, coser y llevar una casa. Es la única muchacha capaz de leer en este barrio. Recita poesía, estudia las vidas de los guerreros y sabe cómo son los hombres. — Rebeca abrió una pausa para dar énfasis a lo que iba a anunciar después.

»Y sus huesos crean divinas melodías.»

No había pestañeado siquiera. Ya no le temblaban las manos y su voz había adquirido firmeza.

—Su marido no tendrá necesidad de adivinar sus estados de ánimo, porque la música que brota de su médula le revelará sus sentimientos más íntimos.

El mercader exhaló un suspiro. La rabia había dado paso a la desesperación.

—Qué fascinante, qué celestial —murmuró como para sí—. Qué afortunado será su marido, para poder desentrañar los sentimientos de una mujer.

Sus oscuros ojos se llenaron de dolor por una madre que tenía que sufrir la vergüenza de hacer lo que no hacía ninguna otra, yendo a solicitar en persona un marido para su hija. Su corazón se colmó de amargura contra sí mismo. Si él hubiera tenido el valor de esa mujer, se habría acercado a ella hacía tiempo, le habría ofrecido cobijo, habría acogido a su hija y las habría dispensado a ambas de aquel padecimiento.

Rebeca rebulló, turbada por su proximidad.

—Excelencia, le aseguro que Polvo de Oro es muy distinta de mí… ¿comprende? Le juro que ella nunca…

El silencio invadió la sala. Estaba rogando. Nunca lo había hecho antes y nunca lo volvería a hacer.

Ruh'Alá le dio la espalda, agitando el aire con su capa. No podía soportar ver rebajarse a aquella orgullosa mujer. Se fue hasta la ventana y tras echar un vistazo, se inclinó para volver a mirar, como si hubiera descubierto a alguien allí. Después de correr las cortinas, se puso a caminar de un lado a otro y se frotó las manos, produciendo un chirrido con el roce de las cuentas del rosario.

Rebeca lo seguía con la mirada como si cada paso suyo estuviera

conectado a unas caderas de hierro que tiraban de su corazón. Reparó en su mandíbula prieta, en el rápido latir de la vena en la sien.

—Querida señora, espéreme aquí —dijo antes de abandonar la sala con largas zancadas.

No debería haber ido. Ahora se había quedado sin el hombre cuya voz había embellecido de esperanza su vida. No sabía si lamentar una pérdida o congratularse por un triunfo. El mercader debía de haber salido para invitar a Polvo de Oro a entrar en la casa. Sí. La había visto por la ventana. Regresaría llevándola de la mano y le aseguraría que iba a ser el más amable de los suegros. Con las rodillas pegadas al pecho, Rebeca contó la fruta pelada, los pistachos tostados y los tibios dulces de cada plato. Luego escogió imaginarias hebras de los pliegues de su falda y tejió un velo de boda para su hija. A continuación examinó los colores de los tapices de Kashan e identificó cada uno con los sentimientos que simbolizaban para ella.

Se apresuró a bajar las rodillas al oír los decididos pasos de Ruh'Alá. Había tanta desenvoltura en su caminar y tanta comprensión en sus ojos, que se deshizo el nudo que le agarrotaba las entrañas. El haría pasar a su hija después de haber hablado de los pormenores con ella. Rezó por que sus pezones no reaccionaran irguiéndose por aquel instante de alivio.

El mercader dejó caer una bolsa en su regazo. El tintineo de las monedas la desarmó. El amarillento resplandor la cegó.

—Añada esto a la dote de su hija. Ebrahim tiene diecisiete años. Pronto se irá a lejanos países para completar su educación. Para cuando vuelva, su hermosa hija será una feliz casada dedicada al cuidado de sus hijos. —Le tomó las manos entre las suyas—. Todos somos víctimas de nuestras rígidas creencias.

Le dirigió una profunda reverencia al tiempo que le ofrecía el brazo, consciente de su propia hipocresía. Si algún día ella cambiara de parecer y lo quisiera a él, para sí, renunciaría a sus más firmes convicciones.

Rebeca aceptó el brazo que le presentaba para acompañarla por el corredor, entonces igual de sombrío como su corazón. Años atrás, su madre había elegido al Diablo descartando a Ru-h'Alá el Espíritu de Dios. Ese día, por el bien de su hija, ella había aspirado a escoger

a Ebrahim entre los diablos que poblaban el mundo. Ambos habían salido derrotados.

En la puerta, le lanzó la bolsa al mercader.

—Gracias, cariño, pero no acepto caridad.

■

Capítulo 7

CUANDO Heshmat la Casamentera hizo saber a Rebeca que había recibido su mensaje y que tenía un buen pretendiente para Polvo de Oro, Rebeca se quitó la rama de menta de detrás de la oreja y la aspiró. Una vez más, sintió el aguijón de la culpa por su oficio, que siempre impediría que los jóvenes como Ebrahim se interesaran por su hija. De todas formas, el anuncio de Heshmat no era de desdeñar. Ella tenía contactos entre los miembros acaudalados y respetables del Barrio Judío. A lo largo de los años anteriores, a cada ocasión propicia, Rebeca había regalado a Heshmat un retal de seda, de muselina o de encaje, con la esperanza de procurarse un buen partido para su hija.

Rebeca ventiló los colchones y almohadas, quitó el tapón del fondo del pequeño estanque de su patio, lo limpió y lo llenó de agua prístina… De sus provisiones de telas, seleccionó pedazos de alegres colores para decorar las esquinas de los cojines dispuestos junto a las paredes. La casamentera querría comprobar si Polvo de Oro era ducha en las tareas domésticas, entre las cuales la más importante era la sabia utilización de las hierbas aromáticas, los rábanos y las cebollas tempranas. Rebeca había enseñado a Polvo de Oro a identificar y a lavar el cilantro, el perifollo y la menta. También servía té en vasos de estrecha cintura y los ponía en una bandeja para que Polvo de Oro practicara llevándola de un lado a otro sin derramar ni una gota.

Polvo de Oro observó el cadencioso andar de su madre y mejoró

el propio echándose atrás el pelo con seductor ademán.

—No necesito una casamentera —declaró a continuación—. ¡Me casaré con Suleimán!

—¿Qué demonios farfullas? —se indignó Rebeca, arrebatándole la bandeja—. ¿Saliste de casa sin mi permiso? Suleimán es un acróbata analfabeto que no tiene más futuro que seguir saltando por ahí como un payaso para que le echen unas monedas.

—Es mejor que los hombres que vienen a verte a ti —replicó Polvo de Oro, levantándose los pechos tal como lo hacía su madre, extrañada de que ésta hubiera comenzado a dar golpes a los cojines.

—Quítate las manos de encima —ordenó Rebeca—, y olvídate de las tenebrosas criaturas que acuden a mí. Esos brutos no saben mirar dentro de sí. Pagan por recibir amor, esperando compensar sus debilidades con sexo.

Con las mejillas encendidas, escupió en dirección a la puerta por la que entraban y salían sus clientes, los mismos hombres de quienes aprendía a luchar, a rendirse y a sobrevivir. Se estaba convirtiendo en una guerrera de la vida.

De los huesos de Polvo de Oro brotaron melancólicas notas.

—Esos hombres tienen piel oscura —prosiguió su madre—, y el pelo negro como la brea. Sus ojos son opacos. El mal que hay en sus corazones contamina todo su ser. Mantente apartada de ellos. Yo acepto su dinero para salvarte a ti de una vida como la mía. Ahora vístete y no entres en la habitación hasta que te llame para servir el té. La casamentera llegará pronto.

Rebeca se sentía impotente frente a su propia hija. Impotente en su eterno esfuerzo de albergar la prostitución y la integridad bajo el mismo techo. Impotente ante la contradicción de sus propias creencias. No tenía fe en el matrimonio y a pesar de ello se esforzaba por casar bien a su hija. ¿No sería preferible tal vez la vida estéril de una soltera a la de una esposa?

Los huesos de Polvo de Oro perdieron la armonía. La confusión sucedió a la tristeza. ¿Por qué se enojaba su madre cuando lo único que deseaba ella era a Suleimán, que era tan distinto de los hombres que suscitaban su desprecio? En el único dormitorio de la

casa, Polvo de Oro levantó el pedazo de andrajosa tela clavada al techo para dividir el espacio. Pese a que su madre le tenía prohibido entrar en esa zona, ella se introducía a menudo en ella a escondidas. La fascinaban los utensilios de maquillaje de su madre. En un rincón, un quemador de incienso despedía una perezosa columna de humo. Los abigarrados tarros y frascos se Iluminaban con los rayos de sol cargados de motas de polvo que entraban por un orificio del techo, al igual que las moscas, los mosquitos y la lluvia. Aspiró los aromáticos aceites de almendra, coco y sésamo, los perfumes del agua de rosas, de esencia de jazmín y de las flores de hielo. Flores de hielo de dorados pétalos cerosos, prendidos de recios tallos sin hojas. Los recuerdos afloraron, provocando una tempestad interior. Las misteriosas sombras forcejeaban y se debatían, se confundían para de repente separarse cuando ella asomaba detrás de la separación de aquel oscuro cubículo. Despierta durante una buena parte de la noche, trataba de taparse los oídos para no percibir los tristes gemidos, gruñidos, gritos de enfado y chirriantes ronquidos. Y a veces, las maldiciones de su madre. ¿La harían daño quizá? En una ocasión la alarma la había impulsado a levantar la tela. Roja como la grana, su madre se había erguido con el cabello alborotado y un espectro agazapado tras ella, y le había propinado un bofetón en la cara.

El resto de la noche, Polvo de Oro mantuvo un pulso con sus huesos, procurando sofocar su música, reprimir las tristes notas cerrando los ojos e imaginando que tenía la médula rellena de algodón, para que el eco sólo fuera audible para ella. Permanecía en vela, en compañía de las imágenes que poblaban la pantalla de su cabeza. Su madre acudía después de que se fuera el último cliente. Entonces la rodeaba con su protectora calidez y hacía cobrar vida a los cuentos por medio de extravagantes gestos. Detallaba los atributos de los guerreros que habían salido victoriosos en las guerras porque habían hecho acopio de conocimiento de los misterios de la vida. Tenía relatos favoritos, como el de David, un pobre pastor que disparó con tanta fuerza y acierto con una honda que abatió al gigante Goliat y llegó a ser rey. Polvo de Oro pensaba que algún día Suleimán llegaría a ser también rey.

Rebeca repetía los triunfos de Teimur el Cojo, un dirigente mongol que a pesar de su desventaja física se convirtió en el más

temible conquistador de la historia, y cantaba las alabanzas de Rostam, un legendario guerrero persa. Con frecuencia recordaba a su hija que la vida era como la guerra y que podía aprender más de los soldados que de nadie.

Con los ruidos de la noche provisionalmente olvidados, Polvo de Oro abrazaba a su madre y se quedaba adormilada escuchando su suave murmullo:

—Un día, encontrarás a un hombre honrado que acudirá a ti con la luz del día. Será rubio, amable y sensible, no moreno como los hombres que compran el amor a escondidas. Ese día, conocerás el verdadero amor. No me preguntes qué es. Yo no lo sé…

Polvo de Oro, sin embargo, sí lo sabía. Había encontrado el amor en el acróbata de blanca piel que tenía los ojos del color de un cielo despejado.

Con la cintura atada a la correa de la carretilla en la que iba su voluminosa esposa, el marido de la casamentera galopaba hacia la casa de Rebeca tirando de ella a la manera de un asno. Después de quitarse el arnés de cuero, siguió respirando con ruidosos jadeos, como si se hallara en los últimos estadios del mal de la tisis. Abatido encima de un cojín, maldecía aquel trabajo incesante. Cuando no transportaba a su mujer de una casa a otra, le colocaba un orinal debajo si se presentaba la necesidad, o le situaba una almohada detrás de la espalda si se quedaba dormida en la carretilla de madera que él le había construido después de que la aquejara una misteriosa enfermedad que le provocó la caída del pelo y de los dientes.

La casamentera se retiró el velo, se levantó el borde de la falda y se enjugó las gotas de sudor de la cara. La pequeña casa se llenó enseguida del sofocante y agrio olor despedido por sus sobacos. Su voz surgió rasposa por entre varias capas de flema.

—¿Dónde está Polvo de Oro? No tengo tiempo que perder.

Rebeca frunció el labio, dirigiendo un guiño al marido.

—Primero su propuesta, cariño. Háblele de ese hombre. ¿Es instruido?

Heshmat la Casamentera emitió un resoplido, tratando de hallar

una postura cómoda para sus piernas cruzadas.

—¡Detesto las menudencias inútiles! Y por favor, no me trate de «cariño». Su hija necesita un marido, y yo tengo uno. ¿Qué más hay que decir?

—Pues, por ejemplo —suspiró Rebeca—. ¿Es instruido? ¿Es rico? ¿Es joven? ¿Es guapo? ¿Es versado en el amor?

—Ponme un cojín detrás de la espalda —ordenó Heshmat a su marido. Luego se levantó un gigantesco pecho y, extrayendo un pañuelo allí escondido, se sonó con gran brío la nariz—. Querida mía, su hija no es precisamente la reina de Saba. ¿Es que no le ha visto los ojos? Uno mira para el este y el otro para el oeste. Y no olvide que ya está un año o dos por encima de la edad de merecer.

Rebeca se retiró a la cocina y regresó con sorbetes perfumados con esencia de rosas. Tras ofrecer un vaso al marido, se inclinó para hablar más cerca al oído de Heshmat.

—Deje que yo me preocupe de la edad de mi hija… y si usted fuera un hombre, sabría apreciar la sensual desviación de sus ojos. Y ahora, la información, cariño.

Heshmat apartó la cara para no sentir el ardiente aliento de Rebeca.

—Es guapo, sí, puede creerme. Bien parecido, con sienes plateadas, muy distinguido. —Dirigió una significativa mirada a Rebeca—. Y tiene una profesión respetable, lo que no se puede decir de todo el mundo.

Rebeca se tocó el ardor que anidaba entre sus pechos.

—¿Qué edad tiene?

—Oh, vamos, ¿qué importancia tiene eso? ¿No me diga que realmente cree que ella es una especie de polvo de oro? —Heshmat emitió una risa semejante a un cacareo—. Bueno, pues él es carnicero, así que traerá a casa no sólo pan, sino carne de primera, patas de cerdo, mollejas…

—¿Cuántos años tiene, cariño? —Rebeca retrocedió despacio hacia el rincón de la sala—. Tengo la impresión de que necesitará consumir muchas mollejas para que se le ponga dura la carne que le cuelga. —Apoyó las manos en las caderas, complacida por la repentina palidez de las mejillas de la casamentera.

Heshmat se levantó la masa de la barriga para dejar circular el aire bajo los pliegues.

—Con una madre como usted, ¿qué clase de hombre espera para su hija?

Detrás de la espalda, Rebeca agarró un cojín.

—¿Qué edad? —exigió saber, abandonando toda complacencia en la voz.

—Sólo tiene sesenta y cinco años —contestó Heshmat—. Si su hija es una mujer como Dios manda, le dará hijos sin mayores problemas.

El cojín se abatió sobre la cabeza de Heshmat, levantando un nubecilla de polvo en torno a su cara de asombro. En la habitación arreció el olor de sus axilas ya que levantó las manos para resguardarse del segundo, del tercero y del cuarto golpe.

—¡Tenga la bondad de sacar a esta mujer de mi casa! —reclamó Rebeca al marido de la casamentera.

Capítulo 8

HESHMAT la Casamentera hizo correr el rumor por todos los rincones de las casas de adobe, el bazar infestado de moscas y los húmedos baños:

—Rebeca mató a su marido con el mismo cojín relleno de hierro con el que me atacó a mí. A fuerza de golpes le dejó el cerebro hecho papilla. Enterró el cadáver en el corral donde guarda ese burro bufón, que bebe vino en lugar de agua.

Recurriendo a los demás para condenar a Rebeca, Heshmat iba de puerta en puerta.

—¿Qué se puede esperar —susurraba— de una mujer que derrotó al diablo y que lleva ramas de menta para soportar el hedor de su vergüenza?

De los laberintos del pasado emergieron viejos recuerdos, y los habitantes del Barrio Judío revivieron el incidente de la muerte de Jacob, al que en su momento, con el temor a contraer la peste, habían optado por no prestar atención hasta borrarlo del pensamiento.

Entonces, años después, con la esperanza de lograr la absolución y con la ayuda de la casamentera, aprovecharon la oportunidad de demostrar que la auténtica pecadora era Rebeca. Heshmat había desentrañado por fin el secreto de Rebeca. ¿Para qué querría cualquier hombre que estuviera en su sano juicio ser enterrado en el patio de su casa? Una prostituta que no experimentaba culpa alguna y que corrompía a los muchachos era sin duda capaz de asesinar a

alguien.

Los comerciantes se acercaban sólo a Rebeca para preguntarle cuánto estaría dispuesta a pagar por sus telas. Sus clientes judíos entraban en su casa de manera furtiva, por detrás. Para fastidiarlos, los musulmanes insistían con pundonor en entrar por la puerta de delante. Los jóvenes acudían disfrazados de muchachas.

La crueldad y la indiferencia no hicieron mella en Rebeca. No se puso a invocar a Abraham, a Isaac ni Jacob, los padres que nunca había conocido. Ella era la única con quien podía contar, y tenía forjado su propio plan.

El primer día de la semana, a mediodía, cuando las calles estaban abarrotadas, Rebeca y Polvo de Oro salieron a lomos de *Venus*, enjaezado con su más lujosa silla y con una corona de plumas de avestruz.

—Mantén la cabeza bien alta, Oro —entonó con desafiante actitud Rebeca, reclamando la atención de todos los viandantes—. El mundo es tu estrado y tú eres la mejor intérprete. —Dio un tirón a las riendas y se bajó de la montura—. Aprende el delicado arte de caminar y de adoptar una femenina redondez en los hombros. Tus ojos deben albergar secretos sueños, y tu lengua, murmurar palabras de pasión. Ahora respira como si sintieras dolor.

Montada sobre *Venus*, Polvo de Oro cerró los ojos de color de ámbar y con la lengua humedeció unos labios que eran carnosos, aunque no tanto como los de su madre. Posó una mirada expectante en el callejón, rogando por que el acróbata de ojos azules apareciera con la música de su pandereta y el flexible cuerpo doblado en increíbles contorsiones.

—Suelta el aire despacio, muy despacio —la animó Rebeca—, como si fuera las pisadas de un gatito. Y pestañea como si tus pestañas fueran las alas de los ruiseñores.

Polvo de Oro se lamió el pulgar y el índice para mojarse las pestañas, antes de interpretar su aleteo. Luego hizo subir las manos sobre la rodilla hasta dejarla posada encima del muslo. Ni siquiera su madre sospechaba que Polvo de Oro destinaba su representación a un invisible admirador.

El populacho observó boquiabierto cómo aquella niña de once años no sólo imitaba la madura sensualidad de su madre, sino que la embellecía con un leve entreabrir de los párpados, un delicado

enarcamiento de una ceja y un misterioso brillo en los ojos.

Como si acabara de poner fin a un agotador espectáculo y tuviera que reponerse, Rebeca se quitó la rama de menta de detrás de la oreja y la agitó un poco antes de llevársela a la nariz. Después, con un gran vaivén de pechos, dedicó una reverencia a la multitud, avivando la cólera que inspiraba en ella el atrevimiento de ambas.

Contenta con los progresos de su alumna, Rebeca espoleó al burro y prosiguió camino hacia la casa de la anciana Zoroastra.

—Oro, hazle preguntas sobre el bien y el mal y el secreto de los Gathas, los diecisiete himnos de Zoroastro. Le encanta enseñar. Ésa es una exigencia implícita en compensación por su ayuda.

Una visita a la anciana Zoroastra suponía un acontecimiento de primera magnitud. Para que su madre solicitara su asistencia, tenía que estar fraguándose algo de monumental importancia.

—Tú nunca necesitas la ayuda de nadie —señaló Polvo de Oro.

—Ahora eres una mujer —murmuró Rebeca—. No te vendrá mal el consejo de una vidente.

Entraron en la casa de buganvillas. La anciana Zoroastra permanecía acurrucada al lado de un brasero. En sus redondos ojos opalinos, que temblaban como si estuvieran desencajados de las cuencas, no se evidenció sorpresa alguna por su presencia.

—¡Te estaba esperando, Niña Cascabelera!

Rebeca puso la mano de Polvo de Oro sobre la arrugada palma de la anciana Zoroastra.

—Santa anciana, acaba de tener su primer periodo menstrual.

Polvo de Oro se encogió al reparar en la carne que pendía en grises colgajos de los brazos de la vieja, extrañada de que no se tapara como las demás mujeres. Abrigaba el temor de que, por propio impulso, sus manos surgieran como un resorte para coger un pedazo de carne con el fin de moldearla y conferirle una forma menos ofensiva.

Rebeca propinó un codazo a Polvo de Oro, dándole a entender que debía tomar la palabra.

—Anciana —planteó Polvo de Oro, que había aprendido bien la lección—, ¿cómo llegó el mal a este mundo?

Como por milagro, la vieja se desprendió de varias enmohecidas décadas para responder con vigorosa voz.

—Fue aquélla una época terrible en que los demonios se

propagaron por el mundo. Zahak, el demonio del Engaño, cuyo cuerpo rebosaba de lagartos, escorpiones y otras viles criaturas, tuvo la osadía de ofrecer sacrificios al cielo para que le permitiera despoblar nuestra tierra. —Calló para recobrar aliento y se puso a observar a Polvo de Oro, buscando la virtud de la curiosidad, una cualidad que ella apreciaba por encima de cualquier otra.

—Anciana, ¿dónde está ahora Zahak? —inquirió maravillada Polvo de Oro, ya sin rastros de temblor en la voz.

La anciana Zoroastra tensó los labios para esbozar una seca sonrisa.

—Nunca pierdas el deseo de aprender, Niña Cascabelera. —Le agradaba esa chiquilla, que a tan temprana edad había cultivado el arte de la interrogación—. Zahak está en el monte Damavand, donde lo dejó preso el héroe Thraetaona, y allí se quedará hasta el fin de la historia. Entonces volverá a atacar, devorará criaturas y escupirá fuego hasta que el resucitado Keresaspa lo elimine. Después el bien vencerá el mal, la pobreza no será una deshonra y las mujeres hallarán el amor en nobles corazones, y no en el poder y la abundancia de los bolsillos…

Rebeca tocó el hombro de la mujer para expresar su desaprobación. No había ido allí con su hija para escuchar lecciones de moral ni relatos de imaginarios mundos de puros corazones donde se despreciaban el poder y la riqueza.

La vieja se percató de la presión de la mano de Rebeca. Con un nudoso dedo recorrió la silueta de la cintura de Polvo de Oro, sus jóvenes caderas y delgados muslos.

—Estás madurando, hija. ¿Querrías saber qué tiene destinado para ti Ahura Mazda?

—Sería un honor —repuso Polvo de Oro.

La anciana Zoroastra clavó la mirada en el fuego, mientras su lengua entraba y salía de la desdentada boca semejante a un pez arrojado fuera del agua.

—Sagradas llamas y benéfica luz, que ahuyentáis la oscuridad de vuestro adversario Ahriman, mostradme la verdad. Encumbrados cielos, profundos océanos y altivas montañas, revelad las llamas sagradas de Mazda.

Rebeca se puso a mirar el fuego.

—Los veo. Veo sabiduría, poder, riqueza… Y muchos más…

¿Qué es eso que veo?

Unos hombres altos con grandes capas y elegantes diademas surgieron del fuego para volver a fundirse en él. Luego aparecieron las trémulas formas de unos hombres desnudos de duros cuerpos y amables semblantes, que se perfilaron un instante en las llamas antes de disiparse.

—Yo veo un funámbulo de cabellos de fuego —murmuró la anciana.

Polvo de Oro se precipitó para inspeccionar por sí misma las imágenes, pero Rebeca la retuvo con la mano.

A Rebeca le dolían los ojos. Las chabolas de barro brotaron al lado de las mansiones, los turbios arroyos al lado de caudalosos ríos, el basurero junto a una montaña de piedras preciosas. Unas ululantes mujeres daban vueltas, con los rostros ocultos tras finísimos velos y los cuerpos decorados con plata y oro. ¿Sería aquello el harén del rey, en donde las sultanas se tapaban la cara en presencia de hombres llegados de afuera? ¡El harén!

¿Cómo no se le había ocurrido tomar en cuenta el protector refugio del harén? Un futuro más allá del Barrio Judío, del basurero y de la casa de una prostituta. Pese a que el palacio guardaba con celo sus secretos, los pocos datos que Rebeca conocía eran alentadores. El harén albergaba como mínimo trescientas concubinas con sus asistentes, tutores, lectores de poemas, encargados de las joyas, los baños y las escuelas, en las que se distribuía a las mujeres para que aprendieran diversos saberes y prácticas. Aquel refugio podía ofrecer a su hija más libertades que el matrimonio. La compañía de mujeres sin el limitador yugo de un hombre. La seguridad de un techo y una tranquilidad financiera ajena a las insultantes deudas y a las obligaciones para con un exigente marido.

Rebeca extrajo del bolsillo un puñado de semillas de ruda silvestre que arrojó a las llamas, invocando la fuerza para influir en el destino. Las semillas estallaron, generando una nube de humo.

—¡Veo una imponente presencia envuelta en una espléndida capa! —exclamó, crispando la mano en el pecho.

Polvo de Oro sufrió un arrebato de cólera. Su madre se había apoderado de su vida y le estaba dando forma sin tomar en consideración sus propios deseos. Sentada allí, como si no tuviera

ningún poder sobre su futuro, ansió apagar las llamas con agua y reír cuando se ahogara el hombre de los espléndidos ropajes. Se puso en pie para mirar el fuego.

—¡Yo no veo nada!

—Eso es porque eres demasiado joven —contestó, enfurecida, Rebeca—. Tienes que superar la ilusión de los cinco sentidos y recurrir a un sexto, séptimo y hasta un octavo modo de percepción. Porque no puedas ver el sol en un día nublado, no se desprende que el sol no brille. Uno juraría que el sol se levanta al amanecer y se pone al atardecer, y es una pura ilusión. El sol no se pone nunca. ¿Es acaso plano el mundo? ¿Es azul el cielo? ¿Crees que las criaturas que acuden a mi cama son hombres?

Polvo de Oro volvió a sentarse en la alfombra.

La anciana Zoroastra estaba abrumada por la intervención de unas invisibles fuerzas. La voluntad de la otra mujer había entorpecido su capacidad para profetizar. Las llamas lamieron el techo de paja sin quemarlo. ¿Era aquello una señal de Ahura Mazda?

—¡AHORA! —exclamó la anciana con renovada confianza—. Ha llegado el momento. ¡Tiene que encontrar su pareja!

—Sí —convino Polvo de Oro—. Encontraré mi propia pareja, y me tienen sin cuidado el poder y el dinero.

—Que el Diablo haga oídos sordos y que los ojos de los ignorantes se iluminen —exhortó Rebeca, alzando los brazos. Luego levantó el rostro, encarándolo hacia una desconocida fuerza y con autoridad declaró—: Mi hija se recostará en divanes tachonados de joyas.

Polvo de Oro se estremeció. Su madre había ascendido a otra esfera. Parecía levitar. Con las venas de las sienes palpitantes, extendía los brazos a la manera de las alas de un murciélago y la cicatriz refulgía entre sus temblorosos pechos. Polvo de Oro tuvo el impulso de arrodillarse para besarle los pies como si se tratara de un ser divino.

Los pasos de Rebeca resonaban por las calzadas de tierra apisonada. Polvo de Oro había adoptado el ceremonioso andar que le era

propio en sus momentos de enfado. Incluso entonces, lejos ya de la anciana Zoroastra, su madre parecía no reparar para nada en ella y caminar sólo al ritmo de sus propios planes.

—¿Sabes qué día es hoy? —planteó Rebeca, levantando la barbilla de Polvo de Oro.

—Un día como otro —contestó Polvo de Oro.

—No. ¡Hoy, el Eunuco Negro viene al Barrio Judío!

El cuarto día de cada mes, Narciso el Gran Eunuco Negro acudía al establecimiento de Sharaby el Vinatero. Rebeca era consciente de la importancia del personaje. Él era el único hombre con derecho a acercarse al Shah en cualquier momento. Ejercía las funciones de mensajero privado entre el Shah y el Ministro de la Corte y tenía libre acceso a la sultana Bibi, la madre del Shah y, lo que era más interesante aún, era él quien seleccionaba las muchachas para el harén.

Dado que el Islam prohibía el consumo de alcohol y que ningún musulmán tenía permitido vender bebidas alcohólicas, Narciso compraba sus provisiones a Sharaby el Vinatero. El aroma y el sabor de sus vinos, que fermentaban en grandes vasijas de barro en su bodega, era conocido en todo el país. Narciso prefería ir a ver al vinatero con la luz del día, cuando los espíritus de la noche hacían oídos sordos y cerraban los ojos a lo que acontecía en el mundo mortal. Narciso no temía a los judíos. Sabía que no se atreverían a revelar sus visitas clandestinas al barrio ni a entrometerse en sus asuntos y, aparte, la mayoría recibía con gustos una moneda con que complementar sus recursos.

A Rebeca le traían sin cuidado los secretos y las monedas del jefe de los eunucos. Lo que necesitaba en ese momento era la colaboración de su hija.

—Le tenemos reservada una sorpresa —anunció.

Con la desviación de la mirada acentuada a causa de la rabia, Polvo de Oro echó atrás el cabello con desafiante gesto.

—Si tiene que ver con mi futuro, ve a sorprenderlo tú sola.

—Ni hablar —replicó Rebeca.

En realidad estaba abrumada por las dudas. ¿Había calibrado bien las repercusiones de la partida de su hija? Se quedaría sola con sus recuerdos y el horno de cenizas de su dormitorio. ¿No estaría enviando a Polvo de Oro a un mundo lleno de peligros e intrigas?

¿A una jaula dorada? ¿Era el cómodo harén preferible a una miserable alianza? Sí. Su hija no tenía ninguna posibilidad en una comunidad en la que era esencial contar con un nombre respetable para garantizarle un futuro. Primero Jacob, después la propia Rebeca y por fin Heshmat la Casamentera la habían privado de la posibilidad de forjarse una vida digna en medio de los judíos.

—Ingresarás en el harén —afirmó Rebeca.

A Polvo de Oro se le secó la boca. Se dejó caer en el suelo y, plegando los brazos sobre el pecho, fingió estar muerta.

Agachada a su lado, Rebeca encadenó los argumentos, como si intentara convencerse a sí misma.

—Es el deseo de todas las muchachas. Te lloverán los regalos, tendrás hermosos vestidos y joyas, una comida exquisita. Aprenderás a bailar y a tocar instrumentos. Dispondrás de la compañía de chicas de tu edad; nunca estarás sola.

—He oído —dijo Polvo de Oro, entreabriendo los ojos— que el Shah envenena a las mujeres que no le dan hijos varones. Tiene tantas mujeres que las encierra en una jaula y se olvida de ir a verlas.

—Eso son mentiras ridículas —aseguró Rebeca, al tiempo que le remetía el pelo tras las orejas—. El Shah tiene demasiadas obligaciones para ocuparse de las sultanas. Ahora levántate. Tenemos que darnos prisa para ir a saludar al Gran Eunuco.

Polvo de Oro se negó a moverse.

—Tendrás sirvientes. Dormirás por las noches sin que te importune ningún hombre. Serás respetada.

Polvo de Oro apretó los párpados y dio la espalda a su madre.

—Hazlo por mí —rogó Rebeca—. Si te conviertes en una sultana poderosa, me rescatarás de esta vida.

—¿Cómo?

—El dinero, hija, es la solución para todo. Me comprarás una casa en el centro de la ciudad. No tendré necesidad de trabajar. La gente me respetará… ya no me tirarán estiércol de caballo.

Polvo de Oro escuchó el dolor de su madre. Evocó sus noches, las maldiciones susurradas en la oscuridad, el grito de puta proferido en los callejones. Enseguida se puso en pie y se cepilló la ropa.

Entraron en el bazar, y tras inspeccionar la zona, Rebeca

determinó que la entrada de la calle de las Linternas era el mejor lugar para esperar. Si bien del centro del Barrio Judío partían cinco callejones, la calle de las Linternas, la primera en la que se instalaban las lámparas de aceite, era la única vía que permitía por su amplitud el tránsito de caballos.

Jóvenes y viejos por igual alargaban el cuello y se daban codazos, tratando de captar un atisbo de Narciso el Gran Eunuco Negro.

—¡Volveos sordos! ¡Volveos ciegos! —exhortó desde lejos la voz del pregonero de palacio—. Aquí llega el jefe de eunucos de Su Santidad el Shah.

El populacho se tapó los oídos con el fin de no oír palabras que pudieran transformarse en calumnias y apartó la vista para que ningún plebeyo posara la mirada en su eminencia.

Un distante repiqueteo de cascos acalló los ociosos murmullos.

La aguda voz de soprano del eunuco llegó precediéndolo y dejó flotando oleadas de antigua poesía.

La gente despegó las manos de los oídos para oír mejor la dulce música que hablaba de fragantes noches y amaneceres cubiertos de rocío, de amor, de ruiseñores y del aroma del jazmín.

Montado en un imponente semental blanco, el Gran Eunuco Negro entró al galope en el callejón. El roce de las grupas de la montura arrancó pedazos de adobe de las paredes, mientras la lustrosa cola blanca se agitaba espantando las moscas.

A través de las pestañas, Rebeca observó acercarse al eunuco. Iba ataviado con un esplendor que ella no podía concebir ni en sueños. La pomposa escena salpicó de color el tapiz de su vida, prometiendo posibilidades del otro lado de las puertas del Barrio Judío. Apretó la mano en su atillo de telas, reprimiendo las ganas de palpar la suavidad de la seda del turbante rojo del eunuco, atada con un prendedor de zafiros, y el lujoso satén de cachemira de los calzones. El eunuco no desperdiciaba nunca la ocasión de anunciar su llegada con la cantarina voz de la que se preciaba. Rebeca había escuchado, no obstante, que cuando hablaba tenía un timbre chillón y aflautado, como el de una mujer, lo que suponía un constante motivo de turbación.

Polvo de Oro lanzó primero una ojeada y después se quedó observando al eunuco con sorpresa y decepción. Era feo. Los

relucientes colores de su atuendo, bajo los que le colgaba el vientre, lo convertían en un payaso. Tenía la cara hinchada, las piernas cortas, y los dientes amarillos.

El eunuco se metió las manos en los bolsillos y lanzó monedas al aire. La plata acabó cayendo a los pies de adultos y chiquillos, que la miraron con unánime avidez. Algunos se apresuraron a recoger el dinero. Otros se aferraron a sus jirones de dignidad.

Rebeca se precipitó delante del caballo.

El eunuco tiró de las riendas y, con un relincho, el animal se irguió ejecutando una regia danza.

En el polvoriento aire se asentó un impresionado silencio.

Rebeca se puso de rodillas y desató los nudos de su atillo. El velo se deslizó sobre su cabello y el chaleco se abrió dejando ver el encaje sobre sus pechos. Con un floreo del brazo cargado de pulseras, extrajo telas, cintas y adornos. Con la mirada fija en el eunuco, posó una mano en el pecho.

—Perdonad mi impudicia, excelencia. Dispongo de mercancía digna del harén… seda, satén y muselina de algodón, bordados con alambres de oro y plata. Tengo finas telas, ligeras y transparentes, tejidas con hilos que brillan en la oscuridad.

Al ver aquellos ojos malva, el eunuco experimentó un pinchazo en la entrepierna, una sensación que casi había olvidado. Sintió asimismo un sobresalto en el corazón, que creía haber perdido para siempre cuando lo castraron como un novillo y lo despojaron de su virilidad. Ni siquiera más tarde, cuando tras huir de un mundo de violación y esclavitud ingresó en el harén del Shah, un reducto al que no tenían permitida la entrada los verdaderos hombres, por temor a que no posaran la mirada en las sultanas del Shah, lo había asaltado un ansia tan fuerte.

Se le antojaba que fue en otra vida cuando el despiadado *hakim* le había puesto la mano en el hombro y le había dicho con una risita, «Perderás la hombría, pero no el deseo por la mujer.»

En su búsqueda de satisfacción, Narciso se había insertado jerbos hambrientos en el ano, había bebido potentes afrodisíacos rociados con azafrán, había caminado con bolas de marfil atadas al escroto y se había embadurnado la entrepierna con ungüento de morsa y extracto de cuerno de ciervo. Pese a ello, se hallaba tan lejos de alcanzar la consumación como el primer día. Para colmo, su

constante anhelo se veía avivado de forma perenne en el harén, el mundo de mujeres donde residía. Ahora aquella tratante de telas encendía preciados deseos en sus venas y lo llenaba de esperanza en un universo evocador de posibilidades.

—¡Puta! —Un solitario grito quebró el silencio.

—¡Puta! ¡Puta! ¡Puta! —Un coro de voces se sumó a él.

—¡Volveos mudos! ¡Guardad silencio! —reclamó el pregonero de palacio.

Rebeca tomó la brida del caballo, le hizo bajar la cabeza y le dio un beso en el ojo. Con el cabello al aire, dirigió un guiño al eunuco. De nuevo de rodillas, reunió las telas y las guardó en el echarpe que usaba como atillo. Por más que hubiera tratado de convencerse de que había construido una coraza en la que no penetraba la vergüenza, en aquel momento un sudor frío le perlaba la frente y tuvo que hacer acopio de valor para enfrentarse a la multitud, al eunuco y, sobre todo, a su hija.

Le llamó la atención un objeto que había en el suelo, un pedazo de pálido alabastro. ¿Habría roto el caballo con los cascos el cimiento de una casa? Era extraño, porque en el Barrio Judío los edificios no eran de piedra. Tampoco había pavimentos de piedra. Quizá el alabastro se hubiera encajado en los cascos del caballo en otro lugar y se había desprendido allí. Tomó la piedra, sorprendida por su brillo y lisura. Era un símbolo de mundos mejores, que introdujo en el atillo, con las telas.

—Recuérdame, cariño —dijo, apoyando la mano en el muslo del eunuco, bien arriba—. Iré a llamar a tu puerta.

—Aparta, mujer —chilló él, procurando controlar el tono al tiempo que lamentaba no poder cantar en lugar de impartirle la orden de alejarse.

Después volvió a asumir la arrogante expresión en el rostro e hizo girar el caballo en círculos en torno a ella.

Polvo de Oro se esforzaba por mantener la mirada directa y la cabeza alta. Después de propinar un codazo a un individuo cuyos bufidos le laceraban el oído, se disponía a salir en ayuda de Rebeca cuando ésta se arrancó el velo de los hombros, hundió los dedos en los rizos, arqueó las manos sobre la cabeza y proyectó los pechos hacia delante. Luego, acompañada con el tintineo de las pulseras, inició una sensual danza, dejando impresas las letras SÍGUEME en

el suelo. Polvo de Oro retrocedió.

El eunuco se acercó a la mujer de generosas caderas que con cada oscilación le procuraba un delicioso pinchazo entre las piernas y, refrenando la montura, se inclinó.

—¡Fuera, descarada!

Después comenzó a cantar, mientras ponía el caballo al trote.

Rebeca dejó caer las manos a los costados. Dio unos pasos para seguir al corcel, para solicitar una prenda que la autorizase a entrar en palacio. No lo alcanzó. No le quedó nada salvo los insultos y el eco de las últimas palabras que el eunuco había susurrado en su huida:

—¿Cumplirás la promesa que hay en tus ojos…?»

La aflicción, la rabia y el dolor que Rebeca había aprendido a mantener ocultos en su alma se reflejaban entonces en el rostro de su hija mientras se esforzaba para hacer salir las palabras por encima de la queja expresada por sus huesos.

—*Madar*, no quiero ir al harén.

Rebeca abrazó a Polvo de Oro y se la llevó entre el gentío. Todo el mundo luchaba contra ella. Su hija, los judíos y los demonios de su cabeza. No querían dejarle ni sus sueños. ¿Acaso no era suficiente el desgarro que le producía el tener que decidir entre retener a Polvo de Oro o dejarla ir?

—Oro —dijo Rebeca cuando el eco del repiqueteo de cascos se disipó tras ellas—, yo quiero que creas en el destino, pero debes recordar también que hay que ayudarlo un poco. Es lo único que he hecho hoy.

Capítulo 9

REBECA desenterró la olla de barro que guardaba escondida bajo un lecho de paja en la cuadra y vació cuatro monedas de oro en la palma de la mano: el resultado de años de escatimar los dinares a fin de ahorrar una dote para su hija. Polvo de Oro ya no necesitaría una dote. Una vez que hubiera hallado la manera de entrar en palacio y ganarse la amistad del eunuco, éste invitaría a Polvo de Oro a incorporarse al harén.

El jefe de los eunucos buscaba y seleccionaba las doncellas convenientes entre las que el Shah elegía las pocas que compartían su lecho. Las sultanas llevaban una vida cómoda. Unas cuantas lograban ascender en la jerarquía del harén y adquirir una fortuna mediante el comercio con el exterior de opiáceos y hierbas calmantes. ¿Podría una muchacha del Barrio Judío, hija de una prostituta, convertirse en una mujer de alto rango, como Nakshshe-Del que, durante muchos años, había dirigido el imperio turco? ¿Y una muchacha cuyos huesos producían música? Tal vez llegaría un día en que ella, Rebeca, llamaría a la puerta del mercader y su criado se inclinaría con gran respeto ante ella. Entonces, mirando los oscuros ojos de Ruh'Alá el Espíritu de Dios, diría, «¿Se acuerda de Polvo de Oro? Pues es una destacada sultana del harén del Shah». Rebeca sonrió con tristeza por aquella fantasía, una más de tantas. Nada había salido en su vida tal como lo había imaginado. Sólo le quedaba una certeza. Nadie podía entorpecer el camino de la mujer que había tomado el destino en sus manos.

Se arrodilló para preparar su atillo antes de irse a la ciudad. Al notar un objeto duro bajo las telas, se apartó de forma precipitada; nunca se sabía qué peligrosas jugarretas podían gastarle. Con prudencia, sacudió una por una las prendas. Era el trozo de alabastro que había encontrado cerca del caballo del eunuco. En la piedra había grabadas complicadas inscripciones en una lengua extranjera. ¿Provendría la piedra de un lugar de oración? ¿Tendría algún valor? Resolviendo enseñarla a sus hombres, la guardó en el bolsillo junto con las monedas y salió a lomos de Venus.

Rebeca entró en el bazar y se detuvo en cada puesto. En las trastiendas, los vendedores le entregaron las telas que habían bordado sus esposas en los ratos libres. Mientras examinaba la mercancía, espantaba mediante manotazos los dedos que con descaro se ponían a trepar por su falda. Después se dirigió a las zonas residenciales, donde llamó a las puertas de solteras y viudas, susurrando, «Soy la tratante de telas». Inspeccionó las alegres telas ofrecidas desde las puertas entreabiertas, como si al ocultar su rostro, las mujeres protegieran su castidad. Rebeca, por su parte, había memorizado toda apariencia singular de las palmas de las manos, cada mancha del reverso, cada lunar de los dedos. Cuando iba por las calles, había adoptado la costumbre de fijarse en las manos de la gente y con el tiempo había aprendido a relacionarlas con sus propietarios.

Unos sedosos dedos salieron de detrás de la cortina de una ventana. Rebeca examinó un pedazo de tela cuadrada bordado con hilos empapados en agua de azafrán que había creado una rara tonalidad bermeja. Representaba una escena de caza con la figura del Shah adornada con fantásticas plantas, con tanto primor de detalle en las puntadas que parecía un cuadro pintado. Rebeca reconoció una extraordinaria obra de arte.

—Dígame el precio —susurró.

—No tiene precio. He teñido los hilos con mi sangre y los he amalgamado con mis lágrimas.

Rebeca estaba familiarizada con la desesperación que rezumaban aquellas palabras, porque parecía asomar de su propio corazón. Del bolsillo extrajo una de las monedas de oro, la depositó en la mano tendida y después la cerró con la suya.

—Amiga, da gracias al dios en que creas e incluye a mi hija en

tus oraciones.

Al amanecer, Rebeca emprendió el trayecto hacia palacio. No era largo, aunque sí azaroso. Toda mujer que se atreviera a transitar por el camino que conducía a la residencia del rey habría tenido que disfrazarse de hombre. Ninguna mujer judía, sobre todo una tan conocida como Rebeca, habría elegido esa avenida, ni siquiera yendo acompañada. Rebeca, no obstante, iba más segura que la mayoría de los hombres. La aureola sobrenatural que rodeaba la cicatriz de su pecho la había transformado en un místico y extraño ser que sus enemigos preferían evitar. De todas formas, había tomado sus precauciones. En la mano derecha llevaba un látigo que le servía para ahuyentar a los hambrientos perros que ladraban junto a las patas de *Venus*. No se atrevía ni a pestañear por temor a no percatarse del más mínimo movimiento que pudiera producirse detrás de los árboles, las ruinas y los portales.

Sobresaltada por un ruido de cascos, tomó la honda que llevaba prendida en la cintura y del bolsillo sacó un puñado de proyectiles de corcho. Con un golpe de talón y una sacudida de las riendas, inició un trote que la condujo directamente al centro de un grupo de hombres vestidos de negro. Reconociendo a los antisemitas que merodeaban por aquella zona, en busca de judíos que tuvieran la osadía de transitar las callejas al alba, les lanzó proyectiles empapados en ácido a la cara.

Sus alaridos de dolor se desparramaron por el cielo gris.

—¡La malvada bruja! —gritaban, huyendo.

—La puta judía —corroboró Rebeca con una risa burlona y provocadora, impresionante.

Acababa de añadir otra triunfal anécdota al repertorio de las que contaba, embelleciéndolas, a sus hombres.

Después de atar a *Venus* a un árbol, se colgó el atillo del brazo y echó a andar hacia el recinto palaciego. Se detuvo un momento para recobrar aliento ante un vibrante espejismo de color turquesa, el reflejo del palacio en la superficie del Río de los Sueños que rodeaba la base de la colina en la parte posterior, llevando solitarios troncos en sus aguas. Para los observadores incautos, aquélla era

una engañosa fachada, pero Rebeca sabía muy bien que bajo aquel plácido espejo acechaban los tiburones de río, los más feroces de todos, una de las pocas especies que vivían en agua dulce. Aquella parte de los dominios del rey, custodiada por los tiburones, era impenetrable.

Rebeca inició la subida. Desde una base de alabastro, el edificio se erguía para recibirla: sus paredes y portales de azulejos verdes y azules incrustados de pedazos de cristal reflejaban la luz en sus múltiples facetas, como heraldos de un fastuoso mundo asentado en una vasta colina.

Numerosas cúpulas resplandecientes de oro y plata coronaban las diversas dependencias y casas del palacio. Un sinfín de agujas, minaretes y torres surgían de entre los patios, salas de uso político y entradas a las zonas de residencia. Los niveles superiores estaban decorados con primorosos arcos esmaltados. Dos torres flanqueaban el recinto. A la derecha se hallaba la Torre de las Palomas, de ladrillo cocido, con su trabajado techo de artísticos orificios por los que entraban y salían las aves. Estas depositaban grandes cantidades de excrementos, que servían para abonar los melonares que rodeaban las colinas reales. A la izquierda se elevaba una recia estructura abovedada, a la sombra de un alto muro. Era el depósito de hielo. En las noches más frías de invierno, mediante un sistema de zanjas se desviaba el curso de los arroyos de las montañas circundantes para hacerla filtrar hasta los aljibes de debajo de la cisterna de tierra apisonada y arcilla. A lo largo del verano, se iban extrayendo capas de hielo de la superficie de los aljibes para usarlo en palacio.

La fachada del palacio estaba presidida por un retrato en bajorrelieve del Shah. Montado en un buey, el soberano le asía con victorioso ademán la cornamenta. Tenía un aire regio en el porte, en las poderosas piernas que apretaban el flanco del animal, los musculosos brazos tendidos con rigidez y los pétreos dedos aferrados a los cuernos. ¿Sería una representación fiel? Agitó las manos ante los ojos, que se apresuró a cerrar. Por un instante vio a Polvo de Oro encima del toro, con el pelo al viento y una sonrisa triunfal moldeados en la piedra.

Rebeca miró a su alrededor. Las puertas de la Dicha estaban realzadas en oro bajo un arco de mármol. Aquélla debía de ser la

entrada que comunicaba el harén con el mundo exterior. Se pellizcó las mejillas para darles un color de sofoco y tosió para irritarse la garganta. Luego aminoró el paso, encorvó la espalda y con respiración jadeante, se fue cojeando hacia los guardias que flanqueaban las puertas como dos colosales estatuas de carbón. Se vino abajo a los pies de uno de ellos y enroscó los brazos en sus tobillos. El chador se desparramó como la cola de un pavo real entorno a sus generosas caderas. El guardia se arrodilló, desconcertado, tratando de liberarse las piernas.

—Honorable *Agha*, llevo muchos soles sin comer. —Rodeó con los brazos el cuello del hombre y alzó una rodilla hasta su entrepierna. Con los labios tironeó el rizado vello del pecho—. Tengo tanta hambre, que me lo comería a usted.

—Iré a buscar comida —se ofreció el centinela, turbado por la excitación que había despertado en él.

—Una mujer honrada necesita una fuente de ingresos y no una sola comida. Yo vendo telas. Honorable *Agha*, permítame entrar en palacio. —Deshizo el atillo y sacó un pañuelo de seda, que dispuso en torno al cuello del guardia.

—¡Ya se puede ir, mujer! —vociferó el hombre, al tiempo que la agarraba por la cintura obligándola a ponerse en pie—. No se permite entrar a nadie, si no dispone de invitación.

—A mí me han invitado, cariño. Me invitó el Gran Eunuco Negro en persona.

—¿Tiene pruebas? —preguntó, cuadrándose, el centinela.

Rebeca rebuscó en los bolsillos, mientras porfiaba por hallar una solución. Los miembros importantes de palacio disponían de un emblema, una moneda o un símbolo que daban a sus invitados para que lo presentaran en las puertas. Ni siquiera los buhoneros podrían entrar sin el permiso del jefe eunuco. Los soberanos de la dote de Polvo de Oro tintinearon en el bolsillo. Entonces depositó una moneda en la mano de cada uno de los guardias.

—Llamad al eunuco, queridos. Yo me encargo del resto.

Uno de los centinelas comenzó a andar en dirección a palacio. El otro, tras guardarse la moneda en el bolsillo, retuvo a su compañero.

—Al eunuco no le va a agradar esto.

Rebeca se apresuró a franquear las Puertas de la Dicha, que

desembocaban en un patio bordeado de altos cipreses. Escrutó el lugar en busca de la entrada privada del harén: a la izquierda un largo camino se bifurcaba en oscuros corredores, a la derecha, un túnel de seda comunicaban con un par de pesadas puertas. Ésa debía de ser la vía que empleaban las sultanas para poder ir y venir sin ser vistas desde el exterior. Corrió pues hacia el paso subterráneo de seda.

—¡Alarma! Una intrusa está entrando en el harén —gritaban los guardias al tiempo que trataban de darle alcance.

Rebeca proseguía a toda prisa atravesando vestíbulos cubiertos de alfombras de Esfahan y salas en penumbra iluminadas por reflejos de paredes de alabastro. Debía de estar avanzando hacia el corazón de palacio, la parte más interior en la que las salas se volvían más largas y oscuras, intercomunicadas, y las puertas susurraban, cerrándose tras ella. El harén debía de estar al final de aquellos sinuosos laberintos, a buen recaudo del mundo exterior. El eco del grito de alarma de los centinelas llegó hasta sus oídos.

De las sombras brotaron dos gigantes, mudos como fantasmas. Sorprendida, trató de adoptar un seductor pestañeo, pero la paralizaba el miedo. En la ominosa vacuidad de los ojos, como pozos sin fondo, y la pétrea expresión de las caras de los eunucos era patente que sus artes seductoras no darían resultado. Le retorcieron los brazos en la espalda y tuvo que sufrir la humillación de que la registraran sin miramiento, palpándole los muslos, arrancándole los pantalones, recorriéndole un pecho tras otro sin inmutarse más que un instante frente a los pezones erguidos a causa de la indignación. Siguieron por los sobacos, el cabello y volvieron a descender para revisar en las nalgas y en el interior de los bolsillos.

El guardia eunuco notó el tacto del alabastro y lo extrajo para examinarlo. Después lo enseñó a su acompañante. La miraron un segundo, antes de soltarla. Ella no tenía ni idea de lo que ocurría, de por qué observaban la piedra, por qué habían perdido la compostura y se lanzaban acusaciones el uno al otro.

—Mil, mil perdones, *khanom* —se excusaron con voz temblorosa —. ¿Por qué no nos ha enseñado el sello del gran eunuco? ¿Adonde iba, *khanom*? ¿Quiere que la acompañemos?

Desde el Salón de las Perlas, la cámara central del harén,

Narciso el Gran Eunuco Negro oyó el alboroto. Desplazándose por el vestíbulo a la máxima velocidad que le permitían sus huesos corroídos por el opio, se topó de frente con Rebeca. Observó a los guardias y la miró a ella, intentando desentrañar el motivo de la tensión. Tuvo que controlar el impulso de apartar a los hombres a golpes y mandarlos directamente a la penitenciaría.

—La Tratante de Telas —dijo con su voz chillona, como si durante las semanas previas no hubiera estado cortejándola en todos su sueños.

Desde el momento en que Rebeca le había posado la mano en el muslo y había clavado su voluptuosa mirada en su entrepierna, había quedado atrapado en su red y había comenzado a albergar la imposible fantasía de que tal vez un día podría volver a insuflarle los sentimientos que había experimentado siendo un chiquillo. Entonces, cuando a ella se le cayó el velo de la cabeza y despegó los relucientes labios, experimentó un vigor tal que le dieron ganas de tocarse para cerciorarse de que no había vuelto a crecerle el órgano perdido. Despidiendo a las guardias con un gesto, condujo a Rebeca por una antesala de paredes de azulejos pintados con imágenes de soldados con caras infantiles. Prosiguieron hacia los aposentos interiores y las partes más recónditas de palacio, hasta que él se hizo a un lado para dejarla entrar al Salón de las Perlas. Rebeca lo rozó al pasar y se demoró en el umbral.

—Si acerca el oído a mi pecho, oirá la gratitud de mi corazón.

—¡Adentro! —ordenó el eunuco—. Antes de que me arrepienta. Y no olvide que es la primera tratante judía que franquea estas puertas.

Ante ella se abría un mundo de vivos colores, retazos de carne ávida de sol y roncos susurros de lánguidas sultanas. Los cuerpos parecían entrelazados en una mezcolanza de brocado, satén y pálida piel que asomaba entre encajes. Rebeca intentó descomponer el conjunto en partes comprensibles.

De las trescientas sesenta y cinco sultanas que residían en el harén, una buena proporción se hallaba presente en el Salón de las Perlas. Muchas sesteaban en los brazos de las otras; algunas compartían una pipa de agua que mantenía asida entre los rollizos muslos una sultana sentada con las piernas cruzadas en el centro; otras revisaban su rostro en busca de imperfecciones en el cutis;

otras reposaban la cabeza en los generosos regazos de sus compañeras, que las acariciaban o les trenzaban el pelo.

Numerosas niñas, vestidas como las mujeres, correteaban por la estancia.

No había, en cambio, ningún niño. ¿Por qué? Era habitual que los niños permanecieran con sus madres hasta el inicio de su formación.

¿Sería posible que teniendo tantas sultanas a su disposición, el Shah no hubiera engendrado ningún hijo varón?

Rebeca reparó en dos mujeres. Una de ellas estaba sentada en un estrado del centro, elevada por encima del resto, con el cuerpo desparramado en desmayados pliegues. Sus oscuras cejas, prolongadas de una sien a otra, formaban iguales arcos que las alas de una alondra. Un bigote moreno le adornaba el labio superior. La sultana Bibi, dedujo Rebeca, la madre del Shah. La otra mujer, alta y flaca, con una cara redonda y pálida como la luna, permanecía arrodillada delante de la sultana Bibi, a quien ofrecía sorbete, recomponía las amplias faldas y abanicaba con plumas de pavo real. ¿Se trataría de la favorita de la Bibi, o de la actual favorita del Shah? Rebeca se formuló el propósito de no perder de vista a aquellas dos mujeres.

A continuación expuso las telas sobre la alfombra de Esfahan y comenzó a pregonar sus méritos.

El Salón de las Perlas cobró súbita vida. Las mujeres se arremolinaron en torno a Rebeca. Los ratos en que las buhoneras visitaban el harén eran los momentos de más animación de la semana. Prendadas de los vibrantes colores de los hilos, las sultanas se peleaban por obtener las mejores piezas, que se arrebataban de las manos para esconderlas en los bolsillos de los amplios bombachos. Tras el regateo inicial, la compra de las telas y la atención prestada a los chismorreos traídos por las vendedoras, las sultanas pasarían muchas horas más con sus modistas, haciendo pruebas de capas para las noches que pasaban escuchando relatos, las tardes de siestas y las escasas mañanas en que salían a pasear por los jardines. Su atavío más espléndido lo guardaban plegado en un arcón, a la espera de la invitación del Shah. Trescientas sesenta y cinco sultanas rezaban por recibirla; para la mayoría, la espera era vana.

Entusiasmada por el recibimiento que le dispensaban y consciente de la escrutadora mirada que la sultana Bibi posaba en ella, Rebeca iba de una mujer a otra, envolviendo un hombro de terciopelo, una cintura con satén y un cuello con encaje. Medía el material sosteniendo una punta hasta la nariz y la otra con la mano estirada, después partía el borde con los dientes y lo desgarraba en línea recta. Sorteando cuerpos postrados, demasiado hundidos en sueños inducidos por el opio para interesarse por los bienes terrenales, y regordetas niñas que jugaban con muñecas de porcelana, se abrió camino hasta el centro de la habitación, donde se encontraba la sultana Bibi. Postrada ante ella, besó el borde del estrado a sus pies.

—Mi *khanom*, ¿no ha sido ninguna de mis mercancías del agrado de vuestro sagrado ser?

Luego rebuscó en el atillo y extrajo su obra maestra. La sultana Bibi entornó los negros ojos y se enjugó el sudor del bigote que tanto apreciaba por el aire masculino que le confería. Enseguida tendió un hinchado brazo desnudo para coger el material. Durante los cuarenta años largos que llevaba en palacio como la mujer más importante y con acceso a los mejores productos disponibles, no había visto una obra tan delicada. El bordado de color bermejo representaba una escena de caza. El Shah, con atuendo de guerra y altiva expresión ensartaba un dragón con una lanza. Los bordes estaban adornados de fantásticas plantas de enroscados tallos y sinuosas raíces entrelazadas.

Plegando la pieza, la sultana Bibi se volvió hacia la sultana alta y delgada.

—Cara de Luna, paga a esta mujer —ordenó con voz grave.

Bajo la fina tela del velo de Cara de Luna, que llegaba hasta el suelo, resaltaban las rodillas y los hombros, confiriéndole el aspecto de un torpe animal incapaz de controlar las extremidades. Rebeca apoyó la mano en su huesudo pecho para detenerla.

—Mi *khanom*, acéptelo como un modesto regalo.

A Cara de Luna la aquejó un temblor en los rojísimos labios mientras abría una bolsa de satén. ¿Quién era esa mujer que había captado el interés de la Bibi? Intercambió varias miradas con Lirio del Golfo, su eunuco privado, que con su gigantesca estatura y la luz de las linternas reflejada en el afeitado cráneo de ébano, parecía

una estatua eterna. Era mudo pero no sordo. Años atrás, lo habían castrado para asistir a las mujeres del harén mientras se bañaban. Le habían cortado la lengua, a fin de que no revelara sus secretos, y él compensaba ahora dicha carencia con el elegante lenguaje de los ojos y manos que en ese momento danzaban en respuesta a la inquietud de Cara de Luna.

—¡Tráeme más como ésta! —solicitó la sultana Bibi.

Rebeca se llevó los dedos a los ojos con un gesto que prometía a la sultana que la obedecería como si se tratara una orden dictada por sus preciados ojos.

La sultana Bibi apartó el chador de su voluminoso cuerpo y se levantó las cortas faldas por encima de los bombachos.

—¿Estoy demasiado delgada para estas telas? ¿Debería engordar un poco?

—Sois amplia y voluptuosa —aseguró Rebeca—. Como un melón maduro.

La sultana Bibi dejó al descubierto dos hileras de dientes de oro. Luego seleccionó un pastel de arroz de un plato, mordió la mitad y ofreció a Rebeca el resto. La Tratante de Telas se apresuró a aceptar aquella prueba de amistad mientras de la garganta de Cara de Luna brotaba un gruñido de rabia.

Narciso entró en la sala y con un repetitivo movimiento de cabeza indicó que se le había acabado el tiempo a Rebeca. Después de dar las gracias a las damas, ésta lo siguió hacia la salida. Al pasar bajo un dintel de roble con incrustaciones de concha de tortuga, sin darle tiempo a reaccionar a Narciso, Rebeca le quitó el broche de diamante del turbante y desenroscó varios metros de tela de color ámbar. Luego sacó un retal de satén amarillo de su atillo y lo devanó en torno a su cabeza. Una vez lo hubo sujetado con el broche, se inclinó y le dio un beso en la frente.

Él le abrazó con los gordezuelos brazos la cintura y apoyó la cabeza en su pecho, escuchando la risa que resonaba en él. A continuación le dio otro sello con su imagen gravada.

—A partir de ahora eres la tratante de telas oficial del harén.

Procurando no dejar al descubierto la cicatriz, Rebeca se desabotonó la blusa y colocó el cubo de alabastro entre los pechos. El eunuco se estremeció al ver la marfileña carne y la mitad de la aureola del pezón.

—Si fuera un hombre, la habría invitado a mis aposentos.

—Es más que un hombre —contestó—. No permita que nadie le diga lo contrario. Ahora debo reunirme sin tardanza con mi hija. Está en la edad del despertar y no debería dejarla sola. Tiene la sangre caliente como yo. —Tomó la mano del eunuco y le lamió la palma trazando pequeños círculos con la punta de la lengua. Después giró sobre sí, dio unos pasos en dirección a la salida y volvió la cabeza—. Narciso, ¿habría posibilidad de que mi hija entrara en el harén?

El eunuco trató de serenarse, de contener el hormigueo de la palma de la mano y el temblor del cuerpo.

—¡No! ¡No! No hay sitio para otra sultana en el harén.

—Es una lástima, cariño. Me habría encantado confirmar tu hombría.

Capítulo 10

EL catorceavo amanecer del mes, cuando las calderas de cobre de los *hammam* estaban calientes y a punto, los heraldos de los baños hacían sonar sus trompetas. De los chamizos de barro, miserables casuchas, endebles cabañas y chozas, los judíos salían llevando bultos colgados del hombro, colocados sobre la cabeza o a rastras por el suelo. Abarrotando los caminos de tierra, sus oscuras siluetas se deslizaban más allá del basurero y de los puestos de comida y de especias cerrados y, dejando atrás a los mendigos que iniciaban el día despiojando a sus hijos, se encaminaban a los dos baños rodeados de torcidas paredes de adobe por encima de los cuales el vapor esparcía una neblina gris en el alba.

A lomos de *Venus*, Rebeca y su hija tomaron el estrecho callejón que daba fuera del Barrio Judío y se alejaron del hedor del basurero y de la maledicencia de Heshmat la Casamentera. A las preguntas que planteaba, aún medio dormida, Polvo de Oro, Rebeca respondía escuetamente que se dirigían a un lugar de abundancia, un lugar de ensueño.

De improviso, Polvo de Oro se despertó del todo. Después del episodio del eunuco, su madre no había parado de hablar del harén. ¡Iban hacia el palacio!

—*Madar*, ¿nos vamos a quedar allí?

Rebeca arrojó pedazos de pan seco a una manada de hambrientos perros que ladraban a sus pies.

—Sólo tú, Oro.

—No quiero quedarme sin ti —objetó Polvo de Oro, luchando por dominar el tumulto que se había declarado en sus huesos.

—Que el Diablo se vuelva sordo. Procura que no te oiga, Oro. No tienes muchas alternativas.

Polvo de Oro siempre había visto a su madre como un modelo de entereza, con una impenetrable máscara en el rostro. Entonces, sin embargo, le temblaban las manos, mantenía una postura rígida y los espejuelos de su falda reflejaban la melancolía que impregnaba su semblante. Polvo de Oro se concentró en contar las farolas de mortecina luz que había fuera del barrio. Apartándose a manotazos los mosquitos de la cara, se planteó si serían de los que provocaban la enfermedad del temblor. Atenta al ritmo de la respiración de su madre, trató de pensar sólo en el presente… su madre se ocuparía del futuro. Apoyó la mejilla en la espalda de Rebeca.

—Mantén la cabeza bien alta —le ordenó Rebeca—. Si tienes que elegir entre que la gente te odie o te compadezca, elige siempre el odio… siempre.

Rebeca irguió la cabeza y los hombros igual que su madre.

Rebeca murmuró entre dientes, aguijoneada por los fantasmas del pasado. Entonces tiró las riendas de *Venus* y se detuvo bajo un polvoriento plátano.

—Quiero hacerte otra advertencia, Oro —dijo a su hija—. Recuerda que el matrimonio es una alianza que esclaviza y llena de vergüenza a las mujeres.

—*Madar*, ¿has visto a los acróbatas?

—Sí. ¿Por qué?

—Suleimán el Ágil tiene la piel clara y los ojos azules. El nunca me llenará de vergüenza.

—No te crié para entregarte a un acróbata menesteroso, Oro. No todos los hombres de ojos azules son buenos. Los hombres son inconstantes; vienen y van. Tú y sólo tú debes ser la dueña constante de tu corazón; ése es el secreto para sobrevivir.

Polvo de Oro no necesitaba que se lo recordara. Desde su temprana niñez, había aprendido que los hombres dejaban tras de sí turbios recuerdos que no se borraban con el tiempo… así ocurría con los hombres de su madre, con el hombre que olía a hierro. Éste había dejado no sólo tenues recuerdos, sino también un horno que

su madre se negaba a encender y un asno macho al que ella había puesto por nombre *Venus*.

—¡Para fastidiar a Jacob! —había contestado en una de las pocas ocasiones en que estaba de humor para responder—. Para demostrar que ni su burro tiene cojones.

—¿Quién era? —había preguntado Polvo de Oro.

Su madre eludió el interrogante como si las palabras fueran rocío que se evaporaría por sí solo.

—Oro, enamórate de ti misma —le aconsejó entonces Rebeca al tiempo que se enroscaba un mechón de su pelo en el dedo—. Exige el mundo como si tuvieras ganado ese derecho. Saca partido de tu cuerpo que produce música, y no te entregues con facilidad, porque si no, perderás el respeto.

Polvo de Oro tomó conciencia, orgullosa, de que su madre la estaba iniciando en los secretos de la feminidad. Imitándola a ella, pasó las manos sobre los pechos, echó el pelo hacia atrás y se humedeció los labios con la lengua.

—*Madar* —musitó—, si eso te hace feliz, aunque sea un hombre moreno y encierre a las mujeres en una jaula, por ti, me casaré con el Shah.

¡¿El Shah?! Polvo de Oro había pronunciado el nombre como si no fuera a conformarse con menos. ¡El Shah! Ni siquiera en sus sueños más descabellados Rebeca había pensado en el rey como partido para su hija. Rebeca trató de ahuyentar la idea. Bastante locura era ya desear que su hija judía ingresara en el harén. Las ambiciones desmedidas sólo servirían para hacer de ella una amargada. De todos modos, repitió el nombre del Shah mientras observaba a su hija.

Polvo de Oro no era hermosa en el sentido convencional. No tenía unos rasgos perfectos. El conjunto, no obstante, creaba una impresión tan positiva que uno raras veces reparaba en su ojo izquierdo estrábico o en la leve asimetría de la nariz. Su cabello de color café enmarcaba unos pómulos altos, realzando el tono ámbar de los ojos. Tenía una piel pálida y una tez pronta a encenderse con las emociones. La desviación de la mirada añadía un toque de misterio a la madura apariencia que había adquirido. Poseía el porte y la risa expansiva de una mujer y la mirada inocente e inquisitiva de una niña. Aun cuando al hablar dejaba entrever las

dudas de la infancia, el lenguaje de su cuerpo, el tenue temblor de las nalgas, el ímpetu de los nacientes pechos y el cimbreante andar eran los de una mujer.

Sería irresistible para un hombre que tenía la perfección desparramada a sus pies.

¿El Shah?

El nombre deambuló por los laberintos del cerebro de Rebeca hasta instalarse en su corazón.

¿Por qué no?

¿Por qué no iba a quebrar los opresivos muros de convención que sus antepasados habían erigido en torno a ella? ¿Por qué no podía dejar volar sus ambiciones.

Se secó los ojos y apretó las mandíbulas.

—¡La hija de Rebeca llegará a ser reina!

Llegaron a las puertas de palacio cuando el cielo adoptaba el color de los caquis. Tomaron asiento en el suelo: Rebeca cubierta de un reluciente velo de lentejuelas y pedrería y Polvo de Oro, de varias capas de gasa blanca. Rebeca había reservado retales, restos de las piezas que había vendido, y le había cosido con ellos una falda con un cuerpo ceñido que resaltaba el juvenil cuerpo de Polvo de Oro. Sobre su pelo y su cara caía una cascada de encaje.

Con el primer canto de los gallos, Rebeca tomó a Polvo de Oro por los hombros y la acercó a sí. Rebeca se había quedado sin habla ante la enormidad de su decisión, Polvo de Oro por el temor de no volver a ver nunca más a su madre. ¿La permitirían visitarla allí adentro? Rebeca alisó el cabello de su hija y le ajustó la blusa. Polvo de Oro tomó las manos de su madre, pero las palabras que había preparado se quedaron interceptadas en el nudo de la garganta.

Rebeca dio un paso atrás y con la escrutadora mirada de una mujer experta examinó el sencillo pero elegante vestido de su hija, los redondeados hombros apenas descubiertos y el brillo de los ojos percibido entre el encaje que le caía sobre el rostro.

De improviso, le quitó el velo.

—Serás la primera mujer que entre en el harén a cara

descubierta.

Rebeca notó la brisa que le acariciaba las desnudas mejillas y alzó las manos al cielo. Le agradaba aquella libertad. Su mirada se posó sobre el río de los Sueños, en donde el entrechocar de los troncos producía entonces un sonido alegre.

Los guardias de palacio abrieron las puertas, haciendo honor al sello del eunuco y a la mujer que acudía al harén el primer día de cada mes.

—¿Quién es esta niña? —preguntó uno de los centinelas.

—Mi aprendiza —repuso Rebeca.

El palacio estaba envuelto en silencio. Tras los pasos de un guía, recorrieron su abrumadora opulencia. Las columnas de alabastro sostenían techos de espejo y los candelabros proyectaban un arco iris de colores sobre los bajorrelieves que representaban batallas, escenas galantes y mitológicos seres inspirados en las hazañas épicas de los reyes Ferdowsi. El suelo de mármol estaba lleno de alfombras de Isfahan, Tabriz y Kashan.

—El Gran Eunuco Negro está en los aposentos de la servidumbre —explicó su acompañante.

—Llévenos allí —pidió Rebeca, con la esperanza de encontrar al eunuco en sus habitaciones, convencida de que un entorno más íntimo y humilde resultaría más propicio para sus objetivos.

Tras un intrincado dédalo de pasadizos y vestíbulos, una puerta dio paso a un corredor de paredes manchadas de tizne, invadidas por el olor a aceite rancio y a moho.

El Gran Eunuco Negro, con la cara hinchada a causa del supositorio de opio de la noche anterior y de su constante consumo de azúcar refinado, pasaba frente a una hilera de jóvenes aprendices que aguardaban su inspección matinal. El eunuco se quedó mirando a un muchacho que no debía de sobrepasar los doce años. Su cabello negro y rizado enmarcaba un rostro moreno y enjuto.

—Preparadlo para el vapuleo —ordenó Narciso a su ayudante.

Con exagerado alarde de pompa, el asistente sacó al muchacho de la fila, lo tendió en un soporte de madera y lo ató de manos y pies.

Uno, dos, tres. Narciso azotó las plantas de los pies del sirviente, arrancando unos gritos inhumanos. Uno, dos, tres. El cuerpo del chiquillo se combaba con cada golpe.

Inmersa en una pesadilla, Polvo de Oro controló la urgencia de buscar la mano de su madre. Vio las extremidades del criado tensas hasta el límite y el tronco que vibraba como un arco. Le ardían las plantas de los pies. Era como si cada latigazo vibrase en la médula de sus huesos. No estaba segura de si el quejido que oía provenía de ella o del muchacho.

—¡Chicos todos, observad y aprended! —repitió con monótona voz el ayudante—. ¡Chicos todos, observad y aprended!

—¿Qué ha hecho el pobrecillo, cariño? —preguntó Rebeca al guía.

—A los recién llegados los someten a las tundas para fomentar la disciplina y, para que al verlo, los otros aprendan.

Cuando los alaridos del chiquillo se transformaron en sollozos, Narciso ordenó que se lo llevaran.

Un grupo de eunucos con los torsos desnudos esperaban su turno de supervisión. Narciso inspeccionó la entrepierna de todos. Cuando llegó al último, se detuvo y le introdujo la mano entre las piernas. Con el dedo palpó una ligera protuberancia y, ante la alarma del hombre, le metió la mano bajo el cinturón hasta el interior de los bombachos.

—¡Vuelve a ser hombre! —dictaminó Narciso, girándose hacia su ayudante—. Que lo castren de nuevo.

Polvo de Oro tomó una resolución. No pensaba quedarse en ese extraño lugar.

—Me marcho —musitó, poniéndose de puntillas.

—Ésta es la parte tenebrosa del palacio —adujo Rebeca al tiempo que la retenía por la cintura—. Nunca volverás a verla. Espera hasta que lleguemos al harén. Es tan hermoso que no te lo vas a creer.

A Polvo de Oro le tenían sin cuidado la belleza, el Shah y el gordo barbilampiño que azotaba a los muchachos. No comprendía la injusticia de que su madre la obligara a ingresar en ese mundo.

—¿Me quieres? —preguntó.

Rebeca apartó con un sobresalto la mirada. ¿Qué debía responder a aquella simple pregunta? ¿Que su amor era tan grande que se había transformado en una locura que era el motor de su vida, que su amor se había concentrado en una rabia donde se originaba su vigor, un amor tan inmenso que por él estaba dispuesta

a sufrir el dolor de la separación?

—¡Chitón, niña! —susurró mientras Narciso avanzaba hacia ellas —. Hasta en el cielo pasan cosas malas.

Polvo de Oro frunció los labios. En otra ocasión, volvería a plantear la pregunta y exigiría una respuesta satisfactoria.

El eunuco reparó en el atractivo porte de Rebeca, antes de observar con suspicacia la cara descubierta de Polvo de Oro.

—¿Por qué ha venido tan temprano?

Rebeca se quitó el velo de la cabeza, pero conservó la gasa que le tapaba la parte inferior del rostro.

—Con su permiso, he traído a mi hija, Polvo de Oro, para su inspección.

—¡Qué permiso! —gruñó, descargando un airado pisotón en el suelo—. Yo nunca se lo di.

Sólo le quedaba eso por oír. Polvo de Oro respiró a fondo. ¿Acaso se creía que ella se moría de ganas de entrar en esa prisión? Tenía que huir antes de que la atara y la azotara, antes de que su madre la dejara allí, antes de que el martilleo de su corazón le horadara los oídos.

—*Madar*, me voy.

—Perdóneme —se excusó con tono arrullador Rebeca, al tiempo que agarraba la falda de Polvo de Oro para retenerla—. Me he tomado esa libertad por iniciativa propia. ¿Me daría el placer de plantearse su admisión en el harén?

Polvo de Oro se acercó con brusquedad a su madre a consecuencia del tirón. En torno a la boca de ésta se habían hecho evidentes unas arrugas que Polvo de Oro conocía bien. Cuando Rebeca ponía aquella cara, ni el destino era capaz de disuadirla de su empeño.

Rebeca se negó a dejarse intimidar por los resoplidos y petulantes aspavientos del eunuco que le causaban un visible temblor en el vientre. Aun siendo consciente de su tremendo poder, no lo era menos de las terribles ansias sexuales con las que pugnaba.

—Me ofreceré entera a sus pies, Narciso —susurró.

El eunuco escrutó a Polvo de Oro. Tenía la tez demasiado rojiza y llevaba el pelo demasiado corto. La aleta izquierda de la nariz se abría más que la de la derecha, lo que le daba un aire de arrogancia

reservado a las personas con solemnes funciones, como él mismo. De mala gana, reconoció para sí que le agradaban sus ojos de color ámbar, aunque no la desviación del izquierdo, que le hacía pensar que miraba hacia una lejanía más allá de su alcance. El hoyuelo de la barbilla era bastante seductor, al igual que lo era su manifiesta terquedad. Lo que más le fascinaba, no obstante, de aquella muchacha era el misterioso y esporádico rumor de desaprobación que parecía emanar de la proximidad de su cuerpo.

Observó la cara destapada, planteándose en qué grupo de sultanas podría encajar. El harén rebosaba de mujeres de todas las tallas y temperamentos. Aun así, por más que lo intentara, aquella chica se resistía a su intento de clasificación. ¿Podría acaso utilizarlo para salir del apuro?

Desde hacía un tiempo, en la vida del Shah se había instalado una horrenda monotonía. Él se había percatado de las gélidas miradas del soberano, de las muchas noches que pasaba solo y de la ausencia de los regalos que antes solía mandar como prueba de gratitud por las muchachas que él le elegía. El Shah necesitaba un cambio.

—No es hermosa —murmuró Narciso—, y no ha heredado sus voluptuosas caderas.

No, pensó Rebeca, y posiblemente nunca aprendería a traer a la vida las fenecidas emociones de un eunuco.

—Espera aquí, Oro —ordenó, conteniendo a su hija con la dureza de su mirada—. Vuelvo dentro de un momento. —Después se levantó la fina gasa de la cara y preguntó a Narciso si quería enseñarle sus habitaciones privadas—. Narciso —solicitó al tiempo que lo abrazaba por los blandos hombros—, llame por favor a alguien para que vigile a Polvo de Oro hasta nuestro regreso.

Narciso sintió la mano de Rebeca que se fundía en su carne, el calor de su aliento en los pulmones y su aroma a miel y melaza. Enseguida dio una palmada.

Una joven de dieciocho años, de largas pestañas y anémicas mejillas, apareció y se quedó inmóvil y cabizbaja. Polvo de Oro frunció la nariz. El palacio desprendía un almizcleño olor a moho y a vejez. El Shah estaba por todas partes, insertado en el esmalte de los azulejos, grabado en las columnas de pórfido y malaquita, enzarzado en combate con hombres y bestias, empuñando una

espada, un garrote o una cimitarra. Tenía una cara brutal y deforme. La seguía con aquella mirada de piedra. Reparó en la tez descolorida de la muchacha, en el acuoso color de sus ojos, en los desvaídos labios.

—¿Es en realidad así el Shah? —le preguntó.

—Su Santidad aparece ante sus súbditos de lejos. Nadie lo ha representado tal como es.

Polvo de Oro echó correr por uno de los numerosos pasillos que se abrían ante ella.

Rebeca y el Gran Eunuco Negro dejaron atrás el patio interior y las cocinas, y entraron en los aposentos de los eunucos. Allí él abrió una puerta rodeada de elaboradas esculturas de animales en madera, provistas de grandes ojos de rubí.

Rebeca se le adelantó rozándolo y notó un objeto duro en su costado.

—¿Qué es eso? —preguntó.

El eunuco contestó con un ininteligible murmullo, con las mejillas trémulas y la mirada huidiza.

Rebeca recorrió con los dedos el lujoso terciopelo de la capa, el forro de satén, el reborde de armiño y la resbalosa seda de los bombachos, hasta detenerse en la cintura. Entonces asió el duro objeto. Él le dio un manotazo, pero ella siguió aferrándolo, tenaz como una sanguijuela.

—¿Guardarás el secreto?

Rebeca pestañeó y se humedeció los labios. ¡Oh sí! Guardaría como un tesoro aquel secreto, lo llevaría en el corazón y recurriría a él en el momento preciso.

—Promételo —rogó él, implorando clemencia a los espíritus de la muerte.

Rebeca se tocó el pecho, donde la cicatriz comenzaba a modificar su forma.

—Lo juro por todos mis antepasados.

El eunuco extrajo entonces debajo del fajín un pequeño frasco lleno de salmuera.

Rebeca cerró los ojos y se llevó los dedos a la boca. Entre los

pechos, la cicatriz se había puesto a palpitar.

Levantando el tarro de cristal, Narciso examinó su contenido al tiempo que lo hacía girar delante de su cara.

Rebeca volvió a abrir los ojos, jadeante, sudorosa.

—Nuestra tradición musulmana exige que se entierre la totalidad del cuerpo para ir al cielo —explicó el eunuco, mostrando el frasco.

—Pobre, pobre Narciso. ¡Tu virilidad está envasada en salmuera! —Lo tocó entre las piernas—. Yo te demostraré que hay más aquí que en ese recipiente.

—Es inútil. No soy un hombre.

—Yo probaré lo contrario.

—¿Qué arrogancia te hace pensar que vas a conseguir lo que otras no lograron?

Rebeca le apretó la boca con la descolorida piel de la palma de la mano.

—La arrogancia proviene de esa quemadura que has estado mirando.

Le desenroscó el turbante y el fajín, le quitó la daga y la capa, el chaleco y el bombacho y después lo condujo a la cama que había en el rincón.

—¿Cómo te quemaste la mano?

—No hagas preguntas. A cambio, yo encenderé tu pasión hasta una altura tal que no desearás regresar.

—Yo no quiero que me exciten —replicó—. Ya estoy cansado de eso. La pasión sin clímax es como soportar una y otra vez la castración.

—¿Me vas a hablar de ello, Narciso? ¿Quieres? —Sabía que lo haría. Reconocía su necesidad de comunicar su dolor. Ella misma, en su capacidad de sanadora, había aprendido a escuchar y a aprovisionar secretos, y a utilizarlos en beneficio propio—. Cuéntamelo, Narciso.

—Ocurrió en el desierto, en el centro de operaciones de los traficantes de esclavos. ¿Creerás que recitaron una oración por mí cuando vieron la mata de vello púbico?

Lo afeitaron y luego le tatuaron un narciso rojo en el pubis, como un decorativo sustituto de lo que estaba a punto de perder. Le ataron unas cintas blancas en torno al estómago y la parte superior

de los muslos a fin de impedir una excesiva pérdida de sangre y le bañaron los genitales en agua de guindilla.

—Pensé que me iba a incendiar. Pero aún no había llegado lo peor.

—Pobre, pobre Narciso —lo compadeció Rebeca—. ¡Malditos sean! ¿Cómo pudieron hacerte eso?

Lo envolvieron con otra tira de tela, comenzando por la punta del pene hasta su nacimiento.

Con un rápido corte de cuchilla, le cercenaron el pene y los testículos. Sus gritos subieron hasta el séptimo cielo.

Le cauterizaron la herida con el aceite caliente que habían dejado en un hornillo toda la noche. Después le insertaron una aguja de estaño en la abertura de la base del pene, le aplicaron un ungüento de pedo de lobo y alumbre, y después le cubrieron la herida con percal impregnado de agua que aseguraron con tiras de una tela conocida por sus propiedades secantes.

Narciso se enjugó la frente y miró a Rebeca, previendo que iba a huir como habían hecho las otras. Ésta contuvo, no obstante, el temblor y serenó la mirada.

—Continúa, Narciso —susurró—, se me parte el corazón por ti.

—Me cogieron por las axilas y me hicieron caminar por el desierto hasta que estaba a punto de quedarme seco y venirme abajo.

Entonces lo enterraron hasta el cuello en la arena caliente del desierto, el bálsamo más eficaz del mundo. No le dieron agua. Si se le inflamaban las vías urinarias, no podría expulsar el líquido y se vería condenado a una muerte atroz.

Durante cuatro soles y cuatro noches estuvo delirando, sometido en sus alucinaciones a la persecución de la arena del desierto y los fieros comerciantes de esclavos. Los espejismos de novillos castrados crecían, se desintegraban en la neblina y reaparecían para atormentarlo con un incesante mugido. El dolor la sed y la imposibilidad de orinar se le hacían insoportables. Después de la puesta de sol del cuarto día, le quitaron las tiras de tela y le sacaron la aguja. Al ver el chorro de orina sanguinolenta que brotó, alzaron la cabeza dirigiendo una oración de gracias al cielo.

—Y como un regalo de infinito valor, me entregaron este frasco de cristal. ¿Ves el corte en relieve de los bordes? Soy más

afortunado que la mayoría de eunucos. Con el lucrativo comercio de órganos existente, sólo los tratantes de esclavos honrados los devuelven a su propietario.

Narciso abrazó el bote que contenía su virilidad, su única esperanza de redención conservada en salmuera.

—Narciso —dijo con suavidad Rebeca—, yo te prometo hoy el clímax. Pero con la condición de que admitas a Polvo de Oro en el harén. Si no cumples la promesa, te juro por todo lo sagrado en que tú crees que será la última que hagas.

Se tendió a su lado y lo obligó a acostarse, al tiempo que le tapaba la boca para contener sus débiles protestas. Le sobó los lampiños muslos y sintió que la carne se plegaba como dócil masa en sus manos. El cuerpo, líquido y mantecoso, desprovisto de músculos, cedía a su presión; una pálida capa de humedad le cubría la piel. Le separó las piernas. No tenía nada entremedio: tan sólo el rojo narciso del pubis. Reprimió las ganas de vomitar. El orificio de la uretra era un solitario agujero. No había nada allí, ni pene ni testículos.

Rebeca apretó con una almohada la boca del eunuco para sofocar sus alaridos. A continuación destapó el frasco de aceite de coco que llevaba en el bolsillo y se untó las puntas de los dedos, para después comenzar a masajearle el cuello y los hombros y aliviar el agarrotamiento de los músculos con parsimoniosos y suaves movimientos. Narciso entrecerró los ojos, con los párpados pesados y la mirada perdida. Entonces ella trazó círculos en las sienes. Después aplicó una leve presión que lo mantuvo alerta. Necesitaba que estuviera concentrado.

—Eres un hombre —susurró—. Siente tu erección dentro de una mujer. Ella te desea, se tensa en torno a ti, grita de placer…

Emitiendo unos gemidos animales, Narciso alargó los dedos entre las piernas en busca del ausente pene al que Rebeca había insuflado vida. Para impedir que se desbaratara la fantasía, ella le retuvo la mano, le lamió las yemas de los dedos y las introdujo entre sus pechos.

—Siente las contracciones. No puedes aguantar más…

Con un hilo de saliva chorreándole por la comisura de la boca, Narciso se mordía la lengua y se succionaba los labios. Rebeca comprendió el vacío que experimentaba allí. Debía colmarlo para

que no se desgarrase los labios y tuviera que volver sangrando al harén. Dirigió el pezón hacia su boca.

Deslizó la mano sobre el vientre y, rodeando el ombligo, descendió hasta el despoblado pubis y trazó una curva en torno a la uretra, explorando. Las convulsiones y gemidos la condujeron hacia sus puntos sensibles. Se aventuró hasta la cavidad anal y los ahogados gruñidos fueron en aumento; continuó con tacto acariciador, tanteando, apretando, adentrándose más lejos de lo que él mismo había osado nunca. Le mordió el pezón, lastimando la piel. Ella siguió accionando los dedos más deprisa, en una desenfrenada y despiadada danza de inmolación avivada por la enormidad de su dolor y su deseo de triunfar.

Los gemidos se convirtieron en alaridos con los que él suplicaba un alivio que parecía remoto. Rebeca sintió el aguijón de la duda. Su vida y la de su hija dependían de ese instante.

Extrajo el pezón de su boca, lo hizo volver y tras colocarse de rodillas, le separó las nalgas. Un escalofrío le recorrió la columna. Al introducir la lengua, Rebeca desató el violento fuego que había reprimido durante toda su vida adulta.

Primero se puso rígido y luego soltó la almohada, lanzó un suspiro y se quedó inmóvil. Rebeca lo tapó con las sábanas. Necesitaría horas para recobrarse del profundo orgasmo que había inducido a partir de la próstata. Se incorporó, con el velo sobre los hombros, la cara húmeda y la cicatriz enrojecida.

—Eres mío, Narciso —musitó—. ¡Te tengo en mis manos!

■

Capítulo 11

EL grito de los pavos reales llegó desde los jardines y resonó en las paredes cuando, tras precipitarse sobre unas puertas oscilantes, Polvo de Oro se halló en el Salón de las Perlas. La espléndida ostentación de colores y el brillo de las piedras preciosas la dejaron fascinada. Todo parecía suspendido en el tiempo, todos los movimientos eran letárgicos y cada palabra constituía un misterio. ¿Era aquello el harén? Sumido en una nube de humo, aturdidor por su extraño carácter, apaciguador por su languidez.

Una sultana señaló hacia ella y todo el mundo se volvió. Los susurros se convirtieron en murmullos. Las niñas, vestidas como mayores, abandonaron los regazos de sus madres. Se había quebrado el hechizo. Polvo de Oro giró sobre sí para escapar. Entonces tras ella apareció un eunuco que le interceptó el paso.

Miel fue la primera que reparó en Polvo de Oro, extraviada en la entrada de atrás. Tenía un cabello negro como la tinta y unos ojos rasgados y relucientes. Una oscura lágrima, tatuada en la comisura del ojo izquierdo le daba un aire melancólico. Las sultanas que preferían a las mujeres sentían fascinación por la carnosa boca de Miel, que les succionaba, envolvente y exquisita, los labios.

Miel se quedó mirando a Polvo de Oro, vestida de blanco, con la cara desnuda, el pelo corto, la piel tan clara como las conchas del mar. Pese a la presencia de la sultana Bibi y olvidando todas las precauciones, Miel se acercó de puntillas a la desconocida. Pasó la mano por el cabello de Polvo de Oro; dejó resbalar el dedo índice

sobre los labios y se demoró un instante en el hoyuelo del mentón. El rubor que asomó a las mejillas de la recién llegada le indicó que era virgen. Miel decidió convertirse en su mentora, conquistarla antes de que las otras sultanas trabaran amistad con ella.

Polvo de Oro apartó de un manotazo la mano de Miel, desconcertada por la movilidad de sus labios, el tanteo de sus dedos y la lágrima de color negro azulado que sonreía o lloraba en el extremo de su ojo.

—La Bibi no tardará en ponerse a gritar —susurró Miel—. No te asustes.

El contacto de la sultana era a la vez una intrusión y un bálsamo. Polvo de Oro quería aceptar su admiración y al mismo tiempo sustraerse a su insolencia. Miró en torno a sí para orientarse entre el humo del opio. Era demasiado tarde. El Salón de las Perlas se había despertado. Estaba atrapada.

La sultana Bibi entornó los ojos de ave de presa y exigió saber quién era la intrusa que había irrumpido en el harén. Cara de Luna se apresuró a ir a descifrar el misterio. Miel rodeó con el brazo a Polvo de Oro, aferrándose a aquel delicioso momento de intimidad. Notando el olor a intriga, las sultanas salieron de su tedio y mascaron unos terrones de azúcar para reanimarse.

—¿Quién es esta muchacha? —tronó la sultana Bibi—. ¿Dónde está Narciso?

Detrás de una alta sultana, cuyo pálido rostro destacaba sobre los demás, Polvo de Oro vio aparecer a su madre.

Rebeca se abrió paso entre las sultanas. Durante meses, el eunuco la había acompañado hasta el Salón de las Perlas por la entrada principal, por lo que nunca había reparado en la puerta posterior junto a la que permanecía, consternada, Polvo de Oro. Alarmada por la tensión del ambiente, el eco de la voz de la sultana Bibi, la borrascosa mirada de Cara de Luna y la audacia de las manos de Miel, Rebeca hizo votos por que el eunuco no tardara mucho en despertar de su estupor orgásmico y acudiera en su ayuda.

—Has encontrado un nuevo hogar, Oro —anunció, como si fuera lo más natural, al tiempo que abría los brazos a su hija.

El alivio que Polvo de Oro había experimentado al ver llegar a su madre se esfumó al instante.

Rebeca vio en los ojos de su hija un destello, una gélida mirada que creía enterrada desde la muerte de Jacob el Huérfano, y retrocedió como si hubiera recibido un golpe.

La sultana Bibi se revolvió en su estrado e hizo señal para que Cara de Luna parara de abanicarla. Nada debía distraerla del dramático enfrentamiento que estaba a punto de producirse.

El Salón de las Perlas retenía el aliento.

—*Madar*, me quedaré —declaró Polvo de Oro, quebrando el expectante silencio—. Me quedaré para castigarte, para que así no vuelvas a imponerme más tus deseos.

Rebeca agitó una muñeca cargada de pulseras, en un fútil intento de contener su renovada inquietud.

—Oro, es el deseo de ambas, no sólo mío…

—No, *madar*. —Polvo de Oro la miró sin pestañear—. Es tuyo. Yo deseo otras cosas.

Narciso entró con un rítmico contoneo. El sonrojo que se traslucía en su oscura tez puso sobre aviso a las mujeres de que algún monumental suceso acababa de tener lugar en su vida.

El eunuco percibió la atención unánime, el siniestro silencio. Hasta las princesitas habían parado de jugar y se mantenían expectantes, abrazadas a sus muñecas. Se aproximó a la sultana Bibi y le besó la mano.

—Perdonadme. Quería sorprenderos con mi último trofeo, pero, por lo visto, ella ha encontrado el camino sin darme tiempo a efectuar la presentación de rigor.

—Sí, eso es desperdiciar los momentos agradables —lo acusó con enojo la sultana Bibi.

Rebeca fue a postrarse ante la sultana Bibi y le presentó sus excusas por haber turbado la calma de los aposentos interiores.

—Me iré enseguida, mi señora.

—Tómese el tiempo que quiera para despedirse de su hija —dijo la sultana Bibi—. Ahora es una ignorante criatura pero, estando conmigo, pronto será una mujer bien distinta.

Entre los pechos de Rebeca, la cicatriz se convirtió en hielo. No había tomado en cuenta todos los peligros del serrallo. Ahora, era demasiado tarde. Una vez que la sultana Bibi deseaba que una muchacha se incorporase al harén, no había fuerza capaz de impedirlo.

—Oro —murmuró Rebeca—, escúchame bien, aunque sea éste el único consejo que vayas a seguir. Nunca caigas en las despiadadas garras de la adicción parda. Nunca seas de las que se llenan las horas a base de opio.

El decreto final de la sultana Bibi había eliminado todo rastro de cólera en Polvo de Oro. Sus huesos se estremecían a causa del miedo.

—Por favor, no me dejes olvidada aquí.

—Tú eres el aire que respiro, Oro. ¿Cómo podría olvidarte?

Rebeca lanzó una ojeada a la mano derecha, de piel translúcida como una capa de cebolla. Sentía el calor entre los pechos con la misma intensidad que en el momento en que la tocó el hierro candente. Se rozó el muslo, donde todavía transportaba el peso de la bolsa de oro que Ruh'Alá el de la voz melodiosa le había arrojado una vez. ¿Se convertiría aquella decisión en otra carga que tendría que arrastrar durante el resto de sus días?

—*Madar*, ¿estás autorizada a visitarme?

—Escúchame, Oro —susurró Rebeca—. Los parientes no pueden venir, pero como yo soy ahora la tratante de telas oficial de palacio, podré visitarte. No tengas miedo. No te abandonaré.

El eunuco resolvió despachar el asunto antes de que la sultana Bibi lanzara sus dardos a las dos mujeres que murmuraban en su presencia.

—Ahora —anunció— me voy a retirar con la muchacha para entrar en comunicación con los espíritus. Regresaré con la decisión de los supremos poderes.

La sultana Bibi curvó un dedo, con el que indicó al eunuco que se acercase.

—Más vale que ésta halle el favor a ojos de mi hijo… porque si no, una de estas noches tu cabeza rodará en el Patio de los Caballos.

Narciso captó, además, el desasosiego de trescientas sesenta y cinco mujeres insatisfechas. Percibió, asimismo, la amargura de un harén sin emplear, la putrefacción de unos fértiles órganos relegados a la frustración. Él también preveía la peor amenaza de todas: el riesgo de que el Shah volviera a sus viejas costumbres, a buscar el placer en los brazos del hermoso eunuco que era blanco del desprecio de la sultana Bibi. Rebeca había aparecido justo a tiempo. Había introducido nueva savia en el harén.

Capítulo 12

EL Gran Eunuco Negro se encerró en su habitación. Sumido en un hipnótico trance, se balanceaba delante de un brasero de incienso, inhalando emanaciones de hierbas, para consultar a los espíritus. Cuando salió, su aliento despedía el malsano olor de quien ha ayunado durante días, pero la resolución con que apretaba la mandíbula era la de un hombre que ha tomado una decisión.

Presentó a Polvo de Oro a la sultana Bibi que, tendida en el estrado con las piernas cruzadas, soportó el formal desarrollo de la ceremonia. El eunuco habló de la inusual belleza de Polvo de Oro, de sus encantadoras cualidades y por encima todo aseguró a la sultana Bibi que había examinado a Polvo de Oro y había constatado que era virgen.

Con lagrimosos ojos que habían conservado la acerada vista de un ave de rapiña, la sultana Bibi observó a Polvo de Oro. Le hurgó con la punta de un dedo tatuado las mejillas, el estómago y las nalgas para comprobar su firmeza. Luego le dio dos bofetadas. Polvo de Oro mantuvo la cabeza alta, aunque a sus ojos asomaron las lágrimas y una expresión de desafío. La sultana Bibi alzó la mano. Polvo de Oro no pestañeó. Agarró la mano antes de que se abatiera. Narciso se estremeció. Las sultanas contuvieron el aliento. Las princesas rieron con nerviosismo. Miel suspiró ante tamaña temeridad. Cara de Luna ocultó una sonrisa tras la palma de la mano.

—Puedes entrar en el harén —dictaminó con voz ronca y bigote

tembloroso la sultana Bibi—. Yo me encargaré personalmente de rebajarte esos humos.

Con la rabia sofocada por el odio manifiesto en la cara de la Bibi, Polvo de Oro se postró ante ella.

—Seré para siempre vuestra sierva.

—Nunca olvides que eres sólo eso.

Narciso estaba aliviado. La sultana Bibi había aceptado a Polvo de Oro, contenta por el reto de doblegar a otra jovencita. Así no tendría necesidad de revelar la maravilla de las cítaras que resonaban en la garganta de Polvo de Oro. Desvelaría ese secreto al Shah con preparación previa, gran pompa y la palma de la mano tendida.

Polvo de Oro comenzó una rigurosa formación en etiqueta de palacio, poesía, música y cultura islámica. Con cada lección que aprendía, derramaba una lágrima por el hogar que añoraba y otra por un temor sobre cuyo origen había decidido no hablar a su madre: los rumores sobre las veinticinco mujeres, las desechadas por el Shah.

Cada atardecer, después de que las sultanas hubieran acostado a sus hijas, en el Salón de las Perlas se instalaba un sopor inducido por las píldoras de opio. Lo llamaban *keyf*, la satisfacción absoluta. Flotando en los rituales que acompañaban al opio, las sultanas fumaban gorgoteantes narguiles, se abstraían en brumosas fantasías, se acariciaban entre sí y se contaban leyendas de las tierras que se extendían más allá de las celosías de las ventanas.

Polvo de Oro, alerta y consciente, luchaba por dominar los suspiros que amenazaban con brotar de sus desarticulados huesos. Su madre la había prevenido contra la despiadada adicción parda. Escuchando los relatos de las sultanas, no obstante, le habría gustado poder sumergirse en sus sueños de opio, que les permitían olvidar sus distantes hogares.

Polvo de Oro escuchaba la áspera voz de Cara de Luna y los

apaciguadores murmullos de Miel. El motivo del humor cambiante del Shah y de su periódica necesidad de soledad radicaba, de acuerdo con la opinión compartida por ambas, en los años que, no hacía tanto tiempo, había pasado en la Jaula. Esta era una torre próxima al palacio, a la que no tenían acceso más que ciertos eunucos y unos cuantos guardias sordomudos, a quienes habían perforado los tímpanos y cortado la lengua.

El Shah era demasiado sensible para ser un príncipe, había dictaminado su padre, el difunto Shah. Su hijo primogénito no era digno de llevar la corona. El difunto Shah había encerrado al afable heredero en la Jaula junto con treinta príncipes más, sus hijos menores, por miedo a que pudieran rebelarse y arrebatarle el trono. Y a partir de entonces, si alguna sultana quedaba encinta, la mandaba arrojar al río metida dentro de un saco. El difunto Shah padecía la misma locura que había afligido a los reyes persas debido a su constante temor a una invasión. Cada vez que la cultura persa florecía y reinaba la armonía, era inminente un ataque proveniente de remotos países. Los recursos de Persia —alfombras, hierro y cobre— eran una constante tentación para otros países, en especial para un imperio de otro continente que albergaba pálidos canallas de ojos azules y un clima lluvioso y gris.

Mientras el difunto Shah merodeaba por las estancias de palacio, enfrentado a un rápido proceso de envejecimiento, divagando sobre tiempos mejores, en la Jaula, a su hijo no le faltaba de nada salvo la libertad. Disponía de mujeres a las que habían despojado de sus órganos de reproducción; tenía baños que mantenían tibios a todas horas; tenía músicos y payasos que ejecutaban sus espectáculos cuando quisiera; tenía un exquisito adolescente de tez clara llamado Muchacho de Avellana, que se ocupaba de sus necesidades personales.

—¿Qué necesidades? —preguntó, con ojos desorbitados, Polvo de Oro.

—No hagas preguntas peligrosas, querida —contestó Miel, tapándole la boca.

Después deslizó los dedos entre las piernas de Polvo de Oro.

Ésta se esforzaba por comprender un mundo en el que no se respetaban los secretos, ni se permitía la intimidad. Narciso le había advertido que si la tocaba cualquier hombre o mujer ya no serviría

para el Shah. Apartó la mano de Miel.

Cara de Luna introdujo un dedo en la faja de Polvo de Oro y abrió el elástico.

—Concédete algún gusto. Nadie te recompensará por la abstinencia.

El Shah lo hará, pensó Polvo de Oro, al tiempo que se distanciaba un poco de las dos mujeres.

—El Shah aprendió el arte de la cetrería y el cultivo de las rosas.

Se fue a caballo hasta los montes Elburz para practicar la cetrería y se apoderó de dos halcones peregrinos y un gerifalte directamente de sus nidos, en la cima del volcán Damavand. Los amaestró, cubriéndoles la cabeza con capuchas y poniéndoles trabas en las alas para impedirles volar. A las patas les ató correas con campanillas. En una habitación oscura, fumó narguile para calmar a las aves y recordarles su presencia. Al cabo de cuatro amaneceres, encendió una vela. La iluminación gradual sirvió para que los halcones se acostumbraran a su nuevo entorno. Cuando perdieron el miedo y tomaron la comida de su mano, los llevaba encaramados al hombro o sobre una mano enguantada. Los acostumbró a escuchar el latido de su corazón, a estar tranquilos cuando él lo estaba y a aletear con furia cuando sentía enfado o temor.

Aquella serenidad recién lograda se hizo añicos el día en que el Gran Eunuco Negro y su ejército privado entraron en la Jaula. Todos los príncipes salvo el joven Shah se escondieron tras los divanes, con la certeza de que iban a ejecutarlos por fin.

—Ahora sois el soberano de Persia —anunció el Gran Eunuco, antes de postrarse y besarle la babucha. Después mostró un frasco de tierra—. Alá bendiga el alma de vuestro padre. Lo consumió la maldición de la locura.

Una vez hubo acudido en pos del eunuco hasta el Salón de Ceremonias para rendir un último homenaje al cadáver, el príncipe fue informado de que, tras oír el rumor de otra invasión, su padre ingirió durante una semana mirra y bálsamo a fin de garantizar la conservación de su cuerpo y después bebió una vasija de sangre de toro, que se le coaguló en la garganta y lo asfixió. Su cadáver estaba cubierto de alcanfor y envuelto con seis capas de sábana, incluida la cabeza, según dictaba el Islam.

En el cementerio, el Shah se arrojó tierra de la tumba de su

padre a la cabeza, tal como tenían por costumbre hacer los hijos del difunto.

Las sultanas suspiraron tras la pantalla de opio. Miel acarició el cabello de Polvo de Oro.

—Los pocos que tenían un trato íntimo con el Shah creen que aún añora los ociosos días de su juventud, cuando la amenaza de invasión no penetraba en la Jaula.

Había logrado superar el letargo y dirigir el Imperio con rara compasión. No obstante, cuando le sobreviene el malhumor, se retira a cuidar sus rosales y regresa a palacio saturado del olor a tierra y a rosas.

Después se enamoró de Pari, una preciosa sultana de pelo oscuro. Le construyó unos aposentos privados con un jardín que atendía en persona. Su amor por ella se manifestó en las rosas que cultivaba, unas persas de oscuras puntas y otras procedentes de distantes países. Produjo un híbrido al que puso por nombre Pari. Su fama se propagó por el mundo. A Persia llegaron jardineros de lugares cercanos y remotos a fin de averiguar el secreto de una rosa negra con ondulados pétalos del color del ónice y venas púrpura, cuya fragancia era muda al alba y estridente en el ocaso. El Shah rehusó divulgar el misterio de la rosa Pari. Ni siquiera los jardineros reales estaban al corriente del origen de las semillas que se distribuían en secreto cada No-Ruz, el primer día de la primavera.

Luego Pari murió.

—¿Cómo? —inquirió Polvo de Oro, inclinándose hacia Miel.

Cara de Luna, más pálida de lo habitual, dirigió una tempestuosa mirada a Polvo de Oro.

—Alguien la empujó desde un acantilado y cayó al Río de los Sueños. —Con la cara descompuesta por la rabia, apuntó con un dedo a Polvo de Oro—. No debió haber ocupado el sitio de otra sultana.

Polvo de Oro reconoció a la asesina de Pari.

Todo el harén debía de estar al corriente, sin duda. ¿Por qué, si no, sería tan poco disimulada Cara de Luna en sus explicaciones? Polvo de Oro cayó en la cuenta de que también ella debía guardar el secreto en su corazón a fin de protegerse de Cara de Luna.

—¿Es la muerte de Pari —planteó Polvo de Oro— la causa de los cambios de humor del Shah?

—A partir de ese día, esos periodos se volvieron más sombríos —murmuró Cara de Luna, con el aliento amargado por el opio y el odio—. Vienen y van sin que haya forma de preverlos. Puede que se deba al amor perdido, al temor de otra invasión o a la maldición de la locura que se manifiesta en la desconfianza de los demás y culmina en la muerte.

Miel dedicó una mirada de advertencia a Polvo de Oro.

—Cara de Luna olvida el verdadero motivo del mal humor del Shah. —Deslizó la mano entre los pechos de Polvo de Oro—. ¿Querrías conocerlo?

—Sí.

Tanto daba dejar que Miel la manoseara, si era a cambio de tan valiosa información: los puntos fuertes del rey, sus debilidades, necesidades, fobias y aficiones. Hasta los defectos eran bienvenidos, para reducirlo a la talla de un hombre normal. Así lo entendería mejor.

—¡Escucha bien! —Miel le murmuró al oído, echándole el aliento al cuello—: Es la vergüenza por no haber engendrado ningún niño.

Polvo de Oro contuvo su excitación, tratando de no manifestar su alegría con los huesos. Por fin había identificado la carencia del Shah. ¡No tenía hijos varones! Por eso no había ningún niño en el serrallo.

—¿Por qué es motivo de vergüenza no tener niños? —preguntó con fingida inocencia.

—Sin herederos, el linaje se acabará con el Shah —repuso, con una risa disimulada, Cara de Luna—. Es una tragedia. Una gran vergüenza.

Ambas mujeres, por distintas razones, trataban de asustarla y mantenerla alejada del Shah. En realidad habían conseguido añadir una aureola de misterio y fascinación a la imagen que Polvo de Oro se había formado de él.

¡Ninguna sultana había dado un heredero al trono! Si el Shah la elegía como favorita, bajo la custodia de la Señora de la Casa, la bañarían, le adjudicarían aposentos privados, una barcaza, un carruaje y esclavos.

Ella le daría al rey su primer hijo. Se erigiría por encima de las otras concubinas para convertirse en su esposa. La reina de Persia.

—Apaga ese brillo que se te ha puesto en los ojos —espetó Cara de Luna—. Mujeres expertas no pudieron darle hijos.

Polvo de Oro bajó la vista. Cara de Luna podía pensar lo que quisiera. Pese a que la mayoría de las sultanas tenían más habilidades que ella, ninguna contaba con una madre como Rebeca. Seguro que, entre sus numerosos misterios y pociones mágicas, había uno que la ayudaría a concebir un heredero.

Cara de Luna desplegó los huesudos dedos hacia el tazón de terrones de azúcar.

—Miel es tu salvación. Disfruta con ella antes de marchitarte como el resto de nosotras. —Luego apoyó la cabeza en el regazo de Lirio del Golfo.

El eunuco recorrió con la mirada todo su cuerpo, los delgados muslos, los nervudos brazos, los pechos casi masculinos. La enormidad de su amor era capaz de concitar, según su voluntad, los múltiples sabores de su amada, hasta el aroma de vino añejo que él imaginaba que corría por sus venas. A fin de soportar los recuerdos, tan dolorosos como el primer día, ejecutó con los dedos una muda canción de cuna en el pelo de Cara de Luna. Conocía bien a su ama y no dejaba de observar la furia contenida en sus ojos, el temblor de la comisura de la boca. El pasado había quedado marcado a fuego en su corazón. Ella conjuraba los incidentes del pasado según su voluntad… en especial sus días con el Shah.

Había enviado ciento dos vestidos de seda al harén. Narciso había recorrido el harén, precisando los nombres de unas cuantas sultanas, a las que entregó un vestido.

—El Shah pasará la hora de mediodía con vosotras.

Como abejas ávidas de néctar, las mujeres revolotearon por los pasillos, se arremolinaron en los baños y se asomaron a las celosías para acostumbrar los ojos a la luz. Cuando el muecín llamó a los fieles a la oración, las sultanas atravesaron en pos del eunuco el Salón de la Felicidad y el Salón del Entretenimiento, para desembocar en la vasta Estancia de la Piscina. La decepción fue general. Ellas habían previsto un día al aire libre, para entibiar la sangre y deshelar los deseos. El Shah, no obstante, había preferido

el interior de palacio. Introdujeron los pies en el agua y lanzaron miradas a las mamparas en celosía detrás de las cuales el Shah tenía la costumbre de espiarlas.

Los eunucos les entregaron bolas de cristal que deformaban sus imágenes, cadenas de perlas que relucían y esferas de azogue con espejos en forma triángulo. Las sultanas se sumergieron en el agua completamente vestidas. Tomaban las sartas de perlas entre los labios y se las pasaban de boca en boca, retrayendo los dientes por temor a romperlas. Asimismo, tras contemplar sus facciones alteradas en las bolas de cristal, las hacían correr de mano en mano.

De improviso se hizo el silencio en el salón. Las mujeres se miraron unas a otras. Los vestidos de seda flotaban a su alrededor y sus pechos asomaban desnudos sobre la superficie. El agua había despegado las costuras. Sofocando la risa, proyectaron el pecho hacia delante y con la espalda arqueada, dieron inicio a una danza. Una representación para el rey.

Cara de Luna se balanceaba sobre los dedos de los pies, exhibiendo el triángulo del vello púbico ante el invisible Shah. Su cara oscilaba en el extremo de su largo cuello. Mordió una ristra de perlas, iridiscentes manchas desparramadas en el agua. Tras soltarlas, las aferró entre los labios y las ocultó en la boca. Entre las diferentes familias de perlas, había una que maduraba en una ostra venenosa. Ni el color ni el tamaño la diferenciaba del resto de las perlas, pero si se ingería, causaba una muerte instantánea.

El Shah la vería engullir las perlas, jugarse la vida por él.

La invitó a sus aposentos.

En la intimidad de su dormitorio, ella mezcló agua de rosas, puré de almendra y harina de arroz para dar una mayor blancura a su cutis. Al Shah le gustaban las mujeres pálidas. Fumigó la habitación con sándalo hasta que sus poros irradiaron el aroma de la corteza seca de árbol. Sin sonreír por temor a provocar fisuras en la endurecida máscara de la cara, apareció en el umbral de sus aposentos, con una bolsa de satén bajo el brazo. El Shah había estado con mujeres de pechos varoniles, de caderas infantiles, de nalgas abundantes, de pieles de color café o color marfil. Con su semblante inexpresivo, las cejas afeitadas, labios rojísimos y el cuerpo de largas piernas, ella no se parecía a ninguna otra.

Abrió la bolsa y extrajo una vara de incienso, que encendió en la

llama de una vela. El aroma a almizcle y sándalo se esparció por la habitación. Sin apartar un momento la imperturbable mirada del Shah, se lubricó los dedos de los pies con aceite de almendras, introduciendo los dedos entre las oquedades, yendo y viniendo con parsimonia, trazando diminutos círculos como si quisiera desentrañar un oscuro secreto. Había acudido allí informada de la afición —obsesión incluso— que tenía por los dedos de los pies femeninos. Cuando él enarcó una ceja, supo que su manipulación lo había fascinado. Después se puso a buscar en la bolsa. Sacó a la luz un objeto de color carne, de cera moldeada con la forma y medidas del miembro del Shah. ¿Le complacería que hubiera exagerado un poco el tamaño de su sexo?

Transformada en un salvaje animal, succionó y lamió, antes de introducir el órgano en su interior, con profusión de suspiros, temblores y sacudidas. El se abrazaba a sí mismo, mientras deslizaba la mano sobre su falo.

Había repetido su representación para él por las noches y en ocasiones al alba. Un día le había pegado la boca a la suya. ¿Fue tal vez el sabor del ungüento de cereza? ¿El helado contacto de su carne? ¿O la desilusión de la consumación?

Él la había desterrado de su cama.

■

Capítulo 13

POLVO de Oro siguió al eunuco hasta el Salón de Recepción, una larga estancia rectangular con pesadas colgaduras de terciopelo ceñidas con retorcidos cordones. La elevada plataforma que albergaba el trono vacío del Shah estaba encarada a un anfiteatro en el que por las noches tocaba música un grupo de intérpretes femeninas. Los arcos perforados en las paredes por geniales arquitectos creaban ecos capaces de producir el efecto de una gran concentración de instrumentos a partir de unos pocos.

El eunuco dedicó una última mirada a Polvo de Oro. Lucía el vestido de tonalidad marfil que llevaba el día en que ingresó en el harén. La prenda le realzaba los pechos y caía en cascada. Se había negado a cubrirse la cara y no llevaba maquillaje. Narciso reconoció que era un atractivo añadido. El pelo, con raya en el medio, enmarcaba unas arrogantes mejillas. Dos lágrimas de perla pendían de las orejas. Convencido de que el Shah apreciaría aquella simplicidad y su espontánea sensualidad, el eunuco la dejó de pie en el centro del salón.

Polvo de Oro escrutó la sala en busca de cortinas, celosías u orificios tras los cuales observaba el Shah a sus mujeres. La fragancia de rosas negras revelaba su presencia.

Cuando el tiempo se quedó petrificado y pensó que nunca iban a rescatarla de aquella incómoda espera, la invadió una sensación de desnudez. La asaltó el rencor por verse exhibida como una esclava a quienes examinaban la dentadura en los bazares. Entonces posó las

manos sobre el pecho y, sentándose en la alfombra, se abrazó las rodillas. Prefería parecer altiva que transformarse en una indefensa muchacha a quien desnudaban sin consideración unos invisibles ojos.

—Ponte de pie y da vueltas.

La voz sonó atronadora. Se levantó y se puso a girar sobre las puntas de los pies. Dio vueltas y más vueltas hasta que las paredes, las cortinas y el trono rotaron a su alrededor. ¿Cuándo iba a pedirle que parase? Se sentía mareada, a punto de caer. Redujo la velocidad hasta quedar parada en el centro del salón, tratando de mantener el equilibrio. Luego se instaló sobre la alfombra y plegó el cuerpo.

—¡Desvergonzada! —La palabra resonó por todos los rincones.

Polvo de Oro se puso en pie con precipitación y giró sobre sí, tratando de ver de dónde provenía la voz. Las carcajadas posteriores cayeron sobre ella llegadas de los múltiples arcos, magnificando su humillación. Reprimiendo la urgencia de taparse los oídos, tendió la mirada al frente tal como le había enseñado su madre. Y sin aguardar a que le dieran la venia, se encaminó a la puerta.

—¡Para aprender obediencia! —tronó la voz del Shah—. Nos vais a servir.

Todos los días al alba, Polvo de Oro examinaba la agenda del ausente Shah, disponía la ropa apropiada en el vestidor, avivaba los carbones del brasero y preparaba té y agua de rosas para su libación de media mañana. El resto del día, lo pasaba con la Maestra de Danza.

Observaba como ésta se adueñaba del salón con minuciosa precisión, a base de movimientos calculados. Se dispuso a crear su propia versión, más fluida, desinhibida, atrevida incluso, y efectuó una demostración de sus progresos.

La maestra dio un paso atrás, asombrada.

—¿Dónde aprendiste a bailar así?

—De usted, señora —repuso Polvo de Oro.

La maestra estaba desconcertada. El estilo de la muchacha no constaba en los libros ni se había observado en el pasado. Perdiendo de vista el mundo, se abandonaba a sus pasiones, revoloteando por

la sala como un indómito derviche, con el cabello al aire, sin apenas rozar el suelo.

—Polvo de Oro, eres una bailarina nata —dictaminó la Maestra de Danza—. Nunca me perdonaría si llegara a poner trabas a tu natural libertad.

Al atardecer, el Shah invitó a Polvo de Oro.

Llevaba una falda de brocado de seda de color lavanda, adamascada con flores plateadas; una casaca de manga ancha le ceñía el pecho y se cerraba en el cuello con un broche de rubíes. Entró en el salón con una brisa de perfumes y el alborozo por haber sido invitada de nuevo. En el ambiente flotaba con intensidad el aroma del rey.

Se deslizó en la proximidad de las paredes, haciendo girar los dedos, representando para el rey, aunque en realidad buscaba una rendija, una puerta, una división desde donde él pudiera estar observándola. El corazón se le aceleraba ante la posibilidad de que pudiera surgir de algún rincón.

El hechizo de la danza —el balanceo de las caderas, el revuelo de gasa en torno a su cuerpo— impregnó la atmósfera y generó otro aroma aun más potente. Polvo de Oro escuchó el silencio. ¿Lo habría cautivado su baile? ¿Estaba callado como manifestación de respeto, de reverencia, de admiración tal vez?

Evocó una imagen con la que acompañar su voz y sus silencios. Las pinturas y las esculturas representaban un retrato monstruoso, pero en su amor por las rosas y por Pari y su muda atención ella veía a un hombre capaz de ternura.

El eunuco acudió para acompañarla al harén. Ella zafó, no obstante, el brazo y fue a situarse en el centro del salón.

—¡Mi Shah! ¡Permitidme el honor de contemplar vuestra cara!

El silencio tan apreciado momentos antes le dejó un eco burlón en los huesos. ¿Y si había permanecido ausente mientras ella abría su corazón? No, estaba allí. Su aroma se había intensificado con su danza y había producido en ella un leve estado de embriaguez. Entonces decidió dar otra clase de representación, para obligarlo a reconocer su presencia. Las degradantes sombras eran insoportables. Ya había tenido suficiente con los fantasmagóricos hombres de su madre.

Ahora oiría sus huesos.

Sí, ya era hora.

Volcaría su alma afuera, seduciría al rey para que abandonara su escondite y comprobaría por sí misma que tenía la piel clara y los ojos azules.

Procuró calmarse y evocar recuerdos felices: su madre resplandeciente con su chador salpicado de espejuelos, en la festividad de las máscaras de Purim, montada en *Venus*, aderezado con la corona de plumas rojas. Y Suleimán, su acróbata de cabello del color del cobre, le ofrecía flores de cerezo.

Por su cuerpo se propagó un hormigueo al tiempo que el calor le impregnaba la médula.

Respiró hondo y dio rienda suelta a sus emociones.

Un coro discordante brotó de su persona. Un mundo de notas opuestas entró en colisión, le hirió los oídos y el corazón. Avergonzada por sus huesos, efectuó una precipitada reverencia de despedida y se encaró hacia la puerta, forzándose a aminorar el paso y mantener la dignidad.

Un gemido sonó detrás de una pantalla. Un suspiro. Polvo de Oro vaciló, se detuvo, pero no se volvió. Entonces oyó su respiración, el latido de su corazón, y después oyó su voz:

—Ha sido precioso.

Más tarde, esa misma noche, cuando el acre olor del opio flotaba sobre el Salón de las Perlas y los esclavos trataban de sacar a las sultanas de su sopor, Polvo de Oro formuló una pregunta.

—¿Por qué se esconde el Shah detrás de celosías y mamparas?

Apartándose de la omnipresente sombra de Lirio del Golfo, Cara de Luna levantó los casi aletargados párpados.

—Debido a alguna curiosa enfermedad del espíritu, concibe infantiles juegos para situarse por encima de la habitual languidez de la Jaula. Es su manera de excitarse. Como si reuniera, una a una, las notas de una compleja música que interpretará cuando esté preparado. E incluso entonces, la interpretará sólo una vez. Nadie sabe quién será la próxima víctima.

—¿Por qué os consideráis víctimas? —inquirió, con un estremecimiento, Polvo de Oro—. ¿Por qué lo dejáis con el sabor de

la miel convertido en ceniza?

—Porque una vez que el Shah ha poseído a una mujer y la captura con su embriagador aroma, el rencor sustituye a la excitación del principio. Se resiente de verter una parte de su hombría malgastando su semilla en nuestro vientre. En cuanto una sultana se siente confiada en su amor y adquiere voz propia, la castiga con la indiferencia hasta que no le queda nada más que el regusto de su aroma.

Lirio del Golfo mesó el cabello de Cara de Luna, le tomó el mentón en la mano y le levantó la cara como si fuera una exótica flor. La mirada del eunuco se enterneció con mudas palabras.

—Por encima de todo —prosiguió Cara de Luna—, detesta el hecho de que sus mujeres no puedan producir un heredero.

—¿Echa la culpa a las sultanas?

—Asumir él la culpa supone una amenaza para su virilidad.

—¿Por qué ansían entonces las sultanas recibir su invitación? —quiso saber Polvo de Oro.

—Eso no lo entenderás hasta que no vivas la experiencia de su contacto y su adictivo olor. Eso es por lo que rezan todas las mujeres… hasta que entran en su guarida. —Un relumbre de demencia le ensombreció los ojos.

Una melodía cargada de miedo y tristeza envolvió a Polvo de Oro, al tiempo que la confusión generaba lágrimas en sus huesos. No sabía si darse a la fuga o ataviarse con su más atractivo vestido y ponerse a vagar por los laberintos de palacio en busca del Shah.

Capítulo 14

POLVO de Oro siguió a Narciso hasta un recoleto edificio situado más allá del palacio real. Entraron en un dormitorio abarrotado de lujosos juegos de té, licoreras y pulverizadores de perfume. Más allá de las celosías de las puertas, sucias de polvo acumulado, vio un descuidado patio. Un exquisito baño con incrustaciones de turquesa permanecía rodeado de matojos y malas hierbas. Todo tenía un aire tal de abandono que de improviso Polvo de Oro se sintió más sola que cuando se integró al harén.

Narciso depositó un tazón de yogur y una rebanada de pan blanco con semillas de sésamo en un taburete cubierto de polvo.

Polvo de Oro se quedó mirando la escasa comida.

—Narciso, ¿por qué estoy aquí?

—Pronto lo sabrás. Mientras tanto, mantén el estómago lo más vacío posible.

Viendo el desconcierto de su cara, soltó una risita que sonó como el crujido de una placa de hielo.

—Con el estómago lleno te sentirás pesada y no estarás en condiciones de copular de manera ágil.

Tras meses de espera, había llegado el momento de conocer al Shah. ¿Sería aquél un lugar transitorio adonde la iba a mandar llamar? Tal vez, se dijo entre cautelosa y esperanzada, no había oído hablar de aquel ritual porque estaba reservado a la depositaría del favor del rey.

Si por lo menos supiera qué podía esperar de la persona del

Shah, no le importaría aguardar. La imagen que tenía de él la había forjado tan sólo a partir de las celosas sultanas, los bajorrelieves de las paredes y sus silencios y unas pocas palabras. ¿Era feo? ¿Cruel? ¿Viejo? Ni siquiera conocía su edad exacta.

Ventiló las sábanas, dispuso de manera ordenada los juegos de té de filigrana y lavó una pila de toallas de Arabia a fin de quitarles el olor a especias y a espacio cerrado. El sudor del trabajo fue un agradable antídoto para la frenética sucesión de pensamientos que tenía lugar en su cabeza.

Salió al jardín y arrancó las malas hierbas que poblaban lo que antes debió de ser una rosaleda. ¿Sería aquél el jardín de Parí? De un rosal, cortó un capullo que había sobrevivido a los elementos. Flor de hielo. El tiempo había extraído el natural perfume de la rosa y había dejado una esencia que olía a flor de hielo. Se le revolvió el estómago al evocar el perfume que su madre tenía junto a la cama, el recuerdo, ahora alterado por la distancia, de los hombres que caían encima de su madre, aplastándola con su peso.

Cerró los ojos e imaginó que el Shah aparecía, rugiendo de ira, y los hombres huían. El rey tendía la mano a la niña escondida detrás de una tela y la sacaba del Barrio Judío, la llevaba lejos de los hombres de caras oscuras.

Polvo de Oro se recostó en la baranda, descubriendo los pechos al sol, y se puso a imaginar al hombre que había amado a Parí, que la había bañado en una piscina con incrustaciones de gemas y que después se había refugiado con sus halcones para compartir con ellos la pena de su pérdida.

Sobre ella se proyectó una sombra. Agarrando el velo, se postró y besó el suelo delante del hombre que la observaba con interés.

—No hay necesidad de que hagas esto —le dijo, al tiempo que la levantaba suavemente por los hombros.

Sus delicados rasgos estaban esculpidos hasta la perfección. De su sombrero cónico caían unos rizos plateados, en torno a un rostro de tez clara y ojos verdes. Del cuello pendía una minúscula botella de plata.

—Por una vez, no se han equivocado —comentó, tras envolverla con el chador—. Eres asombrosa.

¿Por qué ninguna de las sultanas había explicado nunca lo hermoso que era el Shah, que tenía la piel más blanca que el marfil

y los ojos más profundos que las esmeraldas? Sus celos eran incomprensibles. El corazón le dio un brinco al contemplarlo. Aquel hombre no estaba hastiado de la vida. Tenía la mirada curiosa de un niño y el tono solícito de los hombres afectuosos.

Era tan joven, sin embargo… Comenzó a calcular mentalmente los años transcurridos desde que el Shah fue recluido en la Jaula. Debía de tener más de treinta. El individuo que tenía delante no era mucho mayor que ella misma. Reparó en su cara, sin el menor asomo de barba, lisa como la de un eunuco. Era, no obstante, demasiado delgado para ser uno de aquellos hombres privados de sexo que descargaban su amargura comiendo, y aparte era demasiado refinado, tanto en sus modales como su atuendo.

—Tu mirada inquieta me dice que serás una astuta estudiante —declaró, levantándole la barbilla con dos afilados dedos.

—Ya me han enseñado la etiqueta de palacio.

—Pero no las artes eróticas —replicó él, mientras le rozaba la mejilla con la palma de la mano—. Ni tampoco el arte de los aposentos íntimos.

—¿Quién eres? —susurró, como si se hallara en presencia de una deidad.

—Soy el Muchacho de Avellana, el hombre que aparece en las historias que te han contado. Pasé la juventud en la Jaula con el Shah, y sigo a su servicio. —Se puso a toquetear la botellita de plata.

Ella bebía cada uno de sus movimientos, ansiosa por tocarle la cara y comprobar por sí misma si era tan suave como la imaginaba. También quería preguntar qué había en el recipiente de plata.

—Mantén la mirada gacha —le indicó—. Y nunca sonrías con demasiada franqueza, ya que puede interpretarse como una muestra de descaro.

Polvo de Oro hurtó los ojos de su íntimo escrutinio. ¿La conocía acaso de otra época?

El hombre la tomó por el brazo y la condujo adentro. Allí inclinó la cabeza a modo de aprobación.

—Has ordenado la habitación. Este lugar no se ha utilizado durante años. Perfecto. La licorera está en el lado derecho de la bandeja y los mangos de las tazas están encarados a la persona que vayas a servir. Ahora, acerca el taburete, destapa, decanta y sirve el

vino sin que se derrame ni una sola gota. —Le pasó los dedos por el pelo—. No te sorprendas. Somos muchos los que bebemos vino en la intimidad. Después de todo, ¿qué es el amor sin vino?

Su contacto le produjo una desconocida calidez en los huesos. Se mantuvo callada, como si la menor palabra fuera a ser un sacrilegio frente a su caricia.

El detuvo los dedos en el cabello y notó su estremecimiento.

—Escúchame, pequeña. Es importante que comprendas lo que debo decirte.

Lo escucharía, lo comprendería, haría lo que fuera preciso, con tal de que no la dejara sola en ese sitio con los recuerdos de otras personas, con aquellos caros objetos que olían a moho y los arbustos muertos que le recordaban las flores de hielo.

—Pasaremos juntos cinco noches y cinco soles. Yo te iniciaré en los procedimientos del amor, te enseñaré a ser una mujer y reaccionar ante un hombre. Pero no debes enamorarte de mí, y debes permanecer virgen.

No supo si apenarse o darse por ofendida. ¿Acaso pensaba que no valoraba su virginidad? ¿que estaba desesperada? Acababan de conocerse. El era un simple maestro y ella una sultana con grandes expectativas. No. No se enamoraría. Estaba destinada al rey, que se había prendado incluso de la discordante música de sus huesos. «¡Ha sido precioso!» Le había asegurado desde su escondite. ¿Por qué entonces aquella advertencia del Muchacho de Avellana la obligaba a desprenderse de él, como si la hubiera cautivado hacía siglos? Al darse cuenta de que se había quedado quieta con la licorera en la mano, se dispuso a servir el vino.

—Debes prometerme algo —le pidió—. No acabes odiándome. Es posible que yo deba contenerme. Aunque a ti pueda parecerte cruel, no lo es.

Luego se fue hacia el diván y se quitó el sombrero. El cabello de color platino se desparramó sobre los hombros a la vez que un tenue aroma a rosas endulzaba el aire.

—Ahora, acércate. Desenróllame la faja sin que yo tenga que volverme. Desliza los brazos alrededor de la cintura y pliega la tela.

Polvo de Oro le rozó el pecho con los senos al hacer girar los brazos en torno a él.

—Tu cuerpo no debe entrar en contacto con el mío. —Reparó en

su cara levantada—. Baja los ojos. Las damas no miran de manera directa. Ahora arregla los pliegues, y nunca dejes una pila de ropa por ahí. Es de mal gusto. Desabróchame la chaqueta desde arriba y ponte de rodillas. Con donaire. Primero una rodilla y después la otra. —Se instaló en el borde del diván—. Siéntate en la alfombra y apoya mis babuchas en el regazo antes de quitarlas, empezando por la derecha. Hazlo con eficiencia, en el menor tiempo posible y sin dar muestras de precipitación.

Polvo de Oro bajó la vista, consciente de que él se estaba quitando la ropa. ¿Tendría el resto de la piel tan fina como la de la cara? ¿Tendría pelo en el pecho? ¿Sería un eunuco? ¿Quería ella saberlo? Alzó los ojos. Llevaba un holgado paño de seda atado a la cintura. En el pecho relucía un vello blanco como la nieve. En el corazón, encima del pezón izquierdo llevaba un corazón tatuado con alheña. Descendió la mirada hasta las piernas… tenían los sólidos músculos de un hombre. Se levantó maquinalmente, pues de lo contrario habría renunciado a su orgullo, habría pegado la cara a sus muslos y le habría pedido que le hablara del tatuaje. ¿Nos hemos visto antes? le habría preguntado. ¿Me has estado siguiendo?

—No puedes levantarte hasta que él te dé permiso —señaló, apoyándole la mano en el hombro.

—¿Quién?

—El Shah, por supuesto. Un gesto de su mano te indicará que te quedes después de que se hayan retirado los eunucos, criados y las demás sultanas. Luego, te desnudarás.

Observó cómo se transformaba delante de ella: con el cabello oscilante, los ojos chispeantes, giró sobre las puntas de los dedos, se deslizó con apariencia más esbelta aún, los duros muslos al descubierto a través de una ranura del taparrabo. Se puso a acariciar su propio cuerpo, deteniéndose primero en el tatuaje del pecho y después bajo el taparrabo. No parecía un hombre mientras avanzaba flotando hacia ella, cada vez más próximo, hasta hacerle sentir el aliento en la frente, labios, barbilla, más cerca todavía, seductor, perfilándole la aureola con las manos, rodeando la imaginaria corona de su cabeza, la silueta de sus pechos. Le deslizó un dedo entre los labios. Sus labios se abrazaron. Él abrió la boca para acoger la suya. Luego retrocedió. Volvía a ser un hombre. No se habían besado.

—Ahora, desvístete como si ejecutaras una delicada danza.

Con el pulso de sus palabras, se desabrochó el chador, que quedó desmayado en torno a sus pies. Como capullos de rosa, los pezones se endurecieron en contacto con el frío de lo desconocido.

—Me agrada tu gracia —alabó con balsámica voz—. Controla aún más los movimientos. Con suavidad, Polvo de Oro. Ahora quítate la falda. Muy bien. No te retuerzas, hazla resbalar con armonía.

Se quedó desnuda ante él. Tenía ganas de dar media vuelta y huir, o bien de precipitarse hacia él y preguntar: ¿Eres un hombre, una mujer o un eunuco? Se contuvo, sin embargo, salió del círculo de la falda y el velo que le circundaba los tobillos, los dobló y los colocó encima del taburete destinado a la ropa. Anhelaba que la abrazase, le hablara y deshiciera el nudo de sus emociones contradictorias. Daba igual quién fuese. Lo que contaba era que era distinto de los hombres que había entrevisto a través de la raída cortina de su casa.

—¿Nos habíamos visto antes? —musitó.

—¿Por qué?

—Tu voz me resulta familiar, y me miras como si me conocieras.

—Te conozco desde la mañana en que tu madre te llevó a palacio para presentarte a Narciso. He seguido tus progresos en el harén.

—Pero tu voz…

—He estado cantando en tus sueños. —Se dirigió al diván y se recostó ante ella, antes de atraerla hacia sí.

En la dorada luz que entraba por las ventanas, a Polvo de Oro le temblaron los dedos cuando él los aplicó sobre sus labios, su cuello y en el interior de sus rizos. El vello del pecho era como las plumas de cisne y había calidez en su corazón tatuado. Se aproximó para probar su boca.

—Aún no —advirtió él—. Los amantes refinados no se precipitan.

Había pasado muchas veladas escuchando los relatos de las mujeres desechadas por el Shah y había oído hablar tan sólo de un hombre malhumorado que distaba mucho de ser refinado.

—¿Es una persona tierna el Shah?

—Los hombres de rango tienen muchas facetas. Sólo las mujeres

que se atreven a explorarlas se granjearán su amor.

—Háblame de su aroma a rosas negras que provoca embriaguez.

El Muchacho de Avellana la miró con renovada admiración. En un breve periodo de tiempo había descubierto más detalles sobre el rey que muchas sultanas que habían pasado años en el harén. Decidió compartir con la hija de Rebeca el secreto más importante del rey.

—La fragancia de rosas negras del rey es una bendición y una maldición a la vez. En las fases iniciales de la pasión, causa una agradable sensación de pesadez y enajenamiento, pero cuanto más se excita, más potente se vuelve su olor, y ello provoca en su pareja un inexplicable delirio de adictiva lascivia al que es imposible sustraerse.

—Enséñame a protégeme —pidió, pegada a él.

—No puedes disminuir su potencia, pero sí reducir sus efectos. Cuando estés con él, no respires por la nariz. El olor es un afrodisíaco que nos hace caer en el amor, en ocasiones hasta profundidades poco recomendables. Te acariciará alrededor del rostro porque el aroma es más intenso en sus manos, de modo que debes evitarlas cerca de la cara. Y recuerda que el olfato influye ante todo en las emociones primarias. Mantén la cabeza en su sitio, y ella te preservará el corazón.

—¿Te has protegido tú el corazón? —preguntó, tocándole el tatuaje.

—Ése es mi secreto de amor —suspiró, mientras paseaba la lengua a lo largo de sus dedos—. Ahora humedécete las puntas de los dedos en la boca y hazlos resbalar por mi cuerpo para familiarizarte con los nervios sensitivos. No olvides respirar por la boca.

Tanteó los duros músculos del Muchacho de Avellana, el suave pecho y el latido de sus corazones. Un suspiro, un gemido, un susurro, una mano que la contenía le indicaba si debía demorarse o avanzar. Siguió deslizándose más abajo de la cintura, por el vientre, y de repente retrocedió con un sobresalto.

Él le aplicó balsámicos besos por todo el cuerpo, hasta que se calmó. Luego le tomó la mano y la guió hasta su entrepierna.

Polvo de Oro notó unas duras cicatrices bajo su enhiesto órgano.

—No te entristezcas. Me cortaron lo justo para que no me

creciera la barba, potenciar mis cualidades femeninas y afinar la voz. Me trataron, sin embargo, como una valiosa escultura que había que manipular con cuidado para no estropearla. Y yo puedo satisfacer a una mujer, cosa que es muy infrecuente en nosotros. Pero, por desgracia, formulé el juramento de no volver a acoplarme con una mujer, así que debo refrenarme.

Sus caricias exploraron cada rincón de su cuerpo, descubriendo nervios cuya existencia desconocía ella, el pálpito detrás de las orejas, el pulso en los pliegues de los muslos, la rotunda curva de las nalgas. El pasado y el futuro se fundieron en un presente que ella rogaba por que no acabara nunca. Lo estrechó por la cintura y amoldó su cuerpo al suyo, de tal forma que la cadena de plata se hundió en sus pechos.

—¿Qué hay en la botella?

—Cierra los ojos, pequeña, y descansa —murmuró—. Ya has aprendido bastante por un día.

Por su parte necesitaba recuperarse asimismo del esfuerzo para no revelarle a ella su propio secreto de amor. ¿Cómo podía decirle que también él había nacido en el Barrio Judío? ¿Que también él había conocido de manera íntima a su madre?

Antes se llamaba Moisés, y era hijo de un pobre vendedor de zumo de granada y una madre que luchaba para sacar adelante once hijos. Lejos de resultar una bendición, su belleza fue la causa de su mayor desgracia. En una de sus visitas al barrio Judío, cautivado por Moisés, el Gran Eunuco Negro ofreció a sus padres una fortuna capaz de cambiar su suerte. Una fortuna que podía salvar a sus hermanos, aparte de la promesa de una opulenta vida para él en el palacio del Shah.

Lo castraron, pues, como a un novillo.

—Se nos muere uno de cada cinco —había oído comentar al *hakim* real antes de empuñar el cuchillo—. Sería una lástima perder a un joven tan exquisito.

—Hemos efectuado consultas con los magui —le había asegurado Narciso—. Vivirá.

Fue más afortunado que la mayoría de los eunucos. Antes de que lo castraran y lo encerraran en la Jaula con el Shah, había tenido la suerte de experimentar su primera relación sexual con una mujer excepcional. Tenía trece años cuando oyó hablar de Rebeca la

Tratante de Telas, una bondadosa prostituta con una resplandeciente cicatriz entre los pechos. Le había robado una moneda a su padre para ir a casa de Rebeca. Las apasionadas noches en que la había amado habían quedado como en perenne tesoro en el tatuaje que llevaba encima del corazón, un corazón de recambio con el que amar.

Ahora la hija de Rebeca yacía a su lado. Anhelaba amarla tal como antaño lo había amado a él su madre, pero tenía órdenes estrictas del celoso Shah.

Polvo de Oro sentía la calidez del aliento del Muchacho de Avellana, la excesiva proximidad de sus labios. Se había quedado en el harén primero para castigar a su madre y después para escapar a su destino, pero desde el comienzo de ese día, que se le antojaba ya una eternidad, el afán de complacer a un eunuco había asumido la prioridad máxima. Contempló la botella de plata de la que no se desprendía y el corazón de alheña que parecía formar parte de él. Tal vez al final de la semana le haría partícipe de su secreto.

Dio media vuelta y se acercó más, adaptando la espalda a su cuerpo. Él le rodeó las piernas con los muslos y acogió sus pechos con las manos. Así no podría conciliar nunca el sueño.

Un haz de luz la despertó y la imagen del Muchacho de Avellana se hizo presente como un espejismo. Se había quedado dormida pese a todo. Reacia a quebrar el hechizo, entreabrió tan sólo los ojos.

El permanecía desnudo a su lado, con la cabeza apoyada en una mano, observándola. Se había levantado antes y se había pintado los labios de rojo y perfilado los ojos con kohl. Sobre su pelo caía una fina tela de gasa.

—Hoy te contaré una historia de amor —anunció.

Su voz sonaba frágil, femenina. Era un narrador de relatos, y ella aprendería también esa habilidad de él.

—El Shah regaló un lujoso recinto de baño rodeado de rosales en el que al atardecer bañaba a Pari. Al enterarse de que era capaz de un acto de tamaño servilismo un hombre cuya impaciencia con las mujeres era de sobras conocida, las sultanas no pudieron contener sus celos. En una de las salidas del harén, Pari estaba sentada en un acantilado, contemplando el Río de los Sueños. Era un apacible día persa. Todos los elementos estaban en armonía;

hasta el río estaba sereno, con sus troncos que flotaban a la deriva sin el menor asomo de tiburones.

»Pari se precipitó por el acantilado y desapareció en el río.»

Polvo de Oro retuvo el aliento. De nuevo el río. Su nombre era engañoso, como también lo era su cristalina máscara que reflejaba un mundo de color verde y azul, y los numerosos troncos que vagaban por su tranquila superficie.

—Corrió el rumor —prosiguió el Muchacho de Avellana— de que una de las celosas sultanas había empujado a la favorita. A partir de ese día, no se permitió entrar a ninguna mujer en estos aposentos.

Ella se encontraba allí entonces. Había sustituido a Pari en el corazón del Shah. ¿Sabría el Muchacho de Avellana que Cara de Luna había empujado a Pari en el acantilado?

—¿Por qué me cuentas la historia de Pari, Muchacho de Avellana?

—Porque has de tener presente, pequeña, que quienes gozan de los favores del Shah deben ver con muchos ojos y escuchar con muchos oídos a fin de sobrevivir.

—Tú me protegerás, ¿verdad?

El la envolvió con su cálido contacto.

—Cuando acabe esta semana, es mejor que cada uno vaya por su lado. —Destapó la botella de plata y tomó un sorbo de su contenido.

—¿Puedo tomar un poco? —preguntó.

—Mantente alejada del néctar de las semillas de adormidera y de otros narcóticos. Para mí es un hábito destinado a apaciguar dolorosos recuerdos.

Apoyó la cabeza en su pecho y se quedó dormida.

Despertó henchida de un raro bienestar. Desde la llegada del Muchacho de Avellana, el dormitorio y el patio se habían transformado en su refugio particular. Se había convertido en una adulta en su compañía, mientras hablaban, comían, se acariciaban o se deseaban. Cada noche, el anhelo la enloquecía cuando caía en el sueño por puro agotamiento, y el ansia persistía en sus sueños.

Aquel día, había traspasado el umbral de la niñez. Se había despojado de la prenda de seda en la que él había insistido que durmiera para sentir el estimulante efecto de las distintas telas, se

acercó a él y se arrodilló a sus pies. Con la lengua siguió los vericuetos de las venas, cada músculo, cada hondonada. Él se estremecía y temblaba bajo su paladar, perlado de sudor. Su órgano reaccionó. Polvo de Oro lo retuvo en la boca, saboreando su pálpito. Él la cogió por la nuca y se introdujo más hondo en su boca.

Luego la agarró por el pelo y la apartó de un tirón. Enseguida se ató el taparrabos en la cintura.

—No me obligues a faltar a mi juramento.

Empapó una toalla con aceite de oliva caliente y se la aplicó al vientre para aliviar los espasmos.

—Un día tendrás un auténtico hombre para ti.

La última mañana, al despertar, Polvo de Oro halló vacío su lado del diván. Envuelta en la sábana, corrió afuera. Cerró los ojos, herida por la luz del sol, y levantó la tela para escudarse la cabeza. Cuando las ardientes manchas remitieron bajo sus párpados, vio al Muchacho de Avellana repantigado en el baño. Como oro líquido, el agua caía de sus dedos. A través del vapor del agua calentada por el sol, la miró de arriba abajo. No estaba dispuesta a despedirse. Desprendiéndose de la sábana, corrió hacia él sin hacer caso de las espinas que se le clavaban en los pies.

—No corras a abrirte de piernas como la Puta de Babilonia —la reprendió—. Controla los pasos, levanta los hombros, no babees como un perro en celo.

Recuperó la sábana del suelo y se cubrió, pestañeando para despejar las lágrimas causadas por la rabia y la frustración. Después de todo, había sido un sueño. Él era como todos los hombres. La bondad y la devoción vivían en los relatos de su madre, pero no en su casa del Barrio Judío ni en el palacio. Giró sobre sí para regresar al dormitorio.

—¡Ven aquí! —le ordenó—. Con cortos pasos femeninos.

Concentrada en cada pisada, fue hasta él soportando los pinchazos en las plantas de los pies.

El Muchacho de Avellana cogió una caja y la abrió.

—Frótame la espalda con esto.

Polvo de Oro tomó un puñado de piedra pómez desmenuzada e inició un vigoroso masaje que le sirvió para descargar la ira. Era agradable sentir aquella aspereza en la mano. El permaneció inmóvil hasta que la piel se puso roja y ella pensó que iba a sangrar.

Entonces se levantó y le rodeó la cara con las manos. Le acogió la boca en la suya. La fuerza de sus dientes le dejó dos puntos rojos en el labio inferior.

Con el sabor de la sangre y la sal en la lengua y con toda la fuerza de su vergüenza y decepción, le propinó un manotazo en los dos corazones.

—El agua es curativa —le susurró él, al tiempo que le tomaba las manos—. Ven.

La ayudó a entrar en el baño. El sol de la mañana calentaba el esmalte y producía una placentera sensación en su cuerpo, que poco antes se reconcomía de deseo, pero que ya se había serenado con la rabia.

—Nos resistiremos hasta que no podamos soportarlo más.

Con violentos chapoteos, contra la dura superficie esmaltada, forcejearon furibundos en un ejercicio que más que de amor parecía de guerra. Los brazos y piernas se agitaban, se entrelazaban y se soltaban para volver a resistir. Polvo de Oro luchaba con toda la intensidad de su orgullo herido.

—A veces te hará el amor —dijo el Muchacho de Avellana—. Otras, preferirá forcejear contigo antes de penetrarte.

—¿Has experimentado tú el contacto del Shah? —murmuró, ruborizada por el pudor—. ¿Te dejó un regusto de ceniza en la boca?

—No hagas preguntas peligrosas —gruñó él, haciendo deslizar los dedos en torno a su sexo.

La prohibición espoleó su pasión. Todo se difuminó salvo el deseo de dar placer. Gracias a una mágica armonía, experimentaron la culminación a la vez. El había faltado a su juramento y no se arrepentía. Su secreto quedaría a buen recaudo con una hija que había heredado las mismas convicciones que la madre. Se recostaron, exhaustos. A su alrededor, las ondas de agua estaban salpicadas de estallidos de luz. Su respiración se calmó, y el agua se asentó.

—Eres fuerte, airosa y orgullosa —murmuró él—. El rey te amará.

Con la fragancia de la primavera en el aire, los esclavos llenaron los baños de agua de lluvia, frotaron y masajearon los cuerpos de las sultanas con tibios aceites y rociaron sus ropas con perfumes de jazmín y azahar. Las mujeres salieron de sus habitaciones antes de lo habitual. Aquél era el primer día de la primavera, el Año Nuevo, y se disponían a tomar parte en un antiguo ritual. Unos sorbetes de fruta, esencia de gardenia o manzanilla, perfumados con almizcle, ámbar gris o acíbar, las aguardaban con su vivo colorido en vasos con soportes de filigrana. La nieve sagrada de los sorbetes provenía de los grandes glaciares del monte Damavand y había viajado a lomos de setenta mulas, envuelta en franela, durante dos meses y seis días para llegar al harén. Puesto que el sabor se transmitía en primer lugar por las puntas de los dedos, a todas las sultanas se les enseñaba a ejecutar aquel ritual con gracia y delicadeza, usando tres dedos sin apenas ensuciarlos. Tras mojar por separado cada dedo en los sorbetes de la eterna juventud, los chupaban, con calculados movimientos que componían una danza de precisión. La mano derecha se utilizaba para la comida, la izquierda para tareas impuras. Más tarde, los esclavos traían jarras y jofainas para la ablución.

Aquél era el ritual preferido de Polvo de Oro, pues le recordaba los días en que entraba a hurtadillas en el lado de la habitación de su madre y aspiraba sus perfumes, aquellos días, antes de que el olor de las flores de hielo le hiciera subir la bilis a la boca.

Ahora se sentía llena de orgullo, no sólo porque el Muchacho de Avellana le había impartido sus enseñanzas, sino porque había participado en la ceremonia de aquella festividad sin realizar ningún movimiento discordante.

De repente se corrieron las cortinas. En pomposa procesión, la sultana Bibi entró en compañía de Narciso y la Maestra de la Casa.

Sobre el salón se posó una expectante nube.

—Polvo de Oro ha sido elegida —anunció la sultana Bibi—. Recibió instrucción en los aposentos de Pari.

Los espías de la sultana Bibi se escondían en los armarios, tras los biombos y las cortinas. No habían tardado mucho en averiguar lo que había ocurrido entre Polvo de Oro y el Muchacho de Avellana.

Polvo de Oro se encontró rodeada de bocas abiertas, ojos de

airadas miradas y colmillos al descubierto. La envidia desfiguraba las caras. Los labios de Cara de Luna eran una rendija entre el blanquecino polvo que usaba para realzar las mejillas. Polvo de Oro se había ganado su confianza con su apariencia de inocencia, para luego traicionarla. Ninguna otra sultana había podido entrar en los aposentos de Pari. Polvo de Oro pagaría muy caro por ese privilegio.

—Mi hijo te ha honrado —prosiguió la sultana Bibi—. ¡La antigua Polvo de Oro ha muerto! Preparad a la nueva sultana para el Shah.

Los esclavos negros levantaron a Polvo de Oro en brazos y la trasladaron a los baños, a un denso vapor sulfuroso cargado de comadreos, murmullos, risas y parloteos, uno de los escasos espacios de libertad para cientos de sultanas. El salpicar del agua, que corría desde los grifos de bronce hasta las piscinas de mármol, resonaba en las paredes recubiertas de azulejos. Las esclavas se apresuraron a desvestirla para que los celosos genios y malvados *ifrits* que se escondían en los húmedos recovecos de los baños no se le colaran en los bombachos y echaran a perder su virginidad. Con los ojos en blanco, las esclavas murmuraron encantamientos para ahuyentar a los genios. Las sultanas producían un repiqueteo al andar con unas altas sandalias de madera semejantes a unos zancos que las elevaban del mojado suelo donde vivían los espíritus malignos. Polvo de Oro se hallaba enjaulada en medio de un círculo de mujeres desnudas. Había tanto odio en sus rostros, eran tan sombrías sus miradas… ¿Dónde estaba su madre ahora? Ve en pos del poder pero no dejes que te deshumanice. Consejos hueros. Palabras de una mujer que nunca había visto aquellos ojos de piedra y aquellos labios comprimidos. ¿Cómo iba a luchar contra sus enemigos sin convertirse en alguien como ellos?

La tendieron encima de una de las plataformas. Tras revisarle el cuerpo para detectar el menor rastro de vello, le untaron las piernas, brazos, pubis y axilas de *vajebi*, una mezcla de minerales cáusticos, arsénico y cal. Antes de que la pasta le corroyera la piel, le retiraron el vello con los afilados bordes de las conchas de mejillones y lavaron los residuos con el agua caliente prevista en unos tazones de porcelana. Después le aplicaron friegas con jengibre y clavo para aumentar sus poderes de seducción y quemaron piedra

de Alepo amarilla para perfumarle la piel.

Las sultanas enarcaron unas cejas alargadas con tinta china y agitaron unos párpados sombreados con *kohl* y declararon que estaba lista para la sultana Bibi.

Las esclavas mezclaron un saquito de la más fina alheña, un preventivo contra la transpiración, diez yemas de huevo y media taza de café turco. Luego entregaron a la sultana Bibi dos cepillos, uno delgado y el otro ancho, provisto de suaves cerdas. La sultana deslizó la mano sobre el plano vientre de Polvo de Oro, los firmes pechos y el esbelto cuello, y con un gordo dedo palpó el acelerado pulso de la sangre en la arteria.

—No te preocupes —le dijo—. Mi hijo es un amante sin par.

Polvo de Oro sucumbió a la madre del Shah. Tanto daba dejar que la sultana Bibi la adornara como si fuera un cordero asado al que le faltaba la guarnición. Cuando llegara el momento, seduciría al rey con su propia música.

La sultana Bibi mojó el cepillo ancho en la mezcla de alheña y tiñó primero el pubis de Polvo de Oro y una prolongación de cinco dedos por encima, y a continuación las axilas. Con el cepillo pequeño, le pintó las uñas de los dedos de los pies y las manos, un jazmín sobre el ombligo, tres círculos en torno a los pezones y un lunar en la comisura del labio superior. La sultana Bibi dio un paso atrás para apreciar su creación. Durante los cuarenta días siguientes, ni el más fuerte jabón podría borrar su obra de arte. Después de hacer chasquear la lengua y los dedos, se aplicó el resto de la alheña en su propio pubis.

Trasladando manteles bordados y toallas limpias sobre la cabeza, las esclavas condujeron a Polvo de Oro por un vestíbulo y una serie de habitaciones caldeadas hasta la sala de descanso. Allí la miraron con curiosidad las mujeres que se entretenían fumando pipas de agua, tomando sorbete y mordisqueando rodajas de melón.

Con el pelo recogido encima de la cabeza a fin de desalojar las últimas gotas de agua, Polvo de Oro se recostó en los cojines. Aposentada encima de la fragante muselina impregnada de esencia de jazmín, miró las sandalias de madera que se hundían en las alfombras persas, las doradas colgaduras recamadas de perlas, y se puso a soñar en el refugio provisto de un corral atrás en donde vivía un asno que escupía a todo aquel que se atrevía a mirar a su dueña.

Sentada de piernas cruzadas en el extremo de la estancia, Cara de Luna observaba a Polvo de Oro y se tiraba de las trenzas.

Capítulo 15

REBECA la Tratante de Telas acudió de visita. Las puertas de palacio crujían. Los pasillos estaban cargados de solemnidad. Los espectros habitaban las sombras. Narciso rehuía la mirada. Rebeca puso los brazos en jarras y ladeó la cabeza.

—¿Ni siquiera un beso en la mejilla, cariño?

El eunuco abrió las puertas interiores. Bajo la cúpula posterior, ella lo retuvo y le escrutó la mofletuda cara y los negros ojillos.

—¿Cómo? ¿Ni una palabra amable?

—Polvo de Oro se ha puesto a todas las sultanas en su contra —declaró él, reprimiendo la carcajada de gozo que le subía por la garganta.

A Rebeca se le encogió el corazón. No podía ser, su Polvo de Oro, no. Ella le había enseñado a tender la red, a recogerla con anillas de plata y retener su presa, a valerse de palabras dulces para ocultar su rabia y a controlar la música de sus huesos. Rebeca agarró al eunuco por las mangas.

—Me prometiste cuidar de ella.

—Tú eres una maestra demasiado buena —murmuró él con un asomo de rencor en su voz—. No necesitas mi ayuda.

—Si algo le ocurre a mi hija, te arrancaré las tripas y se las daré de comer a los buitres… con tu próstata primero.

Polvo de Oro estaba sentada con un libro de historia abierto en el regazo. Acarició una gacela de melancólicos ojos, que con su áspera lengua le lamió la mejilla. Los regalos del Shah no le procuraban alegría. Se sentía indefensa ante la animosidad reinante en el Salón de las Perlas. Las miradas eran punzantes como dagas y las palabras igual de venenosas que la cicuta. Frecuentaba la Biblioteca Real con la esperanza de familiarizarse con las complejidades de las dinastías persas, e informarse sobre las cualidades y las debilidades de los reyes y las mujeres que los manipulaban. Sus únicos amigos eran Miel, el Muchacho de Avellana y, cosa que la había sorprendido un tanto, la sultana Bibi, que le estaba agradecida porque su hijo la prefería al Muchacho de Avellana.

El Shah se había enterado de las recurrentes pesadillas que padecía, en las que le hendían la garganta con una cuerda de arco. Ordenó que los catadores probaran su comida para detectar un posible veneno y que en la cocina la sirvieran en platos de porcelana verde de China, la cual cambiaba de color ante la más mínima cantidad de veneno. Sus eunucos de mayor confianza montaban guardia en el exterior de las habitaciones de Polvo de Oro.

Una mañana, bien temprano y sin avisar, el Shah había entrado en el harén y se había detenido en el centro del Salón de las Perlas.

—Si alguien toca a la favorita —advirtió—, no habrá más opio, ni azúcar, ni hierbas calmantes ni narguiles. ¡Ni siquiera la sultana Bibi quedará eximida!

Era algo inaudito en la historia el que un rey penalizara a su madre por el simple motivo de que su favorita corriera peligro.

En aquel mismo momento, la sultana Bibi se depiló el bigote, jurando no volver a lucir más aquel símbolo que la colocaba a la altura de los hombres.

Cara de Luna se vistió de arpillera y se encerró en la Casa de las Lágrimas con las viudas en duelo y las mujeres estériles, y se dedicó a coser su propia mortaja.

La puerta se abrió y Rebeca apareció, sustrayendo a Polvo de Oro de sus pensamientos.

—¿Por qué está tan alterado el eunuco?

De pronto Polvo de Oro ansió la seguridad de la cercanía de su madre, para ser la chiquilla de dieciséis años que en realidad era.

Rebeca dio un paso atrás para examinar a la acicalada sultana que apenas reconocía. El Shah debía de haber invitado sin duda a Polvo de Oro a su diván. Sus ojos relucían con gracia y aplomo. Una cadena de perlas le ceñía la esbelta cintura. Se había puesto más *kohl* en el ojo izquierdo, para que se apreciara menos su desviación, y se había aplicado maquillaje en una de las aletas de la nariz para igualarla con la otra. Una moneda de oro pendía de la punta de cada una de sus trenzas.

—Cuando seas reina, ya no me vas a necesitar —señaló, con un suspiro, Rebeca.

—Te necesitaré más que nunca. —Polvo de Oro observó a su madre. Todavía tenía la piel firme, en la cara y en el cuello. Los ojos habían conservado su fuego violeta y la cicatriz del pecho no había perdido su lustre. ¿Sería verdad que quienes regresaban del reino de los muertos no envejecían nunca?—. Enséñame cosas sobre los hombres —pidió, para dejar de pensar en el pasado.

—Esos detalles íntimos no los encontrarás en los libros —aseguró Rebeca, cerrando el volumen que su hija había dejado olvidado en el regazo—. Yo te revelaré los secretos que los hombres murmuran en mi lecho, entre mis piernas, al ojo que tengo en la hendidura de los pechos… secretos que te servirán para enfrentarte mejor armada a la vida.

Rebeca le habló de las debilidades ocultas de los reyes, de musculosos cuerpos que cayeron esclavizados por las caricias femeninas, de cortantes palabras tras las que se escondían dulces invitaciones, de rugidos masculinos que en el fondo no eran más que gimoteos infantiles, y de la preponderancia del corazón sobre el cuerpo.

—Y no dejes de escuchar tus huesos. Al final, en el balance de la vida se cuentan los momentos destacados, no los días. —Miró a su hija y vio a una mujer—. ¿Has sido elegida?

—Sí —confirmó Polvo de Oro.

—Oro, no te preparé para la maldad del corazón de la gente porque tenía la ingenua esperanza de que no fueras a necesitarlo siendo tan joven todavía. Pero el palacio es un mundo distinto… aquí las cosas discurren con rapidez… hay una fuerza en este lugar que yo no puedo controlar como lo haría en nuestra casa.

Polvo de Oro optó por no hacerle partícipe de sus temores…

contarle, por ejemplo, que había sorprendido a Lirio del Golfo merodeando por sus habitaciones al amanecer; que había oído cómo Cara de Luna efectuaba un encargo de hierro de Calabar, un potente veneno que traían del Níger; que al probar el té destinado a ella, uno de los catadores se había asfixiado a causa de la belladona que alguien le había añadido.

—*Madar*, necesito que me aconsejes.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó Rebeca, captando el solemne eco que resonaba en los huesos de su hija.

—Dime cómo concebir hijos varones.

Rebeca rememoró el pasado. Jacob el Huérfano la había obligado a consumir criadillas para que pariera hijos. Con idéntico propósito, Heshmat la Casamentera vendía una pócima hecha con las agallas secas de un raro pescado mezcladas con perlas molidas y semen de cocodrilo. Muchos de sus clientes creían que una bebida de dátiles reposada en vino tinto y azafrán aumentaba su virilidad y la afluencia de semen que garantizaba el nacimiento de varones.

Ella, por su parte, conocía una fórmula mejor.

—Oro, los hijos son el fruto del amor apasionado entre una pareja. El hombre que desea a una mujer no abandonará su lecho hasta dejarla satisfecha y ella, a cambio, secretará su fluido íntimo. Es esencial que una mujer experimente un profundo orgasmo antes de que eyacule el hombre, pues el húmedo entorno de su vientre resulta propicio para la supervivencia de la simiente masculina.

Capítulo 16

NARCISO llevaba un chaleco de terciopelo con aplicaciones doradas, una amplia falda de seda de Arabia tachonada de lágrimas de cristal y babuchas de satén con arcos de gemas de colores.

Polvo de Oro salió de la bañera de leche de burra y se frotó las axilas con ungüento de pepino.

El eunuco le cubrió con un velo la cabeza.

—¡El Shah te ha mandado llamar!

Polvo de Oro levantó el encaje y se lo devolvió.

—Puesto que él reclamará tu virginidad, debe ser el primero en quitarte el velo.

—¡No me avergüenzo de mi cara! Ya la he llevado descubierta otras veces.

—Es una formalidad esencial —insistió el eunuco. Luego abrió una caja en la que relucían un collar y unos pendientes de esmeralda sobre un fondo de terciopelo—. Si no haces lo que te digo, no podrás quedarte con esto.

—No me taparé la cara.

Narciso cerró con violencia la tapa. La desvergüenza de la muchacha comenzaba a hacerle hervir la sangre. Ahora que la habían elegido como favorita, en su condición de responsable de los eunucos, sobre él recaía la obligación de cumplir las funciones de eunuco personal de ella. Tendría que darle un par de lecciones para que no osara erguir demasiado la cabeza y olvidar quien mandaba allí.

—Tú y yo podemos ser poderosos aliados, Narciso —afirmó, mirándolo a los ojos, Polvo de Oro—. Tú, gracias a tus contactos en el palacio, y yo, por medio del corazón del Shah.

—Todavía te falta mucho para conquistar su corazón —espetó Narciso.

Polvo de Oro abrió la caja, tomó los pendientes y los depositó en su mano.

—A partir de ahora, tú me proteges de Cara de Luna y yo compartiré mis regalos contigo.

El peso de las esmeraldas alrededor del cuello era una reconfortante sensación, mientras seguía a Narciso a través de un patio tapizado de paja, destinada a espantar los espíritus malignos que se aventurasen hasta allí gracias al ruido que causaban sobre ella los pasos. Con el corazón rebosante de miedo entremezclado de alborozo, entró en el Pasaje Secreto, un laberinto de oscuros pasillos y escarpadas escaleras de piedra en las que resonaban los ecos de las mudas palabras de las sultanas que habían visitado al Shah antes que ella. Nunca había visto aquellos sinuosos túneles que discurrían bajo el palacio. ¿Conducirían también afuera o sólo a los aposentos privados del rey? ¿Habría intentado alguna sultana huir por allí? ¿Podría escapar de los celos asesinos? Subían por unos escalones circulares hacia la luz, dejando atrás el olor a moho. A su derecha, en la pared de piedra había unas ventanas redondas, cerradas con enrejados. El amenazador pulso del río llegaba a sus oídos a través de los recios muros. ¿Qué habría al otro lado de aquella fortaleza? Se puso de puntillas para asomarse a una ventana. Abajo, una cinta de agua circundaba la parte posterior de palacio. El río infestado de tiburones era el único guardián de ese flanco.

¿Sería desde allí por donde, movido por su temor a un heredero que le arrebatara el trono, el difunto Shah había arrojado al río a las sultanas embarazadas?

Sin resuello, notando la amenazaba de desmoronamiento formulada por su cuerpo a causa del esfuerzo de la larga caminata, el eunuco la animó a seguir. Se acordaba de cada una de las veces que había efectuado aquel recorrido, cada una con una sultana diferente de la mano. ¿Se estaba haciendo viejo, o tal vez el azúcar y el opio le habían debilitado los huesos? No, eran las consecuencias de la pérdida de su virilidad que por fin se hacían

sentir, se dijo con amargura.

Rebeca había logrado devolverle tan sólo una parte de su hombría. Iba a verla una vez por semana, cuando el sol estaba alto y la luz del día lo desposeía de cualquier misterio susceptible de condenarlo tanto a ojos de los espíritus, como de los hombres mortales. Montado en su caballo más alto y vestido con sus ropas más discretas, iba al Barrio Judío y ofrecía a Rebeca regalos a cambio del deleite que generaba en su próstata y que por espacio de unos escasos momentos de excitación lo hacían sentir íntegro de nuevo.

Pese a la necesidad que lo ataba a su madre, la naturaleza inquisitiva de Polvo de Oro lo irritaba. Hacía demasiadas preguntas, escuchaba demasiado y quería verlo todo.

—Deja de mirar el río. Esas aguas son peligrosas —advirtió—. Ninguna persona ha salido viva de ellas.

—¿Entonces por qué lo llaman el Río de los Sueños?

—Es un nombre engañoso. Se trata de sueños de muerte.

Polvo de Oro imaginó que la muerte debía de ser una manera de escapar, igual que el río que se alejaba hacia un mundo sin límites sobre el cual los reyes no ejercían ningún poder.

Llegaron a la antesala privada del dormitorio del Shah. En el umbral, Polvo de Oro se aferró a la manga del eunuco. ¿Y si el Shah era feo y cruel como Div, el gigante blanco de los cuentos de su madre? Compórtate con entereza, como una auténtica mujer, le recordó su madre. Polvo de Oro se apresuró a soltar la mano y enderezó la cabeza al tiempo que luchaba por calmar a la niña que persistía en ella y despertar a la mujer.

El eunuco retrocedió hacia la antecámara.

Polvo de Oro tocó la mampara que, al plegarse, daría acceso a las habitaciones del rey. El nácar y el cabujón de esmeraldas tenían un fino tacto sobre su piel, en contraste con la irregular superficie de la filigrana de plata en la que iban engastados. Igual ocurría con sus sentimientos. Radiante por aparecer por fin en el umbral de la habitación del Shah, e insegura y asustada por el desenlace. Apoyó la mano en el pomo de plata.

Tiró para correr los paneles.

La estancia estaba revestida de cortinas de terciopelo cuyo matiz bermellón creaba la ilusión de una ardiente oscuridad. El trabajado

mobiliario de roble e higuera de Bengala se hallaba inmerso en la misma tonalidad rubí. Los negros pétalos de las rosas guarnecían numerosos cuencos de jade y ágata, agitados por los ventiladores de filigrana de plata. Tres trapecios de caoba oscilaban al lado de un diván y una columna de humo ascendía, perezosa, de un brasero. El Shah estaba ausente, constató agradecida por aquella oportunidad de apaciguar sus huesos.

Hasta su nariz llegó un potente y estimulante aroma de rosas negras. Captó un movimiento detrás de una cortina de perlas.

El Shah surgió ante ella.

Se detuvo en el arabesco central de la alfombra de Esfahan, en toda su estatura, con dos halcones peregrinos encapuchados encaramados a los hombros y un gerifalte posado en la enguantada mano. El pelo de marta cibelina del reborde de la capa temblaba bajo los ventiladores. Un ramillete de diamantes redondos relucía en medio del blanco penacho de su turbante.

Polvo de Oro contuvo el clamor de sus huesos desbocados. Sí. Era alto. Lo habría identificado en cuanto lo hubiera visto… incluso entre una multitud de hombres con la misma corpulencia y tez olivácea que él. Las cejas afeitadas, sustituidas por perfectos arcos trazados con palos de café, enmarcaban unos ojos inquietos. Aquéllos eran los ojos que ella había imaginado en el hombre de la Jaula, el hombre por el que Cara de Luna era capaz de matar, el hombre que suspiraba detrás de los biombos.

El soberano extendió los dedos cargados de anillos, el índice coronado por un acerado dedal de plata.

Movidos por voluntad propia, los ojos de Polvo de Oro observaban los altivos pómulos, la boca carnosa, los grandes dientes que habían heredado el pajizo matiz de sus diversiones: té, café y opio.

Los halcones inclinaron las cubiertas cabezas hacia el pecho de su amo e irguieron las plumas con expectación. Habían sido entrenados para interpretar los latidos de su corazón como una señal para lanzarse sobre una presa. ¿Estarían reaccionando ante el tumulto de sus huesos o la alteración del pulso de él?

El Shah siguió el curso de la mirada de Polvo de Oro hasta la daga del dedo. Entonces la dejó en un taburete, tomó asiento en el diván y dio una palmada en el espacio contiguo al suyo. Polvo de

Oro se acercó con un seductor contoneo y la mirada rebosante de secretos, como si estuviera ebria de vino. Era una rareza entre las sultanas que se comunicaban con él a través de los eunucos. Él se había enterado de su temor al mal de ojo y de que creía que afligía a las mujeres afortunadas; había sonreído al descubrir los métodos propiciatorios de excitación, consistentes en hierbas y aceites, que perfeccionaba en vistas al día en que él la invitara; descubrió hasta el más íntimo detalle de sus noches cuando, pese a la tentación de acariciarse, se reprimía con objeto de preservarse para él.

Sí. Esa noche la haría suya.

Sus espiritistas le habían asegurado que una mujer de baja estatura con ojos de tigre y la intrepidez de un león le daría hijos varones. Aquella mujer pondría fin a su vergüenza. Años atrás su padre había augurado que él provocaría la extinción de la dinastía persa. Aquella maldición se estaba cumpliendo. Por más que lo había intentado, no había logrado engendrar herederos. Dentro de poco, ya no podría tolerar su propia compañía, ni la de las estériles sultanas que Narciso seleccionaba para él.

En un silencio saturado con el olor a rosas negras, se desenroscó el turbante. Sobre sus hombros cayó un cabello tieso como alambre del color del ónice. En su tez olivácea, como la de los hombres de las montañas, los músculos parecían esculpidos en bronce. Expandido por el deseo, el pecho exhalaba un aliento con perfume de cuero y tabaco. De improviso le tomó los dedos dentro de una de sus grandes manos.

Sobresaltada por la presión, lo hizo recostar en el diván y apoyó la cabeza en su regazo. Después levantó las manos y lo ayudó a deshacerle las trenzas. Notó su esfuerzo por imitar la suavidad de sus gestos: sus dedos no estaban acostumbrados a las tareas delicadas.

El Muchacho de Avellana la había advertido de que el rey querría algunas veces hacer el amor y otras querría forcejear con ella. ¿Qué iba a hacer entonces? Parecía inmerso en uno de sus momentos de melancolía. Aguardaría a ver qué hacía, para saber cómo reaccionar. Su deseo por ella y la sonrisa instalada en sus labios le daban confianza. Las ásperas manos y los halcones, en cambio, le inspiraban miedo. ¿Dónde estaba el hombre que cultivaba rosas?

Al sentir su roce, se estremeció y enseguida sufrió un martilleo en las sienes a causa del esfuerzo realizado por contener la estridente sinfonía en la que estaban dispuestos a embarcarse sus huesos. Ella le presentaría un mundo distinto del tedio de su palacio, pero debía proceder con cautela. Tenía que volver a invitarla una y otra vez, y otra. Hasta que lograra el profundo orgasmo que, según había prometido su madre, le garantizaría la descendencia de varones.

Al ver el temblor de su cuerpo, él pensó que se esforzaba por generar música.

—¡Cantad para nos!

—¿Acaso fueron producto de nuestra imaginación las notas que oímos? —tronó, al constatar que se prolongaba el silencio.

¿Era un signo del cambio de los tiempos el que comenzara a dudar de los milagros? ¿Por qué ponía en duda su música cuando su cuerpo anhelaba oír la melodía que había brotado de ella el día en que la había oído desde detrás de las mamparas? ¿Una música que lo había fascinado y lo había sustraído al aburrimiento, permitiéndole asomarse a un mundo enigmático que ansiaba descubrir?

—Tened paciencia —musitó Polvo de Oro—. Una vez que mis huesos decidan cantar, olvidaréis la soledad que os persigue desde la estancia en la Jaula.

Lo inundó una sensación de gozo al comprobar que estaba al corriente de su pasado. No habría comprendido su aislamiento a menos que ella misma lo hubiera experimentado. Procuró controlar la habitual brusquedad de sus gestos mientras deshacía la última trenza. ¿Sería esa mujer la que lo elevaría más allá de su letargo, lo ayudaría a redescubrir su verdadero yo y abandonar el que le habían hecho creer que era el suyo? Su brillante cabello se desparramó en su regazo. Los rizos habían crecido desde la primera vez que la vio.

—Esta noche —dijo—, somos todo vuestro.

Polvo de Oro se levantó, y tras recogerse el pelo en la nuca y ajustarse la falda, se miró en el espejo, donde vio la mirada de desconcierto del Shah. Entonces se volvió hacia él.

—Mi amor por vos es distinto de ése al que estáis acostumbrado. No arderá en una llamarada para consumirse en una noche.

El Shah sintió una inexplicable necesidad de llorar por una mujer que tenía la convicción de expresar pensamientos capaces de mandarle a la Casa de las Lágrimas. Aplastándola entre los brazos, le introdujo las manos en el pelo y soltó el moño.

—Pequeña, el hombre necesita la compañía de más de una mujer.

—¿Y la mujer? —planteó.

—Si una mujer está con más de un hombre —gruñó— es una puta.

—¿Por qué, mi señor, es así la naturaleza del hombre y no la de la mujer?

—Si Alá deseara la misma libertad para la mujer —repuso, descargando un puñetazo en la palma de la mano—, no la habría afligido con un himen, el seguro guardián de su virginidad.

—El concepto de virginidad lo han creado los hombres para controlar, mancillar y violar a las mujeres —afirmó, reiterando una idea de su madre.

Pese al deseo que le inspiraba esa mujer, su indiscreción comenzaba a irritarlo.

—Seremos vuestro durante más de una noche, pero con una condición.

—Sólo tenéis que ordenar, mi señor.

Se puso en pie en toda su estatura, haciendo revolotear la capa como un látigo, imponente como un dios. Una desdeñosa sonrisa merodeaba en torno a su boca.

—Debes prometer que la culminación de nuestro deseo no va a suponer la muerte de éste tal como ha sucedido con las otras.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. ¿Podría llegar a amaestrar al rey? ¿A levantar las capas de costra y tocar al hombre? Su madre le había enseñado a fascinar, tentar y retirarse hasta que lo tuviera dispuesto a prometerle el corazón. ¿Lo haría? No sólo para una noche, sino hasta que estuviera embarazada de su hijo.

Alargó la mano para tocar al Shah entre las piernas. Sorprendida por lo que había imaginado más pequeño, desparramó la risa por la habitación como si de una lluvia de esmeraldas se tratara.

El comenzó a quitarse la capa. Tenía que hacerla suya aunque ello representara la pérdida del deseo que le inspiraba.

Rodeada por la vacilante luz de las largas velas, ella le volvió a

cubrir los hombros con la capa.

—Vos, mi Shah, permaneceréis completamente vestido. Esta noche, yo haré mi presentación para vos. Me conoceréis de manera íntima antes de poseerme.

La promesa implícita en su voz lo contuvo.

Una corola de encaje se deslizó en torno a ella para desplegarse a la altura de los tobillos. La piel de alabastro relució bajo la luz de las velas. Paseó las puntas de los dedos por el óvalo de la cara, el almendrado contorno de los ojos, los lóbulos de las orejas suaves como la piel de melocotón, la humedad de la boca, para bajar por el frágil cuello y los firmes pechos, bosquejando las curvas. Luego, arrodillada en la alfombra, dio rienda suelta a las manos, que se deslizaron sobre las nalgas y subieron para abrazar los pechos, hasta aplastarlos entre sí. Reaccionando a tenues pellizcos, los pezones se endurecieron. Dejó oscilar el torso y cepilló el suelo con los hombros, con la cascada del pelo en derredor, mientras separaba los muslos para mostrar el pubis depilado. Después apartó los labios, dejando al descubierto el sexo rosado, que relucía como si lo hubieran untado de néctar.

Reprimiendo la urgencia de probarla, observó cómo se desvelaba, como una mujer concentrada en explorar sus propias sensaciones. Una muchacha virginal con atrevidas manos, que no exhibía el pudor proveniente de antiguas religiones, caducos rituales o las prohibiciones de su casa. Él había estado con niñas de diez años. Había estado con mujeres maduras. Ninguna de ellas tenía el mismo grado de intimidad con su cuerpo.

Polvo de Oro oyó el suspiro salido de su pecho y reparó en el recorrido de su mirada. Corrió airosa hasta el brasero y tomando una pipa, colocó un pedazo de opio en la punta.

—Ahora no. —Quería permanecer alerta, comprender mejor a aquella mujer.

—Aspirad hondo —insistió ella al tiempo que le abría la boca y encajaba en ella el mango de la pipa—. Mañana seré vuestra.

Él dio una chupada, se reclinó y la atrajo hacia sí, escrutando sus ojos de tigre. Los iris amarillos reflejaban el temperamento de una mujer que le daría hijos varones.

—Nos estamos impacientando —señaló.

—Mi Shah, no quiero seguir el mismo camino de las otras

sultanas.

Su respiración se hizo menos profunda. El pecho adoptó un suave ritmo. El cabello, brillante como la crin de un caballo de pura raza, le cayó sobre el perfil. Las cejas dibujadas, medio borradas ya, dejaron oscuras sombras sobre los párpados cerrados bajo los que se agitaban inquietos los ojos, luchando con los demonios de sus sueños. Las cejas afeitadas exageraban el abrupto contorno de los rasgos, la frente alta, la nariz recta y los labios carnosos de marcado perfil, que parecía delimitado con un pincel.

¿Era aquél el hombre al que amaría un día?

Tiró de la cuerda contigua al diván. Narciso entró y abarcó la estancia con una sola mirada. El Shah estaba dormido. La sultana se encontraba bajo las sábanas, con las mejillas arreboladas y los enmarañados rizos recogidos en lo alto de la cabeza. No se atrevió a abrir la boca para no despertar al rey.

—Tráeme a Miel aquí antes de que cante el gallo —susurró Polvo de Oro.

¡Eso nunca! Narciso negó con la cabeza. ¡Nunca! Las mujeres que preferían a las de su propio género tenían pequeños penes entre los órganos femeninos. El Shah se pondría furioso. Narciso abrió la boca. Polvo de Oro se llevó un dedo a los labios.

El eunuco desenvainó la daga e imitó el gesto de degollar a alguien, para ilustrar el peligro en el que incurrirían.

Polvo de Oro se llevó dos dedos a los ojos a modo de promesa de protegerlo y frotó el índice y el pulgar para asegurarle una recompensa.

Antes de que saliera el sol, Miel entró en los aposentos reales. Forzó la vista para adaptarse a la oscuridad.

—Ponte a gatas —susurró Polvo de Oro desde las sombras.

Miel avanzó, notando el roce de la alfombra en las rodillas. La lágrima negra de la comisura del ojo se arrugaba a consecuencia del miedo y la expectación. Por Polvo de Oro haría cualquier cosa. Hasta abrirse de piernas ante un hombre si con ello la complacía. No obstante, la silueta del Shah, que yacía aún vestido en el diván, la alarmaba, y su intenso olor a rosas negras le producía náuseas.

Polvo de Oro pasó la mano por el pelo del rey. Éste abrió los ojos y miró a las dos mujeres, una de cuerpo masculino, senos pequeños y carnosos pezones, la otra voluptuosa, con redondeados

muslos, rotundos pechos y ojos del color del membrillo.

Polvo de Oro aplicó aceite de almendra sobre el cuerpo de Miel y le frotó con el ungüento entre los pechos. Los labios de Miel se abrieron en el interior de la boca de Polvo de Oro.

El Shah se levantó del diván y comenzó a desnudarse. ¡¿Cómo se atrevían?! Iba a interrumpirlas, a separarlas.

Polvo de Oro se puso de rodillas, deslizó la lengua por sus muslos hasta llegar al borde del áspero vello que circundó antes de acoger el pene en la boca. Lo acarició con repetidos y juguetones golpecitos con la lengua hasta que notó la proximidad de los espasmos. Entonces se retiró y lo miró con semblante imperturbable.

—Mi Shah, controlad vuestra pasión.

Y el rey se retuvo. Estaba disfrutando del desarrollo de la escena, del delicioso dolor que le tironeaba los nervios. Observó cómo Miel se estremecía, saciada ya su lujuria, y vio cómo Polvo de Oro se retiraba a tiempo para impedir su propio clímax. Estaba maravillado por su erección y encantado de ser capaz de contener su culminación. Había dejado de ser el débil príncipe de la Jaula.

Había llegado el momento. El anhelo y la curiosidad habían sustituido en Polvo de Oro el deseo inicial de huir. Se uniría al rey en su soledad y en la amargura que la nutría. Sería recordada como la sultana que había salvado la dinastía de Persia.

Su tuétano exhaló un lamento, un estallido de lujuriosas notas que agitaron las llamas de las velas y provocaron un resplandor en la habitación.

El Shah se despertó con la melodía de sus huesos.

Polvo de Oro entraba y salía del entramado de ambarina luz reflejado en las paredes; daba saltos, volteretas, estiraba el cuerpo componiendo exquisitas formas, desmayaba los brazos a la manera de las ramas de los sauces, efectuaba lánguidas vueltas y giros que la transformaban en una hurí-ángel. Se rozó los pezones con hachís. Con cuidado para no afectar su virginidad, hizo deslizar los dedos entre las piernas para acariciar la aterciopelada ranura. Su tez adquirió una tonalidad ámbar, al tiempo que se humedecía con la

transpiración.

Destapando el pozo de sus emociones, las transfirió a la piel del rey, donde se introdujo por cada uno de los poros hasta llegar a su médula. Con un gemido de resignación y haciendo alarde de gran fortaleza, él se puso de rodillas, la tomó en brazos y la depositó en el diván. Después se postró a sus pies.

Entonces entendió por qué el sabor de miel se convertía en el de la ceniza en la boca de las sultanas desechadas. No había nada más adictivo que tener al rey rendido en suplicante actitud, ni siquiera su perfume de rosas negras.

Lo atrajo hasta el diván y se tendió encima de él. En su lengua persistía un resto del agridulce aroma del tabaco y el vino. A fin de garantizar su orgasmo con anterioridad al de él, y antes de sucumbir a la embriaguez causada por su aroma, se trasladó a una punta del diván y se colocó de rodillas, flanqueándole la cara con los muslos, de tal manera que su propio rostro quedaba bien alejado de las manos del Shah.

El exploró con la mirada su oscura cavidad. Después la abrazó con la boca, la liberó y succionó, una y otra vez, alimentando con lengüetadas su creciente pasión, mientras devoraba con la nariz su salobre aroma. Abrazándola por la cintura para anclar su tembloroso cuerpo, bebió, libó y aspiró.

Luego la levantó y la depositó en el diván.

Polvo de Oro separó los muslos para él. Debía entrar en sus secreciones, que garantizarían un favorable entorno para la supervivencia de su simiente masculina.

Tras mojar el pene en su boca, lo dejó guiar por su firme mano mientras pugnaba por contenerse hasta haberse adueñado de su virginidad. Sus fluidos se mezclaron con la sangre de ella, con su pasión, sus semillas y su inminente mañana.

—Prométeme que eres sólo mío —susurró Polvo de Oro.

—Sólo tuyo.

■

Capítulo 17

EN los baños, rodeaban a Polvo de Oro, le examinaban el abdomen, le pellizcaban las nalgas y le estrujaban la cintura. Su caminar, su puntiagudo vientre y su radiante mirada eran una evidente prueba de que llevaba dentro de sí al hijo del Shah. El fruto de una pasión tan intensa sólo podía ser varón. Desde Pari, Polvo de Oro era la única sultana que había conservado el interés del rey incluso después de haberse entregado a él y aun después de haber quedado encinta. Las mujeres se enfrentaban a una nueva amenaza. Si Polvo de Oro daba a luz a un niño, el Shah la tomaría como esposa legal y la nombraría reina. Cuando el heredero del trono llegara a la edad de la pubertad, Polvo de Oro purgaría el harén de las sultanas que quedasen embarazadas o que adquiriesen algún poder. Elegiría a su propio séquito para sustituir a las sultanas descartadas, que se pudrirían en la Casa de las Lágrimas.

El eunuco de la sultana Bibi convocó una reunión urgente en un discreto paraje de los jardines.

—Pondremos corteza machacada de euforbio en la comida de la favorita.

Agarrada a la rama de un sauce, la sultana Bibi respiró hondo y le descargó una bofetada con toda la fuerza de su rechoncha mano.

—A ti te haré tragar esa corteza.

No era que le gustara aquella arrogante judía pobretona. De todas formas, había conseguido seducir a su hijo de tal forma que éste parecía haberse olvidado por fin del Muchacho de Avellana, lo

cual era un motivo suficiente para apoyarla hasta que ella misma ideara un discreto plan para eliminarlo. ¿Acaso creía su hijo que iba a producir herederos con aquel afeminado hombre?

Cuando corrió la noticia de que Miel y el Muchacho de Avellana merodeaban con la mirada y el oído atentos, amenazando con ir a ver al Shah, las sultanas trasladaron su conspiración a los jardines, al amparo de la oscuridad, los arbustos y arces, tras el murmullo de las fuentes. El harén perdió la lengua pero no la rabia.

Mientras Polvo de Oro pasaba los días y las noches bajo la influencia de hierbas calmantes, Cara de Luna llamó a Lirio del Golfo a la Casa de las Lágrimas para tratar de los posibles procedimientos para poner fin a su embarazo.

—Vidrio molido en el café —susurró Cara de Luna—. Se desangrará por dentro. No hay antídoto para eso.

Lirio del Golfo corrió a mirar tras las mamparas. Después apoyó a modo de advertencia el dedo en los labios. Es una muerte larga y dolorosa, señora. El Shah se enterará. Dejó descansar la palma de la mano en el corazón. Me preocupo por vos.

Miel se desplazaba con sigilo de un lado a otro, espiando los afanosos susurros y conciliábulos. En una ocasión pegó el oído a la puerta de una sultana que una vez había sido elegida gracias a la suerte, las circunstancias y la astucia para adornar la cama del Shah, y oyó dos letales palabras.

—Beleño o belladona.

Miel irrumpió en la habitación y agarró a la sultana del pelo.

—Antes tendrás que pasar sobre mi cadáver —gritó, dispuesta a arrancarle de cuajo las trenzas—. Nada de veneno en la comida de Polvo de Oro, o iré a ver al Shah.

—¿Quién hablaba de Polvo de Oro? —chilló la sultana—. ¿Cómo es posible que hayas llegado a tan extravagante conclusión?

Miel soltó el pelo de la mujer, con los purpúreos labios y la lágrima negra trémulos de indignación.

Pese a la amenaza de Miel, el Muchacho de Avellana y a la vigilancia de la sultana Bibi, Lirio del Golfo y otros dos eunucos se reunieron a medianoche en el Patio de los Caballos.

—Envenenémosla con arsénico blanco —propuso el eunuco que tenía la piel del color de la cúrcuma.

—No —declinó el otro eunuco, con un nervioso parpadeo de los

ojos cercados de azul—, deja un olor en el cadáver que podría delatarnos.

—Podría tropezar en las escaleras del Pasaje Secreto.

—Casi nunca va sola por allí.

—Podríamos atarla y arrancarle el feto de las entrañas.

—¿Cómo pretendes que hagamos eso sin que se note que es una conspiración?

—Basta de planes inútiles —gritó el eunuco—. Si la favorita muere, nos cortarán la cabeza a todos.

Lirio del Golfo se irguió en toda su estatura. Los otros dos eunucos alzaron la vista hacia el espectro que se elevaba sobre ellos a la manera de un monumental árbol, moviendo las manos en un mudo y elocuente discurso. Lo más seguro es descargar sobre el feto una maldición letal antes de que vea la luz del día. Una maldición tan potente que aunque el niño viviera, sus padres desearon que hubiera muerto.

Los eunucos estrecharon el corro y acabaron de perfilar el complot.

En todas las escuelas de brujería era de sobras sabido que para aniquilar al enemigo uno tiene que destruir primero los poderes de sus aliados. Polvo de Oro contaba con un formidable apoyo, el de Rebeca la Tratante de Telas. Narciso, que mantenía un trato íntimo con ella, encontraría la manera de debilitar el escudo protector que había erigido en torno a su hija.

Las sultanas y sus eunucos fueron a hablar con Narciso.

—Seguro que tú también te das cuenta de que Polvo de Oro cada vez tiene más poder. Rebeca entra y sale sin tu permiso. El rey visita a la favorita como si fuera un plebeyo, sin tomar en cuenta el decoro del harén.

No tuvieron que esforzarse mucho. Desde hacía un tiempo, Narciso intentaba recordar en qué momento Polvo de Oro lo había relevado como confidente del Shah. Antes de ella, había estado muy atareado con la función de llenar el harén de mujeres y no había tenido tiempo para elucubraciones. El Shah lo recompensaba con caros regalos. Después había aparecido Polvo de Oro y había dispuesto su red en torno al Shah. Al principio, Narciso había recibido oro y gemas en abundancia. El Shah quería conocer las preferencias de Polvo de Oro en cuestiones de vestimenta,

decoración y hombres. Ahora el Shah le planteaba directamente las preguntas a ella, como si una sultana que estaba encarcelada en un mundo de mujeres pudiera tener su propia opinión.

Rebeca además había avivado, sin quererlo, una furia en la entrepierna del eunuco. El descubrimiento de su próstata le hacía lamentar las delicias que sus testículos podrían haberle procurado. La constante preocupación con su malograda virilidad lo consumía más que nunca. Mientras ostentaba cierto poder, dicha frustración se hacía soportable. Ahora, sin embargo, los otros eunucos y sultanas confirmaban sus temores. Estaba perdiendo el control del harén. Rebeca y su hija lo estaban despojando de su único medio de supervivencia.

Era hora de implorar a los espíritus de la oscuridad.

Narciso entró en los aposentos del Shah. Desplazó el peso del cuerpo de un pie a otro, preguntándose por qué lo habría mandado llamar. El sombrío semblante del soberano y la intensidad con la que los halcones escuchaban los latidos de su corazón dejaron petrificado a Narciso. Se aclaró la garganta.

—El libro sagrado que aconsejé con el propósito de predecir el sexo del niño revelaba que ¡la favorita dará a luz a un varón! Las páginas quedaron abiertas en un pasaje en el que el profeta desenvaina la espada contra el enemigo y le da muerte de un mandoble. La espada en alto no deja margen de duda con respecto al sexo del niño.

—La sultana Bibi nos ha traído noticias inquietantes —señaló el Shah, sin manifestar ninguna alegría en la voz.

Narciso sintió que el corazón se le helaba en el pecho.

—Hemos oído que existe una amenaza sobre la vida de la favorita.

Narciso aferró la cimitarra que llevaba en el cinto. La decisión de su mirada, el choque de los talones y la mandíbula comprimida aseguraron al Shah la persistencia de su lealtad.

—Seguirás a la favorita como una sombra. De noche, protegerás su puerta como si fuera tu propia vida. ¡Si le ocurriera el menor percance, os decapitaremos con nuestras propias manos!

El eunuco soltó el puño de la cimitarra. El Shah le facilitaba el trabajo. Vigilaría las habitaciones de Polvo de Oro. Protegería su vida como la propia. Aparte, dejaría entrar a los eunucos por la noche. Su maldición colectiva generaría una fuerza negativa tal que una vez liberada en su dormitorio, arrebataría la fuerza espiritual del feto, provocando enfermedad y deformidad, para dar lugar a un débil ser carente de alma.

La favorita no sufriría, empero, ningún daño.

Mantendría la salud para disfrutar del resto de sus estériles días.

—Tal vez sería conveniente, mi Shah, dejar que repose durante estos últimos meses —observó, con solícita expresión de inquietud, el eunuco—. Ella os profesa gran afecto. No es prudente acelerar su pulso y calentarle la sangre con vuestra presencia. Y si Dios quiere, el Imperio tendrá por fin un heredero. Si vuestra Alteza así lo desea, elegiré para vuestro entretenimiento a otras sultanas.

El Shah ahuyentó de sus hombros a los halcones, que fueron a posarse en sus alcándaras.

—Por ahora, prescindiremos de mujeres.

Narciso se fue directamente a la cocina y ordenó al cocinero que añadiera hachís y néctar de flores de adormidera a la comida de Polvo de Oro.

■

Capítulo 18

JUNTO al lecho de Polvo de Oro, un eunuco permanecía sentado frente al Cuenco de las Cuarenta Llaves, un recipiente de bronce con cuarenta encantamientos grabados alrededor de su borde, cada uno apropiado para un objetivo específico. Con los dedos teñidos de amarillo, recorría el relieve de las letras. Que este niño quede privado de facultades. Que este niño carezca de alma…

Bajo el efecto del hachís y las semillas de adormidera, Polvo de Oro soñaba con campos de frutales en donde los niños nadaban en aguas de espumoso oleaje bajo una luna de plata. Su risa resonaba en un estrellado cielo gobernado por un anciano Shah, que ocultaba una vasta vacuidad bajo la fachada de su furia.

Se revolvió en la cama.

El eunuco se cubrió la cabeza con la negra túnica, ovillándose sobre el cuenco de bronce para tapar el reflejo de la luz de la luna.

Medio despierta, Polvo de Oro recordó que su madre le había advertido que debía sentarse primero antes de darse la vuelta en la cama, para que el cordón umbilical no se enredara en el cuello de su hijo y lo estrangulase. Se incorporó pues, algo mareada. Al otro lado de la ventana, la luna lucía el color del pecado. Sentía los párpados pesados. Debía dejar de tomar aquellos brebajes de manzanilla.

El eunuco oyó que la sultana se agitaba. Se puso a contar el ritmo de su respiración. Tras comprobar que se había vuelto a dormir, salió con sigilo.

A la noche siguiente, Lirio del Golfo entró en los aposentos de Polvo de Oro. Con los ojos desencajados en un trance inducido por el odio, ordenó a Alá que pusiera fin a la vida de la criatura en el interior del vientre de su madre. Prometió surtir su altar de abundantes corderos para sacrificar y de especias aromáticas… pero con una sola condición, rogó: que Cara de Luna siga ciega, sin advertir mis verdaderos sentimientos. Aunque me resulte insoportable verla en brazos de otro, nunca podría volver a mirarla a la cara si averiguara la naturaleza de mi amor.

Mientras engordaba y se ponía cada vez más redonda, Polvo de Oro mostró una afición especial por los sorbetes de agua de rosas y los helados con ámbar gris, y disfrutó de largas siestas durante el día y de un sueño profundo por las noches. El Shah iba a visitarla, pues no osaba mandarla llamar a sus aposentos.

—La favorita debe llevar su fruto hasta la plena madurez ya que de lo contrario podría dar a luz a un niño tarado indigno del trono, —había advertido el *hakim*.

Polvo de Oro escuchaba al *hakim*, al Shah, a su madre, pero sobre todo prestaba oídos a su hijo. Ella protegería a ese hijo con el que había constituido ya un vínculo. También ella sabía que era un varón. En sueños, había visto cómo el príncipe crecía hasta ser un hombre tan apuesto como su padre, con el pelo oscuro y ojos oliváceos. El hijo de Polvo de Oro heredaría, no obstante, su fuerza. No necesitaría esconderse detrás de burlonas carcajadas y arrogantes palabras. Su hijo sería valiente y bondadoso. Su fortaleza derivaría de su buen discernimiento y de la convicción de que el poder que poseía era suyo por derecho propio y nadie podía arrebatárselo. Ella misma se encargaría de ello.

Los días se disolvían en los meses y los eunucos mantenían su vigilia nocturna, oscuras figuras acopladas a las sombras, casi invisibles junto a las colgaduras de terciopelo, sin dejar de murmurar letales fórmulas, meciéndose a veces sobre sus fláccidas nalgas, inmóviles como estatuas de ónice las más de las veces.

Entonces le llegó el turno a Narciso. El serrallo contuvo la respiración.

El primer día del mes de *mordad*, cuando los cielos se asfixiaban con el constante calor, Narciso cerró de golpe su libro de magia, levantó la tapa de su caja de opio y se dispuso a pasar la noche en

la habitación de la favorita. Tras romper un pedazo de opio de la tableta, lo amasó entre el pulgar y el índice y lo introdujo en mantequilla fundida. Luego se lo insertó en el recto. Como detestaba el sabor y el acre olor del humo del opio, había descubierto un método para saborear la euforia producida por éste sin sufrir su amargo aroma. Una vez hubo atravesado el Patio de los Caballos y entrado en el harén, el delirante efecto se dejaba sentir en su cabeza. Parecía que los ojos fueran a saltarle de las órbitas y en la próstata palpitaba el flujo de la sangre.

Tras relevar al eunuco de guardia, se demoró ante la puerta para controlar las fantasías propiciadas por el opio antes de abrirla y acercarse al diván de Polvo de Oro. El rojizo color de sus pezones resaltaba sobre la marfileña palidez de la piel. Con los ojos cerrados, no daba ninguna muestra de la arrogancia que tanto aborrecía. Narciso apeló a los espíritus de la muerte para que lo ayudaran a superar el ansia de tenderse a su lado, saborear el contacto de su tierna piel, el aliento de la juventud. La ira de Rebeca y del Shah era como un hacha suspendida sobre él.

Depositó un mortero de piedra con una maja en la alfombra. De los bolsillos de los bombachos extrajo tres bolsas que vació en su interior: los sesos de siete serpientes, las yemas de siete huevos de avestruz y estiércol de camello seco mezclado con orina humana. Se puso a triturarlos y de vez en cuando olía la mixtura hasta que le pareció convincente el olor. Entonces comenzó a caminar en círculo en torno al diván de Polvo de Oro y untó con el preparado la parte inferior del colchón. Con los ojos cerrados, invocó a los negros espíritus.

Polvo de Oro se rodeó con los brazos el vientre como si quisiera proteger a su hijo. Sumido en su estado de enajenamiento, el eunuco no oyó su suspiro de satisfacción.

Murmuró encantamientos mientras, con una sensación de ingravidez, notaba un vigoroso y renovador pulso de la sangre en las arterias. La habitación estaba bañada de color y el collar de esmeraldas del tocador, las ristras de perlas, el frasco de perfume de plata y las rosas negras permanecían envueltos en etéreas sombras.

Bajó la mirada hacia ella y desenvainó la cimitarra. Un dorado rayo de luna iluminó la cara de Polvo de Oro, al tiempo que entreabría los labios con una placentera sonrisa. El pálpito de la

circulación era perceptible en las venas del cuello. La sombra de la mano levantada se proyectó en las colgaduras de terciopelo. La hoja del arma relumbró con la luz de la luna.

Con un limpio corte, cercenó una de sus largas trenzas.

Cuando dieron las doce, en el Patio de los Caballos, se irguió elevando las manos hacia las vagabundas nubes del cielo. De su mano pendía un gallo negro, que tenía aferrado por la garganta para ahogar su canto. El gallo nunca había estado con una gallina, a fin de que quedara preservado todo su vigor masculino. Una vez liberada la fuerza contenida en el ave, ésta era capaz de insuflar vida a cualquier maleficio. Alzó el brazo por encima de la cabeza, y con las manos, lo partió por la mitad. Luego formuló la maldición suprema:

—Que nazca niña.

El Gran Eunuco Negro se escabulló, repitiendo las palabras que había aprendido en su libro de nigromancia: adquirirás una hebra de cabello de la cabeza de tu enemigo y la quemarás en el altar de los Genios. Si ese enemigo tiene poderosos aliados que están enterados de los oscuros secretos de la magia, quemarás el cabello en unas llamas que se eleven cerca de la morada de esa persona, en la que haya vivido durante muchos años y donde reside su corazón. Mientras el humo sube y se convierte en nube, los poderes de tu adversario y sus aliados quedarán para siempre reducidos al humo de la nada.

Narciso franqueó presuroso las puertas de palacio y se encaminó por las estrechas callejas a la casita que albergaba el cálido lecho y el sensual olor a vida. Era la primera vez que entraba de noche en el Barrio Judío. Palpó la hebra de pelo en el bolsillo. El fuego debía pertenecer al protector del enemigo, había precisado el libro. Rebeca tenía un horno que se negaba a encender incluso cuando helaba. ¿Tendría una cocina de leña? ¿Bastaría con una linterna, una vela o un quemador de aceite?

Un fuerte olor a vinagre llegó flotando desde la casa de los vinateros, que trabajaban hasta altas horas de la noche, sin temor a sufrir una de las frecuentes incursiones de los antisemitas. La única

casa con lámparas colgadas a ambos lados de la puerta era la del mercader, una vivienda situada en el extremo de un antiguo laberinto de callejones de la que Rebeca hablaba a menudo. Reconoció otra casa, enterrada bajo las ramas de las buganvillas, como si estuviera rodeada de un fuego sagrado. Delante de ésta pasó corriendo, asustado por la presencia de la anciana Zoroastra a quien veneraba Rebeca.

Había dejado el caballo en el patio del palacio, por temor a que el ruido de los cascos despertara al populacho. Al pasar junto al basurero, dio gracias por ello a Alá, convencido de que el hedor habría desbocado al animal. Soltando una punta del turbante, se tapó la cara para protegerla de los venenosos mosquitos.

La calle de Rebeca estaba llena del lodo escupido por las cloacas atascadas. Dirigió la mirada hacia sus botas de cabritilla roja. El borde de armiño de la capa estaba empapado de agua sucia. Masticando almáciga a fin de perfumarse el aliento, descendió los cinco escalones que mediaban hasta la puerta y llamó. El fango que le llegaba hasta los tobillos le había empapado los bombachos, y los gusanos se deslizaban por la tela de seda.

Rebeca apareció desnuda en el umbral. Las hojas de menta asomaban tras una de las orejas. Nunca la había visto despojada de sus capas de encaje. Ella le había confiado que cuando estaba sola con sus recuerdos, se paseaba desnuda por la casa porque no podía soportar el calor del pasado.

—Ay, cariño, has venido a oscuras —exclamó, bañada en la aureola de la luz de la lámpara de aceite que pendía del techo—. ¿A qué debo el honor? —Como él no respondía, alargó la mano—. ¿Vas a entrar, o prefieres pasar la noche en el basurero?

Narciso avanzó, aturdido. No sabía si quedarse mirando la vacilante llama de la lámpara o a Rebeca.

—¡Mira que has hecho! ¿Cómo voy a limpiar esto? —gritó ella al ver el lodo que inundaba la alfombra—. ¡Quítate los gusanos, por lo menos!

El eunuco tenía la vista fija en la cicatriz de su pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz arrulladora—. ¿Es que no has visto nunca a una mujer desnuda? ¡Ah! —Se tocó la marca—. El regalo del Diablo. Me otorga poderes inimaginables.

La cicatriz relucía como un palpitante corazón.

—¿Qué poderes? —murmuró para sí, con la aprensión de que si ella le contestaba, lo arrojaría con su respuesta al último rango de los aprendices de mago.

—Te daré un baño —resolvió ella, antes de desprenderlo de la capa de armiño y conducirlo hacia el patio de atrás.

No, pensó él, la cicatriz se parece a los sonrientes labios de un recién nacido.

Junto a un estanque de oscuras aguas, Rebeca le quitó la cimitarra y le desenroscó el fajín, pisoteando los gusanos blancos que iban cayendo al suelo. Tomó el frasco de salmuera que llevaba en la cintura y lo situó a su lado en el borde del estanque y después plegó con primor los pantalones.

No, se dijo Narciso, con la mirada todavía pendiente de su pecho, no es como unos labios sonrientes, sino como una paloma con las alas desplegadas.

—Y tú que creías haber visto todos los prodigios de este mundo —se mofó ella, riendo.

Lo empujó al agua y le tiró una pastilla de jabón. Luego recogió la capa, las botas y la cimitarra y volvió a la casa.

Narciso se frotó el cuerpo, preocupado con la cicatriz. ¿Habría visto visiones a consecuencia del opio? ¿Había cambiado realmente de forma ante sus ojos? De lo que no cabía duda era de que se trataba de un emblema de un universo superior al reino humano. La idea de que ella le hubiera dejado al margen de otros secretos lo concomía. Trató de salir del estanque, pero los escalones de adobe cedieron bajo su peso. Después de resbalar varias veces, se agarró al borde y se aupó. Sentía un ardiente deseo de tocarle el seno. Antes, sin embargo, debía revisar el patio por si había madera, ramas o algo que encender. Una hoguera despertaría sospechas con aquel calor. Sería suficiente con una vela. Temblando de impaciencia, aguardó bajo el cálido cielo a que ella regresara con la capa. Primero debía cumplir con su cometido y después le haría preguntas a Rebeca en relación con la cicatriz. Seguro que a ningún mortal se le concedía aquel honor sin haber pasado antes por la más rigurosa formación. Tal vez ella le revelara misterios de un universo superior.

Rebeca lavó la capa, aunque no el borde de armiño. Cepilló las botas con serrín y remojó la faja con agua clara del río Karun, que le habían traído la semana anterior. Miró por las cortinas. Mal viento se lo llevara, ¿qué diantre quería ahora? ¿Por qué había ido allí de noche? ¿Estaría bien Polvo de Oro? escudriñó el forro de la capa, sin saber muy bien qué buscaba, aparte de algún indicio de que su presencia se debía a algo más que a la lujuria. La mirada disimulada que había lanzado a la lámpara de aceite, el furtivo vistazo que había dedicado al horno, la misteriosa manera como había rebuscado en el patio le decían que iba en pos de algo.

Polvo de Oro estaba casi en el último mes de embarazo. No se la veía tan enérgica como de costumbre. Parecía sedada. El *hakim* le había asegurado que ello se debía a las hierbas calmantes. Rebeca limpió y pulió el mango de la cimitarra, secó la hoja y se cercioró de que no quedaran manchas. ¿Sería cierto que con un solo golpe de cimitarra se podía decapitar a un toro? Pasó un dedo sobre la hoja y tanteó el filo.

Había dos hebras de cabello prendidas allí.

Tomó los cabellos y tras examinarlos, corrió hasta la lámpara para observarlos bajo su luz. Se quedó sin aliento. Era el pelo de Polvo de Oro: recio, brillante, del color del café turco.

Salió como un torbellino y se quedó mirando al eunuco.

—¿Qué le has hecho a mi hija? —gritó, haciendo temblar el barrio Judío con su voz.

La cicatriz palpitaba y cambiaba de forma, llameante como una daga encendida. Al eunuco le viró el color de la piel. Se levantó, indignado. ¿Qué derecho tenía aquella mujer a gritarle al jefe de los eunucos, el tercer hombre más importante del imperio, que poseía el poder de vida y muerte sobre muchos? El podía hundir su preciosa cabeza de judía en el agua del estanque, arrojar su cadáver al río y nadie se atrevería a rechistar. Nadie, se recordó a sí mismo, salvo el Shah y su propia próstata, que incluso entonces reclamaba sus atenciones.

—¿Cómo te atreves a provocar la ira del jefe de los eunucos?

Rebeca alargó la mano y le dio un pellizco entre las piernas.

—Ahora que has probado el goce de la consumación, aun siendo el amo del harén, te has convertido en esclavo de esta puta judía.

Le apartó la mano con violencia y se la retorció detrás de la espalda. El ardor de sus ojos era inhumano. Era una hechicera. Iba a imponerle un sortilegio que le encogería la próstata y lo dejaría lisiado. Las paredes de adobe del patio se acercaban, cercándolo. Tuvo una visión en la que se imaginó convertido en un pilar de arcilla, reducido a un permanente espectáculo para numerosas generaciones de judíos.

La soltó y tras recuperar el frasco y los bombachos, se precipitó en la casa, en busca del resto de su ropa.

Ella entró tras él, se quitó la ramita de menta de la oreja y la aspiró.

—Apestas más que el diablo con el que viví.

El último resto de dignidad se vino abajo. Todo el mundo sabía que el Diablo aguardaba a los eunucos y los arrojaba al abismo del infierno si no llevaban sus órganos cercenados a la otra vida. Narciso plegó una pierna sobre la otra como si quisiera ocultar su carencia.

—¿Has olvidado que te he visto entero? —le espetó con una amarga carcajada—. Y ahora, antes de que pierda la paciencia, ¡habla!

Narciso comprimió los labios, escrutando la habitación en busca de algún indicio de fuego, llama o vela.

Ella se abalanzó sobre el frasco que tenía en la mano.

Forcejearon, el eunuco por los restos de su virilidad que le garantizarían un espacio en el cielo; la mujer, por la vida de su hija.

—¡¿La has matado?! —gritó—. ¿La has matado?

—Juro por todos los *imam* —chilló él, tras zafarse— que no la he tocado. Preparé una poción para ahuyentar sus espíritus protectores y le corté un mechón de pelo para quemarlo en el altar de los *jinn*.

—¿Y te atreves a venir a mi cama? —Rebeca señaló su ardiente seno—. Por esta marca del Diablo, si le pones una mano encima a mi hija, ¡haré que caiga sobre ti la peste negra de los antiguos tiempos!

El Shah se encerró en la cámara interior a esperar a Narciso. Era una desafortunada formalidad que el rey tuviera que permanecer

secuestrado en sus habitaciones hasta que el Gran Eunuco Negro llegara con las noticias. El Shah sentía un poco de remordimientos. Debería haber sido más indulgente la última vez que fue a ver a Polvo de Oro. Ésta le había pedido permiso para que Rebeca estuviera presente en el momento del parto. Pese a que había comenzado a apreciar el candor de Rebeca y a que en ocasiones la animaba a discutir sobre temas corrientes con él, no podía permitir la mala suerte de que una tratante de telas mancillase las primeras horas de vida del príncipe heredero.

—Nuestro hijo —replicó— va a ser rey. Nunca debe enterarse de cuál fue el linaje de su madre.

La dureza de sus palabras había precipitado el parto de Polvo de Oro.

El Shah salió a escrutar los cielos. Los *magi* habían asegurado que el día del nacimiento de su hijo el cielo estaría despejado y brillaría el sol. En el firmamento rondaban las nubes. No corría un soplo de aire. Los pavos reales chillaban en los jardines.

Rebeca se encerró en la cuadra y comenzó a engalanar a *Venus*.

—Pronto dejarás de ser el único macho de la familia —susurró.

El asno lanzó un rebuzno y escupió al aire.

Rebeca pegó el oído a la paja del suelo, pendiente del ruido de los cañonazos que anunciarían que el Shah reconocía el nacimiento y darían a conocer al pueblo el sexo del recién nacido. Su decepción por no ser admitida a acompañar a su hija en aquel momento había durado poco. Había aprendido a aceptar las migajas que le concedía el Destino. ¿De qué iba a quejarse? Polvo de Oro era la favorita del Shah e iba a dar a luz al nieto de Rebeca, el heredero del trono.

Anticipándose al real nacimiento, los pregoneros públicos recitaban poemas y florida prosa; los habitantes de la ciudad se daban besos en las mejillas y en la punta de la nariz como manifestación de infinita felicidad. Suleimán el Ágil y sus acróbatas obstaculizaban el paso en los callejones con el nuevo número de su espectáculo. Los

adultos se quedaban pasmados y los niños gritaban atemorizados ante un Gigante que sostenía trece acróbatas sobre la cabeza, los hombros y los brazos. La anciana Zoroastra abandonó su casa de buganvillas para sumarse a la celebración, con los ojos chispeantes a causa del secreto que sólo ella conocía: que un nuevo portento que cambiaría el curso de la historia iba a nacer del vientre de una hija del Barrio Judío.

Capítulo 19

—¡EMPUJA! —gritaba el harén—. ¡Empuja más fuerte!

El Shah había dejado claro que si la favorita moría al dar a luz, nadie saldría bien parado.

Los eunucos se abrieron paso entre el círculo de mujeres para entregar a las comadronas recipientes de agua hirviendo y muselina. El enano de palacio, con la eterna sonrisa pintada en la boca y las perennes lágrimas de rubí en las mejillas, bailaba por el Salón de las Perlas produciendo un campanilleo con los cascabeles del sombrero.

Polvo de Oro permanecía sentada en una silla de parto, provista de un agujero en el centro, bajo el cual reposaba un cuenco de ceniza. Las doncellas le secaban la frente con muselina empapada en esencia de jazmín y le rociaban la cara con agua de rosas. Aparte fruncían los labios, soplando en el aire para espantar a los malos espíritus. Del techo pendían rosarios de turquesas destinados a proteger del mal de ojo.

A Polvo de Oro se le puso la cara del color del polvo de granate que usaba para quitarse las impurezas de la piel. Ni en sus peores pesadillas había imaginado un dolor tan atroz. Estaba a punto de partirse en dos. No iba a salir con vida de aquel trance. No le quedaban fuerzas para empujar.

Un grave silencio se abatió sobre el Salón de las Perlas. Las mujeres alzaron los ojos dirigiendo una plegaria al cielo. Pese a haber echado una maldición colectiva sobre el pequeño, habían

tomado precauciones para proteger a la madre. Y la madre parecía haber claudicado.

—¡Por el amor del Shah, empuja! —gritaron con voces impregnadas de terror.

En ese momento, Polvo de Oro no sentía mucho amor por el Shah. No había permitido que su madre la atendiera cuando la necesitaba. El día anterior, viendo su dura mirada, antes de que se iniciaran los primeros dolores del parto, advirtió con claridad extrema que su única manera de librarse de un mundo en el que estaba constantemente sometida a órdenes era llevar una corona de reina y garantizarse el privilegio de poder desafiarlas.

Sí. Le daría un heredero. Haría que estuviera orgulloso de su linaje. Le contaría cómo su abuela se había erguido sola por encima de las convenciones de su medio, cómo había luchado para ganarse la vida, había doblegado el destino y con gran astucia había introducido a su hija en el harén. Le recordaría a su hijo que la pobreza no era una vergüenza.

Criaría a un guerrero que prepararía su imperio para la inevitable invasión. El estudiaría las costumbres de los tártaros, los mongoles y los turcos. Incorporaría la sabiduría que elimina el miedo. Y aprendería que todo guerrero alberga un amante en su alma.

Le enseñaría a su hijo que era afortunado por tener en las venas sangre real combinada con sangre judía —aquello se lo susurraría al oído— la sangre de un pueblo que había dominado el arte de la supervivencia.

Nadie se atrevería a encerrar a su hijo en la Jaula.

Polvo de Oro invocó los nombres de todos los profetas a los que nunca había aprendido a rezar y suplicó una última dosis de energía.

—¡Empuja! —oyó desde lejos—. ¡Empuja más fuerte!

Respiró hondo, se aferró a los costados de la silla y concentró las fuerzas en los tensos músculos del vientre.

Sonó el suspiro de la carne rasgada.

El niño cayó al cuenco de ceniza que lo protegería de infecciones.

Entró en el mundo en silencio.

Se oyeron murmullos sofocados, el aquietado cascabeleo de un

bufón, el susurro de los ventiladores, el zumbido de una mosca.

Los recién nacidos siempre lloran, pensó Polvo de Oro, antes de que el pánico tuviera ocasión de hacer brecha en ella.

Dándose codazos, las mujeres se apiñaron aún más para lograr el primer vistazo. ¿Había nacido muerto el pequeño? Un potente pataleo de las piernitas todavía ensangrentadas las dejó sobresaltadas y atrajo una sonrisa de alivio a los labios de Polvo de Oro.

—Tiene que ser una niña —musitó una sultana, antes de haber visto al recién nacido—. Ni siquiera ha llorado. Los niños tienen los pulmones débiles y por eso tienen que llorar para poder empezar a respirar.

—Sólo un niño demuestra un vigor así —declaró Miel.

Con la cabeza inclinada para rezar, el Muchacho de Avellana se ocultaba en los rincones.

Como si jamás hubiera experimentado el dolor, el cuerpo de Polvo de Oro quedó inundado de una deliciosa calma. No cabía duda, toda su vida estaba destinada a culminar en ese momento. El techo, con sus pedazos de cristal incrustados, multiplicaba la escena de abajo en diminutas celebraciones. Polvo de Oro tendió los brazos para recibir a su hijo.

El Gran Eunuco Negro levantó las piernas del recién nacido y las separó.

Las sultanas alargaron el cuello.

Un murmullo se propagó por la sala.

Era una niña.

El silencio posterior fue como una daga en el tuétano de Polvo de Oro. Se inclinó, con el cordón umbilical todavía prendido a sus entrañas, y miró al pequeño que Narciso había vuelto a depositar en las cenizas.

En la cabeza, las cejas, las pestañas, en toda la espalda y el resto del cuerpo, su hija estaba recubierta de un vello desprovisto de color. Observaba a su alrededor con grandes ojos que cambiaban de color según la luz de las linternas, tan pronto grises como rosados, dejando ver la circulación de la sangre bajo los globos oculares.

Los gritos de Polvo de Oro le resquebrajaron el corazón y proyectaron los añicos más allá de los globos ornamentales, más allá de las antorchas y más allá de las linternas que iluminaban el

palacio en previsión de varios días de celebración.

—¡Es albina! ¡Albina! ¡Albina!

Rogó a Dios que la ayudara a producir lágrimas para mitigar el dolor. Se frotó los secos ojos, las mejillas, con la garganta sacudida por estériles sollozos.

Sus huesos sé convirtieron en flautas de cristal que se estremecieron, exhalando un suspiro de resignación. Después, su cuerpo dejó de producir música.

La sultana Bibi abandonó la sala hecha una furia. Los labios púrpura de Miel temblaron a causa del miedo. El Muchacho de Avellana, apenado, abatió la cabeza.

Cara de Luna, que se había cansado de coser y descoser su propia mortaja ciento veinte veces en el transcurso de un año en la Casa de las Lágrimas, disimuló una sonrisa detrás de las perfumadas manos. Los eunucos tosieron, escupieron y dispensaron órdenes, ocultando el alborozo en las cavernas del corazón.

Narciso llegó con una daga ornada de gemas, dispuesta sobre un cojín de satén recamado de perlas. Se acercó a la silla de parto, se llevó la daga a los labios y, aplicando la hoja sobre los ojos, murmuró una fórmula de bendición. A continuación cortó el cordón umbilical. La nodriza cogió a la pequeña del recipiente de cenizas.

Los gritos que lanzó entonces herían los tímpanos. Qué extraño, comentaban entre risitas las sultanas, una criatura tan pequeña y con una voz tan aguda, y que había llegado al mundo como si fuera muda. Se aproximaron un poco más para observar mejor a aquella extraña recién nacida que, aunque les doliera reconocerlo, estaba dotada de una increíble hermosura. Los ojos viraban del gris al rojo pasando por el rosa, y en cada matiz eran vivaces, vibrantes, siempre enmarcados por las plateadas pestañas. La piel estaba adoptando una reluciente tonalidad marfil.

Polvo de Oro se agarró a los costados de la silla de parto para levantarse, y con mirada inflexible escrutó a la nodriza.

—¡Dámela! —le ordenó. Con un reguero de sangre manándole entre las piernas, dio dos débiles pero decididos pasos para tomar a su hija y la apoyó en los hinchados pechos—. Le daré de mamar yo misma.

Y haciendo caso omiso de todas las vehementes protestas formuladas por su propia razón, le puso por nombre Cuervo.

Capítulo 20

NARCISO respiró hondo, se aplicó la mano al desbocado corazón e inició el recorrido hacia los aposentos del rey. No tenía más remedio que atenerse al decoro y anunciar el nacimiento de otra hija. Y aquélla era sin color, para colmo. Los guardias de los cañones aguardaban a que el rey expresara la confirmación del alumbramiento. El eunuco pasó por el Salón de las Linternas, la Sala de Oración de las sultanas, el Patio de las Favoritas y, tras dejar atrás el Pasaje Secreto, llamó tres veces a la puerta.

Se postró a los pies del Shah.

El Shah observó a aquel castrado que suscitaba una singular crueldad en él. Odiaba y admiraba a un tiempo a aquel eunuco. Lo detestaba por su desvergonzado servilismo, y lo apreciaba por su capacidad para despertar su ira. Una ira que, tal como descubriría después, él confundía con valentía y que por un momento aliviaba su dolor por no haber heredado el valor de su difunto padre. Desde que Polvo de Oro había comenzado a poner palabras a sus propios sentimientos, él mismo había comenzado a poner en cuestión sus arrebatos. «Mi Shah —le había susurrado en una ocasión—, no confundáis la crueldad y la rabia con el valor. La rabia irracional es una manifestación de debilidad.»

Levantando la cara del eunuco con la punta de la babucha de satén, el Shah le apuntó el ojo con el dedo coronado con la funda de metal.

—¿Por qué tanta demora en momentos de felicidad?

El eunuco besó la zapatilla del rey. Ascendió la mirada por los recios muslos y el amplio pecho hasta los ojos reales, y se decidió a hablar con aquella voz aguda que aún no dejaba de causarle sonrojo.

—Alteza, así pudiera sacrificarme por vos. Traigo malas noticias.

Una palpitación vino a agudizar la inquietud del corazón del rey.

—Que las iras recaigan sobre mi pobre cabeza —murmuró el eunuco—. La favorita ha dado a luz a una pequeña extraña, una niña.

El Shah se esforzó por disimular su estupor. Otra niña, no era posible. ¿Cómo podía decepcionarlo Polvo de Oro igual que las demás?

Observó al balbuciente eunuco, postrado a sus pies.

—No oímos nada. Levanta esa cara barbilampiña.

—La princesa no tiene color. Es blanca… como un cisne.

El Muchacho de Avellana comunicó a Polvo de Oro que el Shah había decidido ir a verla.

Polvo de Oro se introdujo una concha pulida en la vagina para taponar el goteo de la sangre. Frente al espejo con marco de esmeraldas, examinó sus hinchados pechos y el prominente vientre. La cintura había desaparecido casi, convirtiendo el juvenil cuerpo en el de una mujer. Empapó un pedazo de muselina en ámbar gris para lavarse las axilas, se frotó los codos con aceite de almendras y realzó el color de las mejillas con un concentrado de melocotones. Después bañó a Cuervo con leche de burra, le peinó el blanco cabello y le pintó los labios con extracto de cereza. Con una borla de plumas de avestruz, se empolvó a sí misma y a Cuervo, con oro molido.

Su doncella cambió las sábanas e hizo oscilar incensarios perfumados por la habitación. Luego Polvo de Oro le mandó que se ausentara para el resto de la velada.

En la mesa de incienso tomó una franja de seda y la cortó en largas cintas que dispuso junto a su cama.

Reclinada en los cojines, aguardó, con Cuervo acurrucada en sus

brazos.

Pasó los dedos sobre la tierna frente de su hija, su nariz respingona, el hoyuelo de la barbilla. Había rezado por dar a luz a un varón, un heredero del trono. Aquella frágil niña de misteriosos ojos y traslúcida piel heredaría tan sólo el amor de su madre… y tal vez el de su padre. ¿Podría aprender él a amar a aquella pequeña descolorida? Aquella pequeña que lucía una belleza de otro mundo. Desde el día en que nació, una semana atrás tan sólo, el abundante pelo le había crecido hasta los hombros y ahora resplandecía como una cascada de plata. Tocó los labios de su hija, la carnosa boca parecida a la de su padre.

El Shah entró con pasos de hierro.

—Has traído la vergüenza a nuestro reino. Una maldición descolorida, un vástago de judíos, no de realeza.

Polvo de Oro se introdujo bajo la colcha, abrazando con fuerza a Cuervo.

—Es de los dos. No es una vergüenza. Es sólo diferente, como una extraordinaria joya. Únicamente un hombre como vos puede generar esto. —Le mostró a Cuervo—. Tiene vuestra boca voluntariosa y los mismos ojos tristes.

Depositó a Cuervo en la cama, cerca de él.

El Shah se quedó petrificado, con la mirada clavada en la niña. No tenía nada en común con todas sus otras hijas, de quienes ya había perdido la cuenta. Contaba tan sólo una semana de vida. ¿Cómo le había crecido tanto el cabello? ¿Era su belleza tan fuera de lo normal lo que lo hechizaba o la fuerza de su curiosa mirada, que no lo soltaba? Tan pronto le sonreía, como lo castigaba. ¿De qué color eran los ojos? Esa niña tenía que ser una señal de Alá, un mensaje que no alcanzaba a descifrar. Se puso a recorrer la habitación, mientras de su garganta brotaban airados sonidos y su semblante se ensombrecía con una rabia que no comprendía. Polvo de Oro se quitó el velo de los hombros. Él reparó en las maduras curvas y en la femenina ternura, en la sombra de sus venas que se ramificaba por el pecho. Nunca había parecido tan generosa. Ansiaba tocar sus blanquísimos brazos, aspirar su aroma a ámbar gris. Las miradas de su hija lo paralizaban.

De rodillas junto a la cama, sostuvo su inflexible mirada de rojos y ardientes ojos que penetraban hasta su más recóndito interior. No.

Ojos grises, fríos, que apaciguaban sus demonios. Tenía que confirmar el sexo por sí mismo. Levantó la manta. Era una niña.

Se quitó la daga del fajín, se desabrochó la capa y se desenroscó el turbante. Poseería a Polvo de Oro con toda la rabia y frustración que ella había provocado.

Polvo de Oro temblaba contemplando el lacio cabello, los altivos pómulos, la arrogante nariz, sintiendo el adictivo olor a rosas negras. Había echado de menos su olor, el forcejeo que había pasado a formar parte de sus encuentros amorosos y que no se había vuelto a producir desde que se iniciara su embarazo.

Él le quitó la túnica y hundió los dedos en su carne, sin parar de murmurar que merecía ser castigada.

—¡Una albina! —gemía—. ¿Con qué cara vamos a afrontar a nuestro pueblo?

—Albino es blanco, puro, un signo de renacimiento.

Luchaba por contener la furia de sus manos, por controlar su curso a través del cuello, los pechos cargados de leche y la suave curva del vientre.

El siguió con la lengua el trazado de las venas, saboreando su aroma a fruta madura y a especias calentadas por el sol. Con los dientes le aplastó los lóbulos de las orejas, los hombros, la cara interior de los brazos, dejando hoyos en la delicada piel.

Ella aspiró su propia sangre en los labios de él. Con la punta de la lengua exploró la concavidad de sus mejillas, la hendidura del mentón, al tiempo que abría las aletas de la nariz para embeberse del aroma a rosas negras.

Entonces él se colocó sobre ella y le quiso separar las piernas.

—Estoy impura —adujo, apartándose—. Debemos esperar cuarenta días.

Luego, con las cintas de seda, le ató las manos. Susurrándole promesas de satisfacción, le tapó los oídos con bolas de seda. En el silencio que apagó el mundo y le realzó los sentidos, lo lubricó, ablandó los nudos de tensión, reconoció su cuerpo con desenvuelta familiaridad, lo repasó con golpecitos, arañazos y provocaciones hasta que él gimió. Entre tanto, respiraba por la boca para reducir el embriagador efecto de su olor. Deslizó la lengua sobre los párpados, las sienes, la humedad de las axilas, el vello del interior de los muslos.

Podría haber roto las cuerdas de seda con una leve presión de las muñecas, pero no lo hizo. Saboreaba aquella entrega, un momento de confianza y abdicación que no le habría permitido a ninguna otra. Un instante en que dejaba de ser el dirigente de un imperio. Cerró los ojos y la boca para neutralizar el resto de los sentidos y concentrarse en su contacto. Acelerando el ritmo, ella descendió y lo acogió en su interior. Él rompió las ataduras de seda, al tiempo que su pasión culminaba en su boca.

Los cañones sonaron al amanecer. Tres cañonazos para anunciar el nacimiento de una niña, siete si hubiera sido un varón. Las detonaciones se repitieron cinco veces en veinticuatro horas, en cada llamada a la plegaria. Todos los palacios sacrificaron tres carneros. Habrían sacrificado cinco de haber sido un varón.

■

Capítulo 21

NADIE dudaba que los demonios del abuelo de Cuervo, el difunto Shah, y de su abuela, Rebeca, habían hallado cobijo en la niña. Maduraba más deprisa que cualquier mortal. A los seis meses, enderezó el cuerpecillo y dio los primeros pasos. Con sus ojos de color indefinido y una fuerza en la mano comparable a la un guerrero, hacía cundir el miedo entre las sultanas. Su voraz apetito les recordaba a los dragones que guardaban antiguas cuevas. Su intensa mirada era tan penetrante que las mujeres hasta ponían en duda su mortalidad.

Su maldición colectiva se había abatido sobre la princesa, pero no de la manera como habían previsto. Sí, había nacido sin color, pero su gracia y hermosura superaban incluso a las de Polvo de Oro. Los blancos rizos de Cuervo, veteados de plata le llegaban hasta la rodilla enmarcando una piel tan traslúcida que el placer y la rabia se plasmaban en sus mofletudas mejillas con la misma profusión de matices que el atardecer. En combinación con la luz, sus sentimientos transformaban el color de los ojos de un gris brillante a un tormentoso antracita o al rosa pálido de sus mejillas o, en un instante de cólera, a un chispeante rubí. Era tal el abanico de emociones que exhibía que incluso el jefe de los eunucos se sentía inquieto en su presencia.

Polvo de Oro fue a visitar al rey y le puso a Cuervo en las rodillas.

—La princesa os echa de menos.

Agarrando los brazos del sillón, el Shah miró a aquella hija que reclamaba su atención. En cada rincón por donde pasaba, en cada habitación adonde entraban oía hablar de ella. Entonces comprendió por qué. No parecía una niña de siete meses aquella chiquilla que le cogió la mano con tanta fuerza que hasta le hizo daño.

—Shah —dijo, pronunciando con ardor y claridad sus primeras palabras—, *pedar*.

—¡Está destinada a una vida más allá de la reclusión del harén! —declaró el rey.

El humo de la envidia se enroscaba en torno a los muros y se colaba por las rendijas. Las conspiraciones y el ansia de asesinato crepitaban en las ascuas de los braseros. Polvo de Oro se dispuso a realizar un largo viaje para preservar su vida y la de Cuervo.

Rebeca la Tratante de Telas llegó a ver a su nieta. Inclinada sobre la cuna de esmeraldas, contempló a una niña que no tenía parecido con ninguna otra, ni en su aspecto ni en sus exigencias, y que inspeccionó a Rebeca de un modo como nadie más habría osado hacerlo.

—Mi Cuervo —musitó—, te pareces mucho a mí, pero tienes la suerte de haber nacido en un mundo de posibilidades. Utiliza tu poder en tu favor y en el de tu madre. No seas compasiva con los hombres, pero no pierdas por ello tu alma.

Un día, Cuervo reivindicaría su figura, al rasgar la tela racional del mundo, desafiar el Destino y trascender las limitaciones de las leyes de los hombres. Tras mirar en derredor para cerciorarse de que nadie la observaba, Rebeca se desabotonó la blusa con el propósito de dejar al descubierto la cicatriz.

—Procúrate la libertad económica y emocional, a fin de que ningún diablo reine nunca sobre ti.

Cuervo alargó la mano y con gran precisión recorrió los bordes de la cicatriz, acarició el círculo interior, se demoró en el cálido centro y ahuecó la mano sobre la marca para ocultarla frente al mundo y transformarla en su propio tesoro. Luego se levantó y, con ternura, pegó los labios a la cicatriz, la lamió, sopló sobre ella y le

susurró algo en una desconocida lengua. Entonces de su pecho surgió una profunda voz de barítono.

Rebeca retrocedió con estupor. La voz resonaba en la habitación, en el techo y en las paredes. Luego un suave y afectuoso murmullo femenino sustituyó el timbre de barítono. Rebeca se quedó maravillada ante los bramidos de elefante, los trinos de ruiseñores, los balidos de ovejas y el ruido de la lluvia que Cuervo imitó de forma sucesiva al advertir el alborozo de su abuela.

—Bendita seas —dijo Rebeca—. Mantén esto en secreto. Un día te será útil.

Cuervo se puso de puntillas, le dio un beso en la frente, le cogió la ramita de menta de detrás de la oreja y se la colocó en la suya.

—Huélela cuando te amenace la crueldad de los hombres —le aconsejó—. Y ten presente que, acompañado de astucia, hasta el benigno olor de la menta puede convertirse en un arma.

Rebeca acogió a Narciso y su creciente necesidad de mitigar su obsesión. Lo bañó en aceite de olmo escocés y hierbas aromáticas, compuso un brebaje con cáscara de huevo triturada y preparados afrodisíacos para reforzar el poder de la próstata, crestas de gallo secas, y lo combinó en un polvo que él vertió en té caliente y luego tomó para potenciar la virilidad. Después machacó semillas de helecho y se las administró con los encantamientos pertinentes, asegurándole que volvería a crecerle el órgano antes de morir.

No complacía, sin embargo, su constante ruego de tocarle la cicatriz del pecho a fin de granjearse poderes mágicos. Completamente vestida y con infalible tino, ejecutaba una excitante danza en su cuerpo hasta que sus suplicantes gritos atravesaban el cojín que le amordazaba la boca. Luego, en el momento culminante de la pasión, cuando parecía que se le iba a parar el corazón, se detenía, se apartaba, se recomponía la ropa y ordenaba:

—Prométeme que protegerás a Oro.

Narciso prometía una y otra vez, más por temor a la niña, Cuervo, que a la mujer, Rebeca. Había presenciado cómo Cuervo palpaba la marca de Rebeca y la besaba con reverencia. Había observado cómo aspiraba la rama de menta y se la colocaba detrás

de la oreja mientras Rebeca le narraba historias sobre el Diablo y sus discípulos. Había visto cómo Rebeca cepillaba y rociaba el cabello de su nieta con polvo de oro y le pintaba las cejas con *kohl* al tiempo que la animaba a cultivar sus poderes sobrenaturales.

Narciso estaba seguro de que dos gigantes del inframundo se habían unido y que ninguna fuerza mortal podría derrotarlos.

Flanqueados por un par de gacelas y por muros de viejos cipreses, Cuervo y el Shah paseaban por los jardines. El pelo de la niña relucía como cristal bajo el sol. Su vestido y su velo, que la modista del harén confeccionaba con las telas de Rebeca, resplandecían con sus hilos de plata. El cuello y la cintura de terciopelo tenían incrustaciones de rubíes y esmeraldas procedentes de los cofres del Shah. Ella exigía atención de la naturaleza, de los pavos, de las pintadas, de los flamencos y los avestruces que por allí merodeaban. Los acariciaba, les daba de comer, recogía sus huevos y los entregaba al jefe de reposteros en el templete de los Jazmines. Éste, por su parte, le regalaba pastelillos recién horneados, que preparaban a diario para ella.

El Shah observaba a su hija mientras alimentaba a las aves, les examinaba las plumas buscando indicios de enfermedad o les levantaba las alas como si quisiera descubrir el secreto de su capacidad para volar. Estaba aprendiendo a apreciar la naturaleza con la misma intensidad que había adquirido de manera transitoria en sus periodos de enamoramiento. Aguardaba con impaciencia poder sustraerse a sus obligaciones cotidianas para sumarse al mundo de Cuervo y navegar en las olas que ella levantaba, confiado en que lo conducirían a acogedoras orillas. Se sentía satisfecho. Su presencia dejaba en segundo plano la constante ansiedad que sufría por no tener un heredero que ofrecer al imperio.

—Recemos —dijo, al tiempo que se arrodillaba delante de la Fuente de Cristal.

Ella se hincó de rodillas a su lado y bajó la cabeza.

Entonces reparó en las hojas de menta ocultas bajo el cabello.

—Quítate esa hierba ridícula. Deja esa clase de comportamiento para las personas ordinarias como tu *granmadar*.

Cuervo se tapó las orejas para no oírlo. La menta era una planta sagrada, un símbolo del amor que profesaba a su *granmadar*. Se levantó y se cepilló las piernas.

—*Granmadar* no es una persona ordinaria. Tú mismo hablas de cosas importantes con ella.

El Shah le quitó la menta de detrás de la oreja y la arrojó a la fuente.

Luchando por contener las lágrimas delante de él, dio media vuelta y se fue corriendo a las habitaciones de su madre.

Polvo de Oro ensartaba cuentas de rubí en hilos de oro, con los que luego formaba capullos que se prendía del pelo para crear una ilusión de color. A Cuervo le gustaría. El mes anterior, Polvo de Oro había descubierto un nuevo truco. En su terraza privada, había puesto a secar al sol bayas de fresno y luego las había triturado hasta obtener un fino polvo carmesí con el que avivar el cutis de Cuervo. Una semana atrás, había cosido velos de color escarlata y lavanda para ponérselos encima de la cabeza con el propósito de reducir la intensidad de su mirada.

El fuego interior de Cuervo y sus febriles ojos le causaban un auténtico dolor, pues le parecían un indicio de locura. Sus esfuerzos por maquillar a Cuervo, de modo que su asombrosa belleza tuviera una apariencia más convencional, acababan de manera invariable en fracaso. Le oscurecía las cejas y las pestañas, le pintaba las mejillas, le ponía mechas de color en el pelo. Cuervo, sin embargo, se iba corriendo a lavarse la cara en la fuente, reaparecía pura como la naturaleza, como si estuviera cubierta de plateado rocío, y Polvo de Oro se quedaba de nuevo mirando con extrañeza a aquella singular desconocida.

Ante la repentina irrupción de su hija, Polvo de Oro guardó la aguja.

Controló las ganas de tomarla en brazos, previendo que ella se bajaría enseguida para irse a los jardines, a perseguir a los pavos, montar en los ponis o admirar su imagen en el estanque.

Polvo de Oro le enjugó las lágrimas de la cara. Después se llevó los dedos a la boca y notó el sabor a sal y agua, y a ira y una multitud de sentimientos que permanecían en una sola gota de agua. ¿Contendría cada lágrima una clase de emoción distinta? Tocó con los labios los mojados párpados de Cuervo y una vez más

añoró aquel tiempo pasado, previo al nacimiento de ésta, antes de que sus huesos dejaran de producir música, antes incluso de que hubiera perdido la habilidad de llorar.

Tras zafarse de su madre, Cuervo recorrió como un torbellino la habitación lanzando objetos a los biombos y arrancando las colchas de los divanes.

—¡Yo quiero llevar la menta! Igual que mi *granmadar*.

—Pero incluso ella sigue las recomendaciones de los mayores —argumentó Polvo de Oro, inerme ante aquellas manifestaciones de enojo.

Un narguile le pasó volando encima de la cabeza.

Más tarde Polvo de Oro expresó su preocupación al Shah.

—Los enfados de Cuervo tienen un punto de locura. Un día la destruirá esa rabia.

—Bah, lo que llamas locura es el proceso natural del crecimiento —disintió el Shah— y la fuerza necesaria para desprenderse de las inhibiciones femeninas.

Polvo de Oro se absorbió en la lectura de libros de historia que hablaban de antiguas querellas y de familias que quedaban divididas a consecuencia del ocultamiento de secretos. Se interesó por las vidas de héroes cuyas taras familiares los habían conducido al abismo. Repasó sus propios recuerdos de infancia, con el interrogante de si Cuervo había heredado aquel temperamento del linaje del Shah o del suyo propio. En un brumoso pasado persistían amargas evocaciones. Tenía tres años cuando había sorprendido a su madre bailando. Con cadenas de plata encima, entraba y salía de la pantalla de llamas. Su mirada era triste, aunque la danza era alegre.

Había un espectador.

Un hombre. Con ojos de loco. Igual que Cuervo.

Las palabras de Cara de Luna resonaron en su memoria: «Si de algo no cabe duda es de que los hijos heredan la locura de sus padres.»

La siguiente ocasión en que Rebeca fue al harén, Polvo de Oro la mandó llamar.

—Háblame del hombre que olía a hierro.

Rebeca crispó la mano sobre el pecho, mientras a su frente asomaba el rubor. Luego cogió la ramita de detrás de la oreja y se

golpeó con ella la mejilla.

—Era un demonio que entró en nuestras vidas y después desapareció, dejando sólo su pestilencia. ¡Olvídate de él!

Polvo de Oro tomó las manos de Rebeca entre las suyas.

—¿Era mi padre?

—¡Hija! —exclamó Rebeca—. Era mi marido y tu padre, y al mismo tiempo no lo era. Sigue con tu vida. El pasado es como las arenas movedizas. No hay que quedarse mucho tiempo en él. Tú tienes un futuro por delante. Dale un hijo al Shah.

Polvo de Oro se apretó las sienes para aplastar unos recuerdos que era imposible desenmarañar. ¿Era su hija traviesa, rebelde, o mala? ¿Seguiría los pasos del difunto Shah, que había puesto fin a su vida bebiendo una sangre de toro que se le coaguló en la garganta? No. Eso nunca.

Sólo se le ocurrió una manera de protegerse para no repetir los errores del pasado y traer al mundo descendencia que heredara la locura.

A solas en sus habitaciones, se introducía una envoltura hecha con la delicada membrana blanca del interior de la corteza de la granada a fin de preservar sus entrañas de la simiente del Shah.

■

Capítulo 22

EL harén estaba reunido en los campos. Ataviado con su más magnífica capa orlada de cordones de oro y empuñando la vara de mando guarnecida de gemas, el Shah se volvió hacia su hija.

—Vamos a presentarte a tu primera yegua sin domar —anunció.

Los hijos varones normalmente elegían caballos de las cuadras reales, pero las hijas recibían asnos blancos de Máscate… y sólo si eran favoritas. Cuervo tenía cinco años. Polvo de Oro no estaba convencida de que su hija tuviera la madurez para domar una montura.

Narciso permanecía en un rincón con un montón de espejos en los brazos, ardiendo de despecho. La princesa había exigido que transportase aquellos espejos, y el rey había dado su consentimiento. No le agradaba nada estar allí de pie ejerciendo las funciones de un criado.

Un mozo de cuadra condujo una yegua hacia Cuervo. Las sultanas lanzaron un murmullo de incredulidad. El Muchacho de Avellana no pudo resistir la tentación de acariciarle la grupa. Era la yegua de porte más regio que había visto nunca. Tenía el color del azabache, con una larga crin plateada, ojos amarillos como los girasoles, un cuello largo y unos potentes cascos. No se arredraba lo más mínimo ante toda aquella multitud. La delicada princesa nunca podría dominar un animal tan fuerte.

Cuervo se recogió el pelo encima de la cabeza y lo sujetó con un pasador de rubíes, del mismo tono que sus ojos. Después tomó la

brida y tiró para obligar a la yegua a bajar el hocico hasta su altura.

—Si la domas, comenzaremos a formarte para que asumas responsabilidades en el futuro —prometió el rey, apretándole la mano.

Polvo de Oro constató de nuevo con asombro el creciente afecto que había entre padre e hija.

El Shah y sus mujeres se retiraron detrás de unos setos para observar a distancia a la princesa.

Sosteniendo con firmeza las riendas, Cuervo se alejó por el sendero hacia el centro del campo, consciente de la mirada de su padre. Con su profunda y autoritaria voz de barítono, ordenó al caballo que se portara bien.

—¡No te conviene tenerme como enemiga!

Después de montar, hizo caminar a la yegua en círculos por el campo, sin dejar de exigir con palabras, ora duras, ora suaves, contención y sumisión. El animal partió, no obstante, a galope tendido y, sin darle tiempo a tirar de las riendas, se encabritó y la arrancó de la silla. Colgada del cuello de la montura, Cuervo aferró las riendas. Con la bota, le propinó un duro puntapié bajo el vientre. Recuperada, se subió a la silla y tiró de las riendas, hasta obligar al animal a girar el cuello hacia ella.

—Ya basta —le advirtió—. Si no, te voy a estrangular.

La yegua resoplaba y echaba espuma por la boca cuando emprendió el trote, mientras comenzaba a adaptar el cuerpo al de ella, acoplándose a su ritmo.

El animal echó a correr por el campo, y su crin, del mismo color que el cabello de Cuervo, ondeó en el aire, mientras los mozos de cuadra se precipitaban a buscar refugio. Cual una imagen de rutilante plata, Cuervo se agarraba con firmeza y mantenía erguida la espalda afrontando el viento, en un fluido arco que parecía amoldarse a la montura y lograr en cuestión de minutos un armónico equilibrio.

Un impresionante silencio se instauró en el campo mientras el serrallo observaba cómo Cuervo abandonaba los estribos, se subía a la yegua y con la destreza de un jinete de circo soltaba la silla y la arrojaba al suelo.

El Shah se frotó las manos con alborozo. Las sultanas siguieron su ejemplo. El Muchacho de Avellana tomó un trago de néctar de

semillas de adormidera de su botella de plata. Polvo de Oro se preguntó si su hija llegaría a querer a aquel magnífico ejemplar de pura raza tanto como ella había amado el asno llamado *Venus*.

Con el corazón henchido de orgullo, el Shah miraba a Cuervo que, tras bajar del caballo y darle una palmada en el lomo, caminaba hacia él.

—¿Podemos ir a los jardines ahora? —pidió.

Se pusieron a pasear por los jardines. La niña iba de árbol en árbol, seguida de Narciso, que clavaba un espejo en cada uno de los troncos que ella señalaba.

—Más abajo —ordenaba—. No, un poco más arriba.

Cuando el último espejo estuvo en su lugar, retrocedió para comprobar su altura y luego se quitó la rama de menta de detrás de la oreja y la olió. La tenacidad y unos cuantos arrebatos de ira habían convencido a su padre de que no iba a renunciar a llevar aquella planta.

—¿Para qué son los espejos? —inquirió el Shah.

—Así no tendré que inspeccionar mi reflejo en el estanque.

—¿Y qué importancia tiene eso?

No quiso confiar a su padre que había adquirido la costumbre de escrutarse el pecho en los estanques y fuentes. Un día le saldría una marca como la de su *granmadar*. Entonces sería tan fuerte y decidida como ella, y tendría el poder para imponer sus deseos al Destino y a los otros.

—*Pedar*, es por pura vanidad —repuso.

El se echó a reír y a ella le agradó oírlo.

Narciso pidió permiso para irse, y así poder calmarse con opio.

Con un agudo gorjeo, Cuervo llamó a un pavo salvaje que había domesticado. El ave acudió rodeando una higuera y se puso a picar las semillas que le ofrecía en la palma de la mano. El rey se instaló en un banco de piedra. El jefe de jardineros trajo un manojo de menta recién cogida. Olvidándose del pavo, Cuervo se puso a escoger las ramas más perfumadas para colocárselas en la oreja.

A la tierra cayeron unas gotas de sangre provenientes del dorso de su mano. El pavo le había levantado la piel con sus picotazos. El arrebol que le había dejado el sol en las mejillas se oscureció cuando se puso a perseguir al animal más allá de la higuera, por los setos, en torno a la fuente, hasta que lo tuvo acorralado entre dos

columnas. Entonces avanzó, con el color de los ojos apagado a causa de la luz del sol.

Agarró al ave y la arrastró al banco de piedra, junto a su padre, y allí, apresada entre los muslos, le arrancó las plumas de la cola. El pavo chillaba cuando lo cogió por las patas y lo exhibió colgado boca abajo delante del rey.

—Espero que a los pavos no les vuelvan a crecer las plumas. No me gustaría tener que castigarlo dos veces.

El Shah la tomó entre sus brazos.

—Por Dios prometo, Cuervo, que te educaré como a un hombre, para que seas fuerte e implacable, capaz de protegerte a ti misma.

■

Capítulo 23

CUERVO oscilaba entre la infancia y la madurez, cuando descubrió a los desnudos buzos. Durante su habitual deambular por el Pasaje Secreto, en su incansable búsqueda de una salida al exterior, se detuvo junto a una tronera y miró afuera. En el acantilado más alto, un joven moreno de reluciente piel untada de aceite alzaba las manos en airosos arcos, estirando los músculos hasta el límite, preparado para saltar al Río de los Sueños.

Debía de querer impresionar a alguien, fingiendo que se atrevía a enfrentarse a los voraces tiburones. Alargó el cuello y vio a otro hombre que se disponía a zambullirse.

Veloz como un halcón, acompañado por un agudo silbido, se sumergió en el río.

Cuervo contó los segundos. Pronto las olas agitarían el agua; ésta se volvería roja; al final sus huesos pelados subirían a la superficie; las últimas ondulaciones dejarían paso a la quietud; el río recuperaría su calma, turbada sólo por los graznidos de los buitres.

¿Ponía fin a su vida porque era un indefenso plebeyo que no tenía ningún poder sobre los demás? ¿Porque no podía trascender su destino?

El agua se abrió y el buzo salió propulsado. Con potentes brazadas, nadó hasta la orilla, subió el acantilado y de nuevo se encaró al vacío. De puntillas, hinchó el pecho y volvió a saltar.

Arrebatada, se llevó la mano junto al corazón, que se había

puesto a latir a toda prisa. Allá afuera había un mundo en el que los hombres tenían la libertad de desafiar los elementos sin tener que rendir cuentas a ninguna autoridad. Seguro que aquello era muy distinto de la monotonía de palacio. Si aprendiera a domar a los tiburones, podría dominar a cualquiera, incluso al Diablo de su *granmadar*. Los muros del palacio se lo impedían, sin embargo.

Obsesionada por averiguar el secreto de los buzos, fue a la biblioteca real y devoró toda la información que encontró en relación con el Río de los Sueños. Frecuentaba el Pasaje Secreto y recorría, centímetro a centímetro, los pasadizos secundarios. Palpaba las paredes en busca de aberturas disimuladas y gritaba con diferentes voces, con la esperanza de que el eco le trajera algún indicio del exterior. Su madre fue a visitar al Shah. Cuervo la siguió a distancia. Regresó, decepcionada de que después de tantos años su madre no tuviera ningún deseo de localizar la salida. ¿Cómo podía estar alguien contento entre aquellos muros?

Cuervo fue a ver al Muchacho de Avellana. Él había vivido siempre en el palacio y conocía todos los secretos. Además, podía contar con su ayuda y discreción.

En los jardines, a resguardo de las miradas, rodeados de los espejos y del susurro del plumaje de los pavos, el Muchacho de Avellana rozó con los labios la frente de Cuervo.

—Has florecido, princesa. Aun más hermosa que tu madre.

Él era el aliado de la princesa, quien daba pábulo a sus ambiciones, aplacaba sus arrebatos y la observaba con interés. Era capaz de descifrar con precisión el anhelo que había en sus ojos. Tenía los ojos de su madre, aunque distintos con sus misteriosos colores. Ni la nieta ni la hija poseían, no obstante, el fuego violáceo de la abuela, aquellos ojos que en un tiempo habían llegado hasta lo más hondo de su alma y desentrañado todo en su interior. Ansiaba volver a abrazar el generoso cuerpo de Rebeca y tocarle la cicatriz. Haría cualquier cosa por su nieta, pero no divulgaría la vía secreta de salida de palacio, pues con ello pondría en peligro su vida y causaría la pena de Polvo de Oro.

—Princesa, por motivos de seguridad, no hay ninguna salida.

—¿Cómo puede ser? —Cuervo le colgó los brazos del cuello—. Tú conoces este lugar como la palma de tu mano. Dímelo.

Su espontánea risa se sumó al crujido de las hojas.

—Nunca le digas a un hombre que lo sabe todo, princesa, porque se volverá demasiado arrogante.

—Muchacho de Avellana, no quiero que me endilgues ningún sermón. Dime lo que quiero, por favor.

—Es la verdad. Nunca he tenido ningún deseo de escapar, ni deberías tenerlo tampoco tú.

—Voy a irme por mi cuenta, y no pararé hasta que encuentre la manera —afirmó, antes de encaminar sus pasos al Pasaje Secreto.

Alumbrándose con una vela, se había aventurado por corredores y retrocedido cada vez que comprobaba que estaban cegados. El calor era sofocante en aquel laberinto. Cada recorrido convertía el calor en un enemigo más formidable aún. A veces disfrutaba del sol, pero las insoportables temperaturas de las galerías comenzaban a privarla de la capacidad para insistir en su propósito.

Un día, llegó a un pasillo más estrecho de lo habitual. Una brisa agitó la llama de la vela y un tenue olor a algas se filtró por alguna rendija. Se puso a buscar, tentando con frenesí las paredes y palpando el suelo con los pies. La vela se estaba acabando. Tendría que apagarla antes de que le quemara los dedos. Una vez más, se vería obligada a volver al harén, corroída por el secreto de los buzos. Para desfogarse de tantos meses de frustración, dio un puntapié en el suelo. Después descargó otro, y otro más. El palacio entero se estremeció bajo ella. ¿Habría desencadenado un terremoto con la fuerza de su rabia? Se agachó para protegerse. Con un seco crujido, el suelo cedió. Cayó rodando. Por los golpes en la espalda, las piernas y los brazos dedujo que había una escalera de piedra. La vela se le escapó de la mano. Rodeada de una palpable oscuridad, bajó aún más, exhalando unos gritos cuyo vigor intensificaba el eco del túnel.

Aterrizó contra un rellano, con las rodillas plegadas sobre la barriga, constreñida en un reducido cubículo. Había caído en una oquedad. Se levantó con dificultad y golpeó el suelo con el pie, hasta haber abarcado toda su superficie. Luego levantó la pierna y empujó con la bota la parte baja de las paredes, por si había alguna trampa. En las partes que no lograba alcanzar con las piernas, empujó con todas su fuerzas con ambas manos, examinando cada uno de los bloques de piedra. Oyó el ruido que hacían al zambullirse los buzos; percibió el olor a pescado; detectó los hilos

de luz a través de los entresijos de las piedras. Se precipitó contra la pared por donde asomaba la luz.

Retrocedió sobresaltada al oír el chirrido de los resortes, el gruñido del metal, la madera y la piedra.

Emergió bañada en la luz del sol, como una miniatura de plata, marfil y crema.

Había hallado la libertad.

Ante ella corría el río y en la otra orilla se extendía un amplio bosque. A su derecha, las garzas reales sobrevolaban el acantilado.

Dos buzos se quedaron contemplando la hechizadora niña mujer que se aproximó a ellos con porte de reina.

—Soy la princesa Cuervo —anunció con su más lograda voz de adulta.

Los hombres se postraron. El autoritario tono, el pelo plateado y la penetrante mirada no dejaban margen para dudar que no fuera la princesa.

Uno de ellos le dirigió una profunda reverencia antes de presentarse con el nombre de Ciro. Tenía la piel como el cuero pulido y llevaba la cabeza afeitada para nadar más deprisa. La luz rebotaba en sus dorados ojos y grandes dientes. A sus pies, reposaba una vasija.

El otro buzo había recibido una insolación y la piel de la nariz y los hombros se le desprendía en delicadas tiras. La inclinación de la boca le daba un aire triste.

Con un regio ademán les indicó que continuaran buceando. Sentada en una roca, miró cómo se sumergían en el río, agitando los troncos y perturbando la calma de las garzas. El cielo era un manto de color turquesa. Las vagabundas nubes de verano mitigaban el calor, ayudadas por la brisa. Bajos sus pies, los guijarros olían a algas y a tierra mojada. Honrados por su presencia, los buzos exhibieron su talento. ¿Sería la existencia de los tiburones una mentira destinada a desalentar las tentativas de huida? ¿O no sería aquella calma más que una fachada bajo la cual acechaba el peligro? Los hombres volvieron a subir al acantilado y se instalaron a su lado.

—¿Para qué saltáis al río? —les preguntó.

—Para recoger las escasas semillas de las rosas negras que cultiva vuestro padre.

—¿Se encuentran en el río? —inquirió, sorprendida.

—En las garras de las ostras rojas.

Con la ligereza de una cabra montés, Cuervo trepó hasta lo alto del acantilado.

—¡Voy a saltar! —anunció, levantando los brazos.

Ciro la agarró de la mano y con paso firme, la condujo de nuevo abajo.

—Princesa, los tiburones os despedazarían.

—¿Y por qué no os hacen nada a vosotros?

—Tenemos un secreto.

—¿Cuál es? —Se echó el pelo atrás, ladeó la cabeza y, suavizando la altiva expresión tan habitual en ella, insistió con zalamera voz—: Cuéntamelo, soy tu amiga.

—Quitaos la ropa.

Cuervo así lo hizo y se quedó desnuda, con el plateado pelo desparramado a manera de un diáfano velo. De la jarra, Ciro recogió un ungüento del color de las algas, con el que le fue untando la cara, brazos, manos y todo el cuerpo, incluidas las plantas de los pies. La princesa se estremeció con el contacto, y el hombre constató con una sonrisa el endurecimiento de los pezones. Era cierto lo que había oído decir, que por algún milagroso fenómeno, su cuerpo había madurado más de lo que correspondía a su edad. Cargándola a hombros, ascendió hasta el peñasco más alto y allí la depositó para dejar que contemplara el paisaje.

—Tranquila, señora. Estaréis segura por espacio de cincuenta segundos en el agua. Después, el ungüento perderá su efecto. Mientras el cuerpo esté cubierto con él, los tiburones no atacarán.

Cuervo estaba petrificada. Allá abajo, el río era como una sábana de cristal, que la cortaría a pedazos. Estaba tentando a la muerte. ¿Y si los buzos mentían? ¿Y si los tiburones reaccionaban de manera distinta frente al olor de una hembra?

Ciro le dio un golpecito en el hombro.

Al bajar la vista, le faltó poco para perder el equilibrio. La pomada se había vuelto invisible en su piel.

—¿No confiáis en mí?

¿Por qué debía hacerlo, si ni siquiera los conocía? Aun así, había observado en numerosas ocasiones cómo se zambullían y volvían a surgir de las profundidades sin haber sufrido ni un arañazo. ¿Y si su

cuerpo infantil repelía el ungüento? ¿Y si sólo los hombres eran inmunes a los tiburones? ¿Y si perdía la cuenta de los minutos y no salía a tiempo a la superficie?

¿Y si conseguía conquistar a los voraces selacios? Si salía con vida de aquello, ningún obstáculo se interpondría ya en su camino. Ni siquiera los reyes.

—La cabeza primero —advirtió Ciro a su espalda—. No lo olvidéis, sólo cincuenta segundos.

Con el silbido del frote del aire en los oídos, cerró los ojos, pues prefería la oscuridad a la realidad de las aguas infestadas de tiburones, que con cruel rapidez acudían a su encuentro. La velocidad de la caída le produjo punzadas en la cara y un vuelco en las entrañas. Un solo pensamiento se abrió paso en su conciencia: le habría gustado estar presente para deleitarse con las lágrimas que derramaría su padre al recibir la noticia de su muerte.

Su cuerpecillo penetró en el río.

Envuelta en un terrorífico silencio, abrió los ojos. El río hacía acopio de fuerzas, preparándose para desencadenar un ataque en masa. Agitó brazos y piernas, mientras escrutaba las profundidades.

El agua tenía un nítido color de zafiro y las paredes del cauce componían un paisaje digno de una alfombra persa, con sus esponjas y corales. Una jungla esmeralda de algas relucía bajo ella. Unos rígidos corales con formas de daga, de espada y de cimitarra asomaban en medio de otros semejantes a látigos, apuntándola con sus hojas. Unos dragones de río de amarillos ojos saltones nadaban a toda prisa. Los peces plateados entrelazaban su recorrido delante de las percas. Las lampreas atrapaban la arena con sus fuertes y veloces aletas antes de precipitarse, perseguidas por colas de arena. Todos ejecutaban una constante fuga.

Las perlas negras de su padre anidaban en las rojas bocas de las ostras gigantes. Las semillas de sus amadas rosas, que ella aprendería a recolectar. Desvió la vista del amenazador mundo subterráneo, dispuesta a propulsarse hacia la superficie.

Unos ojos líquidos y pensativos la rodearon como una cadena de canicas suspendida en el agua. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Cientos de voraces tiburones de río la observaban. Eran más pequeños que ella. La piel, del color de la bilis, estaba cubierta de afiladas escamas, y las colas en forma de abanico que agitaban sin

cesar estaban erizadas de aceradas puntas.

Notó en los muslos unas punzadas y luego un escozor. ¿Estaría sangrando? Los animales reaccionarían ante el olor de la sangre.

Con toda la potencia de las piernas, pataleó para ascender y escapar. El río se había despertado, no obstante, y no lograba vencer el ímpetu del oleaje. Debía ahorrar las energías y el oxígeno y procurar no tragar agua. Con los pulmones a punto de estallar, se esforzó por aquietar el cuerpo y dejarlo flotar ingrávido.

Los tiburones siguieron su camino, abandonando un rastro de espuma y miedo a sus espaldas.

Cuervo quebró la superficie, en busca de aire, y luego nadó hacia la orilla con tanta rapidez como pudo. Ciro se apresuró para ayudarla a salir.

Después la alzó sobre las palmas de las manos, bien alto, como una ofrenda al sol, para que se fundiera el resto del ungüento y se acabara de secar. Ella guardó silencio, por temor a destrozar la milagrosa burbuja en la que flotaba. ¿Había dominado a los tiburones? ¿Se atrevería a contarle lo ocurrido a su padre?

Unos feroces tiburones la habían observado y se habían alejado, sin atacarla. Pronto aprendería su lenguaje y los domaría. Si podía permanecer bajo el agua por espacio de cincuenta segundos, ¿no sería posible prolongar ese tiempo?

El nadador la depositó en la cálida arena. Con el cabello esparcido como un abanico de plumas plateadas, lo abrazó por el cuello y atrajo su cara, para rozarle con los labios la mejilla.

—Gracias.

Ciro le ofreció la vasija.

—Un regalo para la intrépida princesa.

—¿Cuál es el secreto? —preguntó mientras se llevaba la mano a la frente para escudarse los ojos del implacable sol.

—A los tiburones no les gusta morirse en su propio medio natural, sobre todo a los de agua dulce. Cuando uno de ellos siente llegar su última hora, nada hasta la orilla para morir allí. Cuando encontramos el cadáver, le extraemos el hígado y unas capas de grasa de debajo de la piel, que luego hacemos hervir con algas para fabricar un ungüento que dura cincuenta segundos dentro del agua. Puesto que los tiburones grandes se comen a los pequeños, es esencial para su supervivencia distinguirse según su tamaño. Los

tiburones pequeños se mantienen apartados de los grandes. Dado que en estos animales el sentido del olfato predomina sobre el de la vista, cubierto con el ungüento, por espacio de cincuenta segundos, es como si uno fuera uno más entre ellos, aunque más grande y más peligroso.

Capítulo 24

HASTA todos los rincones de Persia se mandaron mensajeros, para invitar a los sátrapas y gobernadores de provincia a celebrar el doceavo cumpleaños de la princesa. Los cocineros de palacio iniciaron los preparativos con dos meses de antelación; los jardineros perdieron el sueño por temor a que hiciera mal tiempo; las modistas reales tuvieron que pedir una ayuda adicional; y los zapateros salieron a recorrer los bazares para comprar la más fina piel.

Por fin llegó el día. Fue una despejada tarde persa. La brisa de las montañas agitaba los estandartes sostenidos por dorados postes. Los virreyes, dignatarios y generales paseaban por los jardines. Habían traído consigo afables palabras, joyas cargadas de gemas y coronas de niño. El Heraldo de los Saludos anunciaba a los invitados que llegaban. Los criados los escoltaban con antorchas por un camino pavimentado de turquesas que conducía a un lago artificial provisto de múltiples fuentes en el que se reflejaba la imagen de columnas corintias y linternas incrustadas de rubíes.

Más allá, se abría un mundo de rosas. El Shah había permitido que se trasladara allí una parte de sus jardines privados, con las ardientes rosas de Pasión; los rojos capullos de Polvo de Oro; el negro aterciopelado de Pari, la favorita fallecida; las más fragantes rosas blancas orladas de amarillo, que habían recibido el nombre de Cuervo. Las rosas enroscaban sus tallos en los árboles, colgaban de las ramas y flotaban en los estanques. Los senderos estaban

cubiertos de negros pétalos. La noche estaba impregnada de la fragancia de los jazmines enaltecida por el calor de los braseros.

Detrás del trono real se extendía un gran círculo de lujosos sofás con tarimas de marfil para los pies, en los que iban a sentarse Polvo de Oro y el harén del Shah. Junto al trono, una réplica de menor tamaño de éste estaba reservada a Cuervo.

Los invitados se desperdigaban por los distintos lugares del recinto para entretenerse mientras aguardaban a la familia real. En un rincón, los filósofos trataban de las maravillas de la creación; en otro, el laureado real recitaba poesías. Los danzarines ofrecían su espectáculo en las tiendas. Las adivinas leían el futuro en las manos.

En los rincones ardían pilas de leña macerada en aceite de palma. En los rescoldos de los braseros se tostaban espigas de trigo recién recogidas, almendras y pistachos, y semillas de melón y sandía. Unas tortugas gigantes recorrían los jardines con velas sujetas al caparazón.

Los heraldos hicieron sonar las trompetas para anunciar la llegada del Shah.

Los invitados se postraron.

Un tintineo precedía al séquito real. Con campanillas de cristal en los tobillos, Cuervo iba delante del Shah y Polvo de Oro, seguidos del harén y los eunucos. La princesa estaba radiante, ataviada con profusión de seda esmeralda, encaje dorado y bordados de gasa. Para disimular la sonrisa que acentuaba los hoyuelos de las mejillas, alzó la mano componiendo un protocolario saludo. Y nadie la tomó por una niña.

Se sacó la rosa negra que llevaba detrás de la oreja. Después de pasar varios días oliendo distintas flores, había cedido a los deseos de su padre y aceptado sustituir, sólo por esa noche, la rama de menta. Pese a que había fingido acatar la petición de su padre, le complacía llevar la rosa que él había creado para su amada Pari. Como si los jardines no estuvieran empapados de fragancia sino de un desagradable olor, agitó la flor bajo la nariz.

Polvo de Oro miró a Cuervo mientras se dirigía a su pequeño trono e, instalada en él, daba un golpecito en el brazo del asiento a modo de señal para que los flautistas anunciaran el comienzo de los festejos. No conocía a su hija, nunca había comprendido su furia, su ardor, la necesidad de tener el mundo rendido a sus pies. Y el

obsesivo y casi asfixiante amor que profesaba a su padre.

El rostro del Shah resplandecía de orgullo. Ni siquiera antes de verse encarcelado en la Jaula, jamás en la vida él había osado hacer gala de tanto brío y carácter como exhibía su hija. Su existencia era la prueba de que la estancia en la Jaula no había hecho menguar el vigor de su simiente, de que a pesar de su incapacidad para engendrar hijos varones, no era un débil. Cuánto le habría agradado que su difunto padre estuviera presente para apreciar el ímpetu de su nieta. El Shah tomó asiento y golpeó con la mano el brazo del trono tal como había hecho su hija. De ese modo había demostrado su respaldo a la princesa.

Pasada la medianoche, los criados llevaron cestos con fuego para caldear el aire. Rebeca la Tratante de Telas entró seguida de una cola de terciopelo escarlata. La abundancia de lentejuelas de su velo la rodeaba de una rutilante aureola. En ambas orejas llevaba un ramillete de menta como si la rama habitual no bastara para mantener a raya el hedor. Echando la cabeza atrás, dejó resbalar el chador y con un exagerado revuelo de una mano, se ahuecó los rizos.

—Buenas noches, queridos —saludó con voz arrulladora a los guardias—. ¿Veis esa preciosidad que hay a la derecha del Shah? Pues es mi nieta. ¡Ah! Y a su izquierda está mi hija.

Pese a que Rebeca había tenido intención de sumarse de manera discreta a la celebración, Cuervo no lo permitió. Tras bajarse del trono, tomó una trompeta de un heraldo y la hizo sonar con todas sus fuerzas. En los jardines se hizo el silencio. Los invitados se volvieron a mirar hacia la entrada.

Sabedora del comportamiento que había que respetar delante de la Presencia, Rebeca se postró a los pies de Cuervo, le rodeó los tobillos con los brazos y le prodigó afectuosos besos en los dedos de los pies.

El Shah se frotó la barbilla con cierta consternación. ¿Por qué permitía Cuervo que aquella mujer le picoteara los pies como una especie de ave de presa? Con un simple gesto habría podido expulsar a Rebeca de los jardines, pero no quería suscitar las iras de Cuervo. Tras un instante de reflexión, se dio cuenta de que su hija estaba obedeciendo sólo a sus deseos personales y que ésa era la prerrogativa de la hija del rey. Al llegar a dicha conclusión, emitió

un rugido de satisfacción y perdonó a Rebeca por el espectáculo que había ocasionado.

Cuervo ayudó a Rebeca a levantarse.

—*Granmadar* —susurró—. No me ha dejado llevar la menta esta noche.

Rebeca cogió una rama de su oreja y la colocó junto a la rosa de Cuervo.

—Cuando sea mayor —prosiguió la niña—, tendré una marca como la tuya.

—Nunca digas eso —replicó Rebeca, tapándole la boca—. ¿Qué crees que es esto? Para ahuyentar al Diablo que acecha en cada rincón. No permitas que te queme la carne como me hizo a mí.

—*Granmadar*. —Cuervo irguió la cabeza al tiempo que señalaba a su padre—. ¿Ves ese trono? Un día yo lo ocuparé, y tú te sentarás a mi derecha.

■

Capítulo 25

LAS apasionadas noches de amor y forcejeos de ataño se habían convertido en una casi melancólica batalla, como si el rey se retrotrajese a sus viejos periodos de hastío. Polvo de Oro se preguntó si el Muchacho de Avellana habría vuelto a la vida del Shah. No era ningún secreto que, en momentos difíciles, buscaba la compañía del Muchacho de Avellana para que le procurase consuelo y placer. Seguramente, un eunuco debía de satisfacer al Shah de una manera como no podía hacerlo una mujer. El Muchacho de Avellana no era su rival, sino su mentor, amigo y protector. A la pregunta de si el Shah había dejado de desearla, él respondió que en los últimos tiempos el rey parecía apático y cansado.

Con Cuervo, sin embargo, su vigor era infinito. La mandaba llamar al Salón de la Política, donde concedía audiencia dos veces al día, para recibir quejas, peticiones, explicaciones de agravios personales y anuncios de nacimientos y muertes.

La invitó asimismo a la audiencia de la Corte Real de Justicia junto con el visir, diversos muftíes y los emisarios llegados de otras provincias. Allí se juzgaba a los delincuentes y los ciudadanos acudían a formular sus quejas o a solicitar favores. El Shah, su visir y otras autoridades escuchaban las acusaciones, alegaciones y súplicas. La sentencia final correspondía al Shah, que especificaba las compensaciones que había que pagar al demandante o sustraer al acusado. Cuervo aguardaba con impaciencia el dictamen definitivo.

Se llevó una gran decepción cuando él desestimó el asunto de un ladronzuelo, y el caso se cerró de manera definitiva.

—Eres demasiado clemente —lo reprendió.

—¿Qué habrías hecho tú? —preguntó él mientras le acariciaba los blancos cabellos.

Con un acerado brillo en los ojos, señaló la terraza de afuera, en la que un gigantesco brasero caldeaba la zona.

—Yo pondría un gran caldero de aceite hirviendo encima y lo usaría para castigar a quienes acuden con falsas acusaciones y malévolas quejas, o que mienten al testificar.

—¿Y qué uso le darías al caldero? —planteó, con un deje juguetón en la voz, el Shah.

—Ordenaría a los guardias y verdugos que arrojaran al acusado vivo dentro del aceite, claro.

El Shah comprimió la garganta para contener una oleada de bilis.

Durante su infancia, su padre lo había obligado a asistir a las ejecuciones, consciente de que su hijo no tenía el temple para soportar tales brutalidades. Tomándolo de la mano, el difunto Shah lo había amenazado con encerrarlo en la Jaula si no controlaba sus «femeninas» inclinaciones.

—Mira con la cabeza alta y los ojos abiertos —le había ordenado.

El príncipe, que ansiaba la aprobación de su padre, reprimió las lágrimas, pero no pudo contener la orina que le chorreó por las piernas.

Encorvándose hasta la altura de los oídos de su aterrorizado hijo, el difunto Shah le había susurrado que no era digno del trono.

Luego lo habían encerrado en la Jaula.

Ahora, el Shah era consciente de que para merecer el trono uno debía tener el valor de presenciar la muerte sin compasión. En un país que vivía con la amenaza de la invasión, el secreto de la supervivencia era destruir primero al enemigo. Si un rey no tenía arrestos para asistir a las ejecuciones, tarde o temprano sería eliminado. Lo que a él le faltaba, su hija lo poseía en abundancia.

—Tus hijos serían dignos del trono —afirmó con orgullo.

—*Pedar*, ¿por qué mis hijos? ¿Por qué no yo?

El rey se quedó tan sorprendido por aquella inédita idea,

contraria a todos los usos, que no supo qué responder.

Cuervo dirigió la mirada al cielo y se preguntó si era el sol o el calor de las frustrantes situaciones lo que causaba estragos en su cabeza. El verano era abrasador. ¿Por qué generaba tales trastornos en ella el sol, aquella anomalía de la naturaleza? Ella lo llamaba la «Sed del verano», porque le sobrevenía con la cólera y con el sol y no se apagaba hasta que salía triunfante de los obstáculos que se alzaban en su camino.

—Ven —la animó el Shah—. Vamos a visitar la Torre de la Guardia Secreta. —Le puso un chador negro sobre la cabeza—. Atravesaremos el patio exterior, y así observarás la actitud de la gente ordinaria.

Se taparon la cara, ella con la punta del chador y él con un extremo del turbante y, tras rodear la parte del palacio que albergaba los edificios oficiales, pasaron por una puerta que daba a un patio atestado de carros, carretas, carpinteros, yeseros, doradores y mercaderes. El salobre olor a pescado que salía de los vehículos, la dulce fragancia a hierbas que despedían las carretillas y el acre aroma a especias que ascendía de los braseros se combinaban con la fragancia de las moras recalentadas por el sol.

El ruido de las conversaciones se mezclaba con el traqueteo de los carros y el tintineo de los cascabeles que llevaban colgados en el cuello las mulas, camellos y caballos. Por encima del clamor destacaban los gritos de los vendedores de fruta, aves y utensilios de costura. Las floristas se concentraban en la melodía de sus propias canciones, al tiempo que mostraban flores de hielo con esbeltos tallos de tono caoba y traslúcidos capullos amarillos como la corteza del limón.

En el aire flotaba un polvillo de color gamuza que el viento traía sin cesar desde las montañas del norte, pero que no se asentaba en los recintos interiores del palacio gracias a la plétora de vegetación que los protegía.

Cuervo se encaminó al centro de la plaza para sumarse al alborotado ambiente de gritos y aspavientos que acompañaban los pregones y regateos de los vendedores. En comparación, la languidez del harén era asfixiante.

El Shah la agarró del brazo. Pese a que en el fondo ansiaba compartir su contagioso entusiasmo, la persuadió para que se

dirigiera al otro extremo del patio.

—Nunca te mezcles con la gente ordinaria. A su debido tiempo, te presentaremos a todos los funcionarios y cortesanos, y te pondremos al corriente de tus responsabilidades. Fijaremos unas horas a la semana en las que vendrás a rendir cuentas de tu actividad. Un día asumirás las funciones de reina regente hasta que tus hijos tengan la edad de ascender al trono.

Cuervo le rodeó la cintura con el brazo, con un masculino gesto de afecto y gratitud, tan distinto de los abrazos de su madre, que se habían vuelto empalagosos e insistentes.

—*Pedar*, ¿por qué crees más en mis hijos que en mí?

Los cuervos alzaron el vuelo desde las copas de los plátanos y oscurecieron el cielo. Los aromas y el alegre jolgorio del bazar se amortiguaban. Un vibrante anillo rodeaba el sol.

El Shah apretó a Cuervo contra sí, notando la germinación de sus jóvenes pechos.

—Por desgracia, la ley de nuestro imperio no permite reinar a las mujeres. Pero tú, querida Cuervo, emparejada con el hombre adecuado, sin duda traerías al mundo hijos dignos del trono.

—Tú eres el rey —le recordó—. Cambia la ley.

—Eso lo decretaron nuestros padres y antepasados.

—¿Has seleccionado ya un esposo para mí?

—Aún no —repuso, acariciándole el pelo.

—¿Puedo elegirlo yo?

—Llegado el momento. —¿Podría llegar a compartirla alguna vez?

—Prométemelo.

—No podemos prometerte el futuro.

Entraron en un pasillo oculto por altos cipreses y luego subieron unas escaleras hasta lo alto de una torre, flanqueada por dos minaretes de doradas cúpulas. En el rellano, él la envolvió con el velo, para que su cabello y brillante atuendo no llamaran la atención.

—Observa por la celosía. Ése es el Registro, donde se efectúan los preparativos e inspecciones de los documentos municipales y de la relación de la recolectas de impuestos. Los impuestos son la savia vital del imperio. —Señaló la vasta sala de abajo—. Aquí es donde nos estafa nuestro pueblo, y hasta nuestros empleados de mayor

confianza. A veces los castigamos, la mayoría de las veces no. Es algo que se repite a diario.

—Si yo fuera tú, los castigaría a todos —declaró con ojos chispeantes.

—Es peligroso tener muchos enemigos. Genera una inquietud que quita el sueño y crea la sospecha por cada bocado que uno se lleva a la boca. Estos hurtos son una parte inevitable de nuestro gobierno. De niño, todas las semanas, en el Patio de los Caballos, había alzado la vista hacia las diversas cabezas que se podrían al sol clavadas en la punta de las estacas. Los ojos eran lo primero que se deshacía, después era la carne viva en la que se posaban las pestilentes moscas peleándose por libar aquellos putrefactos trofeos.

—¿Puedo decidir yo el castigo, *pedar*[7]. Nadie sospechará de mí. Es mejor castigar con severidad a uno que castigar con indulgencia a muchos.

Pese a que lo asombraba de manera casi constante, siempre lo tomaban desprevenido la complejidad de su pensamiento y el arrojo de su joven corazón.

—¿Qué idea tienes?

—¿Su Alteza no confía en la hija cuyos hijos ocuparán el trono? —replicó, ceñuda.

—Si alguien nos estafa hoy, tú eliges la sentencia.

No tuvieron que esperar mucho. Una mano salió llena de monedas de un bolsillo. Un hombre miró en derredor, aceptó el dinero y lo guardó en su propio bolsillo. Después mojó la pluma en el tintero y con pulso firme, mediante unos cuantos trazos, defraudó cientos de dinares a las arcas reales.

—¿Qué ha pasado? —susurró Cuervo, con asombro próximo al alborozo.

—Es un rico mercader de azafrán. Cada año, soborna a nuestros funcionarios para que le reduzcan los impuestos. Te lo cedemos.

El Patio de los Caballos estaba despejado de animales y las puertas de ambos lados tenían custodia. De una de ellas pendía, colgada de un gancho, una cimitarra. Un hombre permanecía sentado de piernas cruzadas ante un tambor, encumbrado en una solitaria

plataforma. Un estrado, provisto de sofás reales y rodeado de varios niveles de bancos, presidía el recinto.

El Shah, que llevaba a su hija del brazo cuando entraron, comprobó maravillado la energía que circulaba por su menudo cuerpo.

Corazón de Hierro, el verdugo principal, los observó llegar. Había llevado a cabo muchos actos horrendos ordenados por el difunto Shah, pero nunca le habían temblado las manos. Ese día le temblaban. Su cara más bien rubicunda presentaba una marcada palidez y, por primera vez en la vida, casi deseaba no contar con la excelente forma física de que disfrutaba. Tras la muerte del anterior Shah, las ejecuciones y castigos habían sido escasos. Corazón de Hierro había constatado cómo se afianzaban la inclinación por la paz y la tranquilidad de aquel rey. En ciertas ocasiones durante su reinado, a fin de preservar el trono y su orgullo, el Shah se había visto obligado a contrariar su natural tendencia y decretar castigos. Aquello era diferente, sin embargo. Era algo que guardaba relación con la princesa. ¿Qué pensaría su madre? Era la sultana más amable del harén, que siempre le sonreía durante sus salidas y le preguntaba por su salud pese al rubor que invadía su rostro, como si le diera vergüenza su profesión. Después de aquello, pediría al Shah que le permitiera regresar a su pueblo. Sin duda éste le concedería ese favor a un verdugo que tuvo la bondad de acompañarlo siendo un niño a sus habitaciones después de que se hubiera mojado los pantalones al ver como ahorcaban a un hombre. Sí, iba a retirarse. Ya había visto demasiado sufrimiento y sangre.

Una cosa era que un Shah le mandase llevar a cabo una ejecución, y otra muy distinta que una niña se mofara de la muerte.

La puerta del lado derecho del patio se abrió, dando paso a los dos reos, el mercader de especias y el funcionario del registro. El verdugo reconoció las manifestaciones del miedo patentes en las personas que se hallaban al borde de la muerte: las manchas oscuras en la entrepierna, los ojos vidriosos, el arrastrar de pies en el andar.

El Heraldo de las Ejecuciones anunció la sentencia. El primer condenado se situó junto al verdugo. El tambor sonó tres veces; el Shah sintió la dolorosa resonancia del tercero en el pecho. ¿Habría permitido tal vez un exceso?

Un silencioso rencor flotaba en el aire. Nadie dudaba del

desenlace de la carrera entre el verdugo y los dos condenados que había ideado la princesa. Corría el rumor de que ésta había pedido que al mercader le cortaran las manos antes de cercenarle la cabeza, para que así nadie volviera a defraudar las arcas reales, pero que el Shah le había negado ese deseo.

El mercader y el verdugo iniciaron la carrera hacia la puerta de enfrente, donde colgaba la cimitarra. El comerciante luchaba por controlar los violentos espasmos de las piernas, pero, concluyendo que era un esfuerzo vano, se vino al suelo y comenzó a arrastrarse. El verdugo, no obstante, había llegado ya a la meta y había descolgado la cimitarra. El que llegara primero a la puerta se vería recompensado con la inmunidad, pero sólo si disponía del tiempo y la fortaleza para desenvainar la cimitarra y cortarle la cabeza al otro.

El Shah aguardó a que Cuervo diera la orden de ejecución tal como estaba previsto. Todos se volvieron hacia ella.

Con su físico de niña, pero exhibiendo una actitud más imponente que la de cualquier adulto, se levantó del sofá.

—Levántate y di: «Larga vida al rey» —exigió con voz de trueno al reo.

El Shah se quedó estupefacto por la resonancia de la voz de su hija, pero mayor alarma le causó su insensibilidad. Ni en sus peores arrebatos de violencia él habría despojado a un hombre de su dignidad, tal como lo hacía su hija, sin tener en cuenta su humillación mientras se esforzaba por ponerse en pie, suspendido a los últimos momentos de su vida.

—¡No le hagas pasar más vergüenza! —ordenó el rey.

—¡Dejadlo vivir! —gritó ella, ebria de gloria.

La cimitarra cayó de la mano de Corazón de Hierro, arrancando un gruñido del aire. El condenado abrió con desmesura los ojos, como si quisiera solicitar otra medida de gracia; la orina que le mojaba los pantalones estaba dejando una mancha en la tierra.

Cuervo tomó conciencia de que a partir de entonces no tenía que rendirle cuentas a nadie aparte del rey. El dominio de éste no le pesaba, de todos modos. Se habría postrado a sus pies si no pensara que él podía interpretarlo como una muestra de debilidad. Apoyó la mano en el muslo de su padre, convencida de que un día, para ella tan sólo, modificaría la antigua ley.

A la mañana siguiente, cuando el pueblo de Persia fue a observar las cabezas ensartadas en palos cuyo espectáculo tenían prometido encima de las puertas del Patio de los Caballos, cundió la extrañeza.

Polvo de Oro no tenía conocimiento de lo que había sucedido en el patio, un ámbito de hombres, donde se guardaban y domaban los caballos y donde en otro tiempo tenían lugar los castigos y las decapitaciones. Narciso, no obstante, que nunca tenía reparos en propagar las malas noticias, fue a contarle con fruición y lujo de detalles lo ocurrido.

Polvo de Oro rezó por que la locura del difunto Shah no hubiera prendido con mayor intensidad en su hija.

Esa noche, por primera vez, Polvo de Oro fumó una pipa con opio y bebió una humeante infusión de hierbas alucinógenas para calmar el mudo clamor de sus huesos. En sus sueños propiciados por el opio, su madre, desnuda y sin la rama de menta, la acunó en sus brazos y murmuró, «Perdóname por haberte robado la infancia. No hagas lo mismo con tu hija.»

Capítulo 26

—¿Es cierto, hija mía, que planeaste la ejecución de dos hombres y quisiste que les cortaran las manos?

Polvo de Oro notaba la boca reseca. ¿Y si su hija abría los exuberantes labios y entornaba aquellos ojos que chispeaban en medio de su cara de porcelana y respondía que eso era precisamente lo que había hecho? Entonces ya no podría seguir engañándose, diciéndose que el eunuco mentía, que aquello eran embustes que inventaban por celos las sultanas, que su hija era rebelde tan sólo. Pese a haber sido ella quien la había llamado para oír la verdad de sus labios, Polvo de Oro estaba petrificada bajo el hechizo de las ardientes brasas que eran los ojos de su hija.

—*Madar* —repuso Cuervo, con voz suave, tranquilizadora casi —, todo lo que has oído es cierto. La próxima vez seré menos indulgente. —Dejando el eco de sus palabras tras de sí, dio media vuelta sobre sus altos tacones y se fue.

Polvo de Oro se llevó la mano al pecho para aferrarse a los jirones de su dolor. Cuervo no tenía la culpa de nada. Ella no había nacido así. Era el palacio el que la había creado. Durante mucho tiempo había tenido por única compañía a unas mujeres taimadas, y un padre cuyos movimientos estaban calculados sin excepción a fin de endurecer y afilar el temple de su hija con objeto de prepararla para una elevada misión. Ella no había logrado convencer al Shah de que Cuervo poseía ya una implacable tenacidad y que, si algo le convenía, era más bien que trataran de mitigar su violento carácter.

Recordando el sueño, Polvo de Oro decidió seguir el consejo de su madre y promover una distracción llegada del exterior para recordar a Cuervo que, por más que en su pequeño mundo fuera la hija del rey, en el entramado del universo no era más que una niña.

Polvo de Oro mandó mensajeros en busca de una buena tropa de acróbatas y los invitó al harén el primer día de primavera, el Año Nuevo.

En el Salón de las Perlas había un expectante zumbido y una actividad que insufló vida al serrallo. En la estancia se habían colgado de manera transitoria unas grandes cortinas de terciopelo de color zafiro, de tal manera que las damas pudieran observar sin ser vistas a través de unas mirillas de gasa. Rebeca trajo muselina y cintas de seda, para que la modista confeccionara un vestido especial para Cuervo. El Shah cedió un racimo de perlas grandes como huevos de paloma para el prendedor de su gorra. El zapatero le confeccionó unas botas de cabritilla que iban atadas a los tobillos y acentuaban la forma de sus pequeños pies.

Cuando llegó el día, Cuervo miró con disgusto la ropa.

—Detesto las puntillas y los volantes —anunció, al tiempo que comenzaba a arrancar los adornos de las faldas y las mangas.

Ella ansiaba volver con los tiburones, las rojas ostras preñadas de negras perlas que se transformaban en rosas una vez sembradas en la tierra, los rebeldes corales que se cerraban de golpe cuando pretendía tocarlos.

Polvo de Oro observó cómo su hija eliminaba todos los aditamentos de su atuendo. Frustrada en su solitaria lucha por obligar a Cuervo a comportarse como una niña, le apretó una muñeca en el regazo.

Cuervo lanzó la muñeca a un cojín de la primera fila y se sentó encima. Golpeando el suelo con impaciencia, bajó los párpados, incomunicándose a posteriores intrusiones.

Desde un balcón, con los ojos vendados para no poner la vista sobre las sultanas, los músicos de palacio anunciaron el espectáculo. Las mujeres se acercaron a las cortinas.

Polvo de Oro pegó la cara a la mirilla de gasa.

En el centro de un alfombrado escenario había un acróbata, con los brazos plegados sobre el pecho. Una máscara negra, orlada con plumas de pavo real, borraba toda posible conjetura en torno a su identidad. Tenía la totalidad del cuerpo cubierta por un ceñido traje del color del cuero pulido. Era de estatura media y presentaba un altivo porte. Unos rizos del color del bronce caían sobre unos hombros definidos por delgados músculos que se prolongaban hasta los firmes brazos. A modo de saludo dirigido a las sultanas, se tocó las comisuras de las felinas ranuras de la máscara bajo la que se ocultaba su rostro.

Polvo de Oro reprimió el impulso de correr las colgaduras. El color de fuego del cabello y el atisbo de la boca la dejaron recreando, consternada, la imagen del acróbata de su niñez, de ojos azules y clara tez, provisto con todos los atributos de los que carecían el Shah y los hombres de su madre: delicadeza en el tacto, dulzura en el hablar y ternura en el corazón. Finalmente, al son de la música de su melodioso poema, compuesto por él mismo según supo poco después, descubrió al hombre de quien no tendría miedo ni a oscuras ni en pleno día.

El poema resonó en los múltiples arcos de la sala, evocando historias de fantásticos amores que, lejos de fenecer, crecían y florecían con el tiempo. Mientras disponía una rueda de madera, cuerdas y una estructura de metal, el hombre escrutó la cortina, para localizar la abertura por la que miraban las mujeres. Pese a que para la mayoría de la gente sólo eran detectables unos retazos de color más claro entre el terciopelo, con su aguda vista él identificó las sombras de muchas mujeres. La idea de la presencia de las sultanas del rey detrás de la tela le produjo un escalofrío en las fornidas piernas. Les iba a encender el alma, a capturar el corazón. Así tal vez lo elegirían como artista de palacio.

Dio una palmada, tras la cual saltaron a la sala sus veinte jóvenes acróbatas, para calentar los músculos y prepararse para el invisible público. El acróbata abrió la puerta de una jaula de la que surgió el rugido de un oso. Las mujeres emitieron agudos chillidos. Cuervo se inclinó hacia delante con interés. Tres hombres se subieron encima del oso, otros dos treparon hasta los hombros del primer grupo y otro más se colocó en equilibrio en la cima. El acróbata se enroscó una cobra alrededor de la cintura, bajo las

axilas y en torno al cuello. Con los colmillos de la serpiente encarados a su boca, escaló por encima de sus compañeros, de los muslos, brazos, hombros de uno y de otro, bailando, saltando, volando con absoluta ligereza. Con un solo brinco y un grito de guerra, aterrizó en la cabeza del último acróbata y levantó triunfalmente las manos. La cobra depositó un beso en sus labios medio tapados.

Las risas sofocadas y los delicados aplausos le aseguraron que su representación era bien recibida. Una vez en el suelo, metió la cabeza en la boca de oso. El animal dejó escapar unos quedos gruñidos; las sultanas se abrazaron unas a otras con excitación y temor; Cuervo emitió un alborozado chillido.

El destello despedido por las felinas ranuras de la máscara del acróbata traspasó a Polvo de Oro hasta la médula. Su llama borró la vasta habitación y todas sus multicolores alfombras y lámparas.

Cuervo observó cómo su madre pegaba los ojos a la rejilla de gasa y reparó en el arrebol de las mejillas, en la ensoñación plasmada en la cara. Era una lástima que su padre no estuviera allí para ver cómo su favorita se ruborizaba igual que una inexperta doncella. Cuervo rozó la frente de su madre con las puntas de los dedos.

—*Madar*, estás caliente.

—No hay aire aquí.

—Pero si entra una fresca brisa por las ventanas… ¿Tienes fiebre? Te acompañaré a tu habitación.

—He organizado esto para ti —señaló, con irritación, Polvo de Oro—. Ahora siéntate y mira.

Cuervo toqueteó el racimo de perlas que se había quitado del gorro.

—No te encuentras bien. Iré a buscar a *pedar*.

Polvo de Oro sujetó a Cuervo por las rodillas y la obligó a doblarlas. Le pareció oír una risotada que resonó en el interior de su hija y rebotó por el suelo y por las paredes. Escrutó a Cuervo y luego la sala. Sólo había silencio. Cuervo había vuelto a concentrar la atención en los acróbatas. Polvo de Oro estaba casi segura de que aquel inhumano sonido había brotado de su hija.

El acróbata comprobó la estabilidad de la estructura metálica. Provistos cada uno de un instrumento musical distinto, sus veinte

hombres saltaron de un nivel a otro, creando una sinfonía que indujo a las sultanas a recurrir a sus pipas de opio. Reclinadas en las alfombras, se sumieron en un eufórico sopor, construyendo su propio universo con los ladrillos de la imaginación.

Polvo de Oro observó la continuación del espectáculo con sus números de malabarismo con cuerdas, lazos y ardientes antorchas. Los objetos volaban, giraban y flotaban en el aire, las copas llenas de sorbete daban vuelcos y vueltas sin que se derramara una gota, componiendo un fantástico mundo que desafiaba todas las leyes de la naturaleza. Los objetos no se caían ni rompían; los hombres no se venían abajo ni se partían los huesos; los animales no destrozaban las cabezas humanas entre sus fauces; un mundo donde no existían los venenos, donde los reyes no forcejeaban para enardecer su pasión, donde no había sultanas Bibi de palabras cortantes como dagas, donde la propia hija no se transformaba en un hipnotizante demonio.

Tras plegar la estructura, los artistas se prepararon para el último acto. Levantaron una pirámide, en la que cada uno apoyaba los pies en los hombros de los de abajo. El acróbata tomó el oso y como una flexible pantera saltó de un hombro a otro hasta quedar en el vértice, bien erguido, con el oso a hombros a la manera de una chal de piel.

Las damas suspiraron en su letargo de opio. Polvo de Oro separó las cortinas.

El acróbata vio los ojos de color ámbar, y se cayó de golpe.

En el corazón de Polvo de Oro anidó la rebeldía desde aquel día. La agilidad, la clara tez y la negra máscara con plumas del acróbata quedaron suspendidas en sus fantasías. Tenía treinta años y sólo había estado con un hombre, un hombre cuya melancolía crecía con cada acto amoroso porque, pese a su convicción de que los vínculos humanos se creaban y fortalecían en la cama, no había logrado encontrarlos allí. Durante años había sondeado las profundidades de sus ojos, buscando al hombre que había amado a Pari. Más allá de la fachada de su cólera, había descubierto tan sólo duda y desesperación disfrazadas de desprecio y rabia.

Ahora había encontrado por fin el hombre cuya promesa albergaban los cuentos de su madre.

La necesidad de lograr un atisbo bajo la máscara se convirtió en una obsesión. Movida por la necesidad de compartir el dolor que le roía los huesos, mandó llamar a su madre.

Maldiciéndose a sí misma por haber animado a Polvo de Oro a invitar a los acróbatas, Rebeca escuchó unas confesiones que socavaban los cimientos de su sueño.

—Me estoy asfixiando en los oscuros ojos, la oscura piel, la oscura voz del Shah. He olvidado cuál es la diferencia entre el forcejeo y el amor. El dirige un imperio, posee toda la riqueza y el poder del mundo, pero Cuervo lo manipula con sólo mover un dedo.

—¿Y ese acróbata? —inquirió mientras le tocaba una de las trenzas—. ¿Es distinto?

—Tengo que averiguarlo por mí misma.

La tranquila sonrisa que esbozaba no dejaba entrever el tumulto desatado en su corazón. Tenía que pensar deprisa para no abrir la boca y decir cosas que arrojarían a su hija en brazos del acróbata.

—*Madar*, me da miedo Cuervo. Al Shah lo veo poco. Echo de menos el exterior.

Rebeca transmitía calma por sus ojos malva. Había mantenido suficiente trato íntimo con los jóvenes para comprender su manera de reaccionar. Una simple advertencia sobre los peligros que arrostraría si se oponía al Shah la propulsaría hacia un desastre que ella interpretaría como una aventura y un alivio de la reclusión del harén. No debía añadir el aliciente del peligro al enamoramiento de Polvo de Oro.

Todavía no le recordaría a su hija la letal cólera del Shah, a quien consideraba débil. No le recordaría el cortante dolor del arco; el fuego del veneno en el vientre; la punzante mordedura de los escorpiones; el oprobio de verse arrastrada por el pelo dando vueltas en el Patio de los Caballos.

Aprobaría que el acróbata regresase. Más valía que tratara de mantener su apostura a través de repetidas actuaciones. No existía ninguna diferencia entre un funámbulo como el acróbata y el hombre que tenía que mantener, durante prolongados periodos, su resultado en la cama. Aún no había conocido al hombre capaz de

tener embrujada mucho tiempo a una mujer. El acróbata no era distinto. Había que esperar a que se destapara la cara y se despojase del misterio que con tanta habilidad había creado.

Capítulo 27

CUANDO se acostaba en su colchón de paja y tendía la mirada sobre las grises paredes de su cuarto, el acróbata veía unos dorados ojos que miraban a través del terciopelo. La fiebre lo consumía día y noche, y el corazón se le helaba con el temor de haberse enamorado de la sultana del Shah.

Los acróbatas le preguntaban por qué estaba sofocado y por qué no tenía la misma firmeza que antes en las piernas, y él murmuraba algo incomprensible antes de proseguir la lucha con sus actividades cotidianas. No podía explicar que su mundo había perdido el color y que todo le parecía caduco. No podía explicar que estaba atrapado en los ojos de una sultana a la que no volvería a ver más. ¿Cómo podía explicar que no se atrevía a susurrar una palabra por miedo a que llegase a oídos del Shah?

Una mañana, llamaron temprano a la puerta del acróbata.

Las sultanas habían quedado satisfechas con su representación y volvían a invitarlo al serrallo.

A causa de la ansiedad, no atinó a preguntar por qué solicitaban tan pronto su regreso. ¿Acaso su actuación había sido del agrado de la valiente sultana que se había atrevido a levantar las cortinas? No. Era el treceavo día del mes de *farvardin*, se dijo, el último día de la celebración del Año Nuevo. Las sultanas y sus hijas habían decidido culminar los festejos con un espectáculo.

La fiebre lo abandonó, sustituida por un esperanzado anhelo. Iba a deslumbrar a la sultana con su quimérico universo, para que lo

volviera a llamar una y otra vez. Adoraría la imagen de la mujer de detrás de las cortinas; atesoraría el sonido de sus aplausos, el aroma de su cuerpo. Seguiría amándola en sus sueños, pero nunca expresaría sus verdaderos sentimientos a nadie. Él había oído hablar de las cabezas que se exponían en las puertas de palacio, y era consciente de que si rebelaba su amor perdería la vida.

Inició una agotadora serie de entrenamientos con sus hombres, el oso y la cobra. Aquella vez, el Gigante participaría en el espectáculo. El comía pequeñas cantidades y daba el resto al Gigante, que miraba con asombro la gastada escudilla, más llena de lo habitual. Las prominentes mejillas del coloso temblaron, al tiempo que una sonrisa le deformaba la cara. Con sus inteligibles palabras expresó su regocijo por la posibilidad de prestar servicio a su amo. Ignoraba que éste abrigaba la esperanza que la brisa suscitada por los pasos del gigante pudiera hacer mover las cortinas, de tal forma que le permitiera atisbar el rostro sin velo de la sultana.

Polvo de Oro permaneció agachada sobre una tina de mármol, usando la falda de muselina como una tienda que capturaba el aroma de sándalo, olíbano y mirra desprendido por las ascuas. Para potenciar su capacidad de seducción, se frotó con clavo y jengibre la parte posterior de las rodillas. Luego se encaminó al Salón del Entretenimiento, barriendo el suelo con la capa, engalanada con una faja de diamantes y varias ristras de perlas en el pecho. Como tocado, llevaba un gorro de satén y damasco ladeado.

En la sala, antes de la llegada de las sultanas, Rebeca había cambiado la situación de las lámparas y las había situado en impropios rincones, aparte de aumentar su intensidad a fin de que no resultara favorecedor su brillo. Las mujeres entraron después de Polvo de Oro y se aposentaron sobre los cojines. Ajena al mundo, Polvo de Oro dispuso su asiento cerca de las cortinas y se reclinó.

—He convencido a Cuervo para que no viniera —susurró Rebeca —. Yo me quedaré contigo.

Polvo de Oro asintió con la cabeza. No quería que nadie perturbase su dulce soledad. Pegó los ojos a la mirilla de gasa.

Vestido con un ceñido traje de color antracita, el acróbata dirigió una reverencia al invisible público. La máscara le tapaba la cara. Pestañeó al mirar los quemadores de aceite, extrañado de que las llamas estuvieran tan altas y emplazadas en tan estrambóticos ángulos. A su olfato llegó una oleada de perfume de sándalo y olíbano. Escrutó la ventana de gasa y percibió un resplandor de color miel. Sus ojos. Captó su calidez; oyó el sonido de su respiración, los latidos de su corazón. Estaba sentada cerca de las cortinas.

Rebeca maldijo la astucia del funámbulo. Iba vestido con una malla felina que le resaltaba la elegante silueta del cuerpo, añadiendo un toque de misterio a cada uno de sus movimientos. Y todavía llevaba aquella seductora máscara.

El acróbata plegó las rodillas con gesto de humildad, hasta tocar el suelo para besar el borde de los cortinajes, y Polvo de Oro adquirió la certeza de que aquella representación era para ella.

Con una rueda atada al pie derecho y una vara ardiente que hacía girar con la mano izquierda, dio vueltas por la sala, tomó impulso y se transformó en un torbellino de colores, en una potente tempestad que agitó los terciopelos y el corazón de Polvo de Oro, temerosa de que se convirtiera en un espíritu y desapareciese sin haberle mostrado la cara. Pivotando despacio en las puntas de los pies, su cuerpo recuperó la forma y la integridad. ¿Había tratado de soltar las cortinas? Se zafó de la mano de su madre y se acercó un poco más.

El hizo chasquear los dedos. El Gigante se encaminó al centro de la estancia con pasos que resonaban como si llevara zapatos de piedra. Tenía la cabeza erizada de resortes metálicos en los que le habían enroscado el crespo pelo y en sus ojos grises era perceptible la inocencia de un niño. El acróbata saltó con su rueda de madera sobre el hombro del Gigante, se desplazó al otro hombro, después rodó por su brazo extendido al tiempo que caminaba por la sala, cada vez más cerca de la cortina, que se movía con la brisa de su marcha.

El acróbata trató de penetrar con la mirada por la inestable rendija formada. Le pareció ver que sus rodillas tocaban casi la tela. Al tiempo que el Gigante corría de modo incontrolable, tendió la mano y al abrirla mostró una guirnalda de doradas flores, que

arrojó a las cortinas. El terciopelo no quiso ceder. El acróbata bajó de un salto al suelo. Un salto mortal. Después se quedó cabeza abajo, con las piernas dobladas en airoso ángulo con el cuerpo. Doblegó una de ellas para coger algo de la punta del pantalón de la otra, giró sobre la coronilla y propulsó las puntas de los pies entre las colgaduras, abriendo el borde central.

Polvo de Oro contuvo la respiración. Una solitaria rosa reposaba a sus pies.

Rebeca crispó la mano en el pecho.

Como si estuviera dotado de unas invisibles alas, el acróbata subió hasta lo alto de la estructura de metal, de una barra a otra, volando por el aire, mientras hacía girar unas bolas de cristal en torno a sí, con una espada en una mano; sacaba también fuego por la boca; las chispas estallaban y crepitaba; los cristales se colorearon de ámbar; la espada comenzó a arder y trazó una luminosa corona alrededor de su cabeza. Luego, despacio, con la lentitud de un gato, aterrizó sobre los pies; las pelotas se posaron en una mano, la espada en la otra y, de repente, el fuego se apagó.

Sólo oyó una sola y dulce alabanza.

—¡Maravilloso!

Con una mano apoyada en el corazón, alzó la otra para quitarse la máscara.

En sus ojos azules como el lapislázuli y bajo su clara piel, ella percibió el flujo de emociones que no podía contener. Las suaves arrugas que flanqueaban la boca no se habían ahondado. El tiempo había embellecido el cabello de tonalidad de cobre, la aristocrática frente, los dedos que antaño habían danzado sobre la piel de una pandereta. ¿Habría conservado su pulsera de cerezas? La rama de cerezo que él le había dado permanecía seca entre las páginas de su libro de historia. ¿Sería la cicatriz que tenía debajo de la barbilla un recuerdo de un conflicto amoroso, el corte de una daga? En ese momento las lágrimas le humedecían los ojos.

Suleimán el Ágil. Su acróbata.

Viendo cómo los planes de toda una vida iban a parar a las aguas del Río de los Sueños, Rebeca se abrió el chaleco y se golpeó el

pecho.

—Esta es la última vez que visito el harén.

Polvo de Oro miró a su madre con ojos vidriosos.

—Tú fuiste quien me enseñó a valorar el amor. ¿No has visto las lágrimas en sus ojos? Él no tiene miedo de amar.

—¿Y de qué más no tiene miedo? ¿De poner en peligro tu vida? ¿Conoces el tacto de la cimitarra de Corazón de Hierro? —Con la puntiaguda uña del dedo índice, Rebeca trazó una línea en la garganta de su hija.

Polvo de Oro no se inmutó.

—¿Cómo puedes tirar así por la borda nuestro sueño? —se indignó, exhibiendo la encendida cicatriz.

—Era tu sueño, no el mío, *madar*. Durante años me he aferrado con terquedad al vínculo que me unía al Shah, un heredero que me haría reina y te traería a ti la tranquilidad. —¿Debía revelar a su madre que, todas las noches sin omisión cambiaba la membrana extraída de la corteza de una granada para que se mantuviera intacta y la protegiera de todo embarazo?—. ¡Tu sueño está perdido para siempre! Nunca traeré al mundo a otro pequeño como Cuervo, que es la viva imagen de mis recuerdos de locura.

Rebeca comprendió enseguida. ¿Acaso no había hecho ella lo mismo hacía tiempo? ¿No se había tapado con un corcho empapado de savia de sauce llorón a fin de impedir el paso a la semilla de Jacob el Huérfano?

—Oro, aún no es demasiado tarde. Todavía eres joven. No te cierres al Shah. A las mujeres estériles las confinan en la Jaula y allí mueren en el olvido.

—Aunque me cuelguen de la torre, debo ver a Suleimán —afirmó Polvo de Oro, con ademán de desesperación.

Rebeca la Tratante de Telas se encaminó al Barrio Judío, pasando por el bazar musulmán, donde el aire estaba impregnado con el perfume de nardos y mirra, donde los boticarios tenían almacenados sus botes y frascos de cosméticos: verde malaquita, zumaque marrón y roja alheña. A medida que se acercaba al basurero, las fragancias cedieron paso al hedor a comida putrefacta.

Su hija había olvidado el sufrimiento de vivir junto al pestilente basurero, detrás de los baños, donde los mendigos tullidos despiojaban a sus famélicos hijos. Ella nunca había conocido el dolor de tener que cumplir el papel de esposa puta.

La puerta de planchas de madera cedió a la presión de Rebeca, concediéndole entrada a una habitación repleta de libros.

A causa de su profesión, Suleimán el Ágil recorría la ciudad de noche, de modo que durante el día dormía. Su sueño se había vuelto, no obstante, ligero y desasosegado desde el día en que fue al harén. Al sentir una sombra proyectada sobre él, abrió los ojos y se halló ante una aparición que creyó bajada del cielo: unos ojos apasionados y una reluciente piel rodeada de un cabello que tenía el mismo color del sol. Alargó la mano para tocarla.

—No, a mí no, cariño —lo disuadió—. Por desgracia, he venido de parte de mi hija.

Suleimán dio un salto en el aire y, ya en el suelo, cogió la espada que se encontraba apoyada en unos libros, la hizo girar sobre su cabeza, dobló las rodillas, levantó un brazo y encaró la punta a Rebeca.

—No trates de impresionarme —le advirtió, haciendo revolotear los dedos delante del pecho—. No estoy de muy buen humor.

El acróbata reparó en la tensa piel de la mano. El Barrio Judío era un sitio pequeño. Todo el mundo conocía a Rebeca, sabía quién fue su esposo y dónde vivía entonces su hija. ¿Sería la sultana cuyo calor había sentido a través de las cortinas, cuyos ojos había visto, cuyo solitario aplauso había escuchado, cuyo grito de entusiasmo había resonado durante días en su cabeza, la hija de aquella mujer y la niña con la pulsera de cerezas en el tobillo que había jurado casarse un día con él?

Rebeca movió la mano en dirección a los libros.

—Veo que tienes cabeza aparte de buena planta. —Se puso a recorrer en silencio la habitación, con el mensaje que debía transmitir encallado en la garganta—. Me he visto obligada a venir hasta aquí debido a un defecto del carácter del rey —comentó, por fin—. Posee pasión dentro del corazón, pero no sabe aplicarla con tino.

Suleimán se esforzó por disimular el miedo y la alegría que lo embargaban. La espada trazó un círculo en el aire sobre su cabeza,

coronándolo con una invisible diadema, antes de detenerse con rigidez en su costado, con lo que exageró su delgada figura. ¿Por qué lo torturaba aquella mujer? ¿Cuándo iba a revelar el nombre de la sultana y desvelar el misterio, darle vida en su modesta vivienda y confirmar que también en el Barrio Judío podían producirse los milagros?

—El Señor ha decidido mostrarte el resplandor de su semblante —declaró Rebeca, rompiendo su dramática escenificación de silencio—. Polvo de Oro, la favorita del Shah, quiere verte. La semana próxima, cuando el sol esté en el centro del cielo, el día después del primero de la semana, ve al callejón de detrás de los baños.

Tras dedicarle un precipitado gesto de despedida, se encaminó a la puerta. Compadecía a ese joven artista que había nacido en aquel sitio dejado de la mano de Dios, pero ya tenía sus propios motivos de preocupación. Como si hubiera olvidado algo, volvió sobre sus pasos y se quedó observándolo con mirada escrutadora.

—Cariño —dijo, con la voz rebosante de desvelo—. Estás más pálido que un cadáver. A la favorita no le gustan los hombres de tez clara. Exponte al sol, aplícate algún ungüento colorante, haz algo para que se te oscurezca la piel y tengas un aspecto más saludable.

Acto seguido, giró sobre sí y salió por la desvencijada puerta. Mientras dejaba atrás el hediondo basurero, las fosforosas moscas y las voraces ratas, iba murmurando para sí que no permitiría que ese acróbata transportara siquiera el ataúd de Polvo de Oro a hombros.

Suleimán apenas dormía, pero su cuerpo permanecía flexible y alerta. Como perdió el apetito, daba su propia comida a la cobra y el oso. Los animales ganaron fuerza y sus proezas acrobáticas dejaron entrever un mundo distinto a su público, que se quedaba suspendido en su universo viéndolo girar en el aire como una especie de ilusoria ave que realizaba malabarismos, engullía fuego y torcía el cuerpo en las más precarias posturas. Los acomodadores debían sacar a los espectadores de su estado de ensoñación y recordarles que el mundo de Suleimán se componía sólo de fantasías donde las cosas no eran lo que parecían y los sueños se

desvanecían al acabar la función.

Después de trabajar, se iba caminando en medio de la noche, abstraído en sus pensamientos y el canto de los ruiseñores. Mientras repetía para sí sus propios poemas y probaba el sabor de un novedoso anhelo, experimentaba la intensidad y el tormento de un amor que sólo podía atraer la desgracia.

Durante el día descansaba al sol, con la cara untada de una mezcla de café turco, alheña y olivas negras con el fin de dar un tono más oscuro a la piel.

Después el sol llegó a su cenit el día posterior al primer día de la semana. Suleimán fue a los baños y se roció con esencia de sándalo. Robó una rama de cerezo en flor del patio de su vecino y rodeó el tallo con una cinta. Vestido con la ropa del *Sabbath*, comprobó su aspecto en una bandeja de latón. El ungüento había surtido efecto. Sus ojos azules destacaban en una cara morena como el cuero pulido. Con la reluciente espada colgada del cinto, se dirigió presuroso al callejón de detrás de los baños.

—Tomemos el atajo que da a los baños —propuso Polvo de Oro, consciente de la presión de la mano de Rebeca en torno a su brazo.

—Han pasado años desde que estuviste por aquí, y la espera aguzará el apetito del acróbata.

Rebeca conducía a su hija entre la multitud. Hacía tanto tiempo que Polvo de Oro no caminaba entre el gentío, que tendía a caminar en línea recta, como si el populacho fuera a dispersarse a su paso.

No le importaba visitar el Barrio Judío. Algunos recuerdos eran agradables, como el de la anciana Zoroastra, que la llamaba «Niña Cascabelera» y cuya profecía de joyas, pasión e intrigas se había cumplido. Los baños donde las mujeres más acaudaladas se sentaban encima de grandes bandejas de plata a fin de protegerse del lodo y cuyos hijos, como manifestación de respeto, las enjuagaban vertiéndoles agua en la cabeza. El crujido que producían al abrirse las enormes sandías, los sorbetes de agua de rosas y manzanas ralladas, los grandes espejos de los baños impregnados de vapor.

Se sobresaltó al notar una mano que le aferraba el chador.

—¿Un dinar, *Khanom*?

El mendigo no debía contar más de cinco años. Tenía la cabeza cubierta de moscas, que se cebaban en las llagas. Las huesudas piernas vacilaban bajo el peso del hinchado vientre. Polvo de Oro comprobó que no llevaba nada en los bolsillos. Miró a su madre, enojada consigo misma por no hacerse cargo de su propia vida. Podría haberse llenado los bolsillos de oro y repartirlo entre los necesitados pero, como la consentida sultana que era, de nuevo dependía de su madre, que depositó una moneda en la mano del chiquillo.

Las mujeres lavaban ropa, fregaban platos y cazuelas y bañaban a los niños en los *joub*, unas cunetas por las que corría el agua a ambos lados de los callejones. Un niño orinó en la misma agua en la que otros lavaban la fruta. Siguieron en dirección sur, más lejos de los baños y más cerca de los cobertizos y casuchas que tenían láminas de metal por tejado y telas colgadas a modo de paredes. El fétido aire estaba cargado de un insoportable olor a estiércol. Los perros vagabundos caminaban tras sus pasos. Polvo de Oro no recordaba aquellas escenas.

El olor a flores de hielo putrefactas la asaltó combinado con amargos recuerdos. Las noches de su madre, los gemidos, los hombres de negra tez. El agrio olor de las axilas de Heshmat la Casamentera que quedó en la casa hasta mucho después de que se hubiera ido. El olor a agua de rosas con la que ella rociaba a su madre para alejar el hedor a excremento. Los gritos de puta.

—*Madar*, le pediré al Shah que te compre una casa. Así ya no tendrás que vivir más aquí.

—Estoy atada a este lugar por fuerzas que tú no entenderás nunca. Mira a tu alrededor, Oro, ésta es mi gente y eso no cambiará nunca.

Espantando las moscas a manotazos y sorteando los roedores, bordearon el basurero. Polvo de Oro se preguntaba cómo podían vivir los vecinos con aquella fetidez. Su madre debía de estar llevándola por las peores zonas del barrio para inspirarle temor. ¿Dónde debía de vivir Suleimán? Un hombre que componía tan elevada poesía no podía soportar aquella suciedad.

Rebeca señaló la puerta rota que había al otro lado del montículo de desperdicios.

—La casa de Suleimán.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Polvo de Oro. Pese a que a menudo había oído comentar la miseria del Barrio Judío y los horrores del basurero, se había vuelto incapaz de imaginar tanta pobreza. En el Salón de las Perlas, Suleimán el Ágil era un príncipe rodeado de su séquito. Hasta el Gigante era como arcilla entre sus manos. Polvo de Oro se volvió para lanzar otra ojeada a su casa, que parecía formar parte del propio basurero, torcida, resquebrajada y solitaria. Había olvidado el mundo del acróbata, el cólera, la viruela, los gusanos que se introducían en los intestinos; el ámbito en que los escorpiones sometían la carne humana a su dominio. Había olvidado el olor a orina, a cadáveres en descomposición, los jinetes que desde su caballo descargaban latigazos contra los niños judíos. Sí recordaba, en cambio, los huérfanos que permanecían agazapados detrás de los baños, con las manos siempre extendidas, implorantes. Aún seguían allí. Eran niños de la edad de Cuervo.

¿Qué iba a ser de Cuervo? ¿Tal vez la explosiva energía de su hija, que ella creía contener en cierta medida, estallaría desbordada y causaría estragos? Entonces el mundo murmuraría que había dejado huérfana a su hija tan sólo por puro capricho.

¿Qué arrogancia le daba pie a creer que podía controlar la ira de su hija?

Polvo de Oro zafó el brazo de la mano de Rebeca y apuró el paso en dirección a los baños.

Suleimán esperó. Esperó hasta que los capullos florecieron a sus pies. Esperó hasta que las nubes ensombrecieron el sol. Cuando había perdido toda esperanza y estaba a punto de marcharse, vio a dos mujeres envueltas en las túnicas de color marrón que las sultanas llevaban en las raras ocasiones en que salían, unos uniformes que no permitían diferenciarlas unas de otras. Suleimán reconoció, sin embargo, a aquellas dos mujeres. Había visto una sola vez, y no las olvidaría, las oscilantes caderas de Rebeca la Tratante de Telas el día en que fue a verlo a su casa. La hija tenía el mismo atractivo contoneo, y por las ranuras del velo, sus ojos,

cálidos y relucientes, tenían el color de la miel.

Suleimán tensó los músculos, tal como hacía cuando se preparaba para agarrarse a las cuerdas del techo, y levantó el cuerpo a unos centímetros más de su altura normal. Mientras se acercaban, hundió el estómago, cuadró los hombros y se colocó atrás los cobrizos rizos. Una cara del color de las almendras tostadas rodeaba el azur de los ojos. Alargó la mano asiendo la rama de cerezo en flor.

Polvo de Oro vio un hombre distinto. Se volvió, desconcertada, hacia su madre.

—Ese día se quitó la máscara. Tú lo viste. ¡Tenía la piel clara!

—Nuestro espíritu nos engaña a veces de una manera extraña —contestó Rebeca—. Vemos lo que queremos ver. Yo estuve allí. Es moreno.

Pasaron de largo al lado de Suleimán, cogidas del brazo. Una de ellas se volvió a mirar con estupor.

Con la mirada fija en su espalda, dejó caer la rama florecida al suelo, y las abejas se pusieron a merodear en torno al raído borde de su ropa.

■

Capítulo 28

ÁRABES, mongoles y Timur el Cojo marchaban hacia Persia. A lo largo de la historia, cuando Persia comenzaba a prosperar, a menudo se producían ataques contra sus fronteras. En aquella ocasión, no obstante, un miedo abrumador atenazaba los corazones del Shah y de su pueblo.

Corrían rumores de que el tártaro Timur el Cojo, conocido como Tamerlán en otras tierras, capitaneaba un ejército de extraños seres como no se habían visto iguales: una ingente legión de pesadas criaturas, mitad humanas mitad bestias con pechos recubiertos de escamas, fornidos brazos, cortas piernas y largos hocicos por los que escupían nocivos gases. Pese a que el enemigo no había entrado en territorio persa y se hallaba aún a muchos *farsangs* de distancia, una pestilente nube causada por las emanaciones de las criaturas flotaba sobre la casa del rico mercader, Ruh'Alá el Espíritu de Dios, y sobre el depósito de desperdicios, infestando la espartana habitación de Suleimán el Ágil, la casita de Rebeca la Tratante de Telas y la casa de buganvillas de la anciana Zoroastra. Un fétido manto de vapor y de miedo levitaba sobre el reino.

La sola mención de Timur, cuyo eterno sueño era conquistar el imperio persa, bastaba para producir escalofríos en todo el país. Las habladurías sobre sus extrañas bestias generaban un pánico de imprevisibles consecuencias para un ejército que debía organizarse para la guerra.

Sufrir la amenaza de guerreros de otros reinos era una situación

habitual, pero tener que soportar que su pueblo fuera víctima de patrañas destinadas a convencerlo de que su imperio caería bajo el asedio de extravagantes enemigos suponía un insulto que el Shah no estaba dispuesto a tolerar. Mandó llamar a su ministro de la guerra y en presencia de éste manifestó su furia.

—El enemigo debe de haber propagado este rumor con el objetivo de paralizar a los nuestros.

El ministro de la guerra puso los ojos en blanco y deslizó la mano sobre su rapada cabeza.

—Debemos atajar estas mentiras antes de que causen un daño irreversible. Mandaremos agentes a las fronteras para investigar las circunstancias.

Mientras el Shah aguardaba noticias de sus agentes, Polvo de Oro examinaba los diarios de guerra redactados por los historiadores reales. Estudió las vidas de los dirigentes árabes y tártaros, sus múltiples triunfos y masacres.

Una monumental tristeza presidía sus días. El recuerdo de aquella tarde detrás de los baños permanecía vivo aún. ¿Cómo podía haberla engañado de manera tan absoluta el corazón? ¿O tal vez su madre habría puesto en práctica alguna de sus argucias? Ese día, de regreso al palacio y a sus aposentos privados, se había retirado del interior la membrana de granado que, durante años, había impedido el paso a la simiente del Shah. Se había propuesto volver a concebir, dar a luz a un niño, aunque fuese semejante a Cuervo. Quizá entonces habría cumplido los deseos de su madre y dejaría de estar sujeta a ella. Se vio castigada, sin embargo. Siguió tan yerma como el desierto de Kerbala. Y la imagen de los ojos transidos de amor de Suleimán florecía en el fértil terreno de su imaginación.

Para sumergirse en los problemas del momento, se escondía detrás de las cortinas mientras el Shah se reunía con sus subalternos. Después de grabar en la memoria la trayectoria del ejército, la plasmó en un mapa que había hurtado en el registro. Los relatos de su madre se revolvieron, se filtraron y afloraron de nuevo. Aguardó la siguiente visita de ésta para comprobar la fidelidad de sus propios recuerdos, decidida a ofrecerle al rey detalles que ni él ni sus consejeros descubrirían en los libros ni en los comunicados de sus espías.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rebeca al tiempo que rodeaba la cara de su hija con ambas manos—. ¿A qué viene este repentino interés?

—Es para descubrir otras maneras de cautivar al Shah. Para volver a concebir… quizá esta vez tenga suerte.

—Mi querida hija, si ya la has tenido. Cuervo es tu triunfo, porque es muy superior a cualquier hijo varón.

Polvo de Oro era consciente de que no valía la pena discutir con su madre a propósito de Cuervo. Entre las dos se había creado un vínculo que ella no alcanzaba a comprender.

—*Madar*, el Shah se va a ir a la guerra. Háblame de las costumbres de los guerreros que vinieron a tu casa, para que pueda impresionarlo.

—No es mala idea, Oro, pero ten cuidado en no dar la impresión de que sabes más que él, porque, si no, te gratificará con su desdén.

Rebeca se sumió en recuerdos que no deseaba evocar. A lo largo de los años, la habían visitado soldados del país y de tierras lejanas porque su nombre había viajado más allá del barrio: una prostituta judía que no revelaría su paradero en los momentos más vulnerables. El guerrero que le había causado una más honda impresión había llamado a su puerta hacía tan sólo unas semanas, a comienzos del invierno, cuando los fétidos vientos habían comenzado a soplar en dirección a la capital anunciando la proximidad del enemigo. Llegó a medianoche, con el fino bigote y el lacio pelo mojados de nieve. Llevaba botas y correajes del color del fango, una espada prendida en el costado y los estribos colgados del hombro. La tez de la tonalidad de la cúrcuma, los ojos rasgados y la nariz chata le indicaron que era originario de Mongolia, un lugar que inspiraba terror, y su olor pestilente era una prueba de que venía del campamento enemigo. Cuando le miró la cicatriz, ella reconoció una curiosidad que lo atraía hacia ella y constató complacida la oportunidad de conquistar a otro hombre que, en ese caso y según todos los indicios, era a su manera un despiadado conquistador.

En cuanto posó la vista en la rama de menta de detrás de su oreja, por su cara comenzó a bajar un río de lágrimas. Apartándola

de su camino, echó a andar por la casa y tras atravesar la cortina, penetró en su espacio como si fuera su verdadero propietario. Desde allí le dio instrucciones de deshacerse de la hierba porque, si no, le provocaría terribles convulsiones. Al ver su cara crispada, bañada en lágrimas, se dio cuenta de que si en alguna estima tenía su vida, debía obedecer. Por primera vez desde la muerte de Jacob, se desprendió de la menta.

El hombre apagó las velas y lámparas y se desvistió a oscuras. Ella se recostó en el jergón a su lado y se estremeció al sentir su gélido contacto. Con su marcado acento mongol, él murmuró que acababa de mandar a su hijo de catorce años a la guerra.

—Lo que me sorprendió, Oro, fue que no capté ningún asomo de remordimiento en su voz.

Rebeca refrenó el miedo y al pasar la mano por aquel glacial cuerpo descubrió la pierna más corta que la otra y los dos muñones de dedos que no sabían acariciar. Entonces cayó en la cuenta de que se trataba del gran Timur el Cojo.

Aprendió que sus finos labios jamás esbozaban la menor sonrisa y que sabía luchar, pero no amar. Se enteró de que había mandado a sus espías para valorar la capacidad militar de Persia con el objetivo de determinar las mejores tácticas de invasión. Además de los datos estratégicos esenciales, sus emisarios le habían informado de una fantástica historia que se sintió obligado a verificar por sí mismo. En su inspección del Barrio Judío y sus alrededores, buscando un alivio de las exigencias del trabajo, sus hombres habían recurrido a prostitutas que les habían hablado de una legendaria ramera de ojos de color malva que alimentaba el fuego de la juventud entre sus pechos.

La poseyó con precipitación, en silencio, penetrándola una y otra vez con feroces embestidas.

En el momento culminante, se puso rígido como si se dispusiera a disparar una flecha y rezó varias veces pidiendo ser fulminado.

¡La muerte! Desafiaba a gritos a Ezraeel, el Ángel de la Muerte.

—En ese momento, sin pensarlo, cogí un ramillete de menta.

Con los ojos llorosos, él tomó las hierbas y tras aplastarlas con el pie, salió corriendo a la calle, donde caía la nieve.

Le había dejado a modo de pago unas miniaturas de jade en las que los guerreros copulaban en extrañas posturas con unas mujeres

vencidas bajo sus abultados cuerpos. Por miedo a que los espías se enterasen de que había estado en su casa, no había llevado a valorar las estatuillas.

—El regalo más valioso que me dejó, Oro, fue la confirmación de mi poder. Esa noche, uno de los más temibles conquistadores demostró un grado de vulnerabilidad del que otras personas no habían sido nunca testigos. Lo que me agradó, más aún, fue que le hice creer que había sido él quien me había apagado el fuego con su arma masculina.

Polvo de Oro se engalanó como solía hacerlo por la época en que fue elegida favorita del Shah y cuando aún bailaba al son de la música de sus huesos. El Shah no ocupaba las noches con otras sultanas ni con el Muchacho de Avellana, sino en el empeño de educar a Cuervo y preparar al imperio para la batalla.

Polvo de Oro se dirigía a los aposentos reales. Con el tiempo, se había familiarizado con cada esquina, cada escalón y cada arañazo de los túneles subterráneos que conducían a las habitaciones del rey. Sabía qué parte tenía más luz y dónde debía tantear para hallar el camino en la oscuridad. Según la intensidad del olor a moho, calculaba la distancia hasta el río, un orificio o una posible abertura que tal vez comunicara con el exterior. A partir de las capas de telarañas, deducía el número de invitados que había recibido el Shah desde su anterior visita. Incluso cuando percibía el olor de la corteza de los árboles y del sol, que le indicaban la proximidad de un portal que quizá pudiera desembocar en la libertad, jamás se atrevía a desviar sus pasos. No obstante, la disposición de aquellos pasadizos, gravada en su memoria, le daba pie a soñar en la posibilidad de que Suleimán el Ágil se introdujera por ellos como una pantera.

En el umbral de las habitaciones, ahuyentó el recuerdo de Suleimán mientras aguardaba el permiso del rey para entrar. Éste alzó la cabeza del extenso mapa que tenía desplegado ante sí. Unas banderillas de colores marcaban las posiciones estratégicas y los bloques de diferentes tamaños señalaban la futura ruta del ejército. Una vez adentro, Polvo de Oro se colocó a su lado y guardó silencio

para no molestarlo. Entonces él se levantó y se puso a caminar por la estancia, con un fulgor de determinación en los ojos. La perspectiva de verse obligado a repeler un ejército invasor compuesto de extrañas criaturas en lugar de honorables soldados lo tenían abatido. Comenzaba a endurecerse, a adquirir el temple de un guerrero.

—Mi Shah —dijo Polvo de Oro—. Vos ya estaréis enterado, por supuesto, de que Timur es un experto jinete muy hábil con el arco.

—Sí, sí, desde luego. ¿Sabías que invadió Esfahan, decapitó a setenta mil hombres y construyó minaretes con sus calaveras? En Neishabur y Harat, erigió faros construidos con calaveras humanas. ¡Esta vez, nosotros exhibiremos su propia cabeza de tártaro!

—Y sabréis, mi rey, que envió a la guerra, sin ningún remordimiento, a su hijo de catorce años.

—Los rumores son peligrosos —señaló el Shah, acariciando a sus halcones—. Nosotros no les prestamos atención.

Polvo de Oro captó, empero, el temor en su voz y percibió el temblor del dedo pulgar posado en el ave.

—¿Son también rumores sus defectos físicos y la manera como los supera?

—No, no lo son.

Polvo de Oro inició una detallada descripción de la espada de la que le había hablado su madre y a la que tal vez era achacable la pérdida de los dos dedos de la mano derecha del soldado, y después planteó la conjetura de que debía de haber llegado a dominar el arte de la lucha blandiendo la espada con la izquierda. Después mencionó los estribos —uno más corto que el otro— sobre los que Timur apoyaba la pierna izquierda y recordó al Shah algo que ya debía conocer, que el tártaro era un hombre que no sonreía nunca.

—Lo eliminaremos sin dificultad —replicó el Shah.

—Por supuesto, mi señor, no me preocupo por vuestras disposiciones tácticas. Lo que intento es comprender el estado mental de una persona que nunca ríe. Tiene que ser frío y despiadado. Para él la guerra debe de representar la supervivencia y la muerte, la culminación de la vida. ¿Concebirá alguna vez otra posible solución?

—¿Aparte de cuál?

—La victoria, o la muerte.

La estrepitosa carcajada del Shah provocó una agitación de alas en los halcones. Polvo de Oro bajó los ojos, temiendo haberlo ofendido. Advirtiendo que los pájaros agachaban la cabeza para tocar el pecho del Shah, dedujo que debían de haberse acelerado los latidos de su corazón. Ahora, la echaría.

—Mi Shah, ¿podría compartir con vos un detalle que tal vez sea de interés?

—¡Muy divertido! ¡Sí, sí, continúa!

Polvo de Oro hizo una pausa a fin de concederle tiempo para serenarse y prepararse para la siguiente respuesta, antes de prestarle oídos.

—Alteza, Timur el Cojo detesta la menta. Sólo de verla se le ponen a lagrimear los ojos y sufre un colapso.

—¿Y por qué es importante eso?

—Yo no soy un soldado, mi señor, pero vos sabréis cómo utilizar esta información.

El Shah oyó cómo Polvo de Oro confirmaba sus propias deducciones y trazaba la semblanza de un formidable enemigo al que no podría derrotar a menos que comprendiera todos sus puntos fuertes y flaquezas, y si no contaba con el unánime apoyo de su imperio. Aquella particularidad de carácter íntimo no constaba, sin embargo, en sus libros ni estrategias.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Por mi madre —repuso simplemente, con las mejillas encendidas a causa del calor que advirtió en su mirada.

También él había aprendido algunas cosas de Rebeca. En los últimos tiempos, acompañada del Maestro de Ceremonias, le había dedicado algunas visitas. Comenzaba a confiar en ella, en ocasiones más que en sus propios subalternos. Era atrevida e intuitiva, y ahora acababa de hacerle llegar otra valiosa información.

Reclinado en los grandes cojines, se quitó los halcones del brazo y los hombros, para posarlos los tres en su regazo. Polvo de Oro no estaba preparada para aquella muestra de ternura y el conflicto que iba a crear en ella. No podía soportar el amor de dos hombres. Tras aplicar los labios sobre la cabeza de cada uno de los halcones, se inclinó hacia el mapa abierto a sus pies.

—Debe de ser difícil avanzar por estos collados. ¿Querríais exponerme vuestro plan?

El Shah respiró hondo.

—Tratemos de explicarlo con palabras sencillas.

Polvo de Oro esbozó una sonrisa de gratitud. ¿Quién habría pensado que un ramillete de hierbas podía ablandar el corazón del rey?

Examinaron el plano de Persia, un imperio que poseía una población suficiente para formar un ejército aún superior al que había suscitado el orgullo de su padre. El Shah se proponía fortalecer y unir a sus soldados, y esperaba poder lanzar un ataque contra los invasores al cabo de seis meses.

—Nuestro ejército ascenderá por empinados y rocosos pasos hasta una posición estratégica desde la que nos abatiremos sobre el enemigo justo cuando se disponga a cruzar el valle para ganar la siguiente cadena de montañas. En caso de que el enemigo intente avanzar subiendo las montañas en un ataque directo o lateral, lo detendremos a toda costa. —Le deshizo una de las trenzas—. Nuestro nombre pasará a adornar para siempre los libros de historia.

Polvo de Oro bajó la vista tal como solía hacer cuando él se exaltaba con su propio poder.

—¿Y qué hay de las bestias que escupen gases ponzoñosos?

Él agitó la mano, disimulando el miedo que aquellos seres sin nombre habían instilado en su interior.

—Sería menos dificultoso destruirlos que abrirnos camino por los angostos puertos por los que apenas hay espacio para una sola cabra y rodear un volcán que arroja fuego.

—¿Por qué no utilizar entonces ese fuego contra el enemigo? —planteó, como si acabara de ocurrírsele la idea.

El Shah tardó un momento en hacerse cargo de lo que significaba que una mujer, todavía su favorita, hubiera pensado en un complejo plan que él y sus estrategas llevaban meses ideando. Ella hablaba con humildad, como si la idea de utilizar la furia de la naturaleza contra el enemigo fuera una simple receta para un pastel. Habría sido un mejor asesor que la mayoría de los cobardes que lo rodeaban.

A continuación le explicó cómo había elegido el lugar donde iban a asentar el campamento del ejército, un llano que quedaba bien oculto a ojos del enemigo por la colosal cadena de los montes

Elburz. Uno de los dilemas principales que se le planteaban era si el ataque debía tener lugar por la noche, cuando el adversario no tendría la ventaja de la luz en un terreno desconocido, o al amanecer después de que el ejército persa hubiera tenido ocasión de descansar tras una ardua marcha.

—La velocidad es esencial —comentó el Shah—. Existe la posibilidad de que haya traidores entre nuestras filas. —Recordaba el tiempo en que los soldados del ejército de su padre se habían sumado al enemigo con la expectativa de extravagantes recompensas. De todos modos, debía aguardar el comienzo de la primavera para que se fundiera el hielo de los tortuosos pasos de las montañas y evitar las temibles avalanchas—. Debemos mantener un estricto secreto. Apostaremos pelotones en torno al valle de Rostam para impedir que los espías entren o salgan de la zona.

Tras pasar largas veladas con sus oficiales, y con Polvo de Oro en la intimidad de sus aposentos, el Shah disponía de una sólida estrategia y un invencible ejército. El plan de batalla, ya establecido, se revelaría como una innegable fuerza.

—Para el enemigo que carece de las sofisticadas tácticas de nuestro ejército —se jactaba el Shah—, resultará desastrosa la tentativa de retirada a través de tan escarpados puertos. Omitió revelar, ni siquiera a Polvo de Oro, que su comentario sobre los efectos de una rama de menta habían sido el origen de una frenética actividad por parte de sus boticarios, inmersos en los preparativos para potenciar su ya complejo y monumental plan de guerra.

Capítulo 29

EL hielo comenzaba a fundirse en las montañas cuando los agentes del Shah regresaron con noticias de la frontera. Habían visto de lejos las extrañas criaturas mientras efectuaban sus ejercicios diarios en las colinas de los alrededores.

—Al contrario de lo que se dice, son altos —anunció, mesándose la rala barba, el agente—. Tienen escamas en el pecho y, aunque sus cuerpos no se parecen a los de los fornidos tártaros, manejan las espadas y el arco igual que ellos. Aun así, no podemos explicar a Su Alteza cómo son los hocicos que escupen gases de vez en cuando y por qué las emanaciones no son perjudiciales para sus acompañantes.

—¿Y qué debemos concluir de eso? —gritó colérico el Shah, provocando una extrema palidez en la cara de los agentes—. ¿Son hombres? ¿Semihombres? ¿Monstruos? ¿Qué hay debajo de sus máscaras?

—No pudimos acercarnos más —adujo el hombre—. Si nos hubieran descubierto, habría peligrado el secreto de nuestros planes.

En cuestión de quince días, la totalidad del imperio se vio sometida a severas medidas, mientras los militares reclutaban jóvenes y víveres. Se prepararon armas, se almacenaron provisiones y se recaudaron impuestos. En los pueblos y granjas próximos a la capital se recogieron toneladas de menta.

El Shah reunió a los boticarios de palacio y les ordenó que

pusieran a su disposición los medios para neutralizar el efecto de los gases.

Siguiendo el consejo de éstos, durante meses, el rey y sus soldados se concentraron alrededor de unas sulfúricas hogueras con objeto de habituar los pulmones a los pútridos vapores. También consumieron polvo de bezoar y piedra de jacinto junto con grandes cantidades de pan recién cocido con el fin de incrementar su capacidad para absorber elementos tóxicos y contrarrestar la acción de las emanaciones.

Los artesanos de la artillería y los boticarios reales trabajaron juntos para construir unas bolas compuestas de fósforo y material combustible. Comprimidas hasta formar compactos perdigones, las envolvían en bolsas no inflamables, después de haber estado macerando en la venenosa secreción de la espalda de las ranas verdes y negras. A continuación las bolitas permanecían durante semanas en barriles de roble llenos de menta destilada. Una vez que alcanzaran al enemigo, las bolsas provocarían profundos orificios y estallarían en sus cuerpos, vertiendo los venenos en sus entrañas.

Con mirada enfebrecida, el Shah declaró que conduciría personalmente a sus hombres a la batalla y por más que sus generales trataron de disuadirlo, con la advertencia de que podría poner en peligro su vida y con ello la unidad de su ejército, no quiso escucharles.

—Mi Shah —arguyó Polvo de Oro—, para los mongoles hacer la guerra es algo tan natural como para otros lo es hacer el amor. Ellos lloran cuando beben vino y ríen cuando empuñan la espada. Vos sois la fuerza que une a vuestros hombres. Debéis vivir.

—¿Es otro de los cuentos de tu madre? —gruñó el Shah—. Demostraremos a las generaciones futuras que los guerreros mongoles cayeron de rodillas ante este Shah.

Se llevó la mano al pecho y se levantó para indicar que había concluido el debate. Cuando los generales abandonaron la sala, él retuvo a Polvo de Oro por la mano y la llevó a sus aposentos privados.

Embriagado con su nuevo objetivo, recobró el pasado ardor y su cuerpo, que durante un tiempo había perdido la fuerza y el vigor para gratificarla y había sucumbido más a la necesidad que a la pasión, vibraba entonces rebosante de vida. Sorteando los mapas

extendidos por todas partes, ella se quitó la túnica con tanta prisa que se enredó con la tela y estalló en carcajadas cuyo uso creía haber olvidado.

Con inédito esmero, el Shah le fue quitando, una a una, las prendas de ropa. Después paseó la mirada por cada mecha de pelo, por cada atractiva curva y seductor recoveco. La acarició, la olió y la saboreó con el voraz apetito que aflora tras largos periodos de abstinencia. De rodillas, pegó los labios a sus muslos. El aroma del deseo surgió de la carne de Polvo de Oro. Con la frente, él tocó el suelo bajo sus pies.

De nuevo, como antaño, se abrazaron con la mirada, forcejearon con todas sus fuerzas e hicieron el amor con cada aspiración de aire, ante la sola presencia de los tres halcones encapuchados, que aun sin verlos, escuchaban con atención el pálpito de su pasión.

Polvo de Oro pugnaba por borrar la imagen de Suleimán en el callejón tal como lo había visto, con la mano tendida, ofreciendo una rama de cerezo en flor. Revivió el incidente de detrás de los baños, no como había ocurrido, sino de la manera como ella había ansiado que fuera. Ella se precipitaría hacia él, con ligeros pasos, elevada en brazos de la brisa; arrojaría el criador al cielo; su cuerpo se empaparía de la luz del sol y luego se ahogaría en él, libre de su pasado y de las garras de su madre.

El Shah luchaba contra Polvo de Oro mientras ella se hundía en los brazos de Suleimán.

Gimiendo a causa del potente flujo que brotaba de sí, el Shah crispó los muslos en torno a ella en un doloroso abrazo.

Suleimán el Ágil halló un más profundo acomodo en su alma.

Durante el reposo de su lucha de amor, mientras acariciaba al Shah, lamentaba haber hecho caso ese día a su madre en lugar de fiarse de sus propios recuerdos. Había pasado de largo junto al acróbata, con la cadencia de las caderas acordada al latido de su pecho. La mirada de perplejidad que ella misma le había lanzado había, sin embargo, tatuado en su alma la imagen que poblaba sus noches y cerraba su vientre al Shah. Se pegó más al cuerpo de éste para ahuyentar a Suleimán.

El rey, en brazos de Polvo de Oro, soñaba con Cuervo. Los dos flotaban en el río, a bordo del kayak real. Él señalaba las especies de árboles que crecían en las colinas de los alrededores de palacio e

iba poniendo nombre a las numerosas variedades que habían invadido el terreno, algunas altas y esbeltas con delicadas ramas, otras achaparradas y oscuras, con toscos muñones. Un ululante viento había traído su germen de otros parajes y hecho que se dispersaran sus tentáculos en suelo persa, en cuyas profundidades halló residencia permanente, ocupando el espacio del follaje primitivo e infectando a los nativos con un peculiar malestar. Las plantas de afuera crearon agujeros en la tierra antaño floreciente y unas fuertes corrientes de aire transformaron el río en fangosos torrentes, infestados de gusanos, que elevaron su nivel, subiendo por las colinas hasta el palacio de alabastro, y allí se derramaron en el harén y se introdujeron en las habitaciones de Cuervo.

Con el eco de la pesadilla que resonaba en su cabeza, el Shah se incorporó, buscando a tientas la cimitarra.

—¡Cuervo! ¿Dónde está Cuervo?

—Es sólo un sueño —musitó Polvo de Oro, sellándole con un dedo los labios.

Cuervo en todas partes, incluso en sus pesadillas. Polvo de Oro recogió la falda y salió corriendo de la habitación.

El rey apretó la mandíbula con decidida actitud, al tiempo que se le ensombrecían los ojos. Ningún invasor lograría hacerse con la abundancia del suelo persa. Había reclamado la ayuda de todo hombre y toda bestia del reino. Ahora solicitaría el apoyo de la magia y los espíritus de la muerte. Se fue al rincón del dormitorio y tiró de un cordón de seda.

Narciso se presentó y se quedó aguardando como una sombra, en el umbral.

El Shah indicó al eunuco que recogiera uno de los mapas abiertos en el suelo.

—Tenemos que asegurarnos de que nuestro plan para vencer al enemigo es infalible.

Narciso se puso de rodillas y examinó los símbolos dibujados en las fronteras de Persia y en los tortuosos pasos de montaña. Reconoció los finos trazos de la favorita en los bordes del pergamino, que marcaban los caminos por los que transitaría el ejército antes de atacar. ¿Habría ayudado ella a elaborar esa estrategia de una ofensiva directa contra las fuerzas de Timur el Cojo cuando se hallaban atrapadas en el valle?

La rabia corrió ardiente por las putrefactas entrañas de eunuco. Durante meses, los consejeros de guerra, los generales, el Shah y su sultana habían estado planificando la logística de la guerra sin consultarle a él. La sultana se había inmiscuido en asuntos en los que no tenía derecho a entrometerse. Ahora sería imposible reducir su poder. Narciso pugnó por contener la amargura que estaba a punto de derramar sobre el pergamino de piel de ciervo.

—Polvo de Oro, la favorita —anunció, refrenando la rabia—, debe acompañar a Su Alteza a la batalla.

Un impresionante silencio invadió la estancia. Una brisa llegada de las montañas agitó las cortinas y las plumas de los halcones. El Shah encaró el dedo con la daga al ojo del eunuco.

—Antes de poner en peligro la vida de la favorita, te sacaremos los ojos y los daremos de comer a las aves.

El Shah observó, incrédulo, el dedal daga con el que apuntaba al eunuco y reconoció para sí que estaba casi a punto de cumplir su amenaza.

—Mi señor —se apresuró a aducir Narciso—, jamás sugeriría tal cosa si no pudiera garantizar la seguridad de la sultana. Ayuné durante tres días, propiciando una visión que iluminara un camino destinado al triunfo. Y vi a la favorita, montada en nuestro más veloz corcel, conduciendo el ejército hasta un vasto campo de fuego y escombros, hasta el corazón del enemigo. La favorita, el ejército persa y el enemigo luchaban bajo una nube de humo. Después la favorita, con una corona en la cabeza, surgió de aquel infierno. Galopó victoriosa, abandonando al enemigo en su tumba calcinada.

El Shah disimuló la sorpresa. Sin estar al corriente de su plan, Narciso había tenido una visión de la aniquilación del adversario en medio de escombros calcinados.

Narciso se postró apoyando el abultado vientre para besar las puntas de las babuchas del Shah.

—Vuestro nombre pervivirá para siempre como el del más grande conquistador de Persia.

■

Capítulo 30

DOS de los más expertos herreros del país trabajaron durante semanas para dar forma a una armadura de plata bruñida con la imagen del Shah grabada en el peto. El Shah supervisó la fabricación de la armadura como si de una obra de arte se tratara y después bajó en persona hasta las arcas reales y escogió un enjoyado cinturón que había pertenecido a Alejandro Magno y le había reportado una gran suerte y triunfos sin parangón. El soberano entregó la armadura a Polvo de Oro junto con una gorguera que había encargado, a juego con el cinturón.

—Nos vais a acompañar —anunció, antes de darle la espalda.

Polvo de Oro se quedó aturdida. ¿Quién podría haber convencido al rey para que la llevase a la guerra? Aquello era una conspiración. Debía disuadirlo. Corrió tras él y lo agarró del hombro.

—Mi señor.

El hizo repiquetear con impaciencia el pie sobre la alfombra.

—¡No pienso ir! —Retrocedió para alejarse de la ira que afloró a sus ojos—. No puedo dejar a Cuervo sola.

—Ella es más fuerte que la mayoría de nosotros. Sabrá cuidar de sí misma.

—Es sólo una niña.

El rey miró la mano de la favorita que lo retenía, pero en su lugar sintió el suave contacto de la lengua de Cuervo que le rozaba el brazo como si se tratara de un accidente que lamentaba. Oyó su

voz mientras paseaban por el jardín, en la Torre de Guardia donde espiaban, cerca de la fuente donde rezaban, rogándole «Llévame contigo, *pedar*. Lucharé como un león».

Polvo de Oro respiró profundamente.

—Mi señor, ¿qué pensarían vuestros hombres si os hicierais escoltar por una mujer? No es éste el comportamiento propio de un guerrero al que respetan.

Él dobló las rodillas, situando la cara a un centímetro de distancia de la suya, propiciando un choque de miradas.

—Tú no eres cualquier mujer. Eres nuestra favorita. Haremos lo que nos plazca hacer contigo, y nadie osará ponerlo en entredicho. Y no te intranquilices, porque habrá un escuadrón de nuestros mejores hombres protegiéndote en todo momento.

Ella abrió los labios para replicar.

Él ya se había ido.

Polvo de Oro se introdujo en la armadura. Narciso comprobó el encaje del yelmo, de la visera y de las rodilleras. Sentía la urgencia de arrancar la magnífica gorguera del cuello de la sultana y esconderla con el tesoro secreto que había reunido con el curso de los años. No experimentaba el menor escrúpulo por robar a otras personas que nadaban en la abundancia. Él necesitaba todas las lujurias del mundo —dulces, especias, almizcle y fisgoneo— para llenar el pozo sin fondo de su vida. Tocó con mecánico gesto el frasco de salmuera que llevaba prendido a la cintura, su más preciada posesión que le garantizaba el tránsito al cielo. Las personas que estaban enteras nunca comprenderían la amargura que le cuajaba la sangre.

Inspeccionó la espada que pulía, en busca de alguna mancha o la más ínfima mota de polvo.

Polvo de Oro tomó el arma de sus manos.

—Narciso, ¿por qué no ha venido a despedirse mi madre?

—Mi señora —respondió el eunuco mientras se situaba detrás de ella para sujetarle una correa—, la partida del ejército es un secreto absoluto que se me ha ordenado no revelar.

Al amanecer, había abandonado la cama de Rebeca, con la

lujuria saciada de manera transitoria. Una alianza de rabia, envidia y ánimo de venganza habían avivado su pasión, hasta dejarlo sin aliento. Cuando había informado a Rebeca que, debido al extremo secreto de las estrategias de la guerra, no se permitía entrar a nadie en palacio hasta nuevo aviso, no experimentó ningún pesar. Debía ejecutar con cuidado su plan. Rebeca no debía enterarse de la causa de la muerte de su hija, para continuar así realizando maravillas con su próstata.

Polvo de Oro se colocó el escudo. Sería inútil preguntar a Narciso por qué el Shah había decidido llevarla a la guerra. No debía provocarlo antes de irse.

—Estoy preocupada por Cuervo —confesó, con una sonrisa forzada.

—Yo cuidaré de ella, señora.

Poco después de que el Shah decidiera que Polvo de Oro lo acompañaría en la campaña, el eunuco había advertido que el rey evitaba a Cuervo. No soportaba reconocer ante su hija que había recurrido a la magia y a la ayuda de las mujeres para ganar la batalla. Cuervo se había retraído en su propia soledad. De ese modo, no tendría que bregar con el estorbo de su curiosidad durante la ausencia de sus padres, pensó el eunuco mientras se disponía a acoplar la visera del yelmo de Polvo de Oro.

Ésta se quitó, sin embargo, el yelmo.

—Todos los soldados verán que una mujer acompaña al Shah a la guerra.

Polvo de Oro reparó en el temblor de la barbilla del eunuco y en el castañeteo de sus dientes. Luego una chispa le animó los apagados ojos. El rastrero sirviente estaba imaginando con fruición el estallido de otro conflicto entre ella y el Shah.

—*Khanom* —repuso—, obrad como os parezca. No necesitáis el consejo de un castrado. Ahora debo darme prisa para comprobar que vuestro caballo está listo y ensillado como es debido.

Narciso había encargado personalmente la silla. Era fuerte, cosida mediante dobles puntadas con el más recio pelo de caballo, y las riendas eran de inalterable cuero, decoradas con gemas. La cincha, en cambio, era de piel de ternera, la de inferior calidad.

No resistiría el peso de un gato, y menos aún el de la sultana.

■

Capítulo 31

EL día catorce del mes de *farvardin*, seguido por la estela de los últimos vestigios de viento invernal, el ejército persa emprendió una ardua marcha hacia la montañosa zona del norte. El Shah se había preparado bien y ahora se hallaba al frente de una fuerza organizada como no se había visto otra igual ni en Persia ni en otro país. Entre el séquito real se contaban filósofos, historiadores, geógrafos, y científicos, así como los botánicos. El ilustre y apreciado erudito David el Pelirrojo, uno de los civiles a quienes se había invitado a sumarse a la expedición, escribía un diario, recababa la información sobre los itinerarios y lugares de acampada y llevaba la cuenta de las distancias recorridas. Tras los soldados avanzaba una unidad de zapadores y minadores especializados en la construcción de torres de asedio y de arietes con soporte de ruedas, inventados por un judío a quien habían prohibido acompañar al ejército.

A continuación iba la caballería, seguida de estruendosos ingenios con gigantescas ruedas forrados de cuero, cada uno de los cuales transportaba una hilera de catapultas y de enormes arcos semejantes a unas grandes fauces abiertas. Detrás, por los recodos del camino, se extendía la hilera compuesta por los cientos de mulas que transportaban material de combate, precediendo a los camellos cargados con las tiendas y víveres.

Una compañía de pajes reales, los más certeros tiradores del ejército, montaban guardia junto a las tiendas donde dormirían el

Shah y Polvo de Oro.

El soberano había mandado una avanzadilla de arqueros para que mantuvieran a raya al enemigo en caso de que éste variara sus planes y se desplazara por las montañas dando un rodeo con el propósito de atacar por la espalda a los persas.

Con la precaución de transitar siempre por pedregosos caminos a fin de no levantar polvo que pudiera alertar al adversario, el ejército inició el ascenso de las montañas.

El flanco izquierdo estaba capitaneado por Arsalán el Magnífico, un general que había denotado ni más ni menos que al Div Blanco, un gigante cuya escamosa piel resistía los más fuertes impactos y cuyo único punto vulnerable era el ombligo. El general Afrasiab, cuyo retumbante grito de guerra había ensordecido, cual inhumano bramido, los oídos de un ejército entero de macedonios, se hallaba al frente del flanco derecho. Con su aguda vista, el general era capaz de traspasar la superficie de los objetos y desentrañar la verdad que se ocultaba debajo.

Las columnas laterales se encontraban a dos kilómetros de distancia y eran mucho más nutridas que la del centro, que habían dispuesto con sólo unas cuantas filas a propósito, con el objetivo de engañar al oponente, animándolo a atacar por allí, para después caer sobre él desde los flancos a la manera de una pinza.

Al mando de la falange de retaguardia iba el general Darío, el ministro de la guerra, un hombre melancólico conocido, no tanto por su fortaleza como por su afabilidad, gran sabiduría y ausencia de veleidades de heroísmo. Era el oficial de más edad del ejército y el más indispensable.

A su lado, con las trenzas sueltas y el pelo desparramado hasta la cintura en indómitos rizos, Polvo de Oro cabalgaba en el semental favorito del Shah, Dor, un animal de hermosa planta, con radiantes ojos de color avellana, blanca crin y airosa cola. A su alrededor, los miembros de la Guardia Imperial del Shah sostenían en alto sus escudos forrados de cuero para proteger a la sultana.

El anciano general dio gracias a Alá porque la bruñida armadura de la sultana, el collar, el cinturón y la masa de rizos quedaban ocultados por los escudos levantados, lo que impedía que despidieran un deslumbrante brillo bajo el sol.

El Shah, montado en su negro corcel, con dos halcones posados

en los hombros y otro en la enguantada mano, era el comandante supremo de las columnas que avanzaban hacia las rocosas llanuras de los montes Elburz para ir al encuentro de otra parte del ejército, que se desplazaba por detrás de la cadena de montañas trazando un rodeo. Junto al Shah cabalgaba el soldado encargado de llevar su arco y las flechas.

A medida que transcurría la mañana, el sol apareció por encima de las montañas, proyectando sus rayos sobre el valle y dispersando la niebla.

La mole del volcán Damavand dominaba el paisaje, con la lengua de humo que brotaba del cráter.

Después que el ejército hubiera iniciado el ascenso y hubiera ganado ya considerable altura, el general Darío señaló hacia la curva más baja de la cadena de montañas de enfrente.

—Hemos llegado en el momento exacto previsto, señora. Ved la última cola del enemigo que desaparece por el recodo y vuelve a asomar por el otro. Están bajando al valle.

Polvo de Oro contuvo el miedo y saboreó aquel momento. Muy pronto, el enemigo se hallaría en la hondonada, a distancia suficiente de los persas para no sospechar su presencia detrás de las montañas. Se tapó la parte inferior del rostro a fin de protegerse del brusco viento y del hedor que subía del valle. Pese a la admiración con que observaba a los soldados que se desplazaban según la marcha de guerra propia de los mongoles, poniendo alternativamente los caballos al paso y a medio galope, que resultaba impresionante vista desde lejos, y pese al espanto generado en ella por las criaturas que arrojaban humo emitiendo monstruosos rugidos, estaba furiosa con el Shah. Si quería que fuera a su lado, allí era donde debía estar y no detrás, como un inútil adorno oculto tras los escudos. Se estaba planteando muy en serio la posibilidad de abrirse paso a través de su círculo protector.

—Quedaos aquí, señora —la disuadió el general Darío, cogiéndole las riendas—. Bajo el sol, seréis un blanco seguro para el enemigo. Dejad que el Shah se concentre en la enorme tarea que tiene por delante.

Los últimos jirones de niebla se evaporaron. Los contornos de las pardas rocas de la falda del valle se hicieron visibles, así como la continua avalancha de soldados.

El Shah llegó al galope y refrenó el caballo al lado del general Darío. Este pensó que debería, en otra ocasión más propicia, felicitar al Shah por haber entrenado a las aves para mantener el equilibrio sin entorpecerle los movimientos.

—¡Ved esos hijos de perra! —tronó el Shah.

Abajo, se extendía un océano de acero y de cuero en el antiguo barranco de Rostam. Los árabes, mongoles y Timur el Cojo se habían unido en un pacto. Los persas habían previsto enfrentarse a tres grupos separados de atacantes que no parecían poseer una cohesión natural y estaban minados por continuas disensiones. Ahora tenían frente a sí un formidable y compacto ejército.

—¿Qué son esos monstruos? —preguntó el Shah—. Aúllan como lobos y tienen el pecho reluciente como las escamas de los peces.

—No lo sabremos hasta que nos encontremos más cerca —repuso con voz calmada el general, sin evidenciar el más mínimo asomo de consternación.

El Shah contempló el mar de combatientes desparramado a sus pies. La situación era más peligrosa de lo que había pensado. No sabía si agradecer o maldecir su creencia en las fuerzas sobrenaturales que le habían hecho sucumbir a la influencia del eunuco y traer consigo a Polvo de Oro. En ese momento, aun si al final resultara que ella era la única causa de un espectacular triunfo, deseaba que estuviera a salvo en el Salón de las Perlas. Dio un golpe a las ancas del caballo. La Guardia Imperial apartó sus monturas, abriéndole un pasillo para que se acercara a la favorita.

—Mi Shah, lo correcto es que yo cabalgue a vuestro lado —declaró Polvo de Oro, deslumbrante de color y de ardor en sus convicciones.

El corcel del Shah se detuvo, con el morro frente al del semental de la sultana. El rey se levantó la visera y clavó la mirada en los ojos de la favorita. Para dejar ver su desafío, se había descubierto la cara y soltado el cabello, con lo que estaba más hermosa que nunca. Sin reunir el valor para reprenderla, en un acto de incomparable ternura, le tocó la charretera con la punta de la espada.

Ella detectó el olor a menta en su hoja.

—¡Permanece en la retaguardia en todo momento! —le ordenó.

Trajeron unos corderos a los que ofrecieron en sacrificio para regar con sangre santificada la vía de los soldados. Después alguien

sostuvo bien alto el Libro Sagrado sobre las cabezas de los hombres en marcha. Los gritos de «Dios es grande» resonaron por los peñascos.

El general Afrasiab decidió guardar silencio. No era prudente informar al rey que su visión sin par había traspuesto la distancia y penetrado en los yelmos y máscaras de las criaturas. Si le revelaba lo que había bajo aquéllas guisas no haría más que aumentar el miedo y debilitar el brío del rey. El general Afrasiab desvió la vista de la tribu de los Hombres Lobo, que tenían sangre amarilla y eran conocidos por el afilamiento de dientes a que sometían a sus hijos, a la edad de once años, como ritual de iniciación a la edad adulta y el canibalismo que practicaban sobre los pueblos de otros territorios.

La columna central de los persas pasó a la carga. Las alas derecha e izquierda se mantuvieron atentas, a la espera del momento idóneo para reducir la amenaza de lucha cuerpo a cuerpo entre el destacamento central y el enemigo.

Sorprendidos por la espalda, los adversarios lanzaron un feroz grito de guerra que atemorizó a los persas. Con Timur el Cojo al frente, avanzaron al compás de la música que disponía la alternancia de paso y galope medio. Los mongoles cabalgaban con los estribos largos, que les permitían ponerse de pie para apuntar mejor con los arcos.

Con los turbantes ondulando tras ellos, los árabes los seguían a caballo en medio de ululantes gritos de batalla.

Los guturales gruñidos surgidos del vientre de las criaturas resonaban en sus máscaras, produciendo discordantes chillidos.

El Shah permanecía en cabeza de la falange central. Aun cuando se había preparado para aquel momento, le escocían los ojos y los pulmones. Oyó los gritos de guerra, vio los fieros semblantes, los fuertes cuerpos, los tensos arcos, y dirigió una plegaria a Alá, los espíritus de otros mundos, los poderes de la magia negra y a Cuervo. Ella era el producto más valioso de su vida. Debía vivir para saborear la culminación de sus esfuerzos.

Espoleó el caballo y se precipitó contra el enemigo, seguido de cerca por sus hombres.

En medio del silbido del aire, una miríada de alas oscureció el valle. Una incesante descarga de flechas se abatió sobre la columna central de los persas.

Los persas cedieron terreno ante la arremetida del enemigo que, según su costumbre, concentraba sus fuerzas en el centro. Una vez estuvo agrupado en el núcleo del ejército del Shah, las columnas laterales atacaron. Un alarido unánime se elevó al cielo cuando el adversario se sintió aplastado por los flancos.

Polvo de Oro superpuso el enardecimiento al miedo. Ella merecía cabalgar sin obstáculo y observar cómo se desarrollaba la estrategia, compartir la acción. El general Darío no se había apartado de su lado, pero pronto debería hacerlo. El estaba a cargo de La Máquina, y el tiempo era un elemento esencial.

El general había reparado en la agitación de la favorita, que retorcía las riendas en torno a los dedos y balanceaba los pies. Pese a que estaba rodeada de veinte guardias, no se atrevía a irse. La sultana tensaba el cuerpo como un arco listo para dispararse.

—Señora, ya habéis trabajado duro para asegurar nuestra victoria. Un movimiento erróneo tan sólo, una distracción, bastarían para precipitar nuestra derrota. Quedaos, por favor, a buen recaudo hasta mi regreso.

Polvo de Oro relajó la postura e inclinó la cabeza en señal de obediencia.

El general Darío se dirigió hacia la gigantesca máquina de guerra situada al lado de un profundo abismo. A través de los orificios de los costados de un cráter, una constante corriente escupía fuego. El general se inclinó y acercó la mano a la pila de piedras que reposaban sobre las llamas. Tras comprobar el calor que irradiaba, alzó la mano y gritó a todo pulmón.

—¡Ya'Alá!

Un colosal cucharón, sujeto con cuerdas y poleas, bajó con un crujido a escarbar bajo la pila y cargó un montón de ardientes piedras.

El general abatió la lanza.

Los soldados cortaron las cuerdas y los resortes de hierro quedaron liberados. Una granizada de llameantes esferas se abatió sobre las montañas. Un torrente de rocas descendió sobre el valle. Los caballos de los enemigos retrocedieron. Los jinetes abrasados caían y sus monturas se encabritaban. Una nube de tóxicos vapores se expandió por la hondonada.

Pese a las bajas producidas por el primer ataque en la columna

principal y entre los mejores guerreros de Timur el Cojo, éste reunió, con la ayuda de los árabes y mongoles, a sus soldados para volver a la carga.

Timur, que conducía la columna central, dio media vuelta para atacar al enemigo por la izquierda. El Shah mandó enseguida a sus soldados a prevenir el asalto. Después de atraer a más persas hacia la izquierda, Timur el Cojo comenzó a abrirse paso por el centro. A continuación, encabezando las reservas, lanzó un horripilante grito de guerra y corrió al galope en dirección al Shah.

El Shah se halló frente al hombre que nunca sonreía. Un hombre con el rostro lleno de sombras, prominentes pómulos y encopetadas cejas, ancha nariz y ojos oblicuos, negros y brillantes como azabache. La boca presionó la hoja del arma, enmarcada por un fino bigote que se prolongaba hasta la barbilla. En sus oscuros ojos capaces de traspasar el corazón del más arrojado guerrero, el Shah vio torres construidas con calaveras humanas.

El tártaro no se encontró ante sí a un frágil rey. Montado en su más regio corcel, el Shah tenía el testamento de la guerra y la muerte grabado en los pétreos rasgos. Timur el Cojo había cometido un grave error. Había confiado en sus espías, que habían trazado la semblanza de un lánguido Shah enamorado de las rosas, un hombre que, como los mujeres, apartaba la vista ante las ejecuciones, un hombre que había pasado buena parte de la juventud entre los debilitantes confines de la Jaula. El tártaro se veía ahora obligado a medirse con un formidable enemigo, cuyos métodos de lucha constituían un misterio, en un combate cara a cara en terreno desconocido.

El Shah observó con rabia al guerrero y reparó en la pierna derecha apoyada en un estribo más corto que el otro y en la espada empuñada con la mano izquierda. Si bien seguía siendo un magnífico arquero, al haber perdido dos dedos de la diestra, el tártaro no debía de ser ya el espléndido espadachín que fuera antaño. Con el propósito de incidir en aquellas desventajas, el Shah espoleó el caballo para acudir a su encuentro. Se enzarzaron en un feroz combate, en el que el choque de las espadas y los inhumanos rugidos eran prueba de la voluntad de hierro de uno y otro rival.

Unos agudos chillidos brotaron entre las montañas y resonaron en el valle. Una andanada de las tóxicas flechas de los persas,

dotadas de orificios que emitían silbidos y chirridos destinados a causar pavor en las filas enemigas, rodeó al Shah y a Timur el Cojo. El Shah estaba prevenido, como también el encargado de sus arcos, que aferró con fuerza las riendas igual que él. El caballo de Timur el Cojo se encabritó, haciéndole perder pie en los estribos. Mientras pugnaba por dominar al animal, con acrobática agilidad esquivó la espada del Shah y los proyectiles persas. Durante otra avalancha de piedras arrojadas por La Máquina, el tártaro retrocedió hasta el fondo del valle con intención de prepararse para un nuevo ataque. Allí fue testigo de otra devastadora escena.

Las bolas que habían construido los boticarios reales se abatieron sobre los Hombres Lobo. El concentrado de menta y fósforo se mezcló con los humores de los celos y los ácidos del odio alojados en el interior de las criaturas, que saltaron por los aires víctimas de letales explosiones.

Las bestias cayeron con retumbantes gruñidos, al tiempo que sus máscaras cedían y se esparcían a su alrededor. Los fragmentos de carne, gravilla candente y salpicaduras de amarillenta sangre se diseminaron por el campo de batalla.

El Shah reconoció a la tribu de los Hombres Lobo, que tenían sangre clara, rígidos cabellos rojos y rostros que evidenciaban la carencia de sol. Sus verdes ojos prominentes no tenían una blanca córnea para suavizar la violencia latente en ellos. Las narices semejantes a hocicos emitían nocivos gases y los afilados dientes relucían bajo el sol. Provenían de regiones húmedas y brumosas, donde las mujeres no se cubrían el rostro y podían moverse libremente entre los hombres. Provenían de un reino rodeado de agua, sin tierra fértil para cultivar frutas y cereales, y por ello invadían otros mundos para entregarse al pillaje de sus riquezas.

Eran astutos soldados, reconoció el Shah. Se tapaban la cara a fin de ocultar su identidad, conscientes de la desventaja que suponía luchar con lo desconocido.

De nuevo, el Shah se halló frente a Timur el Cojo. Entonces comprobó que su favorita había dicho la verdad. Por la cara del guerrero rodaban las lágrimas, lo cual constituía una traba más. Irradiando la ira acumulada en el pasado, el Shah espoleó el caballo y arremetió contra el tártaro. Las espadas resonaron con estrépito. El rey encaró el arma al estribo derecho de Timur y cortó las

correas de cuero.

Timur el Cojo perdió el equilibrio. Oscilando sobre la silla, se enjugó los ojos, mientras las lágrimas creaban manchas en los pectorales de su armadura. La pierna pendía del lomo de la montura. Situándose boca abajo sobre ésta, se alejó al trote por la pendiente, alejándose del Shah y de los persas que habían vuelto a concentrar sus fuerzas tras él.

Desde su encumbrada posición, el Shah observó a los dirigentes de los mongoles, de los árabes y a Timur el Cojo. Aquél era el momento propicio. Tenía a los tres guerreros de cara. El portador del arco refrenó su montura, adoptando un suave trote junto al rey.

En los escasos segundos que median entre la idea y el acto, comenzó a acelerarse el pulso de Shah. Pensó en su imperio, en las constantes invasiones que lo habían despojado de su dignidad, en la tribu de los Hombres Lobo y en su insaciable avidez, y en los numerosos años de juventud perdida en la Jaula. Los halcones inclinaron la cabeza hacia el pecho de su amo, para captar el palpito de su corazón. Después agitaron las alas. Con tres raudos movimientos, el rey les quitó las capuchas de la cabeza, al tiempo que los contenía silbando una queda melodía. Después les liberó las garras. El encargado del arco reconoció la señal convenida y apuntó el arma. Tres perfumadas flechas partieron hacia su blanco.

Los halcones siguieron el rastro del olor, cada cual en pos de una flecha. Volaron con la velocidad de la ira, en amplias espirales, enseñoreándose del aire seguidos por el aullido del viento. A unos palmos de sus presas, plegaron las alas. Luego encararon las aceradas garras y se abatieron, fulminantes como alados rayos.

Las aves fueron rápidas y precisas en su ataque. Los dirigentes del bando enemigo trataron de eliminarlas con las espadas, pero enseguida las soltaron, dando traspiés. Se habían llevado las manos a los ojos, de donde manaba la sangre de las cuencas vacías. Cayeron de los caballos, y la tierra se tiñó de rojo carmesí.

Los halcones emprendieron el regreso, desgarrando el aire con los picos. El viento les cedió paso y se cerró tras ellos, impulsándolos. Cada uno de ellos soltó dos ofrendas encima de la palma de la mano del Shah. Éste colocó las venosas y blandas esferas en una caja de plata que luego guardó en el bolsillo. Trofeos de guerra que regalaría a Cuervo. Las aves se posaron en sus

hombros y en el brazo.

El caos se adueñó del valle. Como un dragón decapitado, el enemigo se ahogó en el tumulto por él mismo creado.

Los miembros de la Guardia Imperial que rodeaban a Polvo de Oro levantaron los escudos y emitieron un victorioso grito. Polvo de Oro agitó las riendas e hincó los talones. El semental partió como una flecha entre los guardias, hacia la falda dé la montaña donde se encontraba el Shah. Con el cabello al viento y el choque de la brisa en los ojos, se esforzó por hallar el camino. No se había dado cuenta de lo lejos que estaba de la base de la montaña, pero saldría del apuro. Sentía el corazón vigoroso y las manos firmes. Tras hacerse cargo de la situación, animó a Dor a seguir. El avance había sido tan rápido qué los persas apenas habían sufrido bajas. En la hondonada, el enemigo se afanaba por reunir sus fuerzas y aprestarse para otro ataque. Era inútil. Ya no volvería a recuperarse nunca más. De improviso se deslizó hacia un lado. La silla osciló, como si se corriera bajo ella. Sobresaltada, vio cómo el suelo temblaba y rodaban las rocas. Casi no podía sostenerse. Soltó las riendas, adelantó el cuerpo y se agarró a la crin del caballo. Ella no se había sometido al tratamiento con polvo de bezoar y piedra de jacinto para crear una resistencia a los pútridos gases. Los pulmones le habrían estallado de no haber sido por el balsámico efecto de la esencia dé menta que impregnaba el aire.

Abajo, el rey estaba a punto de dar la última señal. Ella conocía con todo detalle cada una de las fases. Aquél iba a ser el golpe de gracia. ¿Qué se había hecho de la silla? Aferrada a la crin de Dor, apretaba las piernas a sus palpitantes flancos, con la mirada trémula. Narciso había comprobado el buen estado de la silla. Ese tipo de cosas no debían sucederle a la favorita. El pelo del animal le lastimaba la mano. Con los dedos ensangrentados, apenas sí podía sujetarse. El corcel la estaba derrotando. Sentía los huesos vacíos. Un irremediable aislamiento había ocupado el lugar de la médula. Estaba sola entre los persas, las altivas montañas y el volcán. Ni siquiera contaba con la música de sus huesos. Sólo sentía el desbocado latir de su corazón. El rey alzó la espada.

Un batallón comenzó a ascender por las montañas hacia la parte posterior del volcán Damavand. El resto del ejército rodeó los montes Elburz, alejándose de la angostura. Los ingenieros que

habían cavado durante meses zanjas para dirigir el curso de la lava ladera abajo salieron de sus escondrijos. Las grúas levantaron las grandes rocas que durante años habían orientado el constante flujo de lava hacia rutas previstas por el hombre, que evitaban el valle.

Por el cráter remontó un eco que fue a rebotar contra la enfebrecida boca de la montaña. Una columna de humo ascendió al cielo mientras la devastación se deslizaba por las laderas del lado norte. Los caballos se encabritaron, echando espuma por el morro. Al verse atrapado, el enemigo corrió hacia un costado de la hondonada. Otros se desperdigaron en dirección contraria. Enseguida retrocedieron hacia el centro. No había escapatoria. La lava descendía por todos los costados.

Un ardiente río se precipitaba sobre la llanura, hierro líquido en movimiento, una inmensa avalancha de fuego que lo quemaba todo a su paso y estallaba en chisporroteos y llamas en contacto con los aterrorizados obstáculos vivos. Un candente manto de color gris enterró a hombres y bestias.

Capítulo 32

REBECA decidió efectuar una visita al harén. Desde la última vez que había ido a verla el eunuco, las pesadillas no dejaban de perturbarle el sueño. No podía quitarse del pensamiento la encubierta expresión de la mofletuda cara del eunuco.

Los guardias de palacio le abrieron la puerta. No bien les miró a los ojos, sintió las dentelladas del miedo en el estómago.

—¿Qué ocurre, queridos? —preguntó, administrando un beso en la nariz a cada uno de ellos—. ¿Acaso la peste negra os ha dejado sin amantes?

—A nosotros no —repuso uno de los vigilantes—. Aunque usted podría perder a su hija a manos de Timur el Cojo y sus bestias.

Rebeca se desplomó en el suelo, incapaz de articular una palabra. ¡Polvo de Oro jamás había mencionado la posibilidad de ir a la guerra!

—Aún no he acabado contigo, Narciso —murmuró al tiempo que se levantaba y se cepillaba el polvo.

Después deshizo el atillo y entre las telas localizó la bolsa de terciopelo donde guardaba efectos de valor para gratificaciones. Como no sabía qué le aguardaba en el harén, más valía reforzar su amistad con los guardias. Ofreció, por tanto, una barra de opio a cada uno de ellos.

Después recorrió a la carrera los pasillos, irrumpió en el harén y se detuvo en el centro del vestíbulo principal, como si se tratara de sus propios dominios.

—¡Narciso! —gritó con el corazón encogido.

El nombre resonó contra las columnas de mármol, pero no extrajo a las sultanas de su languidez y del narcótico sopor que las sustraía de las preocupaciones de corto alcance.

—Por fin te llegó la noticia —musitó Miel, más bien para sí, desde un humeante rincón.

Seguida por los murmullos entremezclados con los vapores de hachís, Rebeca se fue por los pasillos hasta los aposentos de los eunucos y entró como un vendaval en la habitación de Narciso. Éste estaba tumbado en la cama, aquejado de una enfermiza palidez, con un jerbo en la mano. Rebeca observó con repugnancia e incredulidad los ojos de drogado y el rostro empapado en sudor y escupió sobre su desnudo cuerpo.

—¡Abyecto pervertido! Y yo que esperaba que protegieras a mi Polvo de Oro. ¡Si ni siquiera sabes lo que te conviene a ti!

El eunuco arrojó el animal a sus pies y se tapó con las sábanas para escudarse de la violencia de sus insultos.

Con las sandalias propinó unas patadas al roedor y después se inclinó y tocó la cara de Narciso con tanta dulzura que él se atrevió a asomar la cabeza.

—¡Te has puesto rojo! —exclamó con tono mordaz—. Pues no creía yo que tuvieras sangre en esas podridas venas. La próxima vez utiliza ratas del desierto. Son más grandes y más hambrientas; te despedazarán.

Con gemidos y chillidos inarticulados, él se ocultó de nuevo en la cama.

—¡Levántate, Narciso! ¿Acaso creías que las ratas te encontrarían la próstata? ¿Pensabas que ya no ibas a recurrir a mí? ¿Por qué mandaste a mi hija a la guerra?

—¡Eso es una mentira! —replicó, incorporándose—. ¿Quién te dijo tal cosa?

—Cariño —susurró, al tiempo que bajaba hasta el borde del colchón, venciendo la repulsión que le producían los abominables humores de su cuerpo—. No me hagas arrancarte la verdad por la fuerza. Estoy cansada.

—Fue una decisión del Shah.

—Mientes —aseveró Rebeca mientras paseaba la mirada por la habitación—. Conozco al Shah. Es un esclavo de las palabras. ¿Lo

encaminaste tú?

—Polvo de Oro lo convenció para que la llevara.

—¿Para qué iba a hacerlo?

—Para compartir los trofeos de la guerra. Para cabalgar junto a su hombre. Tú eres más competente que yo para descifrar las cosas del amor…

—¿Fue por amor? ¿Es ésa la verdad? —Reparó en la mesa baja contigua al diván, en la que había una jarra de agua, el cuenco de azúcar, los supositorios de opio y un fajín de seda, en el cual detuvo la mirada—. Recibe mis excusas en tal caso —susurró—. Enseguida se me enciende la sangre. ¿Cuándo volverá el ejército?

—Alá sabe que podrían tardar semanas para llegar a las montañas. El trayecto de regreso depende del desenlace de la guerra, del tiempo y del estado de los soldados.

—¿Por qué no me avisaste? —preguntó mientras deslizaba la mano bajo las sábanas.

—No sé. —Narciso emitió un suspiro cuando Rebeca lo tocó.

—Pobre Narciso, los jerbos te han destrozado. —Cambió de posición—. Un poco de opio para aliviar el dolor.

Posó la mano sobre el fajín, palpó el duro objeto que había bajo él y con la uña comprobó que era de vidrio. Después, del cuenco de opio, seleccionó tres pedazos de forma cónica, que le introdujo uno detrás de otro.

—No, dos no —protestó él, aterrorizado—. Nunca me despertaría.

—Era uno, cariño —le aseguró, haciendo que volviera a relajar la postura sobre la cama.

Recorrió con los dedos las nalgas, que temblaban cual montículos de grasa, masajeó los hombros mientras tarareaba una suave canción, atenta a su respiración y al movimiento de los hinchados párpados.

—¿Dónde está Cuervo?

—En los jardines de la Torre de Guardia… —repuso él, abriendo los ojos con esfuerzo.

El pecho se apaciguó. Las ocasionales convulsiones de los dedos eran indicio de la afluencia de opio a la sangre.

—¿Narciso? —le susurró Rebeca al oído—. ¿Cariño?

Por la nariz emitía unos silbidos. El ritmo del corazón era

regular. Un estentóreo ronquido la sobresaltó e hizo que el jerbo se escabullera buscando refugio. Se había sumido en el profundo sueño propiciado por el ocio. Rebeca se acercó a la mesilla. Alargó la mano hasta el objeto que reposaba bajo el fajín y levantando la banda de satén amarillo, sonrió para sí. Su órgano estaba a salvo conservado en salmuera. Después de guardar el frasco en su atillo, salió a los jardines en busca de Cuervo.

La niña permanecía sentada con aire abatido en un banco; los pavos reales merodeaban a su alrededor. Los rayos de sol caían sobre su pelo. No quedaba ni huella del vigor del que antaño hacía gala su nieta. Tenía los ojos apagados, las manos desmayadas en los costados y los labios resecos y macilentos. Rebeca la rodeó con sus brazos.

—Mi padre invitó a mi madre a la guerra y ahora tengo mucha sed. Yo le di el valor, pero se llevó a ella.

—Hija, la sed está en tu cabeza. No la han provocado ni el sol ni tu padre, sino tu propia tristeza. No confíes en los otros para aplacar tu sed. ¿Quieres luchar? Pues ven conmigo. Te enseñaré un mundo en el que sólo para seguir respirando hay que librar una lucha inacabable.

El Rabino Tuerto besó el único pergamino de la Torah, depositado en la alta caja de madera que reposaba en el ancho anaquel del arca de encima del pulpito. Con una sola Torah, la espaciosa arca presentaba un miserable aspecto de desnudez. De haber dispuesto de los medios para conseguir seis libros sagrados más para la sinagoga, se habría considerado un hombre feliz. Después de dedicar una reverencia a la Torah, cerró las puertas del arca, caminó un momento y, apoyado en su bastón, entornó los ojos para ver mejor las borrosas imágenes que contrastaban con la santidad de su templo. Antes de identificarla, reconoció el ofensivo brillo del chador, el impúdico repiqueteo de las sandalias y la desvergonzada aureola de los rizos dorados, y dio un bastonazo en el pulpito, con el endeble cuerpo vacilante como la rama de un sauce.

—¡Mujer impura! ¿Cómo osas entrar aquí?

Rebeca se acercó con Cuervo a su lado, que observaba aquel

curioso mundo a través de las ranuras de una máscara. La novedad de aquellos polvorientos callejones la llenaba de ebriedad, así como la desvencijada sinagoga y el Rabino Tuerto que temblaba tanto de cólera como a causa de la edad, como si fuera a morirse delante de ellas.

—He venido a implorar cobijo —gritó Rebeca para que la oyera el rabino.

El Rabino Tuerto acercó la punta del dedo al ojo de vidrio y se enjugó una lágrima.

—¡Límpiate esa boca! No profieras tal blasfemia. ¡Este lugar da cobijo a los ángeles y sus libros sagrados, no a rameras! —Se llevó con precipitación la mano a la boca como si quisiera impedir la salida de la palabra que acaba de proferir.

Rebeca sintió deseos de mostrarle un hombro, de entornar los ojos y bajar los párpados, de susurrarle tal vez al oído promesas de placer.

—Dentro de poco, los guardias de palacio vendrán a buscarnos. Nos ahorcarán. Un templo es una casa de compasión. ¿Adonde podríamos ir, si no?

—¿Qué has hecho ahora?

—He amado —declaró.

—¡Muérdete esa indecente lengua! —Bajó cojeando del pulpito —. No sólo te has acostado con los nuestros, sino con los incircuncisos. ¡Eso es lo que has hecho! —Se propinó un manotazo en la calva, en la que la kipá se aferraba a un resto de cabellos—. Que recaiga la maldición sobre mí y mis antepasados por pronunciar tales palabras en la casa del Señor. —La apuntó con un sarmentoso dedo—. ¡Retírate de aquí, mujer impura!

Con Cuervo de la mano, Rebeca se fue caminando más allá del rabino arrodillado hasta el fondo del templo, donde apartó la simple tela que separaba la zona de oración de la vivienda del anciano y allí se instaló, en el colchón de paja del centro, al lado de su nieta.

Rebeca movió la mano sobre la cicatriz, el candado de sus recuerdos. En aquella sinagoga, una vez su madre le mostró un pergamino, el decreto del fin de su infancia, la prueba de que Jacob el Huérfano la había tomado por esposa. Ni ella ni su madre podían prever la cruel brusquedad con que Jacob le arrebataría la

inocencia.

Ahora, con el ánimo templado por el rencor del tiempo y decidida a someter la religión a sus deseos, había regresado con su nieta, la princesa de Persia.

El rabino levantó las manos en oración y dio las gracias a Dios por haber hecho salir a la ramera. Después de ponerse trabajosamente en pie, se fue cojeando hasta su habitación, que contenía un colchón, una jofaina, unos cuantos libros de plegarias y un hornillo para alumbrarse, calentarse y cocinar. Se inclinó cerca de la cara de Rebeca y se tapó con precipitación los ojos para borrar la imagen de la mujer sin velo, cuya boca tenía el color del mal. Con un febril palpito en el corazón, murmuró una serie de oraciones absolutorias a un Señor que lo había abandonado.

Rebeca dio un codazo a Cuervo, que se quitó la máscara, de improviso transformada en la imagen de la virtud.

—¿Va a ofrecer esta niña a los verdugos?

El anciano agitó las manos en el aire, como si invocara el techo.

—¡Es como algodón! La maldición de los padres se abatirá sobre su descendencia.

Con un rubor morado en las mejillas, Cuervo posó la mano en la nuca del rabino y lo forzó a obedecer.

—Exprese el debido respeto a su futura reina. Nos vamos a quedar y no hay más que decir.

Después tendió el chador sobre el colchón y se acostó al lado de su abuela.

■

Capítulo 33

NARCISO abrió de golpe los ojos. Sentía el cuerpo pesado como plomo y un hormigueo como si un millón de insectos le recorrieran las venas. Dirigió la mirada a la repisa para consultar el reloj de arena. ¿Cuántas veces se habría puesto y salido el sol? ¿Una, dos o tres? Alargó la mano hasta la mesilla contigua a la cama y con gran dificultad alzó la jarra de agua y se la vació en la cara. Jadeante, trató de rememorar los días anteriores: el Shah había partido a la guerra con Polvo de Oro. El había ido a las caballerizas y había elegido Dor, el más rápido y brioso pura raza. Rebeca había ido a visitarlo. Lanzó un suspiro. El opio. Le había puesto más de un supositorio. Tenía la boca seca como estopa. Rebeca había estado allí. Le había introducido el opio. No, había sido él. ¿Cuándo se fue? ¿Había colaborado él en la elaboración de la estrategia de guerra? Polvo de Oro no volvería nunca. No era posible, con aquella cincha mala y la velocidad y temperamento del semental. Notaba una palpitación en la próstata y un ardor en el recto.

Debía ir a los baños para quitarse el hedor a opio, sangre y roedor. Con la vista borrosa, se puso los bombachos y se abrochó el chaleco. Después tendió la mano hacia la faja, y la retiró con precipitación. Se quedó mirando, aturdido, la tira de satén desmadejada, sin vida. ¡Su frasco!

Lo castraron de cuajo. Con un corte limpio. Le ofrecieron el órgano de su virilidad conservado en salmuera. Puedes estar agradecido, le dijeron. Entraría en el otro mundo como un hombre

completo; las huríes vírgenes del paraíso y una miríada de concubinas le besarían las plantas de los pies.

Zarandeó el fajín. Luego se arrojó sobre la mesa. ¡El frasco! Hundió las manos en la jarra de agua. Los cuencos de azúcar y opio se estrellaron en el suelo. Los restos le lastimaron los pies. Se zambulló bajo las sábanas, buscó bajo la mesa. Abrió el arcón de ropa e hizo volar telas rojas, amarillas y verdes por la habitación.

—¡Estoy condenado! —chilló, dando cabezazos contra la pared.

Narciso clavaba los talones en las costillas de la jadeante montura mientras maldecía el mundo y todos sus habitantes. No podía creer en la audacia de Rebeca. Se había llevado a Cuervo de la mano por las puertas de palacio ante la vista de los guardias. Se había vuelto tan poderosa que los centinelas no le ponían cortapisas. El caballo se abría paso entre las angostas callejas del Barrio Judío y el populacho se escabullía, apartándose de los resoplidos del animal y de las obscenidades que brotaban de los morados labios del eunuco.

Tras detenerse formando una gran polvareda delante de la casa de Rebeca, se bajó de la silla y acometió con toda su fuerza contra la puerta que antaño había albergado sus más intrigantes fantasías. Sus agudos gritos provocaron un coro de ladridos de una manada de famélicos perros. Una nube de moscas daba vueltas en torno a sus orejas, pero la puerta de Rebeca seguía sin ceder.

Volvió a montar y se dirigió al galope al basurero, el corazón del barrio, el lugar donde primero circulaban las noticias.

—¡Oídme! ¡Oídme todos! —gritaba a pleno pulmón mientras el imponente caballo rodeaba el montículo de desperdicios—. Recibirá una cuantiosa recompensa aquel que rebele el paradero de Rebeca la Tratante de Telas.

Cual ojos metálicos, los puestos callejeros cerraron con estrépito los párpados. Los comerciantes consideraron más prudente interrumpir la actividad como medida preventiva ante el mal presagio perceptible en el aire.

El eunuco gritó encolerizado el delito cometido por Rebeca.

—La ramera secuestró a la princesa Cuervo. Si no aparece antes del regreso del Shah, el barrio será incendiado.

Otras tiendas cerraron y sus propietarios salieron con sigilo por la puerta trasera. Los buhoneros se cargaron las mercancías al hombro y abandonaron con precipitación el bazar. Las mujeres corrieron los cerrojos de sus casas y las nodrizas metieron los pezones en la boca de los pequeños para acallar su llanto. Los roedores y los perros callejeros que se alimentaban en el basurero se dispersaron.

—Honorable *Agha*, ¿buscáis a Rebeca la Tratante de Telas?

El eunuco descendió la mirada hasta el montón de carne desparramada en una carretilla. Un hombre demacrado que parecía al borde de la extenuación tiraba de la carretilla. La mujer despidió un olor agrio mientras pugnaba por controlar una cavernosa tos que le hizo vibrar los pliegues del cuerpo.

—¿Dónde está Rebeca la ramera? —preguntó con suspicacia Narciso.

El escuálido individuo se quitó las correas de cuero de la cintura y se dejó caer en el suelo.

—Heshmat —rogó—. Ocupémonos de nuestra propia miseria.

—Cállate o te cortaré la lengua —espetó la casamentera antes de volverse hacia el eunuco con la cara desfigurada por una repentina sonrisa—. Respetuoso *Agha*, mi marido es un hombre sencillo, que no entiende. Yo, por mi parte, soy Heshmat la Casamentera. Soy el engrudo que une el hombre y la mujer y conozco los misteriosos laberintos del amor. —Bajó la voz—. Hace muchos años, pensé en casar a la hija de Rebeca con un respetable carnicero, pero decidí que estaba destinada a una vida mejor, y no me equivocaba.

—Por favor, Heshmat —insistió su esposo, rodeándole el tobillo con su huesuda mano—, no vendas a tu propia gente a los gentiles.

Narciso introdujo la mano en los bolsillos y mostró un puñado de monedas.

—Dígame la verdad, y aún le daré más.

La casamentera tomó el dinero y se lo metió entre los pliegues del vientre.

—Tome el callejón de la derecha. Al final, encontrará la sinagoga del Rabino Tuerto. Que Moisés guíe sus pasos.

Rebeca oyó las coléricas maldiciones, el violento repiqueteo de cascos y los relinchos del caballo. Tras guardar el frasco de salmuera en el bolsillo, salió al recinto del templo. Al apretar los dedos en torno a la muñeca de Cuervo, notó la velocidad de su pulso.

—Cálmate, hija.

—Eres tú quien debe calmarse, abuela —replicó Cuervo, con una picara sonrisa.

El ruido de cascos cesó de forma brusca ante la puerta. Rebeca escuchó el restallido de la brida y dedujo que el eunuco había desmontado. Entonces subió las escaleras del pulpito hacia el arca y abrió la doble puerta. Cuervo se subió al arca y se situó a un lado del libro sagrado; Rebeca se agazapó en el otro, antes de cerrar.

El grito del eunuco se hizo más audible a medida que avanzaba hacia el pulpito.

—¡Rebeca! Devuélveme el frasco y quedarás libre.

El alboroto hizo segregar una agradable humedad en la boca de Cuervo, calmando la sed que la había atormentado desde la marcha de su padre. Pegó la oreja a la madera, y entre los chillidos del eunuco percibió el repiqueteo de un bastón sobre las losas del suelo.

—Se encuentra en la casa de Dios —le recordó el Rabino Tuerto, con voz que se resistía a salir de los débiles pulmones—. No mencione el nombre de las rameras.

—Pues usted ha dado refugio a una, anciano —replicó Narciso —. ¿Ahora le produce escrúpulos la mención de su nombre?

—¿Quién le ha dado esa blasfema información? —inquirió, descargando un contundente golpe con el bastón.

Rebeca sonrió. Al final, tal vez había encontrado a Dios en un rabino con un ojo de vidrio.

—Eso da igual —vociferó el eunuco.

—Sí tiene importancia, amigo mío. Yo tengo muchos enemigos en este gueto… como les sucede a todos los emisarios de Dios. Nosotros tratamos de imponer orden en la comunidad. El orden es restrictivo y los hombres se rebelan ante él. Uno de esos enemigos debe de haberle mentido.

—¡Quítese de mí camino, anciano!

Rebeca y su nieta oyeron pasos, unos suaves y vacilantes, ayudados por un báculo, y los otros rápidos y airados, impulsados

por la carencia. Recorrieron el templo, entraron en la zona de vivienda y volvieron a la nave. Las voces sonaron más próximas, en los escalones, en el pulpito… hasta detenerse delante del arca.

—¿Qué hay aquí?

—La sagrada Torah.

—Déjeme ver ese libro suyo —ordenó el eunuco.

El rabino entreabrió las dos hojas de madera del arca, con lo cual quedó visible la Torah, de pie en el centro del anaquel.

El eunuco calculó el tamaño de la Torah. Si se retiraban los pergaminos de la caja de madera, Cuervo podría esconderse en su interior.

—¿Qué hay adentro?

—No está permitido abrirla.

—¡Apártese! La abriré yo mismo.

—Antes de tocar y mancillar la Torah tendrá que matarme —declaró el rabino con firme voz, liberada del temblor de la edad—, y nunca saldrá con vida de aquí.

—¿Insinúa que usted me va a matar a mí? —La carcajada del eunuco resonó, hiriente, en los tímpanos de Rebeca.

—No —repuso el rabino—. Lo harán los judíos.

—¡Entonces abra usted mismo la caja! —se mofó el eunuco—. Así la protegerá del contacto de manos infieles.

—¡No puedo! —exclamó el rabino—. Sólo nuestros sagrados superiores, los *cohanim*, pueden tocar el pergamino. Si la persona que ha pecado posa la vista en la Torah, será fulminada.

Rebeca sintió el acelerado pulso de la sangre en las sienes. Imaginaba a los dos hombres frente a frente. Uno, transformado en guerrero por la fe en su libro santo, y el otro, un creyente de la magia negra, cuya alma constituía un fértil terreno para el terror.

—Si nunca ha pecado, pase y abra la caja.

Rebeca oyó el roce de las babuchas del eunuco y la trabajosa respiración del Rabino Tuerto. Estaba pegada a las paredes del arca, comprimida tras una de las hojas de la puerta, en tanto que Cuervo ocupaba el lado contrario. ¿Se atrevería el eunuco a sacar el libro de su santuario? Como era pesado, tendría que forcejear para moverlo, con lo cual acabaría abriendo las puertas del armario y localizándolas.

Narciso tocó la manecilla, apoyó la mano en la madera pulida, la

hizo girar unos milímetros y paró, como si aguardase la amonestación de un Ser Supremo.

La manecilla emitió un seco chirrido.

—No osará —musitó, con un hilo de voz, el rabino.

Narciso se aclaró la garganta.

—Yo soy el jefe de eunucos y obro como me place.

Del interior del arca brotó una retumbante voz de barítono, que con prodigiosa potencia se propagó hasta rebotar en todos los rincones del templo.

—¡Guárdate de la ira del Señor!

El rabino se vino abajo y hundió la cabeza entre los brazos para protegerse los oídos de la cólera de Jehová.

El eunuco soltó la manecilla y, centímetro a centímetro, se apartó del arca.

—¡Narciso! —tronó la voz—. De todos los pecados que has cometido, éste no te lo voy a perdonar. ¡Sal de mi templo y no vuelvas a profanarlo más!

Rebeca oyó los sollozos del rabino y los precipitados pasos del eunuco, hasta que se apagaron. Imaginaba el brillo triunfal que debían de tener los ojos de Cuervo. Merecía que Dios bendijera su pícaro corazón.

Resolvió aguardar a que el rabino se fuera. Puesto que no las había descubierto en el interior del arca, no había necesidad de agregar otra ofensa a sus sagradas convicciones. Más tarde volvería y le ofrecería un ramillete de menta.

El rabino llamó con los nudillos a la puerta.

—Rebeca, mi hijo vive cerca de aquí. Su casa es un lugar seguro. Si el Señor considera adecuado hacer oír su voz en tu presencia, yo no soy quien para echarte.

■

Capítulo 34

DESDE la cima de la montaña, el Shah tendió la mirada en busca de Polvo de Oro. Quería compartir aquella embriagadora victoria con su favorita. Coronado por las nubes, tenía a sus pies el universo, y el enemigo vencido bajo la calcinante lava del volcán. Ojalá hubiera estado allí su padre. Aun con las facultades mermadas a causa de la locura, habría aplaudido el triunfo de su hijo.

Ojalá hubiera estado también Cuervo. Sus elogios habrían sido más dulces que la música de las huríes. Ambos tenían la misma sangre, pero ella era implacable, fuerte y valiente. La soledad de la Jaula había forjado su carácter, en tanto que el de ella era herencia de sus antepasados. De regreso a la ciudad, hablaría con ella de su futuro. Le había prometido educarla como un hombre, fuerte y despiadada, capaz de valerse por sí misma. Sí, reconoció para sus adentros, así lo había hecho. No quería repetir el error de su difunto padre y dejar consumir el alma de su hija en la mazmorra de la soledad. Le dejaría rienda suelta para que obrara de acuerdo con sus aspiraciones. Ella era capaz de afrontar arriesgadas experiencias. La sangre de su difunto padre corría por sus venas.

La dejaría elegir marido. Soportaría el dolor de tener que compartirla con otro y aceptaría como recompensa su gratitud.

Un cuervo muerto cayó delante del caballo, dejando una mancha de negras plumas en las rojizas rocas. Los buitres se abalanzaron para disputarse el cadáver. Aquellas fúnebres aves de mal agüero se encontraban por todas partes, en las ciudades, en los desiertos y en

las cumbres de las montañas. ¿Por qué aquella premonición después de tan rotunda victoria? Desvió la mirada de aquella escena para tenderla sobre el horizonte. El semental castaño de Polvo de Oro se recortaba, sin silla, en el paisaje. El caballo del general Darío pastaba cerca. La guardia imperial había bajado los escudos. El Shah frunció el entrecejo.

Puso el corcel al galope y bordeó el rocoso paso, cuyo escarpado sendero habían desgastado los cascos de las monturas. Envuelto en una nube de polvo, tiró de las riendas junto a los dos animales sin jinete, desmontó y corrió hacia el general y la guardia real.

Polvo de Oro yacía a sus pies como un montón de metal bruñido, encima de una roca. Estaba tendida en una extraña posición, con los brazos torcidos y las piernas entrelazadas. Nadie se había atrevido a quitarle la armadura, que parecía el único soporte que le mantenía unido el cuerpo. Tenía los ojos cerrados.

El Shah cayó de rodillas. ¿Cómo podía haber muerto? ¿Cómo podía haberlo derrotado Alá después de tan magnífico triunfo? ¡Maldito Narciso! Maldito él mismo por haber seguido los consejos del eunuco. El Shah tomó la cabeza de Polvo de Oro entre sus manos.

Un torrente de lágrimas comenzó a surcar sus mejillas. El corazón del rey se aceleró con renovada esperanza. Aquello debía de ser una buena señal. Nunca hasta entonces la había visto llorar. Le pasó los dedos por la cara y el cuello, y le palpó el cráneo en busca de fracturas. No osó quitarle la armadura. ¿Por qué tenía el cuerpo tan retorcido? Ni la peor caída podría haber roto tantos huesos. La armadura tenía que haberla protegido. Debe vivir, se repetía a sí mismo, como si las palabras tuvieran poderes curativos.

—He perdido la silla de caballo —murmuró, desencajada por el dolor—. Siento como si me pesaran los huesos.

El general Darío permanecía, cabizbajo, junto a Polvo de Oro, con su silla colgando de la mano. La había revisado y había reparado en la mala calidad de la cincha. Entonces decidió no ahondar la pena del rey y mantener secreta aquella información hasta el regreso del ejército.

Rehusando la ayuda de sus hombres, con sumo cuidado, el rey retiró el collar y el peto de la armadura de Polvo de Oro. Ella lo miraba con aire melancólico, con la cara bañada en lágrimas.

—Tienes que ver la tumba del enemigo —dijo.

Quedó demudado al ver su cuerpo. Retrocedió con horror ante lo que quedaba de sus atractivas redondeces de antes. La columna vertebral era un arco plegable incapaz de sostenerla. Los brazos y piernas caían desmadejados a los lados.

Polvo de Oro cerró los ojos, de los que seguían manando lágrimas.

—No puedo parar de llorar.

El *hakim* del ejército la examinó y se quedó pensativo. Era como si los huesos de la favorita se hubieran convertido en escombros. ¿Tendría alguna extraña enfermedad que le habría podrido los huesos, privado de su firmeza y alterado su consistencia? Se arrodilló para oler las articulaciones y percibió el aroma a rosas que desprendían. Localizó el corazón y oyó sus fuertes latidos. Cogió una hierba de la grieta en la roca y la hizo soplar sobre ella. El vigor de la respiración demostraba que los pulmones no estaban afectados. Guardó silencio un momento, absorto en reflexión, antes de hablar con el Shah.

—Alteza, durante mis largos años de práctica, nunca he visto nada igual. Al margen de la caída, algo se ha deteriorado en el interior del cuerpo de la favorita. Debemos regresar sin demora para consultar a otros expertos.

Construyeron una camilla para transportar a Polvo de Oro, provista de un toldo para protegerla del ardiente sol. El portador del agua caminaba con el burro a su lado y filtraba agua a través de carbón para purificarla y apagar su sed.

Entre los inaccesibles riscos, donde a duras penas podían pasar dos soldados de frente, la procesión de afligidos vencedores inició el descenso hacia la capital. La ruta que habían tomado anteriormente parecía impracticable ahora, bordeada de estrechos arroyos portadores de cólera, parásitos intestinales y fiebres propiciados por la multitud de cadáveres.

Cuando la melancólica expresión de los ojos de Polvo de Oro se transformó en resignación, el Shah la levantó de la camilla y la llevó en su regazo a caballo. Al caer la noche, el rey enrollaba el toldo para que pudiera contar las estrellas en el diáfano cielo y seguir la transformación de la luna.

—Siento una desesperación inmensa —confesó Polvo de Oro—.

Las lágrimas que recé obtener no paran de brotar ahora.

El rey enroscó un mechón de su pelo en los dedos y le dio un suave tirón.

—Haremos venir a los mejores *hakim*. Ellos encontrarán una cura.

—¿Qué cura hay para los huesos que antaño albergaron emociones? —contestó ella con un suspiro.

El Shah cerró la visera y emitió un inarticulado lamento; los metálicos sollozos resonaron en el interior del yelmo.

—Debe de haber una cura para una sultana a cuyos pies se postra el Shah.

Polvo de Oro sabía, no obstante, que aquella vez ni el poderoso rey ni todas las riquezas de sus arcas podrían sanarla. La caída no podía haber sido la única causa de los huesos rotos. Durante años, había escuchado la queja de su médula mientras anhelaba el amor de un humilde acróbata, mientras su madre se sumergía más y más en su propia obsesión, mientras daba a luz a una hija sin color dotada de extrañas pasiones y mientras veía cómo su hombre se sumergía en su propia hija, su Cuervo. Ahora sus huesos se habían por fin rendido, como corazones apabullados de dolor. Rehuyó la mirada del Shah. Era demasiado tarde. Las lágrimas del soberano habían perdido la capacidad de curar.

El ejército se aproximó a la falda de las montañas. Los caminos de cabras tomaron el relevo a los angostos pasos. A lomos de su corcel negro, la figura del Shah se recortaba inquieta sobre el gris del crepúsculo o el arrebol del amanecer, animando a avanzar a los soldados. Tras él, las montañas captaban la tenue luz de la luna o el esplendor de un sol levante carente de poder de resurrección.

Durante el día, se detenían a llenar los odres con agua de los *ghanats*, o para cazar cabras con que comer. Durante las escasas horas en que descansaban, las hogueras mantenían los animales salvajes a raya.

Por la noche, el Shah era una lóbrega silueta que recorría el campamento, con el cabello agitado por la brisa. De vez en cuando, el tintineo de las campanas de los camellos quebraba la quietud de la noche. Los ásperos gritos de los muleros y los desanimados cantos de los caravaneros del desierto dejaban quedos ecos y, acompañada del opresivo silencio y las interminables lágrimas de la favorita, la

pena del impaciente Shah, que aguardaba el alba para reanudar la marcha, encogía el corazón a todos.

El triunfal ejército persa entró en la capital. No manifestaba, sin embargo, ninguna señal de júbilo. En su impaciencia por llegar al palacio, el rey había forzado hasta el límite a sus hombres, cuyos rostros manchados de polvo eran máscaras de fatiga. Los caballos jadeaban echando espuma por la boca, con los cascos desgastados hasta la ranilla. El pueblo salió con jarras y llenó de agua fresca los yelmos de los soldados. Las flores de hielo flotaban el aire y la gente roció de agua de rosas los cascos de los caballos. Los eunucos de palacio adornaron la cabeza de las monturas con relucientes escarapelas y las bridas con entorchados de platas. Hombres y mujeres se postraron a la vista del rey.

Un susurro brotó de una boca y recibió eco en otra, y en otra, hasta convertirse en un gemido que amenazaba con envenenar el fragante aire.

—¿Es el general Darío el que va a la cabeza del ejército?

—¿Por qué lleva una silla de montar a la espalda?

—¿Quién es esa forma desmadejada que lleva el Shah en el regazo?

—¿Es la favorita?

—¡Polvo de Oro!

Las fúnebres palabras viajaron con el viento por encima de los jardines de Ruh'Alá el Espíritu de Dios, por encima de la casa de la anciana Zoroastra, por encima del templo del Rabino Tuerto, y entraron en la vivienda del hijo de éste.

Tras dar las gracias al hombre, dejó a *Venus* en su patio y emprendió camino hacia palacio con Cuervo.

Fue un largo y arduo recorrido plagado de gente y rumores.

—El Shah y sus hombres acaban de traspasar las puertas de la ciudad.

—Han vencido al enemigo, pero el Shah ha prohibido toda muestra de júbilo.

Rebeca agarró por el brazo a uno de los soldados.

—¿Por qué?

—Nadie debe celebrar la derrota sobre los árabes, mongoles y Timur el Cojo hasta que la favorita se recupere.

Con el corazón roído por los comentarios, Rebeca se decía que

no eran más que habladurías, producto de la envidia. Ella había llevado con dignidad la marca que había acompañado el nacimiento de su hija. Se había abierto de piernas ante los hombres, que olían a hierro, a manteca y a codicia, todo para poder criar a Polvo de Oro. Había pegado la boca a la pestilente ranura de un eunuco a fin de asegurar su futuro. Aquel viaje debía tener un significado diferente, un final distinto. Su hija no podía morir en una guerra sin sentido.

—¿Dónde está Narciso? —preguntó al soldado.

—Dicen que no ha podido salir a recibir al rey porque está en cama con fiebre y grandes dolores de estómago.

El muy rastrero sabía que ningún hombre, fuera cual fuese su crimen, iba a ser castigado y ejecutado si no estaba en condiciones de asistir al juicio. De todas maneras, no se saldría con la suya. De eso se encargaría ella. Ya podía esconderse. Ella tenía su tesoro. Acudiría por su cuenta a buscarlo.

Envueltas en los velos, nadie reconoció a Rebeca y a Cuervo mientras se abrían paso entre la infantería. Rebeca tenía que esforzarse por retener a la chiquilla que, ignorante de que la columna tenía muchos *farsangs* de longitud, estaba ansiosa por correr hasta la cabeza de la procesión para ver a su padre.

Tenía ganas de borrar la sonrisa instalada en la cara de Cuervo, taparle la boca para contener el canturreo de la garganta, zarandearla para eliminar su paso danzarín. ¿Acaso no tenía conciencia de la enormidad de su miedo?

—*Granmadar* —le susurró su nieta al oído—, hemos ganado la guerra. No estés triste. Nadie ha ganado una batalla sin sufrir algunas bajas.

Rebeca propinó un par de bofetadas a Cuervo.

—¡Es mi hija!

—Y mi madre —replicó ella, mientras la marca de la mano de Rebeca se propagaba como un escorpión en sus mejillas—. Sacrificar una y otra por el imperio no es una gran pérdida —declaró, encaminándose a palacio.

Detrás de los ojos de Rebeca se formó una algodonosa nube que le dejó la mente en blanco. Nada importaba, salvo el esfuerzo para mover las piernas.

Un hombre murmuró algo a su lado. ¿Qué decía? ¿Le hablaba a ella? Nada importaba. Aceleró al paso. Sintió un golpe en el hombro

y apartó al individuo con un codazo. Tenía que seguir avanzando.

—Tengo un mensaje urgente para usted.

Rebeca cerró la mano sobre la nota que el hombre le entregó. Nada importaba. El hombre la tomó del brazo. Ella se zafó para mirarlo de cara y tuvo la impresión de que en un pasado que prefería olvidar, había visto a ese individuo. ¿Qué quería de ella? Ni siquiera ahora iban a dejarla en paz. Se precipitó entre la multitud hacia palacio, sin poner mientes en los codazos en las costillas, los pisotones y el olor de personas que llevaban semanas sin lavarse. Procuró concentrarse pese al hielo que le paralizaba el pensamiento. El paso por la entrada principal no presentaría ningún problema, pero si Polvo de Oro estaba herida de gravedad o muy enferma, tal vez no la dejarían ir a verla a la enfermería.

En las puertas de palacio, dos guardias le confiaron que hacía horas que habían trasladado a la favorita al harén a través de las Puertas de la Felicidad.

Por las venas de Rebeca la sangre volvió a correr con nueva vida. Polvo de Oro no había contraído la peste, porque si no, la habrían aislado. No estaba malherida, ya que en tal caso la habrían llevado a la enfermería.

En la antesala del dormitorio de Polvo de Oro, Rebeca abrió la mano y alisó la nota, mojada y arrugada a causa del sudor.

«Han pasado los años, pero el brillo malva de sus ojos y el arrebol de sus pies desnudos me siguen acompañando cada día. No dejo de lamentar ni un minuto haberla alejado de aquí ese día. Acepte, por favor, mis remordimientos. ¿Puedo ayudarla?

Ruh'Alá el Espíritu de Dios.»

El día en que se vio despojada de los últimos jirones de dignidad volvió a su memoria. El peso de la bolsa de oro que él le ofreció le producía aún dolor en el regazo. Todos la compraban con monedas, hasta el honorable mercader. ¿Servirían sus riquezas para curar a su hija? ¿A qué venía el remordimiento ahora? ¿Acaso había casado a su hijo, y por eso ya no suponía ninguna amenaza la hija de una ramera? Con un martilleo en el oído que reproducía el galope de su corazón, entró en la habitación de Polvo de Oro y se detuvo a su lado. Su hija yacía en el diván, con un reguero de lágrimas en las mejillas. Era como si los huesos se le hubieran transformado en goma. Aquel cuerpo sin vida no era el de su hija, su Oro, la

muchacha a quien había exhibido por el Barrio Judío, la muchacha que tenía un precioso ojo un poco estrábico, la muchacha que no lloraba nunca. No. Aquello era un saco de huesos informes. Una cara de lágrimas.

Capítulo 35

UNA tos seca y un torrente de lágrimas sustituyeron la arrolladora risa de Polvo de Oro. El *hakim* dictaminó que la tos se debía a la acumulación de polvo de tuétano en los pulmones, pero ignoraba cuál era el origen del llanto. Cinco veces al día, debía beber una infusión de semillas de membrillo para aliviar la tos. Al atardecer soportaba la aplicación de ventosas calientes, que succionaban los demonios malignos y le dejaban marcas púrpura en la piel.

Al alba, despertaba para sufrir el dolor de las sanguijuelas, que aspiraban la sangre corrompida que se consideraba la causante de la enfermedad. Ella miraba los animales, que ahítos de su sangre, aumentaban de modo espectacular de tamaño.

—Pronto me van a dejar sin una gota de sangre.

Rebeca advirtió que las sanguijuelas la estaban privando también de su fuerza de voluntad, de modo que fue a ver al Shah y le rogó que despidiera a ese *hakim* y solicitara los servicios de otro.

El segundo *hakim*, un hombre bajito y rechoncho con una barba de rizos teñidos acudía al harén todos los días a la caída del sol. Administraba a Polvo de Oro una cucharada de aceite de *taryak* hecho con pétalos y cápsulas de amapolas a fin de contener las lágrimas. Nunca dejaba la botella de *taryak* a cargo de la favorita, pues una dosis excesiva podía servir para poner fin de forma definitiva a los sufrimientos de un paciente.

Dado que ningún varón podía tocar a la sultana, todos los días, a través de un tubo, el *hakim* olía su cuerpo totalmente cubierto con

objeto de detectar posibles olores pútridos. Aparte de la fragancia de rosas negras que el Shah dejaba tras de sí, ella no desprendía sin embargo ningún olor inusual. El *hakim* enderezó la espalda e hinchó los carrillos.

—Está claro que la favorita padece una lepra de los huesos y una misteriosa enfermedad de los conductos lacrimales. Le recetaré una activa sudoración destinada a eliminar las toxinas.

Sobre un maniquí, mostró a las esclavas cómo debían frotar a Polvo de Oro con polvo de hueso de albaricoque para abrirle los poros y facilitar la expulsión de la enfermedad, después rociar de harina de linaza el cuerpo, aplicarle friegas con ella y luego envolverla con varias pieles de cabra para facilitar la sudoración.

Polvo de Oro enflaqueció tanto que parecía haber perdido hasta los ablandados huesos.

—¡Es hora de probar un remedio diferente! —declaró Rebeca, con los brazos en jarras.

—Fumigaremos el harén para ahuyentar el mal de ojo —prescribió el médico.

Rebeca lo despidió en el acto.

El tercer *hakhn*, un letrado judío, presentaba unas largas y finas piernas, brazos desmayados y unos huesudos dedos con los que escribía anotaciones en los márgenes de un libro de boticario. Cuando le informaron de que no podía tocar la muñeca de Polvo de Oro, la ató con un cordel y desde el extremo le contó las pulsaciones.

—Lento —concluyó—. Flemático. Evidencia de un sistema digestivo perturbado.

Preparó una mezcla con polvo de magnesio, aceite de castor y sulfato de sodio para purgar los intestinos de la favorita. Una semana después, recetó baños de permanganato y una vigorosa friega con jabón de arcilla y cenizas con objeto de destruir los malignos elementos que se habían adherido a la piel y multiplicado allí. La tercera semana, le dio un tazón de un fuerte purgante, cuyo repulsivo olor hizo abandonar a toda prisa la habitación a Miel.

—¡La está matando! —gritó Rebeca, agarrando al médico por el cuello—. ¡De tanta tos, lágrimas y sudor, ha expulsado hasta la última gota de vida!

El *hakim* golpeó el suelo con el bastón, temblando de

indignación.

—No puedo hacer nada mejor si no me permiten examinarla como se debe. ¡Fíjese en su hija! Está tapada de pies a cabeza como si llevara una mortaja. Si un *hakim* no es un *mahram* y un confidente del harén, ¿quién lo es? ¿Debo cortarme el miembro viril para poder examinarla?

—No se dé por vencido. —Rebeca lo aferró por la manga—. Ya no queda otro médico en el imperio.

—¡Vaya a decirle al Shah —indicó, malhumorado— que yo soy judío y que, como el resto de los judíos perseguidos, he perdido mi hombría hace tiempo!

Rebeca aguardó en el umbral del Salón de Ceremonias, revestido de pesadas colgaduras del color de la sangre. En una tarima central, Cuervo ocupaba un trono de alto respaldo, vestida con varias capas de muselina de color crema. Una serpiente dorada con ojos de rubí se enroscaba en torno a su brazo desnudo. El rey, ataviado con una capa de azul real orlada con ribetes plateados, permanecía a su lado.

Desde el día en que su hija había regresado de la guerra, dado que Narciso estaba incapacitado, el Shah dependía de las visitas diarias de Rebeca para mantenerse al corriente del tratamiento de la favorita y de los rumores que circulaban afuera.

El Shah indicó a Rebeca que se acercase. Ella se aproximó con un contoneo que produjo suaves ondulaciones en el criador. Aun cuando llevaba un velo holgado sobre la cabeza que le cubría parte del pelo, la cara estaba al descubierto, y aún disfrutaba de la expresión de incomodidad que lucían los hombres en su presencia.

Bajó la mirada, pero no se postró.

—Mi Shah, os pido que permitáis que el *hakim* examine como es preciso a Polvo de Oro sin el estorbo de la ropa.

El Shah hendió el aire con el dedo.

—Ningún desconocido posará la vista sobre el cuerpo desnudo de nuestra favorita.

Con un revuelo de tela y las mejillas enrojecidas por la furia, Cuervo descendió del trono. Su padre se comportaba como un adolescente transido de amor. ¿Por qué era tan protector con su madre? ¿Qué importancia tenía que otro hombre la viera desnuda?

—El cuerpo de tu favorita no se parece ya al de una mujer —le

recordó con su aterciopelada voz—. Se ha desintegrado. Lo único que puede inspirar a un hombre es piedad.

Rebeca observó cómo aquella niña mujer, que nunca había sido una niña y que desafiaba las leyes de la edad, deslizaba una mano cuello abajo. Una roja uña hizo resaltar la madura hondonada que mediaba entre los pechos; la serpiente dorada centelleó en la luz y sus enjoyados ojos efectuaron un guiño de complicidad.

El Shah bajó del estrado, resuelto a no ceder. No permitiría que ningún varón tocara a la sultana y la echara a perder para siempre.

A su lado, Cuervo demoró la mano en su hombro y vertió duros susurros en su oído.

Rebeca se percató de cómo la punta del pecho de Cuervo apuñaló el brazo del rey. Humedeciéndose los labios con la lengua, fue a servirse de una jarra de agua y bebió a largos tragos. Sin respiración, con las mejillas encendidas, se volvió hacia su padre, como si éste poseyera alguna secreta poción capaz de curar su insaciable sed.

—¿No te preocupa que padezca esta continua sequedad?

Rebeca no quiso esperar la respuesta del rey. No quería que Cuervo acaparase el momento, con o sin sed.

—Alteza, han transcurrido seis semanas. Ningún *hakim*, poción, encantamiento, oración ni espíritu ha curado a mi hija. Se va a morir de tanto llorar. Nadie puede sanarla sólo con tanteos.

—Hemos hecho y seguiremos haciendo cuanto esté en nuestras manos por la sultana —aseguró con tristeza el Shah—. Pero no permitiremos que otro hombre toque a nuestra *namous*, nuestra más íntima pertenencia.

Rebeca se puso de rodillas y besó los pies del Shah, aguardando a que la pena de éste cediera y a que Cuervo acabara de salir, enfurecida, de la sala. Sólo cuando el soberano preguntó qué más quería, Rebeca alzó la mirada.

—Mi última esperanza es la anciana Zoroastra. Ella podría salvar a mi Oro.

—No Oro. Polvo de Oro. Polvo de Oro. —Hizo hincapié en cada sílaba y la paseó bajo la lengua, como si aquello pudiera traerla a la vida. Reparó en la mujer que permanecía en humilde postura ante él, y consciente del esfuerzo de que debía realizar para ello, aceptó aquella alternativa.

Al abandonar las estancias reales, Rebeca percibió un ruido de pasos tras ella. De modo que el eunuco se había atrevido a salir de su escondrijo. Se volvió de repente hacia él.

—Tengo tu pepino en conserva, Narciso —musitó, como si escupiera veneno—. No te lo devolveré hasta que Polvo de Oro esté en pie y en buena salud.

El eunuco salió de las sombras. Era un ser temeroso que había perdido toda esperanza, aquel hombre abotargado cuyos ojos resultaban apenas visibles sobre las hinchadas mejillas, con los labios inflados cubiertos de azúcar reseco. Alargó con gesto de mendigo una mano que temblaba a consecuencia del abuso del opio. Rebeca casi se apiadó de las ruinas del que antes fuera un poderoso personaje y cuya vida dependía ahora de la clemencia del Shah y de unos restos conservados en salmuera.

Narciso se puso a palparla en una desesperada búsqueda. El general Darío le había advertido que en cuanto el Shah desviara la atención de los problemas inmediatos del imperio, iba a enseñarle la cincha de la silla de Polvo de Oro. Antes de que ello ocurriera, necesitaba recuperar a toda costa su órgano.

—¿Crees que estoy loca? —susurró Rebeca, propinándole un manotazo—. ¿Pensabas que iba a llevar escondido encima tu valioso pedazo?

—Hace años —murmuró él—, los tratantes de esclavos me privaron de esta vida y ahora tú me robas la otra.

—Cariño, deberías haberlo pensado mejor antes de mandar a mi hija a la guerra —replicó—. Tu podrido pene está a salvo en mis manos. Te irás entero a ese otro mundo cuando mi hija recobre la salud. —Acto seguido, dio media vuelta y salió a toda prisa del palacio para dirigirse a la casa de las buganvillas.

La anciana Zoroastra abrió de repente los purpúreos párpados ante la intrusión. Fijó un instante la opalina mirada en ella, antes de volver a posarla en el brasero que tenía delante.

—Mi Oro se está muriendo, santa anciana —explicó Rebeca.

La mujer emitió un sonido que tanto podía ser una risa como un gemido.

—Cayó del caballo. No fue un accidente. La silla no estaba bien sujeta.

La anciana rememoró el día en que Polvo de Oro fue a verla con

su madre. Su piel tenía el resplandor de la muchacha que ha experimentado su primer periodo menstrual. Con sus poderes sobrenaturales, ella había oído el silencioso murmullo de sus huesos, una dulce música, el origen de un sinfín de emociones, melodías aún no mancilladas por el tiempo y las duras vivencias. La anciana Zoroastra movió con dificultad la lengua entre los resecos y plisados labios.

—¿Todavía produce música tu hija?

El tintineo de las pulseras de Rebeca sonó con un aire lúgubre.

—No. Desde que nació Cuervo, ya no.

La anciana Zoroastra dio un chasquido con los labios.

—Llévame hasta tu hija.

La anciana Zoroastra iba ovillada en el centro de la camilla que llevaban a hombros dos jóvenes. Aquél era el único sistema de transporte que ella aceptaba porque le procuraba el mismo ritmo sosegado de la vida. Desde el momento en que las piernas se le habían vuelto demasiado débiles para desplazarse por sí misma, sólo había ido de esa manera de casa en casa y de pueblo a aldea, respondiendo a las preguntas que le planteaban los jóvenes. La leyenda aseguraba que no tan sólo predecía el futuro sino que poseía el poder para alterarlo y que quienes ayudaban a cargar su camilla eran recompensados con el fuego sagrado.

Rebeca, que no podía ni diferenciar entre el canto de los pájaros y el alarido de su corazón, sufría mientras la vieja indicaba a los hombres que se pararan en cada esquina para permitirle examinar las cortezas medio desprendidas y las amplias ramas de los plátanos, la manera cómo se reflejaba el sol en las fosforescentes alas de las moscas, los múltiples colores de las mariposas y las caras de los niños que veía por vez primera.

Desvió, en cambio, la vista de las ofensivas columnas de malaquita, de la elaborada porcelana y de las lujosas alfombras de palacio. Había vivido demasiado tiempo para dejarse engañar por la efímera riqueza.

En los aposentos de Polvo de Oro, Miel dispuso una montaña de cojines alrededor de la anciana.

—Necesito soledad —murmuró ésta—. La madre…, la hija… nadie más.

Miel se marchó, muy envarada.

La anciana enjugó los ojos de la favorita.

—¿Por qué esas lágrimas?

—Me estoy muriendo —suspiró Polvo de Oro.

—No menciones la muerte delante de mí. Háblame del momento en que dejaron de cantar tus huesos.

Polvo de Oro cerró los ojos. ¿Sabía la anciana que fue el momento del parto el que había quebrado la armonía de sus huesos? Ella se había inclinado para recibir a su hija. Era toda blanca, como una paloma, con los ojos rodeados de plumas de cisne. Los gritos de «Albina» habían resonado por las salas y al volver, le habían horadado los huesos y puesto fin a la música.

—Se terminó con el nacimiento de Cuervo.

—Pobre pequeña —gimió la Zoroastra—. Eso es mucho tiempo para que los huesos permanezcan inactivos. Se volvieron tan débiles que ya no podían sostenerte más.

—Santa anciana, no acabo de entenderla.

—Cuando una parte del cuerpo no se usa con regularidad —explicó—, se vuelve quebradiza y acaba desmoronándose. Después del nacimiento de Cuervo, tus huesos fueron perdiendo vigor. Cuando caíste del caballo, se vinieron abajo, derramando tus emociones por todos lados y generando el caos. De todas maneras, esa debilidad en los huesos también te salvó. Si hubieran estado fuertes y rígidos, con la caída, te habrían traspasado el corazón, el hígado o el bazo y te habrían ocasionado la muerte.

Rebeca se retorció las manos como si tuviera la lengua de la vieja entre las palmas.

—¿Qué remedio hay, santa anciana?

—Existe un remedio para todos los males. Es el deseo lo que falta.

—Oro —suplicó Rebeca—. Asegúrale a la santa anciana que tienes la voluntad.

—*Madar*, he perdido el soporte que mantiene unidas mis emociones. Lo único que alcanzo a sentir es pena.

—¡Claro! —La mujer alzó el índice con gesto triunfal—. Sin la protección de los huesos, no puedes contener la tristeza ni entrever

un futuro mejor más allá del presente. Por eso derramas lágrimas sin parar.

—Niña, ¿tienes amor en tu vida?

—Por supuesto —intervino Rebeca—, el del Shah, de Cuervo, el mío.

—¡Deja que hable tu hija! Yo poseo remedios inventados en el comienzo de los tiempos que sanan cualquier enfermedad, pero que no pueden curar las mentiras ni las falsas esperanzas.

—¿Qué es el amor? —Polvo de Oro lanzó un suspiro—. Yo amo como una sultana, como hija y como madre.

—¿Has amado como una mujer?

—No lo sé. Una vez conocí a un hombre.

La anciana Zoroastra apoyó los sarmentosos dedos en la cabeza de Polvo de Oro.

—El primer paso para tu recuperación es encontrar un amante paciente que te enseñe a atender por separado las emociones, no sólo reconocer el dolor y la tristeza, sino la alegría y la esperanza. La esperanza es la argamasa de los huesos.

—Los huesos de Polvo de Oro —prosiguió, dirigiéndose a Rebeca— no se deterioraron sin la callada colaboración tuya, del Shah y de Cuervo. Libera a tu hija. Llévala hasta ese hombre que no está consumido por su imperio y por su hija. Demuéstrale que hay hombres capaces de ternura.

—¡Se han vuelto todos locos! —gritó Rebeca, incapaz de reprimirse por más tiempo—. ¡Polvo de Oro es la favorita del Shah! Ningún hombre puede verle la cara. ¿Cómo pretende que se vea con un extraño? ¡El Shah la mataría!

La anciana Zoroastra posó la mirada opalina en Rebeca.

—Te conozco bien, Rebeca. Encontrarás la manera, porque si no, las emociones alteradas de tu hija la matarán antes de que lo haga el Shah.

■

Capítulo 36

REBECA conducía a *Venus* hacia el basurero, hacia la choza de Suleimán el Ágil. Una amarga sonrisa afloró a sus labios cuando al soltar una voluta del borde del chador, reparó en el hilo dorado. Era un color vibrante, sin asomo de gris. La piel de su cara y cuerpo era lisa, la cicatriz del pecho no había perdido el vigor y el brillo de sus ojos malva no había menguado. Le gustaba mirarse al espejo y confirmar que no la afectaban los naturales estragos de la edad. Ese día, no obstante, sentía una extraña sensación adentro y un manto gris envolvía las flores, las hojas e incluso el sol. Era un gris palpable, dotado de sabor.

—Unas cuantas horas de inocente distracción levantarían el ánimo de Polvo de Oro —había argumentado ante el Shah.

—¿Qué clase de distracción? —había preguntado él.

—Un espectáculo de acróbatas —repuso.

Pensó con aflicción en las garantías dadas por la anciana Zoroastra del amor que profesaba el acróbata a su hija. ¿Pero querría todavía Polvo de Oro a aquel hombre atezado por el sol al que había desdeñado detrás de los baños?

—¡Disparates! —tronó el Shah—. ¿Quién ha propuesto este extraño remedio?

—La anciana Zoroastra que ha sido testigo del ascenso y caída de muchos Shah.

—Absurdo.

—Para distraerle la mente del cuerpo.

—¡Tonterías!

—Mi señor, sólo unas pocas horas de soledad. Hay que hacer salir a las sultanas y eunucos del Salón de las Perlas.

—¿Por qué? —inquirió con asombro.

—Para que sienta que es la única habitante de un transitorio mundo de ensueño.

El rey se sumió en profunda reflexión.

—¿No es suficiente con que ella posea el dominio en tanto que favorita nuestra?

—Gracias a vos, señor, Oro tiene cuanto pueda desear una mujer —reconoció, con la voz quebrada, Rebeca—. No me consideréis una ingrata si os digo que ella no eligió esta vida, sino que le vino impuesta. Yo soy la culpable.

Había estado a punto de besarle la mano y suplicarle compasión, pero le había mirado directamente a los ojos y le había asegurado que la favorita permanecería detrás de las cortinas y que ningún extraño la vería.

Él caminaba de un lado a otro, despidiendo destellos con las gemas del turbante. Al final se había acercado a ella, erguido en toda su estatura.

—Consentiremos este despropósito a condición de que Cuervo esté presente.

—Sí, mi Shah —había prometido Rebeca, maravillada por la habilidad con que Cuervo se había asignado el papel de agente del rey.

Ahora, con cada paso que la acercaba al basurero, el sueño de Rebeca moría un poco. No podía achacarle la responsabilidad a Polvo de Oro, que había aprendido la importancia del amor de labios de una madre que no creía en la alianza del matrimonio y que desconocía los retorcidos laberintos del amor. Con frecuencia había abrazado a su hija en el regazo y, abrumada y derrotada, le había susurrado fantásticas mentiras.

—El amor no es lo que ves o has visto en esta casa. No tiene nada que ver con Jacob ni con esos hombres que entran y salen de aquí. ¡Oh, no! Hablo de hombres que tienen un tacto suave, palabras dulces y corazón tierno.

Sí. En el fondo de sí misma, sabía, mucho antes de que se produjera, que Polvo de Oro sentiría un día en la médula la

necesidad de experimentar la existencia del hombre presente en los cuentos de hadas de su madre.

El Shah había alimentado de pasión a su hija y al mismo tiempo la había dejado hambrienta de amor. Por eso sus huesos se habían vuelto débiles y quebradizos. La Zoroastra tenía razón. Si no hubiera sido la caía de un caballo, un día, la sola presión de un dedo habría bastado para derrumbarlos.

Para algunas mujeres el amor residía en el corazón y allí se nutría; para Polvo de Oro vivía en la médula, y no había recibido la alimentación debida. Rebeca lo comprendía bien. Aquella carencia la había acompañado toda la vida.

Años atrás, cuando había lanzado a Polvo de Oro al mundo, no habría imaginado que un día iría hasta el montículo de inmundicias a rogar a un sencillo acróbata que salvara a su hija. ¿Qué le iba a decir? «Mi hija se muere por falta de amor. Es por mi culpa. Yo la enseñé a ser ambiciosa, pero olvidé quitarle todas las emociones de los huesos. Ahora éstos se han roto y sus sentimientos se han desparramado.»

Rebeca no llamó a la puerta de Suleimán. Ese día, no tenía paciencia para tales formalidades, de modo que entró directamente en su oscuro cubículo.

Suleimán el Ágil abrió los ojos, al detectar la intrusión con su ligero sueño. No saltó, sin embargo, como un resorte para empuñar la espada ni ejecutó una serie de acrobáticos brincos, tal como había hecho en la otra ocasión.

Rebeca contuvo la respiración. Estaba cambiado. Había engordado. Su cuerpo había perdido aquella atractiva ligereza de antes.

—Suleimán, ¿qué has hecho de ti ahora que te necesito?

Se levantó, reconociendo a Rebeca la Tratante de Telas. La muy maldita, ¿cómo se atrevía a reprocharle su estado de su salud?

—¿Qué pensaba? Pasé una eternidad esperando. Los músculos degeneran con la falta de uso.

—Bendito sea tu corazón, cariño. Tú y mi hija sufrís del mismo mal, con la diferencia de que a ella le afecta a los huesos. —Advirtió cómo se le ensombrecía el semblante. Con la esperanza renovada ante la idea de que todavía quería a Polvo de Oro, le dijo con arrulladora voz—: Yo tengo el remedio para tus músculos, pero

debes prometerme algo.

Suleimán plegó el colchón y lo guardó en un rincón. No estaba dispuesto a dejarse engañar de nuevo por esa mujer. ¿No había sido suficiente el haber estado frotándose la cara con tintes hasta despellejarla sólo para que luego lo miraran como a un payaso?

Rebeca lo observó de arriba abajo. Pese a la cintura algo abultada, estaba segura de que la juventud y un fuerte incentivo bastarían para restablecer su firmeza.

—Prométeme una cosa, cariño.

—Ya confié en usted una vez —espetó, echando chispas por los ojos—. Ya fue bastante.

Era comprensible su reacción. También ella había confiado en una ocasión en un respetado mercader, a quien ofreció con sinceridad la mano de su hija, olvidando que ya antes se había visto rechazada repetidas veces por todas las fuerzas que en un tiempo fueron importantes: por su madre, por su marido y por el mismo Dios.

—Suleimán, acepta por favor mis excusas y no culpes a mi hija. Yo fui la responsable.

Recordó los rumores que le habían transmitido sus acróbatas después del regreso del ejército. La favorita no estaba bien. No podía dejar de llorar. Había contraído la peste. Nunca supo qué creer.

—¿Está enferma su hija? —murmuró.

—No, no, no lo quiera Dios. Es sólo que no se encuentra bien de ánimo. Es joven, y los jóvenes necesitan la compañía de otra gente de su edad. Ve al Salón de las Perlas y actúa para ella. Aunque antes deberías poner en forma los músculos. Lávate el pelo. Ve al barbero. Es una pena, cariño, que te dejes vencer por la dejadez y la indiferencia.

—Esperé hasta que las abejas me tiraron del pantalón, hasta que los capullos se abrieron a mis pies…

Ella esparció besos en el aire y agitó las ajorcas.

—Repararé todo el daño causado.

Suleimán reprimió el impulso de repetir las palabras que en una ocasión le había espetado la primera ocasión en que lo invitó al harén: «No trates de impresionarme, es mi hija quien te quiere.» En su lugar guardó silencio y escuchó el raudo latido de las sienes, la

afluencia de sangre a los oídos, el retumbo de su corazón. Estaba vivo de nuevo. Prefería afrontar los peligros de frente que seguir siendo un cadáver ambulante.

—Suleimán, mantengo una relación estrecha con el Shah —le explicó, al percibir la esperanza y el temor en su mirada—. Os protegeré a los dos. Pero recuerda, no tienes un futuro con ella. No intentes llegar a una intimidad. Si la tocas una vez, podríais perder el control y hallaros después en una situación tan difícil que nadie podría salvaros.

Suleimán no dijo que era un hombre paciente, que nunca se dejaba llevar por las emociones y que mientras buscaba el perdido amor, había permanecido virgen y así seguiría si era preciso.

Rebeca recorrió con los dedos la mejilla del acróbata, el corte de debajo del mentón, la delicada curva del cuello.

—No te pintes la cara, Suleimán. La sultana prefiere a los hombres de piel clara.

Treinta y cinco días después de que Rebeca visitara a Suleimán, el Shah convocó un *khalvat*, la reclusión de los jardines. Los centinelas cerraron las puertas y montaron guardia afuera, mientas los eunucos vigilaban los jardines.

Las sultanas salieron del harén y revolotearon en pos del Shah cual vibrantes mariposas. A excepción de Miel, ninguna de ellas quería perderse ese día. El Shah no había estado con ninguna otra mujer desde que se comprometiera con Polvo de Oro. Ahora, todas las sultanas rezaban para ser la que el rey elegiría para pasar la noche.

En el Salón del Entretenimiento subieron los parapetos de metal y las colgaduras de terciopelo.

Pese a que su padre le había ordenado que se quedara junto a su madre, Cuervo corrió tras él hasta darle alcance. Entonces le rozó el hombro con los labios.

—¿Puedo quedarme, por favor?

El Shah la rodeó por la cintura y al sentir el contacto de su joven cuerpo, se apartó. ¿Por qué generaba su tacto, su olor, tan contradictorias reacciones en él? Ella era de su misma sangre.

¿Aunque qué importancia tenía eso? A lo largo de la historia de Persia los padres se habían casado con sus hijas y habían dado herederos al imperio.

—Tenías órdenes de no abandonar a tu madre mientras actúa el acróbata —le recordó.

Hacía un tiempo que Cuervo venía notando cierta agitación en su padre. A veces la invitaba a sus aposentos y luego la mandaba irse sin haberle hablado de nada en concreto. Estaba inquieto y la trataba con brusquedad sin motivo. Evitaba su contacto y acudía más a menudo al harén, donde observaba con mirada vidriosa a las sultanas. La dura expresión de su semblante le indicó en ese momento que era mejor acatar su decisión.

Cara de Luna siguió al Shah hasta los jardines. La esperanza florecía de nuevo en su corazón. Aquella vez se aseguraría de que reparase en ella, y entonces, lo enredaría tan bien en su red que no volvería a desecharla más.

Se había preparado con meticulosidad para la ocasión. Después de aplicarse pasta de arroz en la cara y extracto de cereza en los labios, se había examinado en el espejo. El contraste de la boca roja y la palidez de la cara creaba un efecto femenino y misterioso, tal como le agradaba al Shah. Dio un paso atrás, se tocó el empolvado rostro y se puso a escrutar su reflejo. No. El Shah había cambiado de gustos. ¿No se había percatado de las mejillas rosadas de Polvo de Oro, los ojos dorados y el pelo castaño? Con la cara sumergida en un cuenco de agua, Cara de Luna la frotó hasta dejarse dolorida la piel. Luego se puso color en las mejillas, usó menos *kohl* en uno de los ojos para imitar el efecto estrábico de la mirada de Polvo de Oro y se tiñó el cabello negro con azafrán para volverlo más claro. De la bolsa de satén, sacó sus herramientas de pasión. El amable Lirio del Golfo había preparado aquellos artilugios para ella, el pene artificial confeccionado según el modelo del miembro erecto del Shah, el quemador de incienso que impregnaba la habitación con los calmantes efectos del hachís y los lubricantes extraídos de las raíces de diversas plantas afrodisíacas.

El séquito se desplazó hacia la piscina de mármol, en la que

flotaban diminutas barcas. Cara de Luna buscó con la mirada el carruaje que transportaría a Polvo de Oro a los jardines. ¿Por qué estaba ausente? ¿Se sumaría a ellas después de que salieran del agua? Cara de Luna comprimió la mandíbula de rabia ante la idea de que aquella salida pudiera haber sido planeada con fines distintos que el deseo del Shah de seleccionar una mujer. De pie junto a la piscina, vio que el Shah se ocultaba detrás de un arabesco. Temerosa de que el agua le diluyera el maquillaje y decidida a quedarse apartada de las otras mujeres con el fin de llamar la atención del rey, Cara de Luna adoptó su más atractiva postura, con la bolsa colgada del brazo.

El Shah alargó una mano desde detrás del arabesco. Un reguero de relucientes perlas resplandeció bajo el sol al caer al agua. Las sultanas se sumergieron para buscarlas y emergieron con el pelo mojado, sin resuello. Los rutilantes cuerpos desnudos se hundieron de nuevo para buscar. El Shah quería que su cuerpo reaccionase ante aquella escena. En la Jaula, la lección más importante que los eunucos le habían susurrado al oído era que si las glándulas no se usaban con regularidad se encogerían, él perdería el cabello y se le volvería la voz aflautada. Para prevenir que de la Jaula surgiera un heredero, unas muchachas privadas de sus órganos reproductores mantenían al joven príncipe ocupado, distraído y obsesionado. Era difícil borrar las perennes cicatrices de la juventud, las creencias gravadas en lo más hondo de sí. Hacía mucho que no se había acoplado con una mujer y su simiente permanecía estancada en su cuerpo.

Empero su pensamiento y su cuerpo topaban con el obstáculo de las dos mujeres de su vida. ¿Quién era la dueña del cuerpo? ¿Quién la del pensamiento? ¿Había sembrado Cuervo el germen del deseo en él? ¿Lo había regado Polvo de Oro hasta que brotó? ¿Cuándo había florecido y hundido las raíces en sus entrañas? Las dos estaban con él, en torno a él, en él. No podía liberarse de los constantes susurros de Cuervo, de su contacto, de sus insistentes manos; ni de los melancólicos ojos, anegados en lágrimas, de Polvo de Oro. Debía hallar una distracción, abstraerse en el trabajo, distanciarse de ellas. Se concentró en los musculosos pechos de Cara de Luna, los gruesos y puntiagudos pezones, las esbeltas caderas y el pronunciado triángulo de entre los muslos, un signo de pasión, la

capacidad para traer al mundo varones. Se destacaba, alta y desgarbada entre las numerosas sultanas de generosos pechos y amplias curvas, como una fea mala hierba que perturbara el paisaje de una rosaleda. Él conservaba, con todo, vagos recuerdos de un pasado en que había irrumpido en su desolada existencia con un sinfín de trucos salidos de su bolsa de satén.

Cara de Luna sintió el hormigueo de la mirada del Shah en el cuerpo y dejó asomar una reluciente perla entre los pequeños dientes. La lengua se activó haciendo rodar la perla de los dientes al interior de la boca y después de nuevo hacia la punta.

Para el Shah, desde detrás del arabesco, la piel de todas las sultanas parecía pintada de un blanco níveo y todas tenían el pelo plateado y destellante bajo el sol y los rosados y picaros ojos pestañeaban reaccionando ante la luz.

En el Salón de las Perlas, Rebeca amontonó los almohadones y ayudó a Polvo de Oro a reclinarse en ellos. Así podía acercar los ojos a la mirilla de gasa o a la rendija formada entre las dos cortinas y observar el espectáculo con el cuerpo oculto tras éstas.

—Quédate —le pidió Polvo de Oro.

—Esperaré junto a la puerta —repuso Rebeca, remetiéndole un rizo detrás de la oreja—. En caso de peligro, te llevaré afuera. No abras las cortinas. —Se alejó de puntillas, extrañada de que no hubiera comparecido Cuervo.

El gruñido de las mamparas y la retahíla de vehementes protestas anunció la tardía llegada de Cuervo. Rebeca volvió a entrar en el Salón de las Perlas. Cuervo buscó un lugar cómodo donde instalarse.

—¿Dónde están los criados? ¿Por qué no me han puesto los cojines?

—Yo me he encargado de eso —explicó Rebeca con fingida sorpresa—. No pensaba que fueras a perderte este día afuera.

—*Pedar* no me ha dejado alternativa.

—Somos nosotros quienes tomamos las alternativas. El secreto está en elegir las menos peligrosas.

A Cuervo se le encendió la mirada. Esa manera de hablar, que

comprendía y respetaba, era la base de la admiración que le inspiraba su abuela. Se ajustó las cadenas de oro que le pendían del cuello y agitó las pulseras del brazo.

Rebeca advirtió con aprobación las exageradas demostraciones de su nieta. La princesa estaba frustrada, y el mundo debía prestarle atención.

—No desobedezcas ni hagas oídos sordos a las órdenes de tu padre, altéralas para adaptarlas a tus deseos. Disfruta de la salida a una prudente distancia, sin que él se entere. Yo me quedaré aquí y disimularé tu ausencia.

Cuervo ahogó una risa. Seguiría los acontecimientos que tenían lugar en la piscina. Vigilaría a su padre, y antes de que concluyera la representación del acróbata, acompañaría al rey hasta el Salón de las Perlas.

La ansiosa aceleración de los latidos del corazón de Polvo de Oro sustituyó el eco de los pasos de Cuervo. ¿Y si Suleimán no era ya el hombre que ella había tatuado con finas agujas en el recuerdo y que había quedado impreso con tanta fuerza que el tiempo no lo borraba? ¿Y si la cara que había visto cuando él se quitó la máscara no tenía ya aquella altivez? Si sus ojos habían dejado de ser un océano de lágrimas. Su pasión había dejado de transparentarse bajo la clara piel. ¿Y si aquella cara oscura como el cuero junto a la que había pasado de largo en el callejón era de verdad la suya? Entonces no sería distinto de los hombres que ocupaban las noches de su madre, ni del Shah. Tras respirar a fondo, se acercó a la mirilla.

En el centro de la sala, recortado por los bordes de su ventana particular, él se encontraba de cara. Correspondía a su íntimo retrato. No había ni ruedas, ni oso, ni cobra ni Gigante. Su magnífico cuerpo, reluciente de aceite, era muy superior a la imagen plasmada en su memoria. El cabello bruñido reflejaba la cobriza luz de las numerosas antorchas dispuestas en la estancia. Los ojos eran de un purísimo azul, y la tez presentaba el matiz de la compasión.

Debía implorarle que la perdonara. No debió haber creído a su madre aquel día en el callejón de detrás de los baños. Incapaz de dar una palmada, alteró la voz y susurró:

—Puedes empezar.

Suleimán el Ágil se llevó una decepción. Aquella voz no era la de su sultana de ojos de color ámbar. Ella había vivido en su corazón desde siempre, pero aún lo consideraba un extraño a quien debía disimular su verdadera voz. Entonces cayó en la cuenta de que no debían de estar solos. Seguramente había eunucos espiando detrás de las cortinas. No era prudente demostrar ninguna señal de intimidad. También él debía respetarla y esconder sus emociones.

En su cabeza había restado ciertas notas y añadido otras para recrear la voz de la tímida chiquilla con la pulsera de cerezas, y a partir de ello había compuesto la melodía que comenzó a ejecutar.

Con las pestañas entrecerradas, la cabeza gacha y las manos curvadas sobre la cabeza en la postura de los ídolos de amor, permaneció inmóvil mientras el movimiento de su pecho resistía como la única manifestación de vida en él —eterno silencio—. Luego las manos abandonaron el letargo y con el tronco afianzado en el mismo lugar, los brazos, la cintura y el cuello efectuaron una torsión, sometidos a una milagrosa demostración de poder y flexibilidad, como testigos de un absoluto dominio sobre el cuerpo. Cual un experto artesano dotado de un fino cincel, esculpía con los dedos cada postura modificando el contorno de su silueta, y se detenía en todas para verificar la admiración de su dueña. Después, dobló las piernas; sobre la alfombra, juntó las manos y apoyó la frente en la oquedad formada con las puntas de los dedos.

Ella comenzó a interpretar la actitud de súplica, de plegaria, de ruego.

—Continúa, por favor —le pidió.

El oyó el timbre de su auténtica voz, la tristeza y la multitud de interrogantes. Con el corazón henchido de temor y de orgullo, se levantó y se puso a girar de puntillas, extendiendo las manos en meditativa postura. Se combaba, rogaba, imploraba, conquistaba el salón como si careciera de límites, como si fuera a traspasar volando las paredes cual un espíritu, atravesar de un salto el tiempo para no regresar, pero siempre volvía al centro, y con cada movimiento imbuido de una innata gracia, se plegaba para besar con la frente el suelo que ella pisaba.

A continuación, como si una banda de juglares creara música para él, comenzó a recitar la historia de un muchacho pobre que poseía el divino rostro de los ángeles y el asombroso cuerpo de los

luchadores. Sus ojos carecían, no obstante, de pestañas y eran demasiado grandes para su cara. Eran, además, unos ojos de un color lívido que penetraban hasta el alma de la gente y la obligaban a revelar sus más íntimas vivencias amorosas, con la esperanza de encontrar a su amor perdido en ellas. Leía la mente de cerca y de lejos, tanto si le hablaban como si no y así averiguó que su amada había abandonado la pequeña ciudad donde vivía. Incapaz de superar la enormidad de su desgracia, pasaba las noches en vela, no comía ni hallaba reposo durante el día mientras rezaba para que le fuera concedida una visión normal que no revelara la envidiosa vida afectiva de los demás.

Una mañana, el Rabino Tuerto, que iba a ver una vez por semana al muchacho para reconfortarlo, lo encontró tendido en el jardín encima de la reseca hierba. Los ojos, desorbitados, miraban con fijeza el sol. Estaba muerto.

Entre los *hakim* de la ciudad se armó un revuelo. Querían realizar una autopsia a fin de descubrir de dónde provenían aquellos enormes ojos y aquel intenso color y penetrante mirada. Puesto que el chico no tenía parientes que se opusieran a la disecación de su cuerpo, pronto se organizó una reunión de ilustres médicos en el tanatorio.

Al abrir el pecho y el estómago del muchacho, todos retrocedieron horrorizados. Alguna misteriosa enfermedad había consumido sus órganos, dejando tan sólo un enfebrecido e inflamado corazón.

Ningún libro de medicina explicaba el trastorno que había afectado al muchacho. El Rabino Tuerto, en cambio, sí lo sabía. La enormidad de la pérdida del amor había acabado con su vida.

Un suspiro anidó en la garganta de Polvo de Oro. Sentía una gran afinidad con el muchacho. Entonces, cayó en la cuenta de que se trataba de Suleimán, y de improviso, le pareció que estaba demasiado lejos.

—Acércate —susurró.

Él acudió bailando hacia ella, cada vez más próximo a las cortinas, a la mirilla de gasa, al santuario detrás del cual se hallaba sentada. De rodillas, alargó las dos manos y con alados dedos, merodeó en torno a la abertura para después acariciar con veneración la imagen del otro lado, el contorno de las mejillas, el

puente de la nariz, con precisión cada vez mayor.

Polvo de Oro no se atrevió a exhalar el suspiro. ¿Acaso él detectaba su presencia por el olor, notaba la calidez de su cuerpo, oía los latidos del corazón? ¿Tenía conciencia de que repasaba su rostro a través de la gasa, de que ella notaba su aliento? ¿Por qué le había contado aquella historia? ¿Penetraría con la mirada por las cortinas hasta captarle el pensamiento? En unos momentos, su valeroso acróbata le había revelado más que el rey con quien había tenido una hija, más que su madre que había echado cerrojo al pasado, suprimido las evocaciones de su infancia y las alusiones a acontecimientos familiares, dejándola con borrosos recuerdos del ayer.

—¡Maravilloso! —exclamó, liberada del miedo gracias a la presencia de Suleimán.

Éste retrocedió.

Olvidando la dolencia de sus huesos, trató de producir música. La médula rehusó, pero le dio igual. La esperanza había echado raíces en ella.

Proyectó la cabeza por la ranura de las cortinas.

Él cayó a sus pies, consternado por la posibilidad de observar su rostro desnudo, sin siquiera el obstáculo de un transparente velo. Se cubrió los ojos con las manos. Era aún más asombrosa que el retrato que se había forjado de ella. Pronto los guardias irrumpirían en el salón para llevarlo al patio. Aquella sería la última vez que la vería. Debía dejar grabado ese instante para revivirlo en el momento final.

Nada interrumpió el silencio. No hubo ruido de pasos que lo propulsara sobre sus pies, ni cimitarra suspendida sobre su cuello. El resplandor de las antorchas se proyectaba en su espalda, arqueada como una ola inundada de luz de luna, mientras se enderezaba hasta ella, para situar la cara al mismo nivel y fundir la mirada con la suya.

—Suleimán, ¿cómo consigues dominar tu cuerpo?

El contempló el rostro enmarcado de terciopelo, con los labios a escasos centímetros de los de ella.

—Vos, *khanom*, sois mi maestra.

—La verdad…

—Durante años, habéis vivido en mi pensamiento y me habéis instruido para buscar la perfección.

—¿Por qué no puedo hacer lo mismo para mí?

—Ésa es tarea que corresponde a vuestro amor.

Se puso rojo como la grana y en el puente de la nariz relucieron unas gotas de sudor. Tenía un aspecto casi infantil, con la pálida tez y constitución propia de los artesanos de la ciudad. ¿Cómo había podido sentirse atraída, en otro tiempo, por los forcejeos, los halcones y el fornido cuerpo de los hombres de las montañas?

—Acaríciame la cara —murmuró.

Suleimán dio un paso atrás. No pensaba poner en peligro la vida de Polvo de Oro. Además, no quería revelar su torpeza. Había vivido demasiado tiempo con el silencio de los libros y con su público, que era tan sólo una masa de sombras en la oscuridad. Cuando ejecutaba proezas acrobáticas, era el rey de su universo particular, pero delante de la favorita del Shah, las lecciones contenidas en sus libros de historia le venían al recuerdo, magnificando las asechanzas.

—¿Y el Shah, mi señora?

—¿Tienes miedo?

—Por vos. Yo no tengo nada que perder.

—¡Abre las cortinas! —ordenó.

Suleimán permaneció inmóvil. Nunca. No iba a hacer tal cosa. Los eunucos, los guardias, las sultanas se ocultaban detrás de las colgaduras.

—Quiero que me veas.

—Señora, vos sois la favorita del rey.

—¡Si ya no soy ni siquiera una mujer!

Suleimán advirtió el sufrimiento que se traslucía en el dorado brillo de sus ojos.

—¿Debo suplicar como una sirviente?

Retuvo la respiración, con los músculos tensos, clavó la mirada, clara y deslumbrante, en los ojos de ella.

Después soltó los bordes de la cortina.

■

Capítulo 37

ENTRE el amplio ramaje de un plátano, un par de ojos de color rubí vigilaban al Shah mientras éste observaba a sus mujeres desnudas en la piscina. Viendo a las sultanas, Cuervo deslizaba la mano sobre sus propias curvas. Las sultanas se quedaban atrás en comparación con la turgencia de sus pechos, el torneado de sus muslos, la voluptuosa curva de las nalgas. Para su padre, sin embargo, ella seguía siendo una niña.

Escudándose los ojos, el Shah miró hacia el cielo para calcular la posición del sol. Polvo de Oro ya había disfrutado de bastante rato de distracción. Tras abandonar la pantalla del arabesco, comenzó a andar hacia el harén y, bordeando setos y senderos, pasó junto a los plátanos que filtraban los rayos de sol. Allí se topó, frente a frente, con Cuervo, y el relieve de sus pezones destacado en la fina tela del chaleco.

—¡Te hemos dicho que te quedases con tu madre! —vociferó.

—El espectáculo ha terminado casi. ¿Por qué no me has invitado a mí a la piscina?

—Estas salidas son para las sultanas.

—¿Y yo no soy una mujer?

Se quedó mirándola. Había crecido y ya era casi tan alta como él. Su pelo plateado le llegaba hasta las caderas, que habían desarrollado la cadencia de su madre hasta la perfección. Los pechos desafiaban el mundo con rabia y arrojo. La sombra de los pezones, los labios entreabiertos, la eterna sed y la voz ronca eran

pruebas de que se había transformado en una mujer excepcional. Estaba furioso con ella por provocarlo, consigo mismo por su incapacidad para reconocer su madurez y con Polvo de Oro por haber caído en la incapacidad en el momento en que más la necesitaba.

Cuervo lo rodeó con el brazo y lo condujo hacia el harén.

Los pasos del Shah se volvieron más urgentes a medida que se aproximaba al ominoso silencio que envolvía el salón. Abrió con brusquedad la doble puerta. Las cortinas de terciopelo estaban echadas. El acróbata se disponía a marcharse. El Shah reparó en su delgadez, en los pálidos ojos y los cobrizos rizos.

—Nos habían informado de que traíais una cobra y un gigante. ¿Creías poder entretener solo a la favorita?

Suleimán se postró ante el rey.

—Mi Shah —respondió, luchando para controlar el temblor en la voz—, he venido solo porque me dijeron que la sultana padece un estado de melancolía. Para curar el espíritu, hay que actuar con precaución.

—¿Es un acróbata o un curandero de almas? —replicó, con una risa burlona, el Shah—. ¿Le ha enseñado eso su gigante, o el oso?

—El alma, mi Shah, es más frágil que el cuerpo. La más mínima perturbación puede producir un trastorno. Existen cientos de motivos por los que el espíritu puede perder su equilibrio, pero sólo hay unas pocas curas conocidas.

—¿De qué sufre el espíritu de la sultana? —preguntó Cuervo, sin dejar de escrutar la estancia.

—Falta de luz natural, princesa, de sol, la esencia de la vida.

Cuervo se quitó la rama de menta de detrás de la oreja y la agitó delante de la nariz.

—¿Y puedo preguntarle de qué modo la ha ayudado usted?

—Princesa, yo nunca me jactaría de tener mejor capacidad curativa que la naturaleza. Puesto que a la favorita no le está permitido abandonar el harén, el otro remedio al que cabe recurrir es la distracción, un opio del alma.

Cuervo sentía una opresión en los pulmones. El aire estaba estancado, sin la más mínima corriente. No podía respirar. Apartó las cortinas. En los almohadones había quedado impresa la marca del cuerpo dé su madre.

El Shah tuvo ganas de espetarle la verdad sobre la caída de Polvo de Oro y dejar en ridículo a ese insolente acróbata que hablaba de extraños asuntos. Él se sentía a gusto con lo tangible, con la carne y las necesidades del cuerpo. El alma pertenecía al reino de Alá, a un territorio desconocido por el que prefería no transitar.

—No vamos a necesitaros más —dictaminó, apuntándolo con su dedo recubierto con el puntiagudo dedal de plata.

Suleimán el Ágil se encaminó a la puerta. En el umbral, giró sobre sí como si fuera una airosa escultura instalada en una alfombrada plataforma.

—El auténtico remedio, alteza, es la luz del sol. La luz es para el alma lo mismo que el aire para los pulmones.

—El inmenso amor que dispensamos a la favorita es suficiente.

Cuervo se recogió la falda y se fue a toda prisa del salón.

Cara de Luna trituró la perla entre los dientes y escupió los restos. El Shah se había escabullido entre los arbustos como si fuera un afeminado eunuco, que se sentía culpable de tocar a las mujeres. Apenas se había fijado en ninguna de las sultanas, ni reparado en sus esfuerzos por agradarlo. Haciendo acopio de aire, se zambulló hasta el rutilante fondo de la piscina y recogió más perlas. Volvió a emerger, con los pulmones a punto de estallar. Incluso con los huesos mudos, Polvo de Oro mantenía su mágico poder de atracción sobre el rey. Como temibles molinos, las muelas de Cara de Luna machacaron las perlas hasta que el fino polvo estuvo a punto de ahogarla. El dolor de la garganta era más llevadero que la rabia que ardía en sus venas.

Tosió para desencajar los detritos de las perlas y luego salió de la piscina. Lirio del Golfo se precipitó para quitarle el maquillaje que se escurría en la cara.

—Lirio del Golfo —susurró—. Necesito orinar.

Lirio del Golfo, con la tez igual de negra que las noches sin luna del golfo pérsico, miró alarmado a su alrededor. Después efectuó un frenético gesto suplicante: señora, no podéis iros ahora. Las puertas podrían estar abiertas, y podría haber hombres por allí.

—No puedo resistir más —aseguró Cara de Luna, basculando el peso de una pierna a otra—. Me voy a morir de vergüenza.

El eunuco la cubrió con un velo y la tomó de la mano.

—No, tú quédate aquí y encúbreme. Volveré enseguida.

Después de deslizarse tras las matas de jazmín, corrió más allá del patio y recorrió el paso subterráneo de seda. Entonces reconoció los rojizos rizos y el flexible andar del hombre que abandonaba el harén. Cerciorándose de que el chador le cubría la cara, apuró el paso para alcanzarlo. Con dos dedos en la boca destinados a alterar la voz, le dirigió la palabra.

—¡Por Alá, si es el acróbata del Barrio Judío!

Suleimán posó la pálida mirada en la oscuridad del único ojo visible en la ranura del velo. Le dedicó una somera reverencia, con la mano pegada al pecho. No le gustaban las tenebrosas sombras que albergaba aquella mujer en la cabeza.

—¿Ha venido a actuar para ella? —preguntó Cara de Luna con su fingida voz varonil, al tiempo que lo escrutaba de pies a cabeza —. ¡Ah, por eso nos han llevado a la piscina! ¿Lo ha pasado bien con sus proezas acrobáticas?

Suleimán, que era un poeta y un narrador de excepción, sabía cómo inventar mentiras verosímiles.

—¿La princesa Cuervo? Sí, le ha agradado el espectáculo.

—¿Desde cuándo evacuan el harén para la princesa Cuervo? — inquirió con suspicacia Cara de Luna.

—Pobre muchacha —susurró Suleimán—. Padece… perdóneme. Por un momento, olvidé que había prometido guardar el secreto.

—Su secreto quedará a buen recaudo aquí —afirmó Cara de Luna, señalándose el corazón. Le sondeaba los ojos, como si quisiera aferrar la verdad—. Cuando Polvo de Oro y el Shah se fueron a la guerra, yo cuidé de Cuervo. Ahora me dejan al margen de los secretos. —Escupió un poco de saliva en la palma de la mano y la miró con tristeza—. ¡Esto es lo que merezco por considerarla como mi propia hija!

Suleimán la observó mientras se secaba la mano con el chador.

—No era mi intención causarle desazón. La princesa sufre una corrosión letal del hígado, que es la causa de su falta de color. Se está consumiendo.

—¿Es usted médico? —se interesó Cara de Luna, imitando su

tono confidencial.

—De otra clase. Yo distraigo la mente para que el cuerpo se marchite sin notar el dolor.

Había musitado la información con una pena tan genuina que Cara de Luna sintió un nudo en la garganta. Dios era piadoso. Había decidido castigar a la favorita quitándole a su hija. Cara de Luna regresó con sigilo a los jardines.

Capítulo 38

OCULTO tras el balcón de los músicos, Lirio del Golfo observaba el encuentro que sostenían el Shah, Rebeca y la anciana Zoroastra. Lirio del Golfo estaba sobrecogido por el poder sobrenatural de la mujer, que había convertido al soberano en obediente siervo, deferente con ella.

—¡Rey! —La vieja se pasó los sarmentosos dedos sobre cabeza desprovista de cabello—. Conceded a Polvo de Oro un tiempo fuera de esta cárcel a la que llamáis harén. Al menos una vez a la semana, hasta que recupere fuerzas. Si no, os quedaréis con un inútil montón de huesos. Ella debe experimentar el poder curativo del sol fuera del palacio, donde no suavizan la luz ni sauces ni plátanos.

—Permitiremos estas excursiones con la condición de que Su Santidad no se aparte en ningún momento de su lado —exigió el Shah.

—No hay necesidad de mi presencia, rey —objetó, con voz quebrada, la anciana—. No tornéis la vida más complicada de lo que ya es.

—Vos estáis más cerca de Alá que cualquier otro mortal —insistió, con irritación patente en la voz, el Shah—. Con vos, la favorita estará a salvo de los hombres que albergan viles deseos.

Lirio del Golfo vio cómo la anciana Zoroastra abría y cerraba la boca a la manera de un moribundo pez. ¿Se reía del rey? Al final, contuvo la respiración.

—Como queráis. A mí tampoco me vendrá mal el sol, antes de

que me entierren en la oscuridad.

—¡Las salidas deben cesar dentro de un mes! —ordenó el Shah —. Es ése tiempo de sobras para que la naturaleza demuestre su efecto.

Lirio del Golfo volvió con sigiloso paso junto a Cara de Luna.

Cara de Luna volvió a cerrar las celosías. Había visto a dos jóvenes que se llevaban a Polvo de Oro y la anciana Zoroastra en una camilla.

—Saldré sin que nadie me vea por el Patio de los Eunucos — arguyó después para frenar las objeciones de Lirio del Golfo—. Nadie me reconocerá con la máscara. No tardaré nada en volver.

Con los brazos plegados sobe el musculoso pecho y un abrasador fuego en el estómago, Lirio del Golfo permaneció plantado delante de su ama, con los negrísimos ojos fijos en ella.

—Lirio del Golfo —dijo ella, suavizando el tono—, tú me quieres, ¿verdad?

Él se tapó los ojos con las manos para ocultar el sí que mantenía en secreto.

—Me quieres como un hombre quiere a una mujer.

La negra piel se volvió carmesí. Apartó un poco los pies para afianzarlos y controlar el violento terremoto que comenzó a agitarlo. Había sido como un padre para ella. Le había enseñado a atraer la curiosidad del Shah y a hacer frente a la envidia de las sultanas. Le había dado de comer castañas hervidas para que ganara peso y sus carnes formaran hoyuelos al ser acariciadas con las puntas de los dedos. Le había servido una dieta de leche de cabra a fin de aclararle el color de la piel. Había compartido con ella sus más íntimos secretos. Fue él quien le aseguró que era normal sangrar una vez al mes. Cayó de rodillas, con el inmenso cuerpo agitado por violentos sollozos.

—Mi querido Lirio del Golfo. —Cara de Luna apretó el cráneo afeitado contra su mejilla erosionada por la piedra pómez—. No pasa nada.

No, pensó él, aquello no estaba bien. La había criado como a su propia hija al mismo tiempo que la deseaba como un amante.

Habría tenido que arrancarse los ojos antes de posarlos con lascivia sobre ella. Ahora que había revelado sus verdaderos sentimientos, tendría que encontrar la manera de preservar la integridad de su alma.

Cara de Luna sintió el palpitar de las sienes, el estremecimiento de los brazos. Pegó la boca a la de él y tras obligarlo a abrir los labios de color berenjena, introdujo la lengua buscando la suya.

—Tú eres la única persona a quien tengo en este mundo. ¡Ayúdame!

Lirio del Golfo fue hasta el arcón de la ropa y seleccionó una capa y una máscara de cuero negro. Después de ayudar a Cara de Luna a ocultarse con dichas prendas, se envolvió con su manto y se tapó la cara con la punta del turbante.

—Goza de la gloria de la naturaleza —aconsejó la anciana Zoroastra a Polvo de Oro mientras las trasladaban al Barrio Judío—. Saborea la belleza del amanecer y del ocaso. Elige entre las fuerzas del bien y del mal. Ahura Mazda te concedió el libre albedrío, de modo que debes usarlo con tino. Sobre todo, ama con intensidad. El amor es la argamasa de los huesos.

Polvo de Oro besó la mano de la vieja.

—Santa anciana, me habéis devuelto la vida.

—¡No profieras blasfemias! —exclamó ella, arañando el aire con unos dedos que más bien parecían garras—. ¿Que yo te he dado la vida? ¿Yo? ¿Cuándo vas a aprender, niña? Eres tú, tu voluntad, tu corazón, tu pensamiento los que te procuran vida, alegría y fortaleza en los huesos.

Al ver la sonrisa que animó los labios de Polvo de Oro, la anciana se dio cuenta de que para la joven lo único que contaba era el final de aquel trayecto. Le daba igual el peligro de suscitar la cólera del Shah. Tampoco le importaba la amenaza de su hija, que oscilaba entre la genialidad y la locura. Ni siquiera temía partirle el corazón a su madre.

—Devora estos pasajeros momentos con todos los sentidos —dijo la mujer—. Dentro de un mes, añorarás pasiones que no percibiste. ¡Ahora vete! Suleimán te espera.

Dado que los jóvenes que transportaban la camilla eran fieles seguidores suyos, a la anciana Zoroastra no le preocupaba en lo más mínimo que los habitantes del Barrio Judío revelaran dónde pasaba la mitad de un día de la semana Polvo de Oro. Nadie se atrevería a atraer sobre sí la ira de la anciana Zoroastra y de Ahura Mazda, su dios.

Dos sombras, envueltas en lóbregas capas, se escabulleron detrás de la choza de Suleimán. Cara de Luna apenas podía contener las ganas de cantar. Había sorprendido a Polvo de Oro en acto de adulterio.

Lirio del Golfo tenía, en cambio, el corazón oprimido. Había acudido para proteger a su amada, pero aquélla era una vía peligrosa. Ella no se detendría ante ningún obstáculo con tal de destruir a la favorita. Con ello perdería su propia vida, porque el Shah no recompensaba precisamente a quienes traían malas noticias.

Capítulo 39

SULEIMÁN el Ágil había escudriñado los callejones y había recogido florecillas silvestres en las grietas de los muros y bajo las vallas de los jardines. En su casa, había dispuesto las margaritas y las tuberosas en un vaso de agua de rosa sobre el que reposaba un pergamino escrito de su propia mano. Inspeccionó la habitación por si había restos de polvo o telarañas. Había reunido plumas para rellenar una funda de cojín que había cosido. Había amontonado los libros junto a las paredes a fin de que hubiera espacio para el colchón de Polvo de Oro.

Como el pecho se le quedaba demasiado pequeño para el expectante corazón, aguardó en el umbral de su vivienda. Cuando los porteadores aparecieron por el otro lado del basurero, tuvo que contenerse para no echar a correr hacia Polvo de Oro y llevarla él mismo adentro. En lugar de ello crispó los dedos con nerviosismo. La favorita se encontraba a un palmo de distancia, con un sinfín de preguntas plasmadas en los ambarinos ojos. Él se había sentido cómodo delante de la niña de la pulsera de cerezas, pero no sabía cómo comportarse en presencia de la favorita. ¿Podía sacarla de la camilla?

—Hijo —lo sobresaltó la anciana Zoroastra—, no te quedes ahí parado. No tenéis mucho tiempo.

Al levantar a Polvo de Oro en brazos, quedó sorprendido por su fragilidad. Una vez en el interior, la depositó sobre las plumas envueltas en algodón, apiló los cojines tras ella y le rectificó la

posición de los brazos y las piernas.

Ella experimentó un ansia repentina de cubrirse el cuerpo con el velo para ocultarse ante su penetrante mirada.

Suleimán se arrodilló, tomó el velo y lo dispuso alrededor de sus hombros.

¿Le habría leído el pensamiento?

Después se fue a abrir las ventanas. La luz del sol entró a raudales. El aire fresco llenó los pulmones de Polvo de Oro. Allí no había colgaduras, ni límites, ni rincones oscuros.

—He compuesto un poema para ti —anunció Suleimán, mostrando el pergamino.

Allí no había palabras aceradas, ni miedo de un rey que pendía de las garras de su hija. Allí, con la luz del día, no temía tocar a aquel hombre de pálido semblante, que en el silencio había captado su turbación y se había apresurado a cubrirla.

—¿Quieres recitar este poema? —la invitó—. Me gustaría estudiar tu voz.

Con un tono impregnado de pasión y anhelo, ella leyó lo que resultó ser la continuación del relato de Suleimán.

Incluso después de muerto, el muchacho de ojos sin pestañas no halló la paz. Por más que lo intentaron, los ángeles custodios de las puertas del cielo no encontraron un lugar para un hombre que había perdido los órganos internos y había entrado en el cielo con un corazón enfermo de amor. Los ángeles se reunieron para decidir si valía la pena salvarle el alma. Todos levantaron las alas para manifestar su unánime aprobación. La persona que había pasado la vida entera en busca de amor merecía un puesto en el cielo. Cada ángel donaría al muchacho un órgano suyo y unas cuantas gotas de la ambrosía que manaba de la fuente del amor.

Cuando el muchacho los oyó, en sus purpúreos ojos se desencadenó una tormenta, y las ralas pestañas se agitaron a causa de la pena. Con la mirada había traspasado sus etéreos cuerpos y sabía por ello que cada ángel poseía un solo órgano. Uno tenía un corazón, otro un hígado, otro un riñón, de tal modo que entre todos funcionaban como una unidad. Forcejeó para soltarse, pues no quería entrar en el cielo a costa de sus vidas.

Suleimán bajó la vista para ocultar el aturdimiento que le producía el oír cómo ella daba vida a su historia.

—¿Y entró en el cielo? —preguntó—. ¿Por qué no has acabado el cuento?

—Lo dejaron permanecer en el cielo poco tiempo. —Alargó la mano y luego la retiró—. Tu voz brota de las profundidades de la garganta con un aplomo raro entre las sultanas. Es seductora, cargada de promesas, potente. No es suave, lo cual resulta monótono, sino rica en altibajos, dispuesta a trasponer los obstáculos. Las notas roncas disimulan un desafío, unas emociones pendientes de resolver. El desenlace de una infancia dura. ¿Lo entiendes, niña?

Encontró gracioso que se dirigiera a ella tal como lo hacía la anciana Zoroastra y prorrumpió en aquella contagiosa risa suya, encantada de no haberla perdido pese a la persistencia del llanto.

—¿No ves que no soy una niña?

—Yo lo veo todo —murmuró él—. ¿Te has dado cuenta de que han cesado las lágrimas?

Polvo de Oro se tocó las mejillas. A su lado, había olvidado su pesar.

—Hay en tus huesos un antiguo dolor que no ha recibido atención.

—Eres demasiado serio, Suleimán. Olvida los antiguos dolores. Pon las manos sobre las articulaciones de mis huesos para soldarlos y devolverles la música.

—Pronto —susurró, reparando en el temblor de sus dedos—. Tus huesos se curarán. Ahora están enterrados bajo la confusión. Levanta el peso que los oprime y volverán a cantar. Yo seré tu guía.

Polvo de Oro se maravilló de un amor tan desprendido que insistía en su curación, aun a sabiendas de que ésta supondría el fin de sus visitas.

Suleimán se esforzaba por terminar el relato, pero la idea de que aquél iba a ser el último día en que Polvo de Oro volvería a verlo menoscababa su creatividad. Había tratado de acelerar el proceso de curación, pero cuando mencionaba su infancia, ella se replegaba. A partir de lo poco que había logrado vislumbrar de su pasado, sabía que en sus recuerdos figuraba en lugar prominente un hombre

bizco de abultada barriga que olía a metales quemados.

Consultó sus libros para ver si Sócrates, Aristóteles y las pautas dejadas por el gran médico Avicena podían servirle de ayuda, y se devanó el cerebro en busca de un enfoque que facilitara a Polvo de Oro el enfrentamiento con su pasado.

De improviso se levantó y saltó en el aire, aplaudiendo con las manos y con los pies. Por fin había dado con el problema y hallado una solución.

El saludo de la anciana Zoroastra le llegó a través de la ventana. La sultana estaba en la puerta. Corrió las cortinas. Quería recibirla bajo el resplandor de una lámpara esférica que había hecho con la vejiga de un camello inflada, que luego había pintado con laca para preservar su forma.

Con ayuda de un bastón, Polvo de Oro bajó de la camilla sin ayuda. Suleimán la siguió con los brazos extendidos, listo para sostenerla. Aun en aquel frágil estado, la prefería a cualquier otra mujer. De todos modos, no la había tocado ni una sola vez, ni la había rozado siquiera con los labios. Su atractivo no tenía nada que ver con aquel débil cuerpo. Su intrépido temperamento y la contagiosa risa compensaban todo lo demás. Para él el amor era como componer música. Se imaginaba a sí mismo y a Polvo de Oro como dos intérpretes que creaban una melodía a través de sus emociones. Las notas se cargaban, tomaban impulso y ascendían en oleadas que se precipitarían sobre ellos en una inevitable culminación. Él era un hombre paciente que no disponía del lujo del tiempo.

Cuando la ayudó a reclinarse, su boca se demoró un instante a unos centímetros de la de ella. Polvo de Oro abrió los labios y cerró los ojos con expectante actitud. Suleimán retrocedió.

—Tócame —rogó ella.

Suleimán advirtió que, pese a que se lo pedía, también ella estaba asustada. Y decepcionada, asimismo. ¿Debía revelarle que no se atrevía a tocarla porque temía por su vida, porque se lo había prometido a su madre? ¿Debía decirle que le había leído el pensamiento? Sí, él era todavía virgen y no sabía dónde iban a acabar. Se estaban exponiendo el desastre, y ella era consciente de eso. No quería provocar en ella un conflicto emocional peor del que la tenía atrapada ya.

Depositó en su regazo su tablilla para escribir, una pulida clavícula de camello.

—He encontrado una cura para ti. Anoche, repasando nuestras conversaciones anteriores, surgió con insistencia un nombre que poblaba tus recuerdos de infancia.

—Olvida el pasado.

Su infancia no debía entrometerse en las últimas horas que pasaba con Suleimán. Ella había guardado en un lugar seguro sus recuerdos, unos recuerdos que invernaban allí y sólo asomaban de manera esporádica. De lo contrario, se conectarían unos con otros y acabarían rompiendo su coraza protectora. Entonces tendría que volver al harén en una situación más vulnerable que antes.

—Los recuerdos no se van —afirmó con un suspiro Suleimán—. ¿Quién era Jacob el Huérfano?

—No remuevas la inmundicia de mi pasado —replicó ella, pugnando por alargar la mano hacia él.

Suleimán se levantó y se puso a bailar por la habitación. Poseía un aire felino, la sensualidad de una pantera. Con la espada que aguardaba apoyada en la pared, trazó airosas figuras en el aire, por encima de la cabeza de Polvo de Oro. Con ella, le levantó un rizó del hombro y depositó un beso en la punta de la hoja. Así logró hacerla reír a pesar del dolor. Las palabras siguientes fueron como un bálsamo.

—Primero reconoce el pasado y después despréndete de él para poder dar la bienvenida a futuras posibilidades.

—Yo no tengo futuro sin ti.

Sintió la tentación de animarla a quedarse allí. Podrían huir del imperio, lejos del Shah, a un lugar donde ni siquiera las águilas los encontrarían. Él cultivaría la tierra para recolectar fruta y cereales, y ella recuperaría la fuerza y le daría hijos de pelo castaño, risa cantarina y dulces ojos algo estrábicos.

¿Qué derecho tenía a permitirse aquellas descabelladas fantasías? ¿Qué podía ofrecer un miserable acróbata a la mujer que había sido una favorita? En su casa, ella evocaría el palacio de columnas de malaquita, donde los eunucos se plegaban a todos sus deseos y las criadas se desvivían por bañarla y vestirla, donde un poderoso Shah había puesto joyas a sus pies, y su hija aguardaba su regreso.

—Tu futuro está en el Salón de las Perlas —declaró—. Es un lugar de ensueño. Como una perla oculta en una ostra. Abre el caparazón, rescata la perla de las capas de lodo, exponla al sol y descubre el laminado con todos sus relucientes colores.

Las carcajadas de Polvo de Oro se expandieron por la exigua estancia.

—Eres un soñador incorregible, Suleimán.

—Háblame de Jacob el Huérfano.

Un olor acre le subió por la garganta. Algo ardía en su estómago. Las llamas le azotaban los huesos.

—Mi madre casi nunca hablaba de él. «Era herrero —decía—, eso es lo único que te interesa saber. Fundía hierro. Ésa era su pasión.» Si le preguntaba más, se llevaba la mano al pecho, desencajada por el sufrimiento. Una vez, le pregunté por qué no encendía el horno de casa, ni siquiera en invierno, y fue como si se incendiara la cicatriz que tiene en el pecho. Dijo que el fuego le recordaba la vida de matrimonio y las esposas prostitutas.

»Recuerdo unas manos toscas. Quizás eran las de Jacob el Huérfano. Me ataron con alambres y, con un embudo, me vertieron un líquido ardiente por la garganta. Pero no me quemó. Los huesos comenzaron a cantar, aunque los ojos se quedaron secos hasta el día en que caí del caballo.»

El silencio formó carámbanos alrededor de la lámpara de Suleimán. Comenzaba a desentrañar el misterio. Jacob había utilizado hierro líquido, el arma más antigua conocida por los herreros. Rebeca, sin embargo, había protegido bien a su hija. Los libros de boticario mencionaban cierta poción de ciprés, mirra y setas mágicas, que forma una capa en las entrañas y las escuda frente a la materia abrasadora.

Se hallaban fuera del tiempo. La anciana Zoroastra estaba en la puerta.

Suleimán enterró el anegado rostro en el regazo de Polvo de Oro, rezando por que su amor le hubiera devuelto la salud a los huesos. Polvo de Oro aplicó la boca sobre sus ojos para beber las lágrimas.

Suleimán extrajo un objeto del bolsillo y lo puso en la mano de Polvo de Oro. Era un marchito brazalete de fruta seca. Su pulsera de cerezas.

Capítulo 40

—¡NO! ¡No! —gritaba Rebeca, como si la palabra fuera a modificar el destino de su hija.

¿Qué se había hecho de la profecía de la anciana Zoroastra? Los colchones rellenos de pestilentes plumas de aves de corral estaban sustituyendo a los tronos incrustados de joyas.

¿Habría predispuesto alguien al Shah en contra de Polvo de Oro? ¿Lo habría puesto al corriente de su obsesión por el acróbata? ¿Por qué si no el Shah se negaba a ver a Polvo de Oro y también a recibirla a ella misma? Debía ir a ver a Narciso. Él tenía acceso a las más íntimas habladurías de palacio, aun cuando permaneciera oculto, consciente de que su ausencia sólo serviría para demorar su inevitable condena.

El eunuco escuchó a Rebeca. En sus ojos se traslució la esperanza, la rabia, el ánimo de venganza. En cuanto tuviera el frasco con su órgano cercenado, se hallaría en condiciones de comparecer a juicio y aceptar el castigo.

—Sé por qué está furioso el Shah.

—¿Por qué, cariño? —inquirió Rebeca, acercándose.

—Sólo hay una cosa en el mundo con la que me puedas sobornar.

—Lo sé. Tu virilidad. Pero si te lo devuelvo y me mientes, me quedaré sin nada.

El eunuco abrió la capa, se desabrochó el chaleco y sacó un cordel que llevaba atado a la altura del pecho. Luego lo dejó oscilar

delante de Rebeca.

—Esto no tiene precio. Tú mantén tu parte del trato. Cuando compruebes que he dicho la verdad, me lo devuelves.

En una vibrante esmeralda del tamaño de un huevo había la imagen del Shah cincelada con finos trazos. La piedra era preciosa, como también lo era el espléndido grabado, el estético fruto de años de trabajo. Rebeca se colgó la cuerda del cuello y encajó la joya entre los pechos.

—No te vayas a ninguna parte, Narciso. Antes del ocaso, volveré con tu tesoro.

De camino al templo del Rabino Tuerto, se quitó la ramita de menta y la aspiró como si el diablo le pisara los talones. No le agradaba la perspectiva de tener que perturbar de nuevo el sosiego del rabino.

El anciano permanecía encorvado bajo una ventana, con los pies inmersos en un baño de permanganato. Se estaba quitando los callos con un hierro caliente. El olor a hongos quemados flotaba en el aire. Al oír el ruido de unos pasos femeninos, enfocó el ojo sano hacia la luminosa mancha que se acercaba y emitió un gruñido. Otra vez la ramera.

—No me quedaré mucho —se apresuró a tranquilizarlo Rebeca —. He venido a rezar y a pedir perdón.

—Vaya a la sección de mujeres. Quizá Hashem se apiade de su alma.

El rabino subió trabajosamente las escaleras del arca y, tembloroso, dio unos golpes con el bastón mientras solicitaba perdón al Señor.

Cuando parecía que nunca iba a poner fin a sus oraciones, Rebeca lo llamó. Era, no obstante, como si el hombre hubiera perdido todo contacto con el mundo. Aparte de dejarlo inconsciente de un golpe, no podía hacer gran cosa para recuperar el frasco mientras él permanecía allí, con la cabeza apoyada en las puertas del arca. No había llegado hasta tan lejos para rendirse a las excentricidades religiosas de un rabino. Subió pues al pulpito y mirando el ojo de vidrio, le puso la mano en la entrepierna. Pegó la roja boca a los resecos labios del viejo y succionó. Debía de padecer una grave hernia, pensó, mientras masajeaba y retorcía dos bultos de excepcional tamaño.

Sin emitir un jadeo ni un suspiro, el hombre cayó, con la lengua colgando entre los dientes.

Le había apretado demasiado y lo había matado. Ahora la acusarían de asesinar al rabino. Aquejada de un inmenso cansancio, anhelaba irse a casa, quitarse la ropa, cerrar la puerta con llave y no recibir nunca más un hombre en su cama. Era hora de retirarse, de renunciar a un mundo que la había derrotado a cada paso. ¿Renunciar a Polvo de Oro? ¿Renunciar a Cuervo?

Pegó el oído al pecho del rabino y oyó un tenue latido. Le abrió la mandíbula y le colocó bien la lengua para que no cayera hacia atrás y se ahogara con ella. Tras dejarlo apoyado en el arca, corrió hacia su dormitorio y regresó con un cuenco de agua que le arrojó a la cara. El anciano se agitó de manera convulsa y respiró hondo. Viviría.

Abrió con precipitación las puertas del arca y palpó los rincones del fondo. Recorrió con frenesí las oscuras cavidades. Movió la Torah, introdujo la mano bajo ella, a su alrededor, encima. Barrió el estante con los dedos, se aupó para mirar. El frasco había desaparecido.

El rabino no permitía que nadie se acercara al arca. Él era la única persona que retiraba la Torah, abría la caja de madera y quitaba el polvo del arca. Lo zarandeó, provocando un castañeteo de su dentadura postiza. El hombre abrió un ojo y volvió a sumergirse en la inconsciencia. Rebeca se fue hasta el dormitorio y arrojó el colchón contra la pared. El mobiliario era escaso y eran pocos los lugares donde pudiera estar escondido el tarro. ¿A quién podía recurrir? Polvo de Oro se consumía por el acróbata, y Cuervo, encaramada en lo alto de una torre de poder, era imprevisible y no le merecía confianza.

Rebeca se sentó en el suelo y aguardó a que el rabino volviera en sí. Su pecho era un horno en llamas cuando, paseando la mirada por la habitación, la detuvo en una repisa rota bajo la cual se encontraba un taburete con la jofaina del rabino. El frasco estaba encima de la repisa.

Faltaba la tapa y adentro había agua. Una rama de azahar destacaba en el centro de un ramo de hierbas aromáticas. La salmuera se había asentado en el fondo. Quitó con precipitación las plantas y, con cuidado, vació el agua. Luego introdujo un dedo,

agitó lo que quedaba y descubrió que en realidad era arena. ¿Dónde estaba el órgano? Regresó a toda prisa al templo.

Sentado con las piernas cruzadas en el suelo, el rabino producía un silbido al respirar.

Rebeca levantó las manos con ademán de completa sumisión.

—Me iré y no volveré más si me dice qué ha sido de lo que había dentro de este frasco.

El rabino dejó flotar una mano trémula sobre la coronilla.

—¿Y ahora me quiere robar el milagro del Señor?

Rebeca le acercó el frasco al ojo sano.

—¿Dónde está lo que contenía?

—¿Lo que contenía? El Señor lo puso en el arca. Yo lo limpié en el patio. —Agarró la vasija—. Es un regalo de Dios… un receptáculo para el *haseh besamin*… la oración de las hierbas y el incienso.

Rebeca le arrebató el frasco y salió corriendo al patio. Cavó la tierra con las uñas, sacudió todas las matas, todos los resecos tallos de hierba. Descalza, revolvió el cieno del fondo de un sucio estanque y después, volvió a buscar a gatas.

El eunuco no se iría completo al otro mundo.

Rebeca tomó el callejón de los Mendigos para ir a la carnicería, de donde salió con unas mollejas todavía calientes. Por primera vez desde la muerte de Jacob, encendió el horno de su dormitorio. Sentada en un taburete, contaba los minutos. Las demoníacas llamas lamían las paredes negras de hollín, desprendiendo un calor que le hacía encoger los pezones. El humo y la ceniza le quemaban la garganta, y la traslúcida piel de los dedos relucía. Venosas y sanguinolentas, las mollejas brillaban en la palma de su mano.

¿Llegaría el día en que fuera capaz de mirar un fuego sin evocar el Diablo, sin preguntarse por qué habían comenzado a cantar los huesos de Polvo de Oro? Llorando, pidiendo ayuda a gritos. Todavía recordaba la primera melodía salida del cuerpo de su hija: el gemido de las harpas, el trino de los ruiseñores. Le había examinado la boca y no había hallado restos de hierro líquido. ¿La habría salvado la poción de la anciana Zoroastra?

¿Había estado ausente cuando su hija la necesitaba más?

Las mollejas se secaron y se encogieron. Igual que su mano. Ahora tenían el tamaño y la consistencia adecuados. Tras introducirlas en el frasco de arena, fue al rincón de la habitación y se puso a buscar entre los numerosos paquetes. Sacó viejos velos, descoloridos bombachos y arrugadas faldas. Cada prenda daba vida a algún recuerdo: el día en que enterró a Jacob; el día en que se había convertido en tratante de telas; el día en que inició al cariñoso Moisés como hombre. Ninguno era depositario de tanta importancia como el vestido que llevó en las dos ocasiones más señaladas de su vida: el día en que había seducido a Narciso, para que permitiera el ingreso de su hija en el harén, y el día en que había vuelto a aparecer en el Barrio Judío con Polvo de Oro en un trayecto para ir a visitar a Ruh'Alá y ofrecerle la mano de su hija. Su rechazo le había causado una vergüenza superior a la que había experimentado jamás, mayor aún que la que sufrió por tener que abrirse de piernas delante de Jacob y ladrar como un perro. Aquel incidente había sido, no obstante, la chispa que dio lugar a un sueño monumental cuya culminación se había convertido en algo tan esencial como respirar.

Aquel día fue el inicio de su vida. El presente día podría marcar su fin, de modo que quería vestirse de manera apropiada.

El arrugado velo plateado y la falda con espejuelos presentaban las manchas dejadas por el paso del tiempo. Se había puesto aquella resplandeciente falda con el chaleco el mismo día en que el mercader había considerado a su hija indigna de su hijo. Aproximó la prenda a la nariz. La capa de Ruh'Alá desprendía un aroma a ciprés antiguo; su melodiosa voz poblaba aún sus noches. Se rodeó el cuello con el viejo collar de cristal. ¿Acaso le había ofendido la visión de aquella bisutería barata?

La falda y el chaleco le venían igual que en su juventud, ceñidas en la cintura y holgadas en las caderas. Las roció con agua y se sentó junto al horno para que se secaran y alisaran con el calor. Mientras tanto, se planteó si el eunuco tendría un corazón con recuerdos capaces de ablandarlo, si reconocería la ropa que vestía la primera vez que lo introdujo al goce de un orgasmo.

Las llamas crepitaron. En la llama se produjo un centelleo de hierro. El fuego se volvió anaranjado, igual que las cuentas del rosario de ámbar que manoseaba Ruh'Alá el Espíritu de Dios aquel

día en que su vida había dado un radical giro. Las llamas se elevaron con un susurrante chisporroteo y luego se apagaron. Amarillo. El color de la bolsa de monedas que Ruh'Alá le había puesto en el regazo. Le había dolido. Notando el olor a avaricia y a grasa que emitía el fuego, dirigió la mirada hacia allí. En el fondo había aparecido un charco amarillo. El estómago le dio un vuelco y la bilis se adhirió a su garganta. Era oro líquido.

Las riquezas de su difunto marido.

Pobre Jacob. Había fundido el oro en el fuego antes de entrar a reunirse con él. Debió haber pensado en la fragua, cuando había escudriñado la casa, años atrás. Soy una mujer rica, pensó, y no experimentó ninguna alegría. Sentada de nuevo, aguardó a que las llamas se apagaran y se endureciera el amarillento río contaminado con la grasa de Jacob.

Luego arrojó un cubo de basura al horno y volvió a enterrar de nuevo a Jacob.

■

Capítulo 41

EL Gran Eunuco Negro se quedó mirando el chaleco manchado de Rebeca y la falda carcomida por la polilla. El pasado, descolorido y herrumbroso, estaba impreso en ella, como una ninfa surgida de un antiguo cofre. Viendo su caminar ligero y cargado de promesas y el relumbre de los deslustrados espejuelos, sintió una opresiva expectación en el corazón. El dolor era insoportable. Las rodillas no le sostenían. No se atrevió a dar un paso hacia ella. En cuanto le devolviera su tesoro, recuperaría las fuerzas. La primera vez que ella le había facilitado el acceso al placer de la próstata, había sentido un tremendo vigor, una euforia superior a la propiciada por el opio, más dulce que el hipnótico vaivén que imprimía a sus caderas mientras se aproximaba ahora, como una aparición que restablecería su virilidad. Levitaba, cual piadoso ángel ataviado con anticuados ropajes. Un espejismo. No, otra vez no. El indefenso ternero. Lo castraron hasta la raíz. Sin dejar nada.

Por fin llegó a su lado. Una agradable calidez se instaló en su entrepierna. Con la próstata hinchada por el recuerdo del sondeo de sus lubricados dedos, adelantó una mano suplicante.

Ella desató su fardo, desenvolvió el frasco y se lo tendió.

Tras observarlo un instante, lo agarró con afán, lo hizo girar, lo apretó contra el corazón, lo destapó y examinó el contenido. Los ojos moteados, hundidos bajo los inflados párpados, se movían con frenesí mientras introducía un dedo en el recipiente y tocaba el órgano. Lo estrujó, lo sopesó, antes de volver a posar la vista en

ella.

—¡Gracias! —exclamó con voz quebrada y un agobiante dolor en el pecho.

—¿Qué sabe el Shah? —preguntó Rebeca, crispando la mano en torno a la esmeralda.

—Cuidado… Cara de Luna… el Shah… —Hizo ademán de coger la piedra, pero Rebeca lo esquivó.

—¿Ya ha dado la orden?

—La fecha está fijada… Polvo de Oro morirá… —Calló, jadeante, plegado sobre sí.

—¿Cuándo? —gritó ella—. ¿Qué fecha es?

El eunuco se clavó las uñas en el pecho. El frasco se estrelló contra el mármol. Rebeca retrocedió mientras se esparcía el vidrio, la arena y las resecas mollejas.

Narciso vio cómo su esperanza se desparramaba en el suelo y se encorvó. Cayó de bruces.

—¡Habla! —le ordenó Rebeca.

La miraba con ojos desorbitados.

—Habla —le rogó.

Le bajaba un hilo de saliva por la comisura de la boca.

Rebeca se quitó las sandalias y con el talón le tomó el pulso de la arteria.

Narciso el Gran Eunuco Negro estaba muerto.

Ruh'Alá el Espíritu de Dios abrazó la esmeralda en el cuenco de la mano. Era una piedra de un verde purísimo, sin el menor defecto, trabajada con una perfección absoluta. Estaba, no obstante, más asombrado por la mujer que por la piedra que colgaba de su cuello. En su rostro no se había alterado ni una línea, el cabello conservaba su lustre hasta la última hebra y en los ojos violeta ardía intacto el mismo fuego. Iba vestida con la misma ropa que llevaba el día en que había acudido a ofrecerle a su hija. Ese día había quedado grabado en su corazón. Se había ido, dejando una aureola que había aportado calor a su casa durante años. Había situado aquella bolsa de monedas en el anaquel de su dormitorio, como un testimonio de su vergüenza. En ocasiones, la había sopesado, pensando en ella. En

un mundo que no establecía distinción entre el valor y la vanidad, aquel dinero era un símbolo de su valentía. Por eso lo apreciaba él, porque representaba una parte de la mujer. Ahora, había regresado, con el mismo collar de cuentas de vidrio que lucía ese día, y arrellanada entre los pechos, una esmeralda cuyo precio superaba el montante de toda su riqueza.

—Quédese con la gema. Yo le daré todo el oro que necesite.

Rebeca se ruborizó. El hombre no había cambiado. ¿Cuándo se daría cuenta de que no iba a aceptar limosna? Había ido allí a pedirle de nuevo algo por cuenta de su hija. Aquella vez para sobornar todo un contingente de espías y de guardias con objeto de averiguar cuándo y cómo pondrían fin a la vida de su hija. Aun cuando el Shah no fuera amigo de las ejecuciones, ella sabía que no iba a permitir que una sultana adúltera permaneciera impune.

—No quiero caridad —susurró, sorprendida de que la voz de Ruh'Alá no hubiera perdido su poder de fascinación sobre ella.

—Mi riqueza es suya —dijo el mercader, contento de que los años no hubieran hecho mella en su orgullo.

Rebeca sintió al hombre, con su aroma a bosque impregnado de lluvia. El color plateado de las sienes se había propagado al resto del cabello. Las arrugas se habían vuelto más profundas en torno a la boca. Los oscuros ojos contenían la tristeza de las personas que viven solas.

—No pienso perderte otra vez —musitó.

Era sólo una muestra de amabilidad, estaba segura. Él era así. Aquéllas eran palabras inspiradas por la piedad, y no la pasión.

—¿Cómo está su hijo?

—Bien. Viajó a otras tierras, estudió medicina. Está casado y tiene cinco hijos, todos varones. A mí me habría gustado tener una nieta.

—Yo tengo una —anunció ella con un relumbre en los ojos—. Un día será reina.

—¿Y Polvo de Oro?

Le tomó la mano y ella recorrió las líneas de la palma como si su futuro estuviera impreso en ellas.

—Es demasiado sensible. No es implacable, ni ambiciosa…

—¿No como su madre? —preguntó él, apretándole los dedos.

—Mis ambiciones son por ella.

Ruh'Alá le rodeó la cintura con protector ademán.

Ella no se negó al abrazo. Estaba cansada. Cansada de orgullo, de venganza y de aspiraciones. Cansada del Diablo y su menta, y del olor a hierro que nunca se disipaba. Ansiaba apoyarse sobre Ruh'Alá y aferrarse a la melodía de su voz.

El dio libre curso a las palabras de amor que había mantenido guardadas durante años.

Entonces ella comprendió que no se trataba de amabilidad ni de compasión, sino de un amor que había tenido tiempo de madurar y desprenderse de las dudas. Su vida, no obstante, llevaba demasiado tiempo orientada hacia su hija tan sólo. No sabía cómo modificar sus emociones.

—Quédate —le rogó él.

¿Qué quería decir con eso? ¿Todavía era una ramera para él? ¿Acaso no merecía que le propusiera matrimonio? No pensaba «quedarse» con ningún hombre, ni siquiera con Ruh'Alá, que era el único que le parecía digno, el único ante el cual reaccionaban sus pezones aun a pesar de la rabia.

Se precipitó hacia los callejones.

■

Capítulo 42

—¡TE cortaremos esa cabeza de adúltera! —vociferaba el Shah delante de las rojas rosas dedicadas a Polvo de Oro.

Las arrancaba de raíz, les partía el tallo, tiraba de los pétalos y aplastaba contra el suelo los capullos antes cuidados con tanto esmero.

—¡Cómo osas! —tronó, pisoteando las flores.

Desde detrás de un seto, Cuervo observaba cómo su padre se transformaba en un demonio, oprimida por un sentimiento de culpa y una inexplicable tristeza. El castigo más severo que había previsto para su madre era el encierro en la Casa de las Lágrimas. Entonces ella se habría asegurado que dispusiera de todas las comodidades necesarias, con excepción de su amante. De la voz de trueno de su padre y los susurros del Muchacho de Avellana deducía, sin embargo, que el rey iba a ejecutar a la favorita. Enfrentada a la posibilidad de perder a su madre, Cuervo tomaba conciencia de hasta qué punto la quería.

La violenta reacción de su padre la tenía desconcertada. ¿Era la consecuencia de un profundo afecto por su madre, o bien una manifestación de orgullo herido? Las espinas que se le clavaron en los pies descalzos, haciéndola sangrar, intensificaron su sed mientras se alejaba.

Cuando ya no quedaron más rosas que arrasar ni más maldiciones que proferir, el rey se preguntó si la muerte de Polvo de Oro causaría pena a Cuervo. Un soberano debía hacer lo que el

imperio esperaba de él y, después de todo, Cuervo había sido quien había confirmado sus sospechas.

Al principio había hecho oídos sordos a la denuncia de Cara de Luna. ¿Cómo podía haberse enamorado Polvo de Oro de otro hombre? ¿Acaso él, el rey, no complacía todos sus deseos, y satisfacía todos los caprichos que cualquier mujer pudiera soñar? Después Lirio del Golfo había repetido las acusaciones. De todas formas, se había dicho el Shah, el eunuco era leal a Cara de Luna. Sus afirmaciones carecían de fundamento. Luego Cuervo lo había abrazado y, pegando los labios a su oído, le había susurrado:

—Vigila a *madar*. Se ha retraído en su propio mundo.

Entonces había ordenado a sus espías que siguieran a la sultana y a la anciana Zoroastra. Las noticias que habían traído a su regreso le habían producido una cólera ciega.

Tras abandonar el cementerio de rosas, fue a palacio a buscar refugio en los brazos del Muchacho de Avellana. El Shah apretó con ternura el pene del Muchacho de Avellana.

—¡Le vamos a retorcer ese precioso cuello hasta que no le quede ni una gota de vida!

—Mi señor —adujo el Muchacho de Avellana mientras, con livianos dedos, recorría la columna del Shah—, Polvo de Oro os es fiel. No deis crédito a las palabras de personas celosas.

Aquel eunuco tenía la virtud de aportarle sosiego. Era complaciente como ningún otro hombre y poseía a la vez una firmeza de la que las mujeres carecían. Le hacía bien sentir su duro miembro y sus expertas manos familiarizadas con su cuerpo. Era hombre y mujer a la vez, y estaba exento de las complicaciones propias de cada género.

—No estáis con nos esta noche —señaló el Shah, al notar que se ablandaba su pene.

—Es que me preocupo por vos, mi Shah —repuso el Muchacho de Avellana, procurando recobrar la erección bajo la mano del Shah —. Es una conspiración destinada a eliminar a la favorita, y después a la princesa, las dos mujeres que están más próximas a vos.

Con la mano untada en bálsamo, el Muchacho de Avellana acarició el escroto del rey y después se deslizó hasta el pene. El Shah gimió, deseoso de postergar el orgasmo. No quería hablar de traición y muerte. Anhelaba una hora de reposo. El ungüento tenía

un fresco tacto y la presión era la adecuada. Ninguna mujer podría estimularlo con tan preciso ritmo. Su pasión estaba a punto de estallar. Debía contenerse. En momentos de ira y tristeza prefería derramarse en el interior del Muchacho de Avellana y no en la impersonal vastedad de una mano.

Su simiente inundó la palma del eunuco.

Éste rozó con los labios la frente del Shah.

—Descansad, mi rey. Después os sentiréis mejor.

—¡Quédate! —le ordenó el Shah.

El Muchacho de Avellana masajeó al rey con una toalla empapada con aceite de sándalo. Lo frotaba con atención, pese al torbellino que le sacudía el pensamiento. No le importaba el amor que sentía Polvo de Oro por el acróbata. Mucho tiempo atrás, en el sueño de opio previo a su castración, se había prometido a sí mismo ayudar a quienes se procuraban placer mutuo. El corazón le daba un vuelco ante la idea de que la cabeza de Polvo de Oro pudiera asomar clavada en una estaca por encima del Patio de los Caballos. ¿Podría recabar la colaboración de la sultana Bibi? Ella lo despreciaba, pero podía aprovechar dicho sentimiento a favor de Polvo de Oro, argumentando que, sin ella, el rey se rendiría por completo a él.

—¡Habladnos! —reclamó el Shah.

—Estáis fatigado, mi señor.

—Nuestras órdenes están dadas —informó el Shah al eunuco, al tiempo que le agarraba el brazo—. Al amanecer, la cuerda del arco le segará la garganta. La última muestra de respeto será un discreto entierro en nuestra rosaleda.

—¿Y qué pensará la princesa? La favorita es su madre. —El Muchacho de Avellana no movió en absoluto el brazo bajo la tenaza del Shah.

—Educaremos a Cuervo por nuestra cuenta, tal como corresponde a la madre de reyes.

La tristeza se adueñó del eunuco. ¿Era aquélla toda la compasión que era capaz de sentir el rey por su favorita? Una muerte rápida otorgada por la cuerda del arco, una muerte digna, una eterna morada junto a sus amadas rosas. Era inútil. No había posibilidad de anular la orden, ni tiempo para recurrir a la sultana Bibi. Debía avisar a Rebeca antes del alba. Se desplazó con pasos ligeros,

disponiendo las sábanas encima del Shah y, al sentir el impacto de la mirada del rey en su cuerpo desnudo, relajó los músculos. Después le alisó la frente y le tomó el pulso en las arterias.

—Mi rey, tenéis fiebre. Permitid que os sirva una tisana.

El Muchacho de Avellana se puso los ropajes de seda y preparó una bebida con raíz de eucalipto y bayas silvestres. De espaldas al rey, añadió de su botella de plata seis gotas de néctar de semillas de adormidera. El Shah dormiría con un sueño profundo hasta el día siguiente.

El Muchacho de Avellana se escabulló hasta el Pasaje Secreto y se adentró con celeridad por el laberinto de húmedos corredores. ¿Cómo podía poner el Shah fin a la vida de Polvo de Oro porque se había enamorado? ¿Acaso él no había compartido a su rey con cientos de sultanas y se había felicitado de su placer? Él era sólo mitad hombre, sin embargo. Tal vez los verdaderos hombres reaccionaban de manera distinta. ¿Y las mujeres? ¿Qué sentían Polvo de Oro y las otras sultanas al tener que compartir al Shah? ¿Y Miel? Ella era como él, mitad mujer y mitad hombre. Deseaba a otras mujeres, lloraba ante la indiferencia de una amante, pero tenía la generosidad de perdonar. ¡Miel! Ella era la única en quien podía confiar en el harén. Iría a pedirle ayuda antes de proseguir camino hacia el Barrio Judío.

Los guardias de la entrada interior dejaron libre paso al amante del Shah y confidente de las sultanas. Por los pasillos del harén, éste entró en los dormitorios. La habitación de Miel se encontraba al final del corredor. Ésa era otra más de las argucias que aplicaban los eunucos para mantenerla alejada de las otras mujeres.

Cerca de su jergón, le posó la mano en el hombro.

Ella se incorporó sobresaltada, con la negra lágrima de la comisura del ojo mojada a causa de los sueños. El Muchacho de Avellana le tapó la boca con la mano.

—El Shah se enteró de lo de Polvo de Oro.

Hincó los dientes en los dedos del eunuco, mientras agitaba las pestañas a la manera de diminutas alas.

—Al amanecer, el arquero irá a ejecutarla. ¡Avísala! Dile que

salga de sus aposentos y que me espere en el Pasaje Secreto. Pasa el resto de la noche en su habitación. No te duermas. Despista al verdugo. Condúcelo hacia los jardines.

—¿Y si Polvo de Oro rehúsa?

—Convéncela de que, si huye, tendrá una posibilidad con Suleimán.

Mientras se marchaba, el Muchacho de Avellana oyó el roce de la ropa de Miel tras él. La luna estaba alta en el horizonte y el vasto ramaje de los plátanos proyectaba ominosas sombras. El chillido de las lechuzas desgarraba el silencio. Ascendió el sendero de detrás de la Torre de Guardia, desde donde los centinelas lo habían visto salir a menudo para cumplir encargos personales del rey. Debía ponerse en contacto con Rebeca antes del amanecer. Alzó la vista hacia la torre. La luz de la luna bañaba uno de los cuatro arcos.

Enmarcada en él, una silueta se balanceaba con la brisa.

Entornó los ojos, tratando de interpretar lo que veía. No necesitaba más complicaciones. Debía apresurarse. No lograba despegarse, sin embargo, de la negra visión perfilada sobre el telón de fondo de las estrellas. Se precipitó hacia las escaleras para subir a la torre.

En el rellano de arriba se paró en seco. Una sombría forma pendía de una cuerda atada a un gancho del techo. El cuello se doblaba en un grotesco ángulo sobre el hombro. El Muchacho de Avellana se acercó más y encaró el cuerpo hacia la luna.

Un rayo de luz alumbró la cara de Lirio del Golfo.

El Leal eunuco había preferido quitarse la vida antes de que aplicaran castigo a su ama. No era un secreto que, por haber transmitido malas noticias acerca de la favorita, Cara de Luna pagaría con la muerte.

Rebeca oyó un estrépito en la puerta. Se pegó, desnuda y acongojada, a la tosca madera. Nadie acudía a su casa a esas horas de la noche. Algo iba mal. La madera se le clavaba en la espalda. No pensaba abrir. Se encerraría y se quedaría acurrucada junto al horno hasta que fuera a buscarla la anciana Zoroastra.

—¡Rebeca, abre!

Aquella voz no era la de un hombre vociferante portador de malos presagios.

Se decidió a abrir.

El Muchacho de Avellana entró y la agarró por los hombros para mitigar su temblor.

—Al amanecer, el verdugo irá a la habitación de Polvo de Oro.

Rebeca se desplomó en el suelo. Tenía la cara anegada. ¿Cuándo había sido la última vez que lloró? No derramó una lágrima ni siquiera cuando recibió la candente marca. Debió de haber sucumbido al llanto en otras ocasiones. ¿Cuando se quemó la muñeca? ¿Cuando las llamas de la fragua rugían sin cesar? ¿Cuando los huesos de Polvo de Oro gemían a causa del hambre?

El Muchacho de Avellana tomó entre los brazos a la mujer desnuda, su maestra en el arte del amor. Tenía la piel fina y brillante, el pelo del pubis y las axilas relucientes. Toda ella irradiaba el orgullo de la juventud. La naturaleza había sido generosa con ella. No tenía necesidad de más aderezos que la rama de menta que se había convertido en parte de ella. En otro tiempo, en una desnuda habitación con un horno apagado, lo había convertido en un hombre. Ni siquiera la castración le había podido arrebatar el regalo que ella le hizo.

—Miel avisará a Polvo de Oro. Esperará en el Pasaje Secreto. Tenemos que encontrar la manera de sacarla de palacio.

—No sé si las piernas le sostendrán hasta muy lejos.

—Está más fuerte de lo que crees.

Rebeca reflexionó un instante. Necesitaba manos valientes y mentes lúcidas para planificar la huida de su hija. Acercó los dedos al pecho, sopesando la esmeralda. Ruh'Alá el Espíritu de Dios procuraría refugio a su hija. Durante un corto tiempo, hasta que encontrase otro lugar, otra tierra.

—Debemos despertar al mercader —anunció mientras se precipitaba para cubrirse el cuerpo con un chador.

El aullido de los perros callejeros quebraba el silencio de los callejones. El Muchacho de Avellana conducía a Venus por una cuerda siguiendo la ruta que le indicaba Rebeca. Desprovisto de su habitual jaez y el tocado de plumas de avestruz, el asno se veía desaliñado y viejo. Rebeca caminaba junto al renqueante animal sin más prenda encima que el chador. Aquélla era la tercera vez que se

dirigía a la casa del mercader. Esa noche, empero, había dejado atrás su orgullo y la promesa de rechazar su ayuda.

A pesar de la intempestiva hora, el criado del mercader no puso reparos a la petición de Rebeca y se fue al interior de la vivienda a despertar al *Agha*.

El cabello del mercader, habitualmente peinado hacia atrás, le caía sobre la frente, cosa que ocultaba las canas y le confería un aire más juvenil. Con su mirada de experta, Rebeca adivinó que estaba desnudo bajo la túnica.

—Este es el Muchacho de Avellana, un amigo de Polvo de Oro —murmuró—. Ruh'Alá, mi hija está en peligro. Se ha enamorado de Suleimán.

Mientras la conducía tomada de la mano hacia el interior, él pensó que la hija de aquella mujer era aun más valiente que ella y, desde luego, mucho más valiente que él mismo.

—Encontraremos una solución.

Su presencia, el sosiego de su voz, la firmeza de su mano y la serenidad de su mirada calmaron a Rebeca.

—¿Nos ayudará la sultana Bibi? —preguntó al Muchacho de Avellana.

—La orden de ejecución ya está dada —señaló él—. Nadie puede alterarla ahora.

El Muchacho de Avellana barajaba las posibilidades. Había demasiadas mujeres celosas, demasiados eunucos leales tan sólo a sus propias amas, demasiados guardias que temían por su vida. Sólo Miel era de fiar, y ya estaba sobre aviso. El Muchacho de Avellana dibujó el plano del harén en un pergamino y señaló todos los jardines y puertas que daban acceso al exterior. La única parte no custodiada del palacio era la posterior, bordeada por el río, donde patrullaban los voraces tiburones.

—Incluso si conseguimos sacarla, ¿adonde va a ir? ¿Qué va a ser de Cuervo? —Rebeca se abatió, descorazonada ante la enormidad de la labor.

—Sacad a Polvo de Oro de palacio —dijo Ruh'Alá—, y del resto me encargaré yo. Mi hijo conoce bien las rutas que conducen a otras tierras. Mandaremos a Polvo de Oro a un sitio donde ni siquiera el Shah y sus hombres la encontrarán. —Posó la mirada en Rebeca, que alargó la mano para tomar la suya—. ¿Y Cuervo?

—Cuervo se quedará —respondió.

El Shah perseguiría a Polvo de Oro con la fuerza de su orgullo, pero rastrearía a Cuervo con el vigor de la pasión, que era peligrosa e infinita.

—Yo conozco una salida por el Pasaje Secreto —informó el Muchacho de Avellana—. Si pudiéramos cruzar el río, nos ocultaríamos en la espesura del bosque antes de que los guardias fueran puestos en alerta.

—¡Pero si el río está infestado de tiburones! —exclamó Rebeca.

—Sí —confirmó el mercader, antes de llamar a su criado—. Todo problema tiene, no obstante, una solución.

Estaba perfilando un plan. No sería difícil contar con la colaboración de los hombres del barrio. Éstos le recompensarían con gusto los amables detalles que siempre tenía con ellos, lo cual lo convertía en una especie de benefactor. Si el palacio se negaba a ayudar, los judíos no les darían la espalda.

Despertaría a los carpinteros y les pediría que tomaran sus herramientas y se dirigieran al río. Trabajarían sin tregua para construir una balsa con los troncos que flotaban en el río. Desde la orilla bordeada de árboles, remarían hasta la otra ribera, en la que se alzaba el palacio. Antes del alba, podrían recoger a Polvo de Oro, regresar con ella y adentrarse en las profundidades del bosque.

El Muchacho de Avellana se levantó, listo para salir. Entonces Rebeca tomó conciencia de que el chador supondría una traba para moverse con holgura.

—Debes disfrazarte —aconsejó el mercader—. ¿Te importaría ponerte ropa mía?

Sin pensárselo dos veces, arrojó la túnica al suelo y se introdujo en los pantalones que él le ofreció. Mientras se arremangaba los bajos, notó sus miradas y cayó en la cuenta de que estaba con los pechos al descubierto y el montículo del vientre asomando bajo la cintura de los bombachos. Entonces los subió, ajustó la cintura y se cubrió con la camisa.

Ruh'Alá se fue a vestir. De modo que los rumores sobre su marca eran ciertos. La cicatriz se había vuelto roja mientras la miraba. ¿Sería aquel milagro lo que confería a esa mujer aquellas cualidades tan poco comunes? La capacidad de desnudarse delante de los hombres como si fuera lo más normal del mundo, de llamarlo por

su nombre de pila como si fueran viejos amantes, de luchar por si hija como si su vida estuviera entrelazada a la suya… Ruh'Alá se aventuró en la noche, consciente de que sólo salvando a la hija podría conseguir a la madre.

Suleimán se bajó con precipitación de la cama y empuñó la espada. ¡Había llegado el final! Los guardias de palacio estaban allí. Habían ejecutado a Polvo de Oro. No podía oír los latidos de su corazón, ni sentir las lágrimas que afloraban a sus ojos. Estaba listo para morir. Abrió la puerta y se halló ante unos fantasmas que los observaban con aire condenatorio. Era un sueño. Aquellos pozos de desaprobación eran producto de su imaginación. Su conciencia lo traicionaba.

—Prepárate, Suleimán.

Apretó los párpados para desprenderse de la somnolencia y enfocar luego la vista sobre Rebeca y la sombra del mercader que se perfilaba tras ella. No reconoció al otro hombre, que iba ataviado con lujosa seda.

Rebeca lo agarró por el hombro y lo sacudió.

—¡Despierta! No tenemos tiempo. *Venus* está afuera. Dale de comer. Dispón un paquete con comida y ve a esperar en las puertas de la ciudad. Vas a ir al fin del mundo.

Suleimán abrió la boca para replicar que aunque los esbirros del Shah fueran por él, no le interesaba huir al otro extremo del mundo. Iba a quedarse allí, para que lo enterrasen al lado de Polvo de Oro. Sus visitantes ya se habían perdido, sin embargo, en la noche.

■

Capítulo 43

TRAS las cortinas, un sinfín de estrellas sangraban sobre la oscura tela del cielo. El clamor de los pensamientos de Cuervo enturbiaba la calma. Sus henchidos pechos, los erectos pezones y la reacción de su carne a la exploración de los dedos le procuraban una dulce sensación. Estaba también el ansia, aquella sed. Los demonios de la mente la privaban hasta de la última gota de humedad. Consumía grandes cantidades de sorbetes, té y vino. Tomaba prolongados baños y nadaba a menudo en el río. Era inútil. Su cuerpo era un desierto.

Se había acostado con amodorradas mujeres y con eunucos que merodeaban por el harén, hombres que habían conservado intactos los penes pese a haberles retirado los testículos. Prefería esos eunucos a los hombres normales porque sabían cómo prolongar su placer. Arrodillados entre las piernas, la lamían con fruición. Ellos habían prometido apagarle la sed sin alterar su virginidad. La sequía persistía, con todo, en sus venas.

El día anterior, después de nadar entre los tiburones, el buzo desnudo Ciro la había llevado hasta lo alto del acantilado y le había retirado con la lengua el ungüento protector. Con ella le había trazado círculos en la parte inferior de los brazos y en torno a los pezones, le había acariciado el ombligo y el pubis para después entrar y salir repetidas veces de su interior, hasta que estalló en gritos.

La sed no se había ido, sin embargo. Por eso ideó otra excusa,

otra urgente razón para ir a ver a su padre. Una gota de sudor perdida en su barbilla o un accidental beso de su labio inferior, donde se concentraba la saliva, repondrían de manera transitoria sus reservas de humedad. ¿Por qué se le resistía?

Paseó la mirada por el cielo y la detuvo en el horizonte. Luego alzó los brazos y se volvió de espaldas a la ventana. No comprendía la tristeza que sentía por una madre que se negaba a aceptar la verdad, que se negaba a reconocer que su hija ya no era una niña. De no ser por su madre, el rey habría advertido la sequedad que la atormentaba. La semana anterior sus uñas tenían un sano brillo. Ahora estaban amarillentas y quebradizas. Sentía el cuero cabelludo tenso. La piel estaba perdiendo la flexibilidad y amenazaba con estrangularla. No pensaba quedarse cruzada de brazos mientras aquel demonio le arrebataba la juventud y la belleza.

Con las piernas abiertas, se untó los labios con bálsamo de almizcle y se roció el cuerpo con un vapor de esencia de clavo, nuez moscada y jengibre. Tras envolverse con un diáfano velo de color lila, se ciñó la cadena de oro con el frasco de ungüento que repelía los tiburones. En las tiras de la sandalia, ajustó una daga. La serpiente de oro con ojos de rubí adornó su brazo.

Se deslizó por los sombríos pasillos del Pasaje Secreto. La noche era cálida y húmeda y el aire, sofocante. Sin apenas reparar en la presencia de los eunucos que le cedían el paso, se introdujo en los aposentos reales.

Se detuvo al pie de la cama y contempló al rey dormido. ¿Poblaría su madre sus sueños? Se desprendió del velo y de los ornamentos con movimientos cautelosos y precipitados a un tiempo. A través de los visillos, la luna enfocó su cuerpo desnudo. La abandonó la osadía. Se puso a rodear el lecho de su padre para escapar de la castigadora mirada de la luna. El plateado cabello se desparramó sobre las caderas y hendió la oscuridad. Se inclinó para pasar la lengua sobre la húmeda mata de pelo de la axila de su padre. La luna la escrutaba. Se levantó y comenzó a deambular en torno a su rayo, se apartó a derecha e izquierda para esquivarlo, se refugió bajo el alféizar, detrás de la otomana, detrás de las cortinas. La escalofriante luz la acompañaba, se colaba bajo sus pies, la seguía, la provocaba.

Escudriñó la habitación buscando un lugar donde ocultarse, tras

las colgaduras, los almohadones, las esculturas, pero el miedo a quedarse sola detrás como un objeto inanimado la contuvo. Entonces se deslizó bajo las sábanas y se sumergió en el aroma a rosas negras.

Con los párpados pesados a causa del narcótico, el Shah le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí. Ella abrió los labios para acoger su lengua y aspirar la humedad. Mantuvo la lengua prendida de la suya y mientras reponía las reservas de sus células, advirtió con alborozo la creciente dureza del miembro pegado a su vientre. Inhaló el acre olor a hachís de su aliento y se entristeció al pensar que necesitaba opiáceos para calmarse. Con toda su inhumana fuerza, lo atenazó entre los muslos y, por temor a perder aquel momento cuando él despertara, no vaciló.

A través de gasas, velos y cortinas, el Shah tenía la ilusoria sensación de hallarse inmerso en una marfileña carne. Notaba la suavidad de unos muslos, la finura de unos brazos, la presión de unos dedos. ¿Era un sueño? ¿Se había adueñado el opio de su percepción? A despecho de la pesadez de los ojos, sentía con una excepcional sensibilidad. Aspiró un perfume que no logró identificar. Éste lo abrazaba, no obstante, como si hubiera pasado toda la vida inmerso en él. En el cuenco de las manos albergaba unas nalgas de una redondez perfecta. ¿Había venido Polvo de Oro a pedirle perdón? Aquélla no era su fragancia de jazmín. Recorrió con los dedos la dentada línea de una delgada espalda y la curva de un esbelto cuello. ¿Cara de Luna? Ella nunca tuvo un tacto cálido, ni labios carnosos, y además llevaba esencia de afrodisíacos. Las manos treparon por una sedosa masa; las lujuriantes mechas se desbordaron entre sus dedos cuando los acercó a la nariz. El aroma a especias le hinchió los pulmones. Sólo una mujer usaba aquel atrevido perfume.

Abrió los ojos. Unas plateadas hebras caían en cascada en su mano. Sólo una mujer tenía el cabello de ese color.

Vio unos ojos de tonalidad rubí.

Sólo una mujer tenía ojos de fuego.

—Eres mío.

Fue un conminatorio susurro, un compromiso, una orden.

Sólo una mujer poseía aquella voz, fuerte y femenina a un tiempo.

Lanzó un gemido, mientras los narcóticos corrían por su sangre.

Tenía que levantarse, alejarse de ella, salir corriendo, llamar a los guardias, ordenarles que se la llevaran. Buscó la campanilla para llamarlos. Tenía las manos paralizadas y las piernas eran columnas de piedra.

La sedienta lengua de Cuervo despertaba el deseo de lo prohibido. Sus ojos eran ardientes antorchas que lo mantenían sometido. Estaba conectada a él con los muslos, los brazos y los labios, y por medio del linaje. Era el meollo de su alma. Su cuerpo se disolvió en el suyo como tibia cera. Lo estaba consumiendo, en un acto que entonces le pareció como algo inevitable, que debía haberse producido mucho antes.

Ella se incorporó, se dio la vuelta y se sentó encima de él, de cara a los pies. Con su parte más íntima expuesta, se dobló para beber de la fuente. La gota de salado líquido de la punta estalló en su boca. Porfió, buscando más y más, poniendo cuidado siempre de aflojar los labios y pasar la lengua entorno a los bordes a fin de no agotar todos sus fluidos.

Cuando él emitió un jadeo, incapaz de seguir soportando su sed, se situó de frente y lo acogió entre los pechos. Notó sus manos expertas que le encendían el cuerpo y montó en cólera contra las numerosas mujeres con las que había estado. Se colocó de rodillas y después descendió sobre él, una y otra vez, aplastándolo bajo ella hasta que exhaló aquel gemido animal que había reprimido durante años. El grito que ella estaba esperando. La súplica de un rey a quien volvía indefenso la enormidad de su deseo. Un grito de sumisión que ninguna otra mujer había inspirado.

La luz de la luna que inundó la cara del Shah resaltó la blancura de sus dientes. Estaba sonriendo.

Ella ya no rehuía la luz.

—Yo te daré hijos.

Su padre. Su amante. Ella le daría hijos varones y disiparía la vergüenza que había soportado durante tanto tiempo.

Se puso de pie y plantó las piernas en sus costados. Los lechosos muslos abiertos sobre él tenían una regia apariencia que le garantizó la fortaleza para soportar a la vez el amor y la pérdida. La pérdida de Polvo de Oro. El amor de Cuervo.

Cuervo se bajó.

De la garganta del rey brotó un rugido. Un grito de dolor. El de él. El de ella. Luego propulsó hacia su interior la semilla que se convertiría en hijos varones. Los herederos del imperio.

—*Pedar* —gimió—. No fuerces la fidelidad con la muerte. Deja que se vaya la favorita.

Capítulo 44

MIEL observó el reflejo de su imagen en el espejo de la habitación de Polvo de Oro. Las capas de negro ocultaban prácticamente sus ojos desorientados. Los pensamientos se sucedían vertiginosos y el corazón le latía con ritmo irregular, pero la impulsaba una inflexible determinación. Durante demasiado tiempo, había deseado a mujeres a quienes inspiraba repulsión o se había visto rechazada por quienes temían al Shah. A los treinta y seis años, era una mujer vieja y cansada, que había vivido el doble que la mayoría de mujeres de su edad. El encanto y el candor de Polvo de Oro habían enriquecido su existencia y le estaba agradecida por ello.

El chirrido de los grillos entró por la ventana. Por las cortinas de vivos colores, inmóviles en la calurosa noche, entraba la luz de la luna que arrancaba destellos en los presentes de plata y de cristal. Deslizó los dedos sobre el cabello de Polvo de Oro.

Ésta se incorporó como un resorte. A lo largo de la semana anterior, en la que el Shah la había evitado, en la que el eunuco permanecía escondido, en la que Cara de Luna lucía una eterna sonrisa y Cuervo le dedicaba unas evasivas miradas, había albergado la duda de si el Shah se había enterado de su relación con Suleimán. Entonces, al ver a Miel, supo que traía malas noticias.

—Prepárate —le susurró—. ¡Deprisa!

Los prisioneros no se dan prisa para ir a ninguna parte, pensó. Se ahogan en el humo del opio hasta que no queda nada.

—¿Adonde? —preguntó.

—El Shah está al corriente. Tenemos que sacarte de aquí.

¿Adonde iba a ir? ¿Al Barrio Judío, donde la localizaría el verdugo? ¿A un mundo extranjero que no conocía? En todo caso, no a la choza de Suleimán, donde la descubrirían antes del amanecer.

Miel levantó las sábanas y la puso en pie.

—El Muchacho de Avellana se reunirá contigo en el Pasaje Secreto. ¡Muévete!

Polvo de Oro evocó el olor del pasaje, a hongos y humedad, y también a lluvia y a corteza de árbol. Su querido Muchacho de Avellana. El se había criado en el palacio y debía de conocer secretos a los que sólo tenía acceso el Shah. Aunque confiaba en él, carecía de la fuerza para enfrentarse a lo desconocido. Tenía los huesos débiles y doloridos.

—No puedo dejar a Cuervo —murmuró, mientras observaba cómo Miel revolvía el arcón de la ropa y elegía prendas que ponía a un lado.

—¿Es que estás ciega? —replicó Miel, comenzando a vestirla—. ¿Crees que Cuervo te necesita? En todo caso, no tienes opción. El Shah te va a ejecutar. Suleimán será el siguiente.

—No voy a abandonarlo a su suerte.

—Ya lo han avisado. Está escondido —mintió Miel.

—¿Dónde?

—No estoy al corriente de los detalles. Sólo sé que tú vas a ir también allí.

Miel introdujo una daga bajo el cinturón de Polvo de Oro.

—Tengo que decirle adiós a Cuervo.

—Antes tendrás que pasar sobre mi cadáver —afirmó con trémulos labios Miel—. No debe enterarse hasta que te encuentres a muchos *farsangs* de distancia.

Por encima del dolor que sentía, Polvo de Oro tuvo que confesarse a sí misma que Miel estaba en lo cierto. Debía marcharse sin abrazar a Cuervo.

Miel acercó la cara de Polvo de Oro a la suya y acogió los labios en su boca. Dejó resbalar la lengua sobre los labios de Polvo de Oro, los dientes y el paladar. Sabía a sal. La de sus propias lágrimas. La de la pena de Polvo de Oro.

En el aliento de Miel, Polvo de Oro notó el olor a vino y humo de narguile.

Mientras la abrazaba contra su corazón, sintió un amor que no sabía definir. Echaría de menos a aquella amiga y todas las cosas prohibidas que simbolizaba.

—¡Si se enteran de que me has ayudado, te matarán!

Miel posó sobre Polvo de Oro una mirada que fue como un cubo de agua ardiente.

—Te buscan a ti, no a mí. ¡Ahora vete!

Cerró la puerta tras Polvo de Oro y corrió las cortinas, para acentuar la oscuridad. Se sentía en paz, casi feliz. Cuando Polvo de Oro llegó al harén era una chiquilla indiferente a la riqueza y a la distinción de clases, una muchacha virginal con piel de alabastro y mejillas encendidas, el pelo corto y los pies desnudos. Ella supo desde el primer instante que sería alguien importante en su vida, y no se equivocó. Polvo de Oro, una de las pocas sultanas que no se dejó tentar por el opio ni la opulencia, había sido una luz en su lóbrega vida.

Caminando por el Pasaje Secreto, Polvo de Oro reparó en la ausencia del contacto de telarañas en la cara. El Shah había tenido alguna visita. ¿De un hombre, o de una mujer? Echaría de menos al rey. Había compartido secretos íntimos con ella; la había protegido frente a las intrigas del harén; la había amado a su manera, con toda su pasión y la ferocidad de sus creencias. En su palacio, se había convertido en mujer, había dado a luz a Cuervo y descubierto el mundo a través de los ojos de dos eunucos tan distintos como el bien y el mal.

Rezó por que el Muchacho de Avellana la estuviera esperando. Le costaba caminar con aquella fragilidad en los huesos. Miró por un tragaluz. La luna brillaba por el norte. Dentro de unas horas saldría el sol. Volvió la vista hacia el Pasaje Secreto. De las sombras surgió un relumbre de color lila. Una oleada de plata. Un destello de oro. El tintineo de unas campanillas. Unos pasos más lentos ahora. Una serpiente de oro enroscada en torno a un blanco brazo; con ojos de rubí. Cuervo.

Caminó hacia la serpiente dorada de encendidos ojos y comprimió a su hija contra sí.

Cuervo la rodeó con los brazos y la besó en el cuello. Su madre debía de dirigirse a los aposentos del Shah para solicitar su perdón. El aliento de su padre permanecía prendido a ella aún. Nunca más permitiría que otra mujer se acercara a su habitación.

—*Madar*, la orden ya está dada. Debes huir.

—Lo sé —murmuró Polvo de Oro.

—¡*Pedar* no va a cambiar de idea! —No comprendía la actitud de su madre, que le pasaba las manos por el pelo, le ajustaba la serpiente en el brazo, le centraba el cinturón, le tocaba la hebilla. Parecía ajena al mundo y a su suerte—. ¿No lo entiendes, *madar*? ¡Estás en peligro!

Polvo de Oro recorrió con los dedos el rostro de su hija para fijar su perfil en el recuerdo, con el borde de los ojos, las cejas, las pestañas.

Cuervo se tensó, como un salvaje animal que captara el olor de la debilidad.

Polvo de Oro retrocedió. No debía empañar aquellos últimos momentos. Debía dejar una imagen de valentía.

—El Muchacho de Avellana vendrá y me ayudará a escapar.

Cuervo se quedó pensando. Ella era muy capaz de mantener a raya a toda sultana que quisiera atraer la atención de su padre. No sabía, en cambio, cómo obrar ante un espléndido eunuco que durante muchos años había sido compañero de su padre.

—Os ayudaré a los dos, pero el Muchacho de Avellana no debe regresar al palacio. Si se enteran de que te ayudó, correrá peligro tanto su vida como la mía.

—Princesa, vuestra vida siempre será respetada. —No habían oído acercarse al Muchacho de Avellana.

Cuervo y el eunuco se enzarzaron en un mudo intercambio, con la complicidad de quienes están unidos a un mismo hombre. Observando las miradas de Cuervo, venenosas víboras dirigidas a un rival, Polvo de Oro vio confirmadas sus sospechas. Durante años, había vivido con un presentimiento que le había amargado la vida, pero sin llegar a sumirla en la desesperanza. Ahora no quería disipar la duda pues, de lo contrario, la vencería la desesperación. Sus huesos, que comenzaban justo a recuperarse, no soportarían un nuevo golpe.

El Muchacho de Avellana no sabía qué hacer. No quería revelar

a Cuervo el plan del mercader. Tenía que averiguar sus intenciones. Cerciorarse de su sinceridad, de si era una aliada digna de confianza.

—Princesa, yo desapareceré, pero antes vuestra madre deberá estar a salvo. ¿Cómo lo vamos a lograr?

—Ya sabes que sólo hay una vía para salir de aquí —señaló, con ademán de triunfo, Cuervo—. El río. Tu enemigo, amigo mío.

Aun sin comprender aquella observación, para el Muchacho de Avellana fue un alivio constatar que ambos tenían el mismo punto de destino.

Durante años, también Polvo de Oro había tenido la impresión de que aquellos pasillos conducían al río que bordeaba la parte posterior de palacio. Prefería, con todo, morir a manos del verdugo a verse despedazada por los tiburones. No se atrevía, sin embargo, a inmiscuirse en la conversación de ellos, que se esforzaban por lograr su libertad. Dejó pues que la condujeran hacia un corredor secundario en pendiente, más estrecho y oscuro que el principal. Por encima del calor que entraba por los respiraderos llegaba un tintineo de metal. Flanqueada por dos fuerzas que se comprendían de un modo como ella no alcanzaba a penetrar, siguió el brillo de la daga de Cuervo. De la confianza de sus pasos se desprendía que ambos sabían adonde se dirigían. Qué bien se comunicaban en silencio, familiarizados ambos con el pasadizo. Seguramente, el eunuco lo conocía gracias a los largos años que había vivido con el Shah, y Cuervo, con su curiosidad, su obsesiva naturaleza y su intrepidez, había descubierto misterios que ella ignoraba. Aquél era el mismo corredor que ella había frecuentado sin osar seguir el olor de las estaciones cambiantes que tal vez la habría conducido al exterior.

Cuervo la retuvo un momento.

—Cuenta hasta once y después retrocede.

Polvo de Oro obedeció la indicación, maravillada por la precisión de los cálculos. Después observó cómo Cuervo y el Muchacho de Avellana ejercían presión con los pies en un lugar concreto.

—¡Uno! —gritó Cuervo, sin que la menor gota de sudor empañara la claridad de su rostro.

—¡Dos! —El Muchacho de Avellana empujó con visible esfuerzo.

Siguió un estruendo que sobresaltó a Polvo de Oro. El suelo se movió, produciendo una sacudida que sintió hasta en la médula. Luego fijó la mirada en la cueva que se había abierto a sus pies. Los listones de madera estaban pintados de tal modo que parecieran bloques de piedra. Descendió unas angostas escaleras entre un aire bochornoso y sofocante.

—Mira por donde caminas —le advirtió Cuervo, a su lado—. Aquí hay una curva, y otra allí.

Polvo de Oro chocó con una pared y perdió el equilibrio. Enseguida la recogieron unos brazos. Era el Muchacho de Avellana, que la depositó en un sitio que parecía un estrecho embarcadero. Sus pulmones acogieron con gusto el fresco aire.

Cuervo midió con la mano abierta en el muro y a continuación apretó una invisible rendija. Polvo de Oro escuchó sobrecogida el gruñido de las piedras en movimiento. El suelo se estremeció bajo ella, mientras la piedra, la madera y el hierro rechinaban a causa del roce. Luego unas inmensas mandíbulas metálicas se abrieron, revelando un mundo que había olvidado.

El río discurría por un terreno recubierto de espadañas. Al otro lado del cauce se extendían muchos *farsangs* de densos bosques sumidos en una impenetrable oscuridad. Polvo de Oro oyó el grito de una lechuza, después otro, y otro más. Era un mal presagio, según creía el Shah. Resistió a la urgencia de dar media vuelta, volver corriendo al harén a buscar refugio en sus habitaciones. Allí tenía que afrontar la densa noche, los feroces tiburones y las cortantes espadañas, con sus hojas enhiestas como dagas. Otro ululato de ave rapaz quebró el silencio de la noche.

—Son señales —le informó el Muchacho de Avellana—. Van a enviar una balsa desde la otra orilla.

No se molestó en preguntar quién. Daba igual, de todos modos. Los tiburones los devorarían, junto con la embarcación. Lo que importaba era mantener la dignidad, para que su hija la recordase alejándose con el aplomo de un guerrero.

—¿Qué clase de balsa? —preguntó Cuervo.

Desde el inicio del trayecto, albergaba la certeza de que el eunuco no se aventuraría en aquellas peligrosas aguas sin disponer de un meticuloso plan. Ahora, debía revelarlo a fin de que ella pudiera contribuir a su éxito.

El Muchacho de Avellana comprendía la preocupación de Cuervo. La tenaz princesa estaba dispuesta a ayudar a huir a su madre, para que nadie se interpusiera en sus aspiraciones. También comprendía el silencio de Polvo de Oro. La favorita seguía siendo tan orgullosa como el día en que la inició en las artes eróticas. Por eso prefería no pronunciar ni una palabra, para no poner en evidencia su miedo.

—El mercader y Rebeca van a enviar una balsa. Remaremos hasta la otra ribera y nos adentraremos en la espesura antes de que adviertan nuestra ausencia.

—¿Habéis perdido el juicio? —musitó Cuervo—. Los tiburones destruirían la balsa en cuestión de segundos.

—En la boca del río, la sangre de otros peces mantiene ocupados a los tiburones —explicó el Muchacho de Avellana, sosteniendo el brazo de Polvo de Oro.

El color blanco de los dientes de Cuervo destelló con la luz de la luna. Aquel plan tenía posibilidades de llegar a buen fin. Después, ella regresaría a la habitación del Shah y lo distraería hasta que su madre se hubiera alejado de la ciudad.

Entonces el rey y el imperio serían suyos.

El horizonte adquiría un tinte purpúreo y las estrellas comenzaban a disiparse, pero la balsa seguía sin llegar. Cuervo hizo chasquear con impaciencia los dedos.

—No podemos esperar más. Venid, yo os haré llegar sin percance al otro lado. Pero no puedo quedarme sin mi madre y mi abuela a la vez. Debéis hacer que vuelva conmigo. Prometo que no sufrirán ningún daño ni a ella ni al mercader. Ahora, quitaos la ropa.

En respuesta a la muda pregunta del Muchacho de Avellana, Cuervo les enseñó el frasco que llevaba prendido al cinturón.

—Con el cuerpo recubierto de este ungüento, los tiburones no se acercarán. Dispondréis de cinco minutos para llegar nadando a la orilla antes de que se disipe su efecto. Es tiempo de sobra. Yo lo he probado. —Había ayudado a los buzos a crear un ungüento con las cualidades astringentes de la goma, que no se disolvía tan rápido como el anterior.

La máscara de valor que había asumido Polvo de Oro se vino abajo. No se atrevía a nadar en aquellas aguas con la única

protección de un ungüento. Se sentía inerme ante la represiva mirada de Cuervo.

El Muchacho de Avellana se deshizo del chaleco y se quitó los bombachos. El plan del mercader había topado con algún impedimento. Debían confiar en la princesa o volver atrás. Él prefería sufrir una honrosa muerte a que le cortaran la garganta y ahogarse en su propia sangre.

—Yo he nadado muchas veces en el río —susurraba Cuervo a Polvo de Oro al tiempo que la desnudaba—. Controla el miedo, porque si no, no podrás nadar con la rapidez necesaria.

Polvo de Oro observaba cómo aquella visión de color plata, violeta y oro, su hija, le aplicaba un aceite verduzco en la piel y lo extendía con cuidado por la cara, detrás de las orejas, en las concavidades de las axilas, bajo los pechos… Aquella mujer que seguía siendo una desconocida para ella. Ahora que se marchaba hacia un incierto destino, sentía el amor de su hija en la tierna presión de los dedos mientras le recubría de bálsamo el cuerpo. Polvo de Oro cerró los ojos para captar el contacto de Cuervo, la calidez de su aliento, su proximidad. Hacía mucho que ansiaba aquella unión.

Después Cuervo le rozó el hombro con los labios.

—Adiós, *madar*.

Polvo de Oro siguió con la mirada la ondulación del velo, la plateada cascada del cabello, el murmullo de los pasos, silenciosos como los de un gato. Se había ido. Su hija. La reina.

■

Capítulo 45

POLVO de Oro entró en el río y se puso a nadar con todo el vigor que le permitieron los huesos. Más adelante, el Muchacho de Avellana surcaba el agua, como un faro en pos del que debía ir. Los brazos y las piernas se movían por voluntad propia, ajenos a su autoridad. El miedo había dado paso a la resignada aprensión a verse desgarrada por unas afiladas fauces.

Había defraudado las expectativas de su madre. Qué humillante final, morir devorada por los tiburones, para una hija destinada á ocupar tronos incrustados de joyas. Ojalá su madre se hubiera dado cuenta de que durante un breve periodo de tiempo, reclinada en el andrajoso colchón de Suleimán, se había sentido como una reina. ¿No era eso a lo que había aspirado su madre? ¿Al amor? ¡Eso era lo que la impulsaba a continuar entonces! Había tratado de complacer a su madre, pero la constante contradicción de sus instrucciones la sumía en la confusión. Ni la misma Rebeca podría haberse atenido a sus propias recomendaciones: sé ambiciosa pero no te dejes endurecer frente al mundo, busca el poder pero no permitas que empañe tu humanidad, únete a un hombre pero no caigas en la trampa de la prostitución del matrimonio, ríndete al amor pero sé tú la dueña de tu cuerpo.

Ahora no quedaría ningún cadáver, sólo recuerdos, sueños y anhelos que la habían conducido a la muerte. Tenía los pulmones a punto de estallar. ¿Morirían los anhelos con el cuerpo, o se quedarían para siempre en el universo, como lápidas

conmemorativas? Aquél sería su legado privado.

¿Qué iba a ser de Suleimán? Estaba furiosa con él. Se iba a morir y nunca había sentido el contacto de su cuerpo. El abrigaba elevadas convicciones: la ausencia es el afrodisíaco del alma. Nunca hay que precipitarse con las emociones. ¿Acaso no tenía conciencia de que el peligro se hallaba en todas partes, de que cada minuto podía ser el último? Cuando por fin se había deshecho de los rostros de color café y había encontrado su perdido amor, él la había privado de su contacto. ¿Encontraría demasiado comprometedor, definitivo, la presión de la carne contra la carne?

El corazón le latía con una insoportable violencia. A duras penas lograba seguir al Muchacho de Avellana. Porfiaba por mantener la cabeza fuera del agua y llenar los pulmones de aire, pero comenzaba a ganarle la debilidad. Unas ásperas escamas le rozaron la piel. Sintió una llamarada de dolor en el cuerpo. Los tiburones la habían encontrado. Luchó por mantenerse a flote mientras un oleaje agitaba el agua haciendo aflorar el olor a algas. Los peces estaban concentrando sus fuerzas. Respiró hondo y cerró los ojos.

Las aguas se remansaron a su alrededor. De todos modos, era seguro que volverían. Abrió los ojos y se palpó las piernas. Estaban intactas. ¿Habría dado resultado el ungüento? Los tiburones iban a volver. ¿Qué podía contener un aceite verde para disuadir a los tiburones? De los bosques surgió un grito de lechuza, seguido de dos más.

Haciendo acopio de los últimos vestigios de energías, se enfrentó al río. La sombra del Muchacho de Avellana desapareció y con ello se sintió aún más sola en aquel helado e inmenso universo. Una fuerza giratoria la agarró y comenzó a tirar de ella. ¿Habrían concluido los cinco minutos? El río tenía un sabor amargo. Sus pulmones no iban a resistir más.

Topó con un roce de arena, piedra y tierra sólida. Alguien la sacó del agua. Había sobrevivido. El ungüento había funcionado.

Se dejó caer, estremecida, en los brazos del Muchacho de Avellana. En el horizonte las nubes gravaron una sonrisa en la luna, que iniciaba su descenso. Los cantos de lechuza interrumpieron la calma del amanecer. Echaron a andar en dirección a aquel sonido.

El Muchacho de Avellana se preguntaba si el rey hallaría compasión en su corazón para los dos amantes a quienes había

querido. El amor se había convertido en un arma de destrucción entre parejas, entre padres e hijos, madres e hijas. No le importaba adonde iría a partir de allí ni qué le depararía el futuro. De no haber sido por Rebeca y Polvo de Oro, se habría rendido al Río de los Sueños.

Las hierbas lastimaban los pies de Polvo de Oro. La tristeza sucedió al miedo. No debía haber dejado el harén. Debió haber aceptado su destino con dignidad. Entonces la historia la habría mencionado con respeto. Ahora no era más que una cobarde con huesos mudos.

Se colgó del brazo del Muchacho de Avellana, su fiel aliado que había abandonado su hogar por ella. Después de haber sido su compañero en el Salón de las Perlas, caminaba a su lado en aquel solitario universo. Al rozarle el hombro desnudo con la mejilla, tomó conciencia de que estaba desnuda.

—Nunca sonrías con demasiada franqueza —dijo, repitiendo las enseñanzas que él le había impartido hacía años—, ya que puede interpretarse como una muestra de descaro. Mira cómo estamos ahora, desnudos de pies a cabeza.

—Y nunca mires de manera directa para que no se interprete como arrogancia, pues ni siquiera Alá perdonaría tal cosa. —La observó, evocando un tiempo en que una mirada directa o una sonrisa demasiado franca contaban para algo.

Sus carcajadas resonaron en la noche.

—Polvo de Oro. —Era un susurro entre los árboles.

—¿*Madar*? —Polvo de Oro apuró el paso en dirección a la voz.

Rebeca emitió una exclamación de júbilo al ver a su hija.

—Hemos tardado más de lo previsto en construir la balsa. Comenzábamos a perder las esperanzas.

Entonces reparó en el Muchacho de Avellana. Se quedó mirando el pecho desnudo, con el corazón de repuesto, otro corazón con el que amar. El regalo que ella le hizo. Lo habían castrado. Su Moisés. Por eso había desaparecido del Barrio Judío y de su vida. Nunca había puesto en entredicho su lealtad. Apretó la mano sobre su corazón de alheña, el corazón tatuado que ella le dio para soportar la pena. A cambio, él le había enseñado a distinguir entre el bien el mal, la alegría y la tristeza, el aroma de las flores y la pestilencia del hierro.

Él le recorrió la cicatriz con los dedos.

—¿Todavía me va a quemar los ojos?

—No si la tratas con cariño —repuso ella.

—Siempre mantendré ese cariño, allá adonde vaya, sea cual sea el futuro, pero el tuyo está junto a Cuervo. Quiere que vuelvas y promete protegeros a ti y a Ruh'Alá.

—Deberíamos alejarnos de aquí antes de que despunte el día —advirtió el mercader, cubriendo a Polvo de Oro con su capa.

Polvo de Oro giró sobre sí para mirar al hombre cuyo rostro evocaba recuerdos de una casa de ladrillo con ventanas cubiertas de encaje, cerezos, arroz con azafrán, pistachos tostados y garbanzos asados. También se acordó de la cara que tenía su madre cuando abandonaron aquella casa. Sus vidas habían cambiado a partir de aquel día.

Rebeca condujo a su hija hacia los densos pinares.

—Debemos llegar a las puertas de la ciudad antes del amanecer.

Indiferente a los arañazos de las ramas y las picaduras de los insectos, Rebeca avanzó con celeridad junto a Polvo de Oro, seguida del mercader, del Muchacho de Avellana —tapado ya con una capa — y de los carpinteros. Rebeca apartaba simplemente las ramas que se interponían en su camino y le pinchaban los brazos.

La vegetación quedó inundada de una asombrosa claridad. La luz blanqueó las cortezas de los árboles al tiempo que pintaba las hojas con un luminoso color zafiro. La marca de Rebeca, un faro que le alumbraba el camino, se incrustó con mayor profundidad en su carne.

Seguía el resplandor emanado de su pecho que saltaba más adelante, sobre los senderos de tierra, sobre la maleza, en torno a las flores silvestres y las copas de los árboles. De improviso la rama de menta se le antojaba pesada en la oreja. La palpitación de la marca se volvió insoportable. Ansiaba librarse de la opresiva sensación de ambas. No sabía cómo deshacerse de la cicatriz y, de la menta, no se atrevía. Llevaba demasiado tiempo asociándola con la seguridad, convencida de que su olor la preservaba del mal de ojo.

El cielo se iba alumbrando, poblado por los aullidos de las fieras salvajes.

—Abre los ojos, cariño, hay diablos merodeando por los

alrededores.

El eco de las últimas palabras de Rebeca quedó resonando entre el ramaje, un mensaje que creía haber dejado anclado en otro tiempo. Se equivocaba. Aun siendo muchos los milagros que había presenciado, y los que sin duda le deparaba el futuro, ninguno disiparía la necesidad de la rama de menta.

Los muros de la ciudad relucían con las primeras luces del alba; el despuntar del sol bañaba las puertas de ámbar. La brisa silbaba entre los viejos plátanos. Los hortelanos habían abierto los canales de riego y ya el agua lamía las poderosas raíces, mientras la ciudad dormía aún.

Suleimán permanecía apoyado en el tronco de un cerezo, con la mitad de la cara cubierta por la máscara que llevaba el primer día que actuó en el harén. Pese a haber perdido alguna que otra pluma, el misterioso efecto que producía no había mermado en nada.

Polvo de Oro aminoró el paso. Una vez hubo advertido el brillo de los azules ojos a través de las ranuras del disfraz, lo único que quiso fue hundirse en sus brazos. Iba a abrazarlo, sin decir nada. Nada de recuerdos, nada de poemas, nada de pasado. Sólo contaba el apremio del presente. Se había contenido demasiado tiempo, había escuchado demasiadas elucubraciones, demasiados relatos, demasiadas palabras.

Él la rodeó en sus brazos, aplicando en torno a la cintura una presión urgente pero sin dureza, firme pero sin exigencia. Sus ojos eran acogedoras antorchas, y aun así ella reconoció que su contacto no podría borrar su pasado, el palacio, el rey o Cuervo.

Rebeca observó cómo su hija se alejaba por el horizonte a lomos de Venus con destino al confín de la tierra, flanqueada de Suleimán por un lado y del Muchacho de Avellana por el otro.

—Adiós, Moisés —susurró—. Te debo mucho más que la vida de mi hija.

Rebeca oyó una dulce melodía que, llegada en las alas de la brisa, animaba los trinos de los ruiseñores. Eran los huesos de Polvo de Oro, que se habían curado.

Se llevó un dedo a la comisura del ojo para enjugar una lágrima. Se habían formado arrugas allí. ¿Iba a envejecer pues como todos los demás? Levantó la mano quemada y constató que la piel había adquirido una nueva flexibilidad. Un fresco viento vertió su aliento

entre sus pechos. Apartó el chaleco para mirar. La cicatriz comenzaba a borrarse.

El mercader le posó un brazo en los hombros.

—Ven a casa conmigo.

Rebeca le acarició las plateadas canas de las sienes. Siempre había ansiado hacer eso. Frotó la nariz contra él para aspirar su aroma a ciprés añejo.

Él abrió los bordes de la capa y la envolvió en su calidez.

Apretó los pechos contra él, contra un hombre que era un verdadero hombre y que la amaba por lo que era. Un hombre ante el cual se erguían sus pezones. Un hombre que la ayudaría a deshacerse de la maldición de la cicatriz, apagar las llamas de la fragua y sofocar el ardor de los recuerdos.

—Cásate conmigo —dijo, con un suspiro, el mercader.

Dejó transcurrir el tiempo para saborear aquel momento. Invitaría al populacho del Barrio Judío a escuchar cómo Ru-h'Alá el Espíritu de Dios la pedía en matrimonio. Nunca más se atreverían a llamarla puta. Nunca más le arrojarían estiércol a la cara. Hasta el Rabino Tuerto la recibiría en su sinagoga. Acudiría al centro del barrio montada en un gallardo caballo, negro como el azabache, y se deleitaría con los elogios que le dispensarían, con las cabezas inclinadas ante ella y las miradas cargadas de envidia. Los comerciantes del bazar se desvivirían por venderle telas para su uso personal.

—¿Es esto del agrado de sus ojos, *khanom* Ruh'Alá el Espíritu de Dios? ¿Cómo está su honorable esposo, señora?

Hundió la nariz en el vello del pecho de Ruh'Alá. Sí, para ella tenía un olor perfecto.

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

DORA LEVY MOSSANEN

Nacida en Israel y criada en Irán, Dora Levy Mossanen huyó a los Estados Unidos en el inicio de la Revolución Islámica. Hizo un máster en escritura profesional en la USC. Escribe novela romántica centrada en la mujer, con un gran dominio del mundo árabe. Y ha recibido el Editor's Choice Award de San Diego. También participa asiduamente en la televisión, radio y blogs, e incluso contribuye con sus escritos en el *Huffington Post*. Actualmente vive en Beverly Hills, California.

EL REINO DE LA SEDUCCIÓN / EL GUARDIAN DEL HARÉN

Dentro de los fastuosos muros y exquisitos encajes de piedra del palacio real persa del siglo XIV, residen las 365 mujeres que componen el harén del Shah, mujeres que dedican la vida a un rígido protocolo destinado a complacer a éste. Junto al harén, en un discreto lugar, los eunucos del palacio conspiran a fin de satisfacer sus malévolos intereses.

A través de estos arcaicos velos de sensualidad, corrupción y traición, tres generaciones de mujeres conectadas por lazos de sangre, con destacadas cualidades para el arte de la seducción. Doblegarán las pasiones y prejuicios del Shah y de las reinas, para

cumplir su objetivo secreto de controlar un imperio.

En el exterior de la opulencia del palacio del Shah reina la extrema pobreza del Barrio Judío, donde para encontrar comida muchos rebuscan en la basura y las mujeres son meras propiedades de los maridos, y a las que se compra y vende como cualquier otra mercancía. Oculta en esa miserable judería de la antigua Persia, la joven Rebeca es vendida como esposa a un brutal herrero que hace del maltrato el centro de su relación. Este simple hecho es el punto de partida de un apasionante relato que incluye misterio, poder y maquinaciones que configuran las vidas de Rebeca, su hija Polvo de Oro y la hija de ésta, Cuervo, tres mujeres conectadas por los lazos de la sangre que poseen, cada una a su manera, destacadas cualidades para el arte de la seducción.

El reino de la seducción, la primera y aclamada novela de Dora Levy Mossanen, combina historia y fantasía para crear un palpitante y exótico relato en el que se entretejen los inquebrantables lazos que unen madres e hijas con importantes acontecimientos históricos y lujuriosas imágenes de desinhibida sensualidad. Rebeca, Polvo de Oro y Cuervo manipulan los deseos de la carne para facilitarse el tránsito y el control de un mundo donde prosperan los secretos y la traición. Sus trayectorias las llevarán por los callejones del Barrio Judío, a presenciar batallas con los ejércitos mongoles y a valerse de privadas citas para encender el deseo del Shah. Cada una de ellas procurará culminar los propósitos de su madre, ¿Lograrán liberarse de las ataduras del pasado y hacerse con el control de un mundo fundado en el poder, el sexo y la conspiración?

* * *

Título original: *Harem*
Traducción: Dolores Gallan Iglesias
© 2002 Dora Levy Mossanen
© 2006 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna.
© por la traducción Dolores Gallart Iglesias.
Primera edición: enero de 2007
ISBN-13:978 - 84 - 96692 - 18 - 3
Depósito legal: B-52.373 - 06
Diseño de Cubierta: Opalworks
Diseño de Colección: Opalworks

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Novoprint
Fotocomposición: Gama, S.L.
Editorial ViaMagna
Publicado bajo dos títulos: *El reino de la seducción* y *El guardián del harén*